



Ficción Científica



**Mundos
Dos años de Ficción Científica**

Copyright de la imagen de portada José Trillo
Todos los relatos mantienen el copyright de sus autores

Prólogo

Nieves Delgado

Llevo dos años atrapada aquí dentro. Con esta gente extraña que teclea y teclea todo el tiempo. En esta nave de locos en la que cada uno cuenta una historia más extraña que la anterior. Donde todos se esconden en su habitación hasta que, un buen día, ves resurgir a alguno con una sonrisa satisfecha, casi exagerada, en el rostro. Y entonces, sabes a ciencia cierta que vas a escuchar un nuevo relato.

En esta nave se vive de historias. Algunas son curiosas, simpáticas, amables. Otras son en cambio terriblemente perturbadoras. Si recorres sus pasillos verás puertas, muchas puertas, pero no sabrás qué hay detrás de ellas. La única forma de saberlo es abrirlas... y entonces, amigo, te arriesgas a la sorpresa, la inquietud, el asombro. Te arriesgas a introducir imágenes en tu cabeza de las que ya no podrás librarte. O, lo que es peor todavía, de las que ya no querrás librarte.

Todo el mundo es bienvenido a esta nave. Como ya os dije, se alimenta de historias, pero las historias son inventadas para que alguien las conozca. Sin vosotros, la nave se consumiría, se iría encogiendo sobre sí misma hasta acabar convirtiéndose en uno de esos cascarones vacíos que surcan eternamente el espacio exterior. Y nadie quiere que eso suceda. No aquí, donde el comandante se ha dejado tantas y tantas horas de su tiempo solo para que la nave esté, como lo está, repleta de vida hasta los topes. Para que podamos olerla. Para que nuestros dedos chispeen de nerviosismo al tocar en cada puerta.

¿Os he hablado ya del comandante?

No, mejor no os hablo de él, sé que no le gusta. Solo diré que aquí todo funciona única y exclusivamente gracias a su fuerza de voluntad. Porque esta no es una nave con propulsión nuclear, ni con velas solares, ni siquiera un cohete de antimateria, es una nave cuyo combustible es la voluntad de un hombre, el comandante. Dadle una buena historia y él alimentará a este navío estelar con cada uno de los granos de arena de su reloj. Así es como hemos llegado tan lejos. Así es como llevamos dos años aquí dentro.

Hoy toca recuento. Veintinueve, nada menos. El fruto recogido en el último año de travesía. El comandante ha querido reunir estos veintinueve relatos, cosecharlos con esmero y ofrecerlos como presente a ese vacío infinito en el que, de alguna manera que ninguno de nosotros llega a comprender, surgen una y otra vez nuevas historias. Donde bullen las ideas y se crean realidades. Donde todos somos algo más que simples pasajeros. Donde, además, estáis vosotros.

Recibid, pues, este presente. Visitad nuestra nave y recorred sin reparo sus pasillos. Abrid sin reserva cada una de sus puertas. Explorad, leed, disfrutad.

Llevo dos años atrapada en esta nave, ¿y sabéis una cosa? No quiero irme de aquí. Ni siquiera aunque pudiera.

ZX Bang

Eximeno, Santiago

Dicen que cuando un niño nace, llora.

A mí cuando me descargan en un MMORPG me acompaña el aullido sin alma del altavoz interno. En ambos casos el efecto logrado es mucho más incómodo para los demás que para el recién llegado, claro. De hecho yo no tengo constancia de sonido alguno, e imagino que en esa realidad inasible que los de dentro llamamos *el-otro-lado* el altavoz interno estará más que olvidado, por lo que esa cacofonía infernal que es mi canción de entrada brotará de tarjetas de sonido integradas en la placa y pocos, muy pocos, le prestarán atención. Si es que queda alguien en *el-otro-lado* que pueda oírlo.

En esta ocasión nada es distinto: bandas horizontales azules y amarillas, un agónico pitido final y estoy dentro. En el escenario. En el mundo. En cuanto adquiero presencia corpórea me muevo. O, al menos, lo intento. Para mí, criatura nacida cuando sugerir era más valioso que mostrar, avanzar por un entorno tridimensional representa un verdadero esfuerzo. Por muchas veces que lo haya hecho anteriormente nunca me acostumbro. Quizá sea porque a pesar de las sucesivas experiencias no logro recordarlo del todo. Las limitaciones de memoria que impone el hardware que me compila –sea un emulador, sea el hardware original– suponen, a la larga, un pequeño problema de identidad. Recuerdos fragmentados que antaño almacenaba en cinta y ahora residen en las nubes. Tan lejos, tan cerca. En cualquier caso, las instrucciones que me ha dado el hombre que ha contratado mis servicios están grabadas a fuego en la rutina principal de mi código. Constantes que no van a variar durante lo que dure este trabajo. Eso sí que no puedo olvidarlo.

Soy un pistolero, un mercenario, un asesino a sueldo. De los buenos, de los de ocho bits. Los clientes que me contratan lo hacen por dos motivos: eficacia y nostalgia. Poca gente quiere trabajar en estos tiempos con *pixelizados* en 2D, pero los clientes con experiencia, los de generaciones anteriores, los que sabían acariciar el azimut hasta volver loco al reproductor, saben reconocer que hacemos nuestro trabajo a la perfección. Así que aquí estoy, en un *sandbox* absurdo que muestra una puesta de sol en el horizonte y lo que pretende ser la calle principal de un pueblo típico del Lejano Oeste. Típico tónico. El pueblo tiene lo esencial: su BARBERÍA, su BANCO, su SALOON. Y alzándose entre ellos, orgulloso, su HOTEL. Y hacia allí me dirijo, sin prestar demasiada atención a los avatares que se arremolinan a mi alrededor con su incómoda mezcla de suavidad y torpeza. Avatares que me contemplan con curiosidad indisimulada: un forastero salido de otra época, digitalizado en ocho brillantes

colores y apenas esbozado en unos pocos *kas*. Alguien que llama la atención, que los atrae como la luz a las polillas. Alguien peligroso.

No logro apreciar las presuntas virtudes del escenario que me rodea. Aunque gráficamente es brillante (no puede ser de otro modo si quiere mantener los ingresos económicos que lo sostienen) los colores están apagados, como si todo este mundo fuera de madera carcomida y hubiera estado demasiado tiempo expuesto al sol. No dudo que para observadores externos debe ser más hermoso que un fondo negro y un puñado de puntos moviéndose erráticamente de un lado a otro, pero cuando estás dentro, cuando vives en este entorno, te aseguro que es muy diferente.

Tardo una eternidad en llegar hasta la puerta del HOTEL. Me cuesta encontrar la dirección correcta y en varias ocasiones mis movimientos erróneos me obligan a dar la vuelta y recorrer mis pasos a la inversa. Me siento ridículo, viejo, fuera de lugar. Algunos de esos modelos renderizados se detienen junto a mí y me hablan con sus voces melódicas.

—Apartad vuestro avatar de aquí si queréis vivir —les digo con un berrido sintetizado que no me hace justicia.

La mayoría ni siquiera se atreve a moverse cuando me ven llegar. Saben lo que soy, saben a qué he venido. O lo intuyen al menos. Lo único que temen es ser los elegidos. Cuando comprenden que mi víctima se oculta en el HOTEL reanudan sus paseos por la calle principal, arrastrando sus pies (modelados con obsesivo detalle) por la textura de arena. En ocasiones veo que un halo dorado rodea sus cuerpos, sobre todo al detenerse uno junto a otro. Me pregunto qué tipo de información intercambian. Qué contenido se vuelca de uno a otro. Para mí son opacos, confusos. Incomprensibles. De otra época. Ni siquiera sé si todos ellos son avatares. Algunos podrían ser simples PNJ que el sistema genera para su entretenimiento. En cualquier caso, yo no sabría diferenciar a los vivos de los muertos, a los gobernados por otros de los que creen poseer conciencia propia.

Qué más da.

Me estoy haciendo viejo.

En el interior del HOTEL todo es brillante y luminoso. Sorpresa. Casi me siento como en casa. Lástima de ausencia de bidimensionalidad. Un programa de atención básica, vestido de mujer joven con poca ropa, espera en la entrada. Me sonrío y me ofrece la llave de una habitación. Antes de aceptarla doy una (metafórica) vuelta por la entrada. Contemplo la decoración, compuesta en su mayoría por objetos de Dominio Público y alguna que otra

licencia *Creative Commons*. Es curioso que un lugar que exige un pago tan alto a sus usuarios se esfuerce tan poco por los detalles. Imagino que al fin y al cabo aquí hay algo más que simple decorado, que los que pagan y se vuelcan en este MMORPG disfrutan de más opciones que desconozco. Me recuerda a otro lugar en el que estuve hace ya mucho tiempo, un remedo *pixelado* de estas creaciones, un lugar que me recordaba a mis orígenes pero que al mismo tiempo era aberrante. Allí lo hermoso era construirte tus propios objetos, tu propia casa, tus propios enemigos. Tu vida, por si la que tenías era insuficiente.

No me siento cómodo aquí.

De pronto siento la necesidad de terminar cuanto antes el trabajo y marcharme. Si no fuera consciente de las órdenes implantadas en mis rutinas habría creído durante un picosegundo que gozaba de libre albedrío. Cojo las llaves de las manos del programa-señorita y me dirijo a las escaleras. Las habitaciones están arriba, como siempre. Los diseñadores trabajan con modelos básicos y añaden aquí y allá un par de pinceladas empapadas de desgana. Imaginación al poder. Tengo que subir veintitrés escalones para llegar al piso superior. Para mí las escaleras son complicadas, ya que mi diseño no proporciona la movilidad que este tipo de obstáculos exige. Mucho menos en un entorno tridimensional. Así que dejo a un lado mi dignidad, si la poseo, y me arrastro por los escalones como si fuera un gusano quebrado. Es patético, lo sé, pero un trabajo es un trabajo.

Arriba no hay nadie. Accedo a un largo pasillo, con puertas a ambos lados. Con demasiadas puertas. Es difícil creer que todo esto puede estar contenido en el edificio que contemplaba desde la calle. Otro defecto de estos mundos impostados que a nadie parece llamar la atención. Más aún, no creo que nadie le de importancia ni lo penalice. La coherencia murió cuando llegaron los treinta y dos bits. No quiero ponerme nostálgico; no puedo evitarlo. Quizá fuera mejor que no existieran los emuladores; me permitiría descansar, olvidado en una vieja cinta, ajeno a problemas de azimut y contadores equivocados. Quizá fuera mejor que la generación que disfrutó de ordenadores con teclas de goma y de pantallas de fósforo verde ya no tuviera acceso a la red de redes. Que los hubieran desconectado a todos antes del Gran Volcado. Pero claro, eso es una utopía, una historia de ciencia-ficción de novela barata. La realidad siempre es distopía. Aquí están los que tenían dinero para estar. Los que no lo tenían mantienen esas conexiones erráticas y aleatorias, flotando alrededor de los enlaces de conexión gratuitos como mariposas arrastradas por el viento. Ellos ni siquiera me conocen, mucho menos me recuerdan. Y con mi aspecto actual nunca lograría que me respetaran.

Quizá mi tiempo ya haya pasado.

Es algo en lo que pensaré cuando termine el trabajo, cuando esté de vuelta en mi tumba de unos y ceros. Avanzo píxel a píxel por el pasillo hasta que encuentro la puerta de la habitación que estoy buscando. Habitación 1982. Qué adecuado. Si mi cliente no se ha equivocado –y tengo la certeza de que es así–, es aquí. El final del camino, otra vez. Durante un instante pienso que sería original golpear con mis nudillos la puerta, esperar a que me abran. Después recuerdo que en realidad mis manos son armas, que las pistolas están fundidas a los píxeles naranjas de mis dedos. Que lo que debo hacer es ahorrar memoria y tiempo de proceso y acabar ya con esto.

Invoco un POKE, atravieso la puerta como una aparición y *voilà*, ya estoy dentro. La habitación es aséptica, mínima, lo que indica los apuros económicos que está pasando su dueño. Su avatar, sentado en la cama, el único mueble de todo el cuarto, está desnudo. Y tiene una erección.

Es tan ridículo que no sé qué decir, así que le permito hablar primero.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué entras sin permiso? Hotel, identificación de visita —dice.

Una voz preciosa. Clara, única, no reciclada. Quizá un sintetizado de su propia voz. Debe costar una fortuna.

—Me envía tu padre —digo—. Estás arruinando a tu familia con los gastos que has contraído en este MMORPG. Estoy aquí para rescindir tu contrato.

El avatar se incorpora. Ahora está completamente vestido. Me confunden estas acciones incoherentes. ¿Por qué todo tiene que ser tan apresurado, tan inmediato? ¿Por qué viven sus patéticas existencias con tanta prisa? Su rostro carece de expresión, así que no puedo saber qué es lo que está pensando. Sus palabras, sin embargo, son bastante claras.

—No. Por favor. No. Espera. He volcado mi conciencia aquí. Completa.

—Lo sé —le digo—. Tu padre lo sabe. Tú has volcado aquí tu conciencia, yo carezco de ella. Espero que lo comprendas.

Ahora sí que está asustado. Se mueve de un lado a otro demasiado rápido, como una mosca revoloteando, buscando una salida que no existe. Si yo estoy aquí y si él está conmigo es porque hemos cerrado un ciclo del programa. Porque los administradores nos han abierto una puerta.

Porque he utilizado un POKE. No hay escapatoria, pero él todavía no lo sabe.

—¿Papá? —dice.

—Yo no soy tu padre —respondo.

De nuevo la nostalgia. Una frase que he utilizado en muchas ocasiones solo porque la grabaron en mis archivos de recursos cuando tenía un sentido para los de *el-otro-lado*. ¿Cuántos de estos nuevos jugadores pueden entender el chiste? Ninguno. Alzo los brazos, disparo. Una y otra vez. El avatar se desgarrar entre gritos, entre súplicas. La entidad que alberga se deshace en líneas de código máquina que se desparraman por el suelo, se filtran entre las grietas de las texturas, se consumen. *PEEKaboo*.

—¿Clive?

Me vuelvo —oh, permitidme la licencia— al oír una voz inesperada a mi espalda. No había sido consciente hasta este ciclo de que había otra puerta en la habitación. La puerta está abierta y veo que conduce a un cuarto de baño. Maldito presunto realismo. Una mujer desnuda está allí, de pie, mirándome. Su modelado tiene la desproporción adecuada, esa que indica que ha sido desarrollada por un hombre.

—Clive ya no está —digo.

—Imagino que ahora me violarás —dice ella.

Está claro que en los últimos años los videojuegos han perdido el norte. Sonríe con tristeza. A mí me programaron en los años ochenta. En aquella época o bien eran demasiado jóvenes o bien demasiado puritanos para manejar estas situaciones. No estoy dotado para hacer lo que ella espera de mí, así que simplemente salgo de allí.

De la habitación 1982.

Del HOTEL.

Del escenario.

Del mundo.

Sentado en la arena, contemplo la puesta de sol en el horizonte. A lo lejos, en el cielo, la silueta de un águila revolotea de un lado a otro siguiendo un patrón prefijado. Lo hace varias veces mientras espero la desconexión.

Otro trabajo bien hecho. Otra consciencia disipada en la fría red de redes. Lo he hecho cien veces, volveré a hacerlo otras cien. Al final todas estas acciones se parecen. Al final me limito a ejecutar movimientos que he ejecutado cientos de veces anteriormente.

Como todo el mundo sabe, si esperas el tiempo suficiente todos los ciclos se repiten.

Todos.

Imagino que el mío llegará a su fin antes o después.

El valor del dinero

Vaquerizo, Eduardo

Marta regaba las flores. Con un giro seco y preciso de la muñeca cortaba el chorro de agua y cada planta recibía su ración justa, estimada a base de una larga experiencia de muchos años luchando para evitar que el domobot entrase en su jardín y lo convirtiese en un vergel de optimización mecánica. Se detuvo un momento. La luz del sol de la mañana la bañaba el rostro. Cerró los ojos, detrás de sus párpados todos sus problemas ya no estaban, quedaba sólo una semioscuridad oleaginosa, el rojo de su propia piel traspasada de luz. Abrió los ojos de nuevo, la había sobresaltado el coche de los vecinos. Avanzaba por la calle con un ronroneo poderoso, era un coche grande y brillante, parecía hecho íntegramente de cristal coloreado, un coche de famosos, se lo podían permitir mientras que ellos... Marta bajó la vista a sus manos, la piel ya no era tan suave, crecían las pecas y las arrugas. Dentro, en las articulaciones, la artrosis era un continuo rumor, un grito lento que el tiempo hacía rodar en su cuerpo. Los vecinos descendieron del coche, sus cuerpos eran ágiles, juveniles, sus cabellos brillaban y flotaban al aire cálido de la mañana. Entraron en la casa con un rumor de bromas y carjacadadas.

Al poco Marta escuchó a su marido llegar al jardín y sentarse trabajosamente en la silla de hierro, también sus articulaciones buscaban el sol.

—Parecen tan jóvenes...

—¿Quién, Marta?

—Los vecinos.

Manuel no contestó. Ella volvió a regar mientras escuchaba el crujir de la silla de su marido al compás de sus pequeños vaivenes. Lo imaginó mirando al cielo, tan azul y sin nubes. Siempre miraba al cielo mientras se balanceaba, como si de allí fuesen a llover respuestas, como si allí estuviesen los eurosegundos que les hacían falta. Tiempo, siempre era un asunto de tiempo. Volvió a dedicarse a las plantas. El domobot, silencioso como un fantasma, salió también al jardín con una taza de té en una de sus muchas manos.

—¿Quieres un té, Marta?

—Ya sabes lo que quiero Manuel.

—No empieces otra vez, las cosas son como son.

Marta no respondió, había una mala hierba que había crecido de más sin que ella la viera. ¿También estaba perdiendo vista? Era probable. Agarró con ambas manos el tallo y tiró con fuerza, arrancándolo de raíz y produciendo un pequeño desperfecto en la lisa superficie de césped.

—Oh, ¡Dios!

Manuel no dijo nada, sólo lanzó una mirada de soslayo al robot. Hasta le pareció que agachaba la cabeza. Se le había escapado esa pequeña hierbecilla. Hacía meses que le había autorizado a trabajar de noche en el jardín, oxigenando el suelo, matando los pequeños chinches que engordaban chupando de los tallos, abonando con microesférulas nitrogenadas las raíces. Ella no entendía de robots, por eso Manuel esperaba que nunca descubriese esa intromisión mirando en la memoria de la máquina. Manuel continuó meciéndose mientras Marta se afanaba por alisar la tierra.

—Lo mantengo yo sola. No me digas nada, no voy a dejar que esa máquina toque mi jardín, yo todavía soy capaz de hacerlo. Y mira, está más lozano que cualquier jardín de la vecindad, yo sola, sin máquinas, sin ninguna máquina.

Manuel la dejó hablar, cada vez más bajo, cada vez más para sí misma. Conocía la retahíla, el engarce de reproches y protestas. Ella no lo había aceptado, solo era eso.

—Hoy viene el chico, ¿te acuerdas no?

—¡Dios mío! Claro, esta mañana me acordé, pero me he puesto con el jardín...

Marta se levantó limpiándose las manos con el delantal y se apresuró al interior. Manuel quedó solo, disfrutando del sol. Cuando escuchó el coche aplastando la gravilla de la entrada, no supo si se había dormido o el tiempo se había convertido en una sencilla pintura con solo tres manchas de color: el azul del cielo, el blanco de las casitas y el verde de los jardines. Ahora la quietud de la pintura se diluía. Vio a su hijo salir del vehículo y sonreírle, la misma sonrisa se le metió en las venas, una especie de cálido oxígeno que le llenó las células de un calor más intenso que el del tibio sol de primavera temprana que había disfrutado durante toda la mañana.

—Mamá, ya estoy aquí.

—Hijo... ¡qué alegría verte...! Estás más delgado... seguro que no comes nada, seguro que dejas que esas máquinas te hagan la comida.

—Como el 99% de la gente, mamá, tú eres la única persona que conozco que aún tiene cocina en casa.

—Y así seguiré, así. Pon la mesa, Manuel.

—Sí, cariño.

Manuel le hizo un gesto al robot, que permanecía discretamente parado en un rincón, y se sentó en su sillón. Alejandro que se sentó al lado.

—Es un modelo un poco antiguo ¿no?

—Sí, ya han venido dos veces a arreglarlo, pero mamá insiste en que no quiere uno nuevo.

—Pero papá, si son gratis, todo el mundo tiene derecho a una sustitución por desgaste, o

cuando el modelo está obsoleto. Tendrías que ver la nueva generación, la que aún no está en las calles. Son cinco veces más eficientes.

Manuel sonrió a su hijo a la vez que se encogía de hombros. Luego miró al domobot moverse velozmente sobre sus cortas patas. Los músculos metálicos se contraían y expandían con velocidad, era una exhalación tomando platos con sus manipuladores de dedos de longitud variable desde el aparador, colocando vasos y cubiertos con exactitud milimétrica sobre la mesa. ¿Un modelo más eficiente? Podría ser, ya nada lo asombraba.

—Domobot, modo mantenimiento X-3

El robot obedeció al instante. Se colocó delante del ingeniero y abrió el panel de control delantero. Manuel recordó los modelos de su juventud, toscas y enormes máquinas comparadas con aquel prodigio, pero aún así capaces de hacer todos los trabajos que se les encomendaban: barrer las calles, fabricar cosas, trabajar el campo, pilotar aviones. Por un breve y fugaz instante volvió a ver una de aquellas máquinas ardiendo en el centro de una pira y los neoluditas bailando a su alrededor. Había pasado tanto tiempo desde entonces que los recuerdos no parecían propios, eran ajenos a su ahora, pertenecían a una película, una novela de ficción. ¿Quién en su sano juicio se iba oponer a que todo el trabajo desapareciera?

Alejandro cerró los controles y el robot volvió al modo de espera, quieto en su rincón.

—No está mal, parece que tiene muy poco desgaste, sin embargo no me extrañaría que comenzase a fallar, tiene más de diez años y esos modelos se hicieron con una esperanza de vida de seis a lo sumo.

—El día que se rompa, tu madre quizá acceda a que lo sustituyan, pero va a ser un infierno, tendremos que programarlo para que "no" haga muchas cosas que vendrán preprogramadas. Y como se acerque al jardín, tu madre es capaz de cortarle la cabeza con las tijeras de podar.

—Dudo que pueda hacerlo, no tienen cabeza. Los nuevos modelos son aún menos antropomorfos que éste. Hay estudios que demuestran que cuanto menos se parezcan a un ser humano, mejor se aceptan.

Marta trajo con cuidado la olla hasta la sala. Torció el gesto al ver los platos y cubiertos colocados con precisión, ni una sola arruga en el mantel impoluto, pero no dijo nada, estaba su hijo, no quería discutir. Comieron lentamente, charlando de nimiedades.

Llegó la hora del café. Los tres se sentaron afuera. Había un poco de viento que removía las hojas del platanero, pero el sol seguía siendo muy agradable y templado.

Marta se quedó adormilada.

—Está cansada, lleva toda la mañana sin parar— Manuel trajo una manta escocesa, deshilachada y vieja, pero familiarmente cálida y la tapó con ella.

Los dos hombre tomaron el café a sorbos lentos.

—Ese coche es nuevo, ¿no?

—Sí.

—¿Te va bien en el laboratorio?

—Bien, al menos me da para un modelo no estándar.

Manuel miró brevemente a su propio coche, el modelo monofamilia-3. Lo había usado muy poco, era un coche poco potente, un poco feo, pero a él le bastaba, en realidad le bastaba con mucho menos.

—Bueno, estoy pensando dejarlo.

—¿Dejarlo? Pero si era tu vocación, la ingeniería de robots.

—Sí, pero... bueno... trabajar allí no es tan interesante como parece. Hay poco sitio para la innovación, todo tiene que estar medido, dentro de los estándares.

Manuel asintió con la cabeza y bebió de su taza sin dejar de mirar a su hijo.

—Y... además... estoy harto de que todo lo que hago solo sirva para promocionar al jefe del departamento.

—¿El doctor Santibáñez?

—Sí, ¿lo conoces?

—Claro, el otro día le dieron cinco minutos en el canal de ciencia.

—¡Cinco minutos! Dios, ¿Sabes cuánto representa eso?

—Hijo, no estoy tan viejo, son 300 eurosegundos.

—Con eso podría comprar no ya un modelo mejorado, incluso uno exclusivo. ¿Sabes cuánto me costó ese coche? Cincuenta eurosegundos el ahorro de años en el laboratorio. ¿Ves?, A eso me refiero. Santibáñez se apropia de todo, no hay nada para nosotros. No soy el único que piensa igual, así no va a haber manera, quiero intentarlo de otro modo.

—¿Cuál?

—No sé, algo relacionado con ingeniería, pero lo intentaré en solitario, o como mucho ayudado por algunos de mis colegas. Quizá nos asociemos.

A Manuel le vinieron a la mente los ilusionados rostros de jóvenes técnicos e ingenieros que habían logrado minutos en la televisión trabajando en proyectos innovadores, sorprendentes, o simplemente ridículos. Tenían en los ojos la misma fiebre que veía ahora en los de su hijo. Eran jóvenes, aún no se rendían, no optaban por las casas estándar, los robots estándar y los coches estándar que el estado ponía a disposición de todos sin mover un dedo. Él, en otro tiempo, también había sufrido esa fiebre. En un rincón de su ordenador, aún había una pila de guiones de cine que a nadie habían interesado, al lado de muchos cuentos y novelas que no habían merecido ni un segundo de exposición pública. No creía ser malo, pero había cientos de miles como él,

mediocres con cierto talento.

—Bueno, inténtalo, si ves que en el laboratorio no hay futuro...

—No lo hay, no, y el tiempo se me acaba, tengo ya treinta y dos.

Los dos miraron brevemente la casa de los vecinos. Eran un chalé tres veces más grande. Había varios coches delante, dos deportivos y un mercedes enorme.

—¿Cómo lo lleva mamá?

—Mal, se pasa el día rezongando, y monta un escándalo a la mínima arruga que se descubre.

—Con trescientos eurosegundos habría para...

—Sí, pero es inalcanzable.

—Ya. Quizá si tengo suerte, mucha suerte....

—Hijo, no te obsesiones, las cosas son como son. La mayor parte de la gente vive y muere en la mediocridad. Y no es tan terrible. Nosotros tenemos una buena casa, un domobot y un coche. Yo no pido más. Puedo leer, quedar con mis amigos para charlar, está la televisión y la red. Y si me aburro mucho siempre podemos pedir unas vacaciones bianuales, ni siquiera hemos usado las dos últimas que nos correspondían. No necesito tres coches ni un chalé enorme.

Manuel se miró la mano. Estaba más amarilla y llena de pecas de lo que recordaba. Intentó probar su pulso, no era firme, temblaba ligeramente, los mecanismos de transmisión nerviosa quizá estaban empezando a deteriorarse.

—Papá, ya lo sé. Pero no es eso.

—Ya, hijo, ya lo sé. Bueno, inténtalo, quizá lo consigas, quizá...

Alejandro se concentró en el color gris de su coche. Era una bella obra de ingeniería. Lo había conducido antes por la autopista, deslizándose casi como un sueño. Un juguete caro e inútil, porque eso no era lo importante. Miró a su padre, había envejecido mucho en los dos últimos años. Luego volvió la vista a la anciana que dormitaba en la silla de hierro. Su madre tenía cinco años más que su padre. Vio la piel levemente amarillenta, los párpados pesados, y las marañas de arrugas alrededor de los ojos, el pelo pajizo y frágil. Respiró hondo y trató de calmarse.

—Bueno, me tengo que marchar. — Se levantó bruscamente. Con el ruido Marta despertó y miró a su alrededor desorientada.

—¿Ya?

—Sí, tengo cosas que hacer en el laboratorio.

—Trabajas mucho hijo, pero eso está bien, está bien, no dejes que todo lo hagan esas máquinas asquerosas.

Manuel se levantó y acompañó a su hijo al coche.

—Es muy bonito.

—Y rápido.

Alejandro abrió la puerta y una nube de indicadores lumínicos y suaves advertencias verbales llenó el aire como un polen tecnológico que el viento hubiera aventado.

—¡Hola!

Ambos se volvieron. En la entrada de la casa, sujetando por una correa a un perro muy feo y seguramente de una raza biomodificada pero aún incapaz de no orinar ni defecar cada cierto tiempo, sonreía una chica que no aparentaba más de diecisiete años. Alejandro se esforzó, conocía aquella sonrisa, aunque no lograba ubicarla en ese cuerpo lleno de curvas sensuales. Los senos pugnaban por romper con su turgencia la camiseta y las largas piernas terminaban en unas caderas perfectas. Era un cuerpo artificial de la mejor calidad, biotecnológicamente modificado hasta en los menores detalles.

—Hola, Laura, ¿paseando al perro?

Sólo entonces Alejandro logró recordar por completo, era la vecina. Vio su mirada adolescente caer sobre él como una lluvia de agujas dulcemente envenenadas.

—Sí, este maldito chucho me trae por la calle de la amargura, no obedece ninguna orden. —Sonrió hasta competir con el sol— ¿Qué tal Alejandro?

—Bien, bastante bien.

—Muy bien, me alegro. Voy a ver si este desgraciado se harta de pasear y me deja de dar la lata.

El perro, como confirmando sus necesidades, comenzó a ladrar. Laura lo obligó a caminar y los dos se alejaron por la acera. Padre e hijo se quedaron mirando a la mujer. Llevaba puesto unos shorts muy cortos, diseñados para mostrar el bamboleo de un culo perfecto. Ella se volvió un momento como para confirmar el efecto de su andar, momento que los dos hombres, un poco azorados, aprovecharon para terminar de despedirse.

—¿Es... la vecina?

—Sí, sabes que tiene una aparición en una sitcom de máxima audiencia. Esta noche, en la canal 21.

—Sí, lo sabía, pero... no veo esas series, de hecho no veo la televisión, no imaginaba que...

—Pues ya ves.

El coche se movió sin apenas ruido y desapareció calle abajo. Manuel se quedó mirándolo. Pensó brevemente en si era buena idea quedarse a vivir en aquella zona. Les había sido asignada una casa allí antes de que aquel barrio fuera promocionado a categoría A por su cercanía a la sierra. Se resistía a irse. Miro alrededor. La calle estaba flanqueada por grandes árboles y jardines espléndidos. Las casas eran todas modelos particulares, compradas con muchos eurosegundos. Quizá sería lo mejor. Siempre había tratado las manías de Marta como algo sin importancia. La miró, de nuevo afanada sobre su jardín. Necesitaba un vecindario más modesto, gente como ella y como él, no famosos deslumbrantes como Laura, que no ahorraban ocasión de exhibirse delante de ellos.

Manuel permaneció un instante mirando la silueta de la vecina a lo lejos, regañando al perro. Luego fue al interior de la casa y volvió al jardín, libro en mano. La lectura era absorbente, solo se dio cuenta de cuánto cuando ya no pudo leer más. Había oscurecido y le dolían los ojos. Se desperezó estirando los brazos. Adentro se escuchaba la televisión. Marta atendía con una obsesión fanática a la pantalla holográfica que flotaba en el aire. Se sorprendió un poco al ver a Laura, la vecina. En ese capítulo se la veía retozando en la cama con uno de los protagonistas de la serie, su marido en la ficción, mientras otro personaje, también desnudo, se ocultaba debajo de la cama. Se escuchaban muchas risas en off. Marta no reía, tampoco lo hizo Manuel.

—¿Has visto qué cuerpo?

—Sí, ¿y qué? ¿has visto su cerebro? Sigue siendo tan tonta como cuando la conocimos

Marta se volvió hacia Manuel. Lo miró fijamente, vio su pelo cano y la piel que colgaba floja del cuello. Luego miró una vez más sus manos. Se tocó el cuerpo, pasó la palma a todo lo largo de su silueta mientras no quitaba ojo de la pantalla. Notó blandura, huesos duros, piel reseca; en la pantalla los senos altos y firmes de Laura se bamboleaban en los embates del galán de turno. Marta no dijo nada, solo cambió a un canal ornamental, música y fractales suavemente difuminados.

—Tiene mi misma edad, Manuel, la misma.

Manuel se sentó a su lado. Ella acercó el rostro a su pecho. Manuel no tenía respuestas, tampoco ya preguntas. No las tuvo en su juventud, cuando nació el estado de necesidad cero. Había visto trabajar a su padre hasta la extenuación, de repente no hacía falta trabajar, había máquinas, energía inagotable por fusión directa. El dinero se hizo superfluo, el estado proporcionaba lo necesario para vivir con comodidad. Pero nada fue como les prometieron. Lo vio venir, pero tampoco tuvo palabras, nada que decir. El sistema necesitaba algo para que la gente se moviese, algo para que pudiese optar a comprar un coche más grande, una casa de más habitaciones. Se tuvo que reinventar el propio dinero. ¿Qué era lo más valioso? ¿lo que la gente más valoraba? Salir en televisión, ser famoso, conocido, poderoso. Solo ellos, la élite, podían acceder a los lujos, a mejores coches, mejores casas, una mejor vida. Vida, tiempo, eurosegundos. Manuel recordó, mientras intentaba amortiguar los sollozos de su mujer, cuando se habían desarrollado los complejísimos tratamientos de cura y rejuvenecimiento. Ya no había que trabajar, tampoco se envejecía ni se moría. Pero los tratamientos requerían

muchos recursos, quizá si se hubiese querido hubieran podido estar a disposición de todos, pero el sistema ya estaba en funcionamiento. Solo los famosos, los conocidos y los poderosos pudieron acceder a ellos debido a su altísimo precio en eurosegundos. La muerte y la vejez, en cambio, seguían siendo gratis para todos.

Eduardo Vaquerizo es Ingeniero Técnico Aeronáutico por la Universidad Politécnica de Madrid, trabaja en la Agencia Estatal de Seguridad Aérea. Colabora en varias revistas literarias de género fantástico y ha obtenido varios premios, entre ellos el **Ignotus**.

Es autor de obras de ciencia ficción, terror y fantasía, de carácter muy técnico.

El valor del dinero apareció originalmente en la antología *Eine trillion euros*.

<http://www.amazon.es/Eine-Trillion-Euro-Andreas-Eschbach/dp/3404243269>

Traición

Pacomán

El avión se acabó de detener con un pequeño salto. El metálico ocupante del mejor asiento del Hércules de las Fuerzas Aéreas Españolas, se incorporó.

— Susan, ya he ejecutado el emulador de español.

— Bien.

La única mujer que ocupaba el avión se levantó de su asiento, cogió su bolsa de mano y se dispuso a salir.

— Esperamos que todo haya sido de su agrado dijo el soldado que había atendido a los dos únicos pasajeros del viaje.

— Perdona, ¿cuál de los de ahí es el ministro de interior?

El soldado se acercó a la puerta del avión, junto a la mujer, y observando el grupo que se había formado al pie de las escaleras le contestó:

— El ministro de Interior y Defensa es el de barba y gafas.

— Gracias.

Pero el soldado no llegó a oírlo; su atención se centró en el hombre de metal, que dócilmente seguía a la mujer. En el cuartel, iba a estar muy solicitado. Él había atendido al único Robot autorizado a entrar en España y además la avejentada mujer era la mítica Doctora Susan Calvin de «U.S. Robots».

— ¡Por fin!, pensé que esos periodistas no iban a acabar nunca. ¿Está cansada del viaje?.

— Sí, pero podré aguantarlo.

— ¿Necesita algo? dejó caer el super- ministro, señalando al Robot.

— No, no, gracias. El mantenimiento de EX-235, es muy reducido explicó con dejadez la mujer.

— Bien, bien. Doctora Calvin, si no le importa entraremos inmediatamente en materia propuso, tendiéndole unos legajos de su cartera.

— Déselos a él.

El ministro dudó, le tembló el pulso. Tras un momento de indecisión se los acercó al robot; pero no se los dio directamente, sino que los dejó sobre la mesa. El robot EX-235, prototipo de la última generación y más conocido como Brain, los cogió y moduló en un perfecto castellano:

— Muchas gracias.

El soporte humano de la barba, no pudo menos que dar un pequeño respingo. Inmediatamente se serenó, no quería dar la impresión de ser un palurdo de provincias, que no soportaba la presencia del mayor hito de la tecnología humana.

— Como ya sabrá, doctora, nuestra legislación no autoriza la entrada de Robots en

nuestro territorio —La mujer, asintió con la cabeza. —Pero nuestro gobierno ha hecho una excepción en este caso, debido a la gravedad de la situación.

—No se preocupe Sr. Ministro, seremos muy prudentes y EX-235 no se exhibirá más de lo necesario.

—Bien, bien— inevitablemente, como cada último medio minuto, la cabeza del ministro se giró para enfocar al inmóvil robot.

—Como iba diciendo, el asunto que nos ocupa es muy grave y sólo la intervención de una fuente neutral puede garantizar objetivamente los resultados de la investigación.

—Lo dejaron ustedes muy claro en sus comunicaciones anteriores. Se lo repito: los procedimientos y conclusiones de Brain, son imposibles de manipular sin que sus analistas lo descubran.

—Sí, sí. Pero lo que quiero que entienda— esta vez miró abiertamente al inexpresivo rostro del robot —es la naturaleza de la situación. Las continuas filtraciones de información confidencial nos hacen sospechar de la existencia de un espía.

—Sr. Ministro, esta información ya fue suministrada a «U.S. Robots». Pero lo que no entiendo, es por qué no lo arreglan ustedes internamente.

—Bueno doctora Calvin, como supongo que ya sabrá, la credibilidad del gobierno está ... —la pequeña sonrisa se convirtió en rictus cuando la mujer no mostró la complicidad que el ministro deseaba —bueno, es muy reducida. La oposición no admitiría que se la investigase sin aclaraciones y nuestros aliados internacionales exigen pruebas contundentes.

—Entiendo.

—Bien, pues entonces póngase a trabajar con su robot y solicite todo lo que necesite— El ministro más poderoso en España, desde la restauración de la democracia, se levantó, cogió su maleta y al salir de la habitación, no pudo reprimir echar el último vistazo al robot.

—¡Políticos! — susurró con asco para que el bruñido robot lo escuchase. Tal vez las cromadas facciones de Brain, se alteraron en señal de asentimiento, pero eso era algo que sólo Susan podía captar.

—¿Leonardo Montaña?

—Sí señor Presidente, ¡al habla!

—¿Es segura esta línea?

—Está confirmada plenamente.

—Bien, ¿qué te ha parecido? ¿Crees que planteará problemas?

—No, he informado a la doctora Calvin de la situación política en España y parece comprenderla perfectamente.

—Sí, sí. Leo eso ya lo sé. Lo que quiero averiguar es si podrá hacer el trabajo el robot—. El tono de voz del presidente del gobierno español delataba su impaciencia.

—Tenía los mejores cerebros del gobierno y del partido en esta campaña; ¡no podía salir mal!

—¡Oh!, sí señor, faltaría más. La pinta que tiene ese cacharro es impresionante.

—La vieja, ¿se ha tragado lo del topo?

—No estoy seguro, pero no encontrará nada.

—Lo importante es que, los delegados de la comisión europea no tengan dudas, ¡eh, Leo!

—No se preocupe, tengo a los ordenadores de la Policía y del CESID conectados y mis mejores hombres de promoción están ya en la campaña.

—Estupendo. Mira Leo, la reelección depende de si podemos o no, culpar a la prensa y a la oposición de organizar una campaña contra el gobierno.

—Señor, todo está organizado. Las pistas de las filtraciones a la prensa están completamente borradas? dijo el super- ministro, con el tono de haber repetido las mismas palabras cientos de veces.

—¿¿Seguro que ese cacharro no lo detectará?

—Totalmente imposible. Los ordenadores han sido formateados y los hombres convenientemente silenciados. Todo está controlado.

La doctora Calvin caminaba hacia la sala habilitada como sede central, más de cara al espectáculo, que de cara a la eficiencia. Tenía la sensación de que todo aquello era un montaje, pero los jefes se habían puesto muy pesados y los cuantiosos euros, con los que el gobierno español apoyaba su petición, acabaron convenciendo a todo el mundo. Incluso a ella.

—Brain, ¿lo tienes todo dispuesto?

—Sí, Susan. Los programas están introducidos en mi RAM y dispuestos para su ejecución.

—¡Vamos allá!. Comienza el show.

La entrada de la doctora hacía muchos años que no causaba una reacción así entre el público. Aunque de joven fue guapa, la edad no la había perdonado; por lo que no tuvo ninguna duda en el origen de los comentarios y movimientos del escaso, pero selecto, auditorio.

—Buenos días señores. Estamos apunto de iniciar la investigación dijo la doctora al grupo de militares y altos dirigente del país y del extranjero.

El más avanzado modelo de «U.S. Robots», el prototipo EX-235, explicará sucintamente la operativa de la búsqueda y aunque las pesquisas seguramente se alargarán, las dudas que se les presenten, se las aclararemos en cualquier momento.

El Robot se adelantó al centro de la sala y comenzó a hablar en un perfecto castellano, que causó la maravilla de los presentes.

—Buenos días, soy el prototipo EX-235 y tengo en mis bancos de memoria los programas que me capacitan para iniciar la búsqueda del individuo o grupo de individuos, que con su actuación están poniendo en peligro la estabilidad de este país.

Aunque la dicción era irreprochable, las pausas correctas y las palabras adecuadas, nadie escuchaba al primer robot que veían en metal y chips. Quizás, Brain percibiera la mirada de inteligencia entre el presidente y su super- ministro, pero continuó con el mismo ritmo, lo cual no parecía muy difícil para un robot:

—Los programas residentes en si son muy sofisticados, pero puedo facilitarles las premisas que constriñen mi actuación. Como ustedes muy bien saben, mi cerebro positrónico o memorias ROM, tiene grabadas indeleblemente las Tres Leyes de la Robótica:

1. Un robot no puede hacer daño a un ser humano, o, por medio de la inacción, permitir que un ser humano sea lesionado.
2. Un robot debe obedecer las órdenes recibidas por los seres humanos excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.

3. Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no sea incompatible con la Primera o Segunda Ley.

Los líderes políticos y representantes de los países europeos lograron concentrarse en las palabras del robot, respaldadas por las proyecciones en los monitores de la sala. Brain siguió con su explicación:

—En esta ocasión, los programas que estoy preparando para ejecutar, se resumen en: Encontrar y mandar detener a cualquier traidor a España. Entendiendo por traidor cualquiera que habiendo jurado, o no, fidelidad a cualquier otro estado, ejecute órdenes de cualquier otro jefe de estado (o delegado suyo), que entren en contradicción con los intereses del estado español.

El silencio del robot fue aprovechado para un conato de conversación, que la doctora interrumpió.

—Antes de que el Sr. Presidente del gobierno inicie la ejecución de los programas, quisiera recordarles a todos ustedes dos cosas. La primera es que toda la información de las indagaciones estará a su entera disposición y que el robot EX-235 no es manipulable sin que los registros que les facilitamos lo delaten. Y en segundo lugar, difícilmente obtendrá resultados inmediatos, sino que será el tiempo y la colaboración de la policía española, que está garantizada por el Sr. Ministro de Interior, lo que conseguirá los frutos deseados. Y ahora, si no hay preguntas, Sr. Presidente, ¿quiere iniciar la búsqueda, por favor?.

El Presidente se levantó de su silla y con gesto grandilocuente pronunció:

—¡Que se inicie la búsqueda!.

El robot introdujo dos conectores que salían de los instrumentos en su cabeza, algunos pilotos comenzaron a parpadear. Casi inmediatamente un zumbido, procedente de la cabeza del hombre metálico, llenó la sala. Todos se sobresaltaron. La doctora Calvin se acercó rápidamente a Brain; el aparente buen funcionamiento del robot se corroboró cuando las pantallas de los monitores se iluminaron con el mensaje:

"He mandado detener a todos los curas."

by PacoMan

En 1968 nace en el barrio Bellavista de Les Franqueses del Vallès (Barcelona), pero reside en Málaga desde hace más de tres lustros.

Economista y de vocación docente, impartió en la Universitat Autònoma de Barcelona y en la Universidad de Málaga. Sigue impartiendo, para matar el gusanillo, en ESESA (Málaga) y en Vértice Business School (On-room).

En la actualidad, trabaja de Director Técnico en la corporación empresarial de una entidad financiera andaluza.

Aficionado a la Ciencia Ficción de toda la vida y activo en el Fandom desde siempre, hace muchísimo tiempo que no escribe ficción. Muy de vez en cuando, sube post a su

maltratado blog: <http://bypacomán.blogspot.com.es/>

A veces, colabora en el blog de Grupo Li Po: <http://grupolipo.blogspot.com.es>

La Zarpa Roja contra la amenaza de los hombres-lagarto

Larrabe, Patxi

Bast, la Zarpa Roja, emergió entre chisporroteos del portal temporal empuñando su Luger. Su mono de color caqui presentaba los signos evidentes de una pelea que había transcurrido hace ya muchos millones de años. Atrás había dejado un laboratorio secreto en algún lugar de la Selva Negra alemana, con un par de científicos y un puñado de soldados del káiser inconscientes.

Una criatura enorme, de más de dos metros de altura, soltó un rugido y se abalanzó sobre ella. Era un ser de pesadilla, mitad humano mitad reptil. Su piel era fría y escamosa y un cuerno curvo adornaba su frente. Su poderosa boca estaba infestada de desgarradores dientes diminutos. Con gracia felina, Bast esquivó al hombre-lagarto y le propinó un culatazo en la nuca.

— ¡Alto ahí, en el nombre del káiser! — gritó un científico de bata blanca apuntándole con una pistola.

El hombre-lagarto se giró enfurecido con intención de morderla. Bast apretó el gatillo dos veces hiriendo a la bestia en el pecho. Saltó dando una voltereta y se situó junto al germano, derribándolo con una patada giratoria a ras del suelo.

— ¿Dónde estamos? ¿Dónde se encuentra el profesor Vólkov?

El científico estaba visiblemente asustado. Al fin y al cabo, no era un hombre de acción. La Zarpa Roja lo había inmovilizado ejerciendo una brutal presión con sus piernas. Parecía que de un momento a otro le iba a partir el pecho en dos. Aunque fuera bajita, su voluptuoso cuerpo estaba bien entrenado, curtido en mil peleas. Sus profundos ojos verdes escrutaban su mente buscando ávidas respuestas. Su pelo azabache seguía perfecto, imitando el estilo de la bellísima Cleopatra.

— El profesor Vólkov está apresado en la otra cúpula. Pero no podrás rescatarlo... ¡Esto es Lemuria, insensata!

Lemuria... Entonces todo esto era cierto. El mítico continente perdido era real y sí que había existido hace millones de años. Y ahora estaba en él. Bast recordó cómo había llegado hasta aquí.

Todo comenzó hace un mes. Sebastiana Ivanovna Petrovich, reputada paleontóloga rusa, se encontraba trabajando en una excavación jurásica en la colonia francesa de Madagascar. Desde que estallara la Revolución de Octubre de 1917, la relación entre Francia y Rusia se había enrarecido pero, por suerte, aún se podían obtener permisos de exploración e investigación a cambio de buenos sobornos. Y aquel yacimiento era lo suficientemente importante como para que el alto mando bolchevique apoyara el proyecto.

Lo que Sebastiana encontró superó todas sus expectativas. No solo se hallaba ante el

mayor cementerio jurásico descubierto hasta entonces, sino que comenzaron a desenterrar los vestigios de una antigua civilización que coexistió con los dinosaurios en el jurásico. ¡Increíble! Este hallazgo hacía tambalear los cimientos tanto de la paleontología como del propio origen de la humanidad.

Pero eso no era todo. Estudiando los restos de la civilización perdida, Sebastiana topó con unos extraños símbolos. Parecía un mensaje codificado siguiendo un código secreto del Ejército Rojo. Era algo insólito. Esa tierra no había sido removida en millones de años. Calcó los símbolos en un trozo de papel y trató de disimular el descubrimiento para que otros no lo encontraran.

La misma noche del inquietante hallazgo Sebastiana descifró el mensaje completo. No en vano también era Bast, nombre en clave "Zarpa Roja", agente secreto del Ejército Rojo, escogida personalmente por Lenin y entrenada para llevar a cabo las más peligrosas misiones. El mensaje decía lo siguiente:

Soy el profesor Vólkov. El káiser me ha secuestrado. Han robado mi tecnología de portales temporales. Quieren ganar la Gran Guerra. Busca el laboratorio en la Selva Negra. Ayúdame, Zarpa Roja.

El profesor Vólkov era una eminencia secreta en Rusia. Un experto en ciencias, especialmente en la rama de la física. Apoyó la revolución bolchevique desde el principio y Lenin confiaba en su ingenio para construir una Rusia del futuro tecnológicamente superior. Para Bast el profesor había sido una especie de mentor durante unos años, hasta que al final se decidiera por especializarse en la paleontología más que en la física. Había estado con él varias semanas antes de emprender su viaje a Madagascar y recordó el entusiasmo del erudito al contarle que había inventado algo que cambiaría para siempre el estudio de la arqueología y paleontología. Aunque, obviamente, aún era secreto y no podía desvelar nada. ¿Acaso ese "algo" podría haber sido una máquina del tiempo? Tenía sentido, aunque parecía descabellado. Pero según el mensaje...

La Zarpa Roja no tardó en informar al Ejército Rojo y confirmar que efectivamente el profesor Vólkov había sido secuestrado. Al parecer uno de sus ayudantes era un espía al servicio del káiser. Si Vólkov había descubierto la manera de viajar en el tiempo, ¡los alemanes podrían ganar la Gran Guerra!

En menos de dos semanas, la Zarpa Roja se infiltró en líneas enemigas y logró dar con la situación del laboratorio secreto de la Selva Negra. Allí se encontró con que los alemanes no habían perdido el tiempo y ya habían construido un portal temporal, una conexión en el espacio-tiempo de millones de años. Si quería rescatar al profesor, debía viajar atrás en el tiempo, debía cruzar el portal.

— ¿Qué es ese horrible engendro? ¿Hay más como él? — interrogó Bast al germano, agarrándole de las solapas de la bata.

— Eso es un lemuriano y por supuesto que hay más como él. Ellos son los que han construido esta primitiva civilización. Son los dueños del Jurásico.

Al igual que nosotros descendemos de los simios, ellos descienden de los reptiles. Su capacidad mental es limitada y se comunican a través de un lenguaje no verbal basado

en gestos y ruidos guturales. Pero son capaces de poner decenas de huevos y reproducirse con increíble rapidez.

Bast dejó inconsciente al científico de un rápido golpe seco con su Luger. Ya había escuchado suficiente. No había tiempo para explicaciones. Debía rescatar al profesor y huir antes de que fuera demasiado tarde.

Abrió con cuidado la puerta del laboratorio y vio que a unos veinte metros había otra cúpula de hormigón. Para llegar a ella debía cruzar un puente de estructura metálica. No había nadie en el puente, pero echando un vistazo a su alrededor contempló una imagen salida de la más vívida imaginación de cualquier niño que sueña con dinosaurios.

El campamento se erigía en medio de un impresionante bosque de ginkgos, pinos y helechos gigantes. En el horizonte podían distinguirse claramente las cimas de jóvenes volcanes humeantes, de los que manaba la lava como pequeños riachuelos luminosos. En el cielo, a lo lejos, podía distinguirse el pesado vuelo de un zeppelin. A la izquierda del campamento, un grupo de lemurianos montados en diplodocus realizaban tareas de deforestación. Los enormes cuerpos de los dinosaurios empujaban los inmensos árboles y los derribaban como si de endebles palitos de paja se trataran. Más allá, un pelotón de soldados del káiser realizaba maniobras tratando de enseñar a los lemurianos a usar un fusil con bayoneta. El cuerno curvo de los lemurianos era una imitación grotesca del pickelhaube o casco prusiano que vestían los alemanes. Bast observó también que varios soldados pintaban con brocha el emblema alemán en la escamosa piel de los lemurianos. Le hubiera encantado poder grabar toda esta escena con un cinematógrafo.

Un leve gruñido la arrancó de su perplejidad. Un diminuto dinosaurio bípedo, del tamaño de un gato se había acercado hasta ella sin que se percatara. La Zarpa Roja trató de atrapar al ornitópodo con sus manos pero éste se escabulló con impresionante rapidez. En menos de dos latidos de corazón había cruzado ya la mitad del puente emitiendo agudos chillidos de alarma.

Bast corrió tras el dinosaurio maldiciendo al capitalismo y a todos los imperialismos del mundo. Avistó a media docena de lemurianos que corrían hacia ella y escuchó voces de alarma en alemán. Estaba entrenada para hacer frente a este tipo de situaciones, pero no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda y una gota de sudor frío emergiera en su frente.

La puerta de la segunda cúpula se abrió de golpe. Un lemuriano surgió del oscuro interior armado con una gran red. El diminuto dinosaurio se refugió entre sus piernas como un perrillo asustado, chillando sin parar. La red voló por los aires. No era difícil esquivarla, pero una dura piedra golpeó a Bast en el brazo derecho haciéndola perder el equilibrio. La pesada red cayó sobre ella dejándola enmarañada y aturdida. Lo último que notó antes de que todo se volviera oscuro fue un fuerte golpe en la cabeza.

El cubo de agua fría que le lanzó un lemuriano despertó a la Zarpa Roja de una sacudida. Estaba atada de pies y manos a una silla con una gruesa cuerda. Le dolía la cabeza y una punzada rítmica anunciaba que le estaba creciendo un enorme chichón donde la habían golpeado. La habitación que la rodeaba era grande y redondeada. Había cajas apiladas por todas partes, e incluso un montón de bombonas de hidrógeno, sin duda para el dirigible. Debía tratarse de un almacén. A un lado, en una celda de barrotes, pudo distinguir a un hombre de mediana edad, rechoncho y de pelo cano, con

signos evidentes de haber sufrido castigos y torturas terribles. Era el profesor Vólkov... o lo que quedaba de él.

— Bien, bien, bien... Así que al bueno de Lenin no le apetece que Guillermo gane la Guerra — se rió una voz desquiciada, malévol.

Bast escuchó los pasos que se acercaban hacia ella. La voz le resultaba familiar. Cuando Klaus Oberschmidt entró en su campo de visión se confirmaron todas sus sospechas.

— ¡Tú! Debí haberlo sospechado... Solamente un mezquino inepto como tú sería capaz de robarnos a nuestro mejor científico.

— ¡Silencio, mujer! — abofeteó Klaus a la Zarpa Roja.

El malvado germano era alto y flaco como un palo viejo. Nadie conocía su edad, pero por su demacrado aspecto nunca jamás se hubiera dicho que pudiera ser joven o que lo hubiera sido en algún momento de su miserable vida. Sus ojos inyectados en sangre eran rojos, violentos, demoníacos. Sus huesudas manos semejaban garras retorcidas, más propias de una cruel bestia que de un humano. Su cabeza no tenía pelo, solamente una asquerosa mata de pellejos resecos.

Klaus Oberschmidt era famoso por sus investigaciones y por sus métodos poco ortodoxos en los campos de la química, la biología y la genética. También había publicado polémicos estudios sobre super-hombres y civilizaciones perdidas. Despreciado y humillado por la sociedad científica de la época, ahora parecía que sería él el que reiría el último.

— Vosotros los rusos y vuestras ideas socialistas... ¡No tenéis ni idea! Yo, el gran Klaus Oberschmidt, seré el que recomponga la exhausta gloria teutona y regale al mundo una nueva era de disciplina y prosperidad bajo el Imperio Alemán. Nuestros soldados están muriendo en las trincheras como ratas. Apenas quedan jóvenes paseando por las calles alemanas, están siendo diezmados en el campo de batalla por bombas inglesas y balas francesas. ¡Es intolerable!

Klaus se había acalorado con el discurso. Tomó aire y prosiguió entre aspavientos, con la mirada completamente desorbitada.

— ¡El futuro del káiser está en Lemuria! Los lemurianos son grandes, fuertes, salvajes... y sí, algo estúpidos. Pero se reproducen con increíble rapidez y saben domesticar dinosaurios. Imagínate miles de lemurianos saltando de las trincheras y corriendo hacia el enemigo, cabalgando sobre majestuosos diplodocus y alosaurios. No habría ametralladoras suficientes para pararlos a todos. Aplastaríamos al enemigo en consecutivas oleadas de rabia y devastación. Romperíamos por fin el Frente Occidental, invadiendo primero Francia y ocupando más tarde Inglaterra. Y después caería Rusia... y el lejano oriente... Nuestros jóvenes alemanes, libres ya de tener que morir en el campo de batalla, se erigirían como nuevos líderes de las tierras conquistadas. Una élite de gobernadores que guiaría a la humanidad hacia el mejor de los futuros posibles.

Bast estaba asustada. Era un plan loco, descabellado, pero que podía hacerse realidad gracias a la tecnología de portales temporales desarrollada por el profesor Vólkov. Había que poner fin a este galimatías.

Aprovechando que Klaus estaba inmerso en describir su maquiavélico plan, la Zarpa Roja había cortado las cuerdas que la apresaban. Las uñas de sus manos eran largas y afiladas y habían sido recubiertas por un material secreto transparente inventado por los científicos secretos rusos que las volvía tan duras como el acero. Haciendo gala de sus dotes de contorsionista, consiguió librarse también de las ataduras de los pies. Se tomó un par de segundos para preparar un plan de huida, respiró hondo y decidió que la suerte estaba ya más que echada.

El rápido movimiento de Bast atrapó por sorpresa al lemuriano que le flanqueaba. La Zarpa Roja aplastó su codo en la mandíbula del gigantesco hombre-reptil dejándolo aturdido unos momentos. Con igual agilidad, incrustó su puño en el estómago de Klaus y lo envió a morder el polvo de un tremendo gancho de izquierda.

La felina agente rusa corrió hasta situarse justo delante de la celda en la que estaba atrapado el profesor Vólkov. Éste se hallaba semi-inconsciente, tirado en el interior.

— ¡Eh, tú! ¡Cara de lagartija! ¡Ven a por mí si te atreves! — se burló Bast.

El lemuriano, presa de una furia feral, agachó su cabeza y cargó contra ella dispuesto a destriparla con el poderoso cuerno de su testa. Pero antes de alcanzarla, la Zarpa Roja esquivó al embrutecido engendro de un salto y el hombre-lagarto se estrelló contra la puerta de la celda, arrancándola de sus goznes. El gigantesco impacto partió su asta y le dejó derribado e inconsciente.

— ¡Profesor Vólkov! ¡Profesor... despierte! Soy yo... Sebastiana...

El moribundo profesor reunió las fuerzas suficientes para entreabrir los ojos y una ligera sonrisa se dibujó en sus resecos labios. El brillo de la esperanza regresó a su débil mirada.

Mientras tanto, Klaus había aprovechado para arrastrarse hasta la puerta de la cúpula y dar la alarma entre sus hombres. En un momento, media docena de soldados alemanes irrumpieron en el almacén gritando y apuntando con sus fusiles Mauser.

Presa de la desesperación, Bast desgarró la correa que ataba las bombonas de hidrógeno y las empujó hacia los soldados, derribándolos como si se trataran de enormes bolos humanos. Se echó al profesor Vólkov a los hombros y salió corriendo hacia la puerta.

— ¡Alto ahí, Bast! ¡No pienses que puedes huir! — gritó Klaus apuntando hacia ella con una pistola—. No dejaré que eches por tierra mis planes.

Concentrando toda su fuerza en los hombros, la intrépida rusa giró su tronco y usó las piernas del profesor como arma. Primero golpeó a Klaus en las manos haciendo volar su Luger por los aires. Con un contra-giro, estampó los talones en su cara noqueándolo en el acto. La pistola cayó al suelo y se oyó un disparo. El tiempo se congeló. La bala perdida emprendió su precisa trayectoria hasta alcanzar una de las bombonas de hidrógeno que rodaban por el suelo. Bast corría ya hacia el exterior de la cúpula cuando percibió un fozonazo por el rabillo del ojo y una súbita fuerza les lanzó a ella y al profesor como si les hubieran disparado con un cañón de circo.

El resto de bombonas explotaron en cadena generando una enorme bola de fuego que desató el pánico entre los diplodocus del campamento. Los mastodónticos dinosaurios comenzaron a correr en todas direcciones, arrasándolo todo a su paso. La cúpula en la que se encontraba el portal del tiempo también fue presa de la avalancha de los diplodocus, que derribaron la estructura a golpes y redujeron el interior a añicos. La única vía de escape acaba de ser destruida. Ya no habría manera de regresar al presente.

Los alemanes y los lemurianos corrían como hormigas, tratando de esquivar las patas como columnas de los diplodocus para no morir aplastados. Se escuchaban gritos, tiros y explosiones. El bosque empezó a arder. Se había desatado el caos, un auténtico infierno.

— Esto no es más que un contratiempo — pensó Bast. Si había conseguido retroceder millones de años en el tiempo, ya encontraría la manera de volver al presente. Además, el profesor Vólkov seguía vivo y eso era lo más importante.

Aprovechando la confusión que reinaba en el campamento, noqueó a un soldado alemán para hacerse con una pistola Luger y llenarse los bolsillos de balas. Volvió a subirse al profesor a los hombros y huyó hacia el bosque.

Nunca supo si corrió durante minutos u horas. Había perdido la noción del tiempo y le dolía todo el cuerpo por el efecto de la explosión y por tener que cargar con el inconsciente Vólkov. Cuando creyó que ya no habría peligro, se detuvo junto a un riachuelo a descansar un momento y tomar algo de agua fresca. A lo lejos se veía una densa columna de humo elevándose hacia el cielo. El zeppelin seguía sobrevolando el bosque.

Bast se apoyó contra el tronco de un ginkgo y dejó que el agua fresca le reconstituyera con su pureza.

De repente, una mano le tapó la boca y notó como le apresaban fuertemente contra el árbol. Dos figuras aparecieron ante ella. Eran hombres, pero no alemanes. Su piel era del color del chocolate y se parecían a los habitantes de las tribus amerindias de Centroamérica. Una voz de hombre se coló en lo más profundo de su mente. Nadie movía los labios.

— No temas. Los atlantes somos tus amigos. Os llevaremos a ti y al hombre herido ante nuestra Emperatriz. Ella os mostrará el camino de regreso a vuestro Tiempo.

Patxi Larrabe

Se adentró en el mundo de la escritura hace aproximadamente un año, cuando quedó finalista del I Certamen de Relato Breve de Terror organizado por ESMATER. En mayo de 2013 ganó el certamen Amanecer Pulp organizado por RelatosPulp.com y comienza como colaborador habitual de la revista steampunk "El Investigador" (<http://el-investigador-magazine.blogspot.com.es/>). En breve, aparecerá publicado otro de sus relatos en la "Antología Gaslamp" que está preparando la editorial Planes B.

Sus inquietudes principales son la literatura pulp y el género retrofuturista, en sus distintas variantes. Desde septiembre está embarcado también en un nuevo proyecto editorial: NeoNauta Ediciones.

Quinta columna

Moledo, Manuel

"La reina desea que se unan a ella todos los que sepan hablar o escribir para contener esta loca y perversa tontería de los "derechos de la mujer", con todas sus horribles secuelas, ante la cual el sexo débil se inclina olvidando todo el sentido del decoro y la feminidad. Este tema enfurece a la reina hasta el punto que no sabe contenerse"

Reina Victoria de Inglaterra (En una carta pública en el 1870)

Inglaterra ha logrado algo: ha inventado y oficializado el concepto de opinión pública, un intento de organizar la ignorancia de la comunidad y elevarla a la dignidad de la fuerza física.

Oscar Wilde

"En estos dos días oscuros, veinticinco vidas civiles y ocho de policías y militares se han perdido por causa de la más cainita violencia; la que un gran pueblo se ve obligado a ejercer contra sí mismo.

La decisión de combatir el fuego con fuego no fue fácil; todos podéis creerme cuando digo que ha sido dolorosa, más aún cuando ha conllevado, al final, derramamiento de sangre. Este es el más alto de los precios que deben ser pagados para conservar la libertad de un pueblo.

Sin embargo, a veces es necesario tomar estas medidas, so pena de que todo el árbol perezca por no decidimos a podar algunas de sus ramas enfermas. La enfermedad del Continente no nos doblegará. La decisión, pese a ser dura, fue moral y necesaria.

Lucharemos con determinación en esta difícil situación, todos juntos. Nunca nos rendiremos. No cabe pensar en desfallecer, cuando tantas veces a lo largo de la historia hemos luchado contra la adversidad y salido victoriosos. El Imperio prevalece. Que Dios nos bendiga."

Quien me había leído el comunicado del Primer Ministro fue el que se hacía llamar "Holmes", el más alto y flaco. Su grueso compañero "Watson" se limitaba, como siempre, a acariciar la porra galvánica que colgaba por una correa de su muñeca y a desnudarme con la mirada. Intenté mantener mi compostura. En la detención, ya había sentido las manos de ese cerdo en mis pechos¹. Fue tan horrible que en el momento creí que iba a morirme. Pero todo había quedado en eso. Era un farol. No podía violarme. No podía hacerlo. Él era un Policía de Choque del Imperio Británico y yo hija de un Lord. No se atrevería. No podía atreverse, ¿no?

"Composte. Que no te vea asustada. Piensa en otra cosa."

Si era cierto que habían muerto veinticinco civiles, se trataba de una masacre del calibre de la Peterloo, y de eso hacía más de ochenta años². La protesta no podía ser ignorada. "Watson" se levantó, con ruido de cuero y correajes, y activó su defensa. El chasquido de la electricidad al ionizar el aire y los arcos azules que se agitaban en su extremo, como si fuera un ser vivo y maligno, me sumieron una vez más en el terror más abyecto. Su casco era una cosa temible y negra que cubría con una máscara protectora todo el rostro menos la boca, retorcida en una mueca cruel. La careta antigás

destinada a cubrir ese hueco, colgaba de su cinturón.

Acercó los polos cada vez más a mi pecho. Perdí toda compostura y traté de retorcerme para hurtar el cuerpo, pero estaba bien atada a la silla.

Dolió. Grité. Esta vez no mantuvo el contacto mucho tiempo.

—Señorita Campbell, uno de mis mejores amigos está en esa cuenta de agentes muertos. Agente de Choque Ed Liven. Pilotaba uno de los golems que protegían el Parlamento el día del atentado. Sus amiguitos del EuSoc lo atacaron con botellas incendiarias. La mezcla química era tan potente, que el traje de amianto no pudo protegerle de las quemaduras, y la caldera y el depósito de combustible estallaron antes de que pudiera abandonar el exoesqueleto. Murió quemado vivo.

—¡Yo no soy del EuSoc! ¡Y mucho menos una terrorista! ¡Deje de decir estupideces! Nosotros solo exigimos...

Los rayos azules volvieron a surgir a menos de un palmo de mi rostro, paralizándome de pavor. El olor a ozono era casi tan amedrentador como el ruido.

"Aguanta. Debes aguantar. Eres la hija de un Lord, no eres como esas pobres chicas de las fábricas. No pueden violarte, no pueden matarte, solo pueden usar contigo ese maldito chisme, y tienes bastante casta para soportar eso."

"Holmes" se acercó, conciliador, y apartó el galvanizador con su mano enguantada. Sus ojos, que eran muy verdes, parecían sonreír bajo los cristales templados de su máscara.

—Señorita; sé que usted es una buena chica. En realidad, si he de ser sincero, a mí me da igual que usted quiera agitar pancartas, usar pantalones ridículos y pedir el sufragio universal y la jornada de diez horas. Si colabora, todo quedará en nada. Usted será solo otra pobre chica confundida por la propaganda del EuSoc. De lo contrario, podemos acusarla de colaboración con banda armada o incluso de quintacolumnista. ¿Cómo se sentiría su padre si se demostrase que usted colaboraba con espías del Eje Continental?

Con gestos suaves, encendió un cigarro. Me ofreció otro pero negué con la cabeza. El que todas las feministas fumamos como cabareteras no es más que otro ridículo cliché de la propaganda estatal. Como cuando nos acusan de marimachas o histéricas. Él asintió, aprobador.

—¿Lo ve? Una chica buena y formalita. Simplemente dígame usted quién es su enlace con el Movimiento Utopista local. Sabemos que tienen contactos esporádicos con ustedes las sufragistas. Usted ha actuado inocentemente con ellos; sus propias protestas feministas y las reclamaciones sociales de los trabajadores sirvieron de pantalla de humo a algunos terroristas extranjeros e irlandeses. No podía saberlo, pero estas son las consecuencias. Estoy seguro de que usted no quiere esto.

Me fue mostrando recortes de periódico con fotos de los muertos consecuencia de las revueltas producidas por todo el país. El policía quemado con su golem fue la primera, y la peor. He de reconocer que odio a esos resollantes ogros metálicos. La imagen de un gigante de hierro, caminando pesadamente mientras expulsa vapor y adelanta unas pinzas descomunales por manos, asusta al manifestante más pintado. Una se olvida de que hay un hombre dentro. El agente quemado era muy joven, prácticamente un muchacho, y en su rostro había quedado plasmada una expresión de terror y dolor difusa, como fundida en cera. Más fotos. Varios civiles aplastados por los cascos de la Caballería o por su propia fuga desesperada. Un pobre bobby apaleado hasta la muerte

en el suelo de un callejón; su porra de madera estaba ensangrentada. Creo que lo mataron con su propia arma. No me enseñó fotos del Parlamento; deduje que los daños solo fueron materiales.

Las lágrimas me llenaron los ojos. No. Era verdad. Yo no quería eso. Empecé a comprender por qué mi padre no me había sacado aún de aquí. Él era un hombre recto y un patriota. Policías quemados, una bomba en el Parlamento... ¡El mundo debía haberse vuelto loco!

Reuní valor para hacer lo que debía.

—Duncan O'Brien.

Mis dos interrogadores sonrieron a la vez.

—Un paddy³ cochambroso tenía que ser—rezongó "Watson".

—Muy bien, señorita. Volveré en un momento a tomarle declaración y las señas de este hombre. Luego será muy libre de marcharse a su casa o a la de su señor padre Lord Campbell.

Mi señor padre no se había dignado ni a recibirme. Mejor. Me dio más facilidad para coger, como otras veces, algo de ropa de trabajo de la caseta del jardinero. No había temor de que el viejo Padeen me oyera. Era sordo como una tapia. Con mis botas Wellington, unos pantalones de pana, un chaquetón de lana y mi pelo metido dentro de la gorra, parecería un chico. Me tizné la cara y las ropas con carbón para completar el disfraz; luego tomé prestada la vetusta bicicleta del anciano.

La noche era fría pero clara. Le quité la dinamo a la bici y pedaleé con cuidado en la resbaladiza carretera. En los arcones se amontonaba la nieve, negra por el hollín omnipresente en Belfast. Según aumentaba la demanda, se quemaba más carbón de baja calidad, de ese tan lleno de azufre que luego caía del cielo matando todo lo verde y envenenando el agua. Y el Imperio prefería quemar el peor carbón en Belfast antes que en Londres o Birmingham. La excusa era que el volumen industrial de Belfast era inferior y el daño causado menor.

Absurdo. Como todo. Como la estúpida guerra fría que manteníamos desde hace casi noventa años con el Eje Continental. Tanta investigación científica, tanto esfuerzo industrial por ambos lados, todo destinado a tener más fuerza que el otro. Más tanques, más volanaves, más armas, más colonias de las que extraer carbón, caucho, gas, trabajadores. Llevaba siendo así desde que Napoleón unificara la mayor parte de Europa y nos derrotó en Waterloo. Generaciones luchando por no ser menos productivos y poderosos que el Eje. Se habían creado grandes maravillas; ¿pero de que servían si no alcanzaban al pueblo? ¿Y que pasaría si, algún día, la tan temida guerra estallara?

Mi mente volvió a los atentados. Toda esa sangre era culpa de los hombres y su maldita obsesión por la guerra. Si solo nosotras tuviésemos poder, qué distinto sería todo.

Me dirigí a los astilleros de Harland & Wolff⁴. La persona que buscaba vivía en una de las barriadas obreras que rodeaban las instalaciones portuarias dedicadas a las volanaves. Contra el cielo nocturno, gigantes llenos de helio se alzaban majestuosos, anclados a las torres de atraque del puerto. ¡Que bonitos eran a la luz de la luna! Uno de ellos, la North Star según rezaba su flanco, estaba de inauguración. Aquella belleza,

conformada por tres cuerpos fusiformes unidos y con dos puentes, se veía espectacular con todas las luces encendidas; realmente era como un trasatlántico volador. De seguro hombres importantes y almidonados festejaban ahí arriba, tomando champán y bailando con sus encorsetadas damas, a decenas de metros por encima de la pocilga en que vivían los obreros.

A las barracas aún estaba llegando el saneamiento y el olor a orines era asqueroso. Tampoco había luz en las callejas, así que saqué una barra fosfórica de su funda. La había dejado cargando al sol todo el día y daba bastante luz. Llegué a un barracón, que era al tiempo lugar de reunión, pub y restaurante. Al entrar, el olor a humanidad, alcohol, puding de manteca y tabaco, casi me desvaneció. Había muchísima gente, casi no se cabía. Nunca me acostumbraré a la peste y la promiscuidad de esos locales.

Pregunté por Ian con la voz más ronca y viril que pude poner y esperé. Entretanto, me uní a un grupo de trabajadores que se entretenían con un rat-pit improvisado. El pequeño terrier destrozaba las ratas entre gañidos de placer y aplausos del populacho. Uno de los parroquianos que cruzaban apuestas, un tipo alto y enjuto con un sombrero hongo negro y chaleco de tweed, captó mi intención. Se me quedó mirando durante un momento intensamente con sus ojos verdes y burlones y temí que hubiera reconocido una mujer bajo el disfraz.

Al fin, apartó la mirada hacia su reloj de bolsillo. Me sentí mejor.

—Me alegra ver que estás bien —me sobresaltó una voz.

Me dio tanta alegría ver el rostro de Ian, que estuve a punto de abrazarlo, olvidando mi disfraz. El me vio la intención y me frenó.

—Vamos al reservado.

Ahí sí lo abracé, y nos sentamos. Me sirvió una pinta de ale, que saboreé agradecida.

—¿Fue muy duro?

Asentí.

—En breve se darán cuenta de que Duncan solo es un vulgar contrabandista de whisky. Entonces volverán a interrogarme, supongo. Pero tendrán que hacerlo en mi casa. Mi padre es un cerdo, pero no permitiría que me llevaran. Una cosa es que me cojan en fraganti en mitad de la manifestación, y otra que me saquen chillando de bajo su techo.

—¿Estás segura de que no te han seguido?

—Sí.

—Dámelo entonces.

Me metí la mano en el bolsillo y le entregué los calcos de las tarjetas perforadas que había hecho en el despacho de mi padre.

—Esto no es lo que yo quería, Ian.

—Nadie quería esto, Isobel. Pero ha pasado. Vosotras estáis cansadas de recibir palos, abusos, de que os alimenten a la fuerza si hacéis huelga de hambre. ¿Habéis conseguido

algo? No. Esta revuelta, sin embargo ha levantado jaleo. Algunos Lores comienzan a aceptar hablar de condiciones.

—Creen que tenemos relación con los espías del continente.

—Bueno, al fin y al cabo somos utopistas, ¿no?

Me preocupó esa respuesta. Ian era un idealista, que antes de unirse al movimiento sufragista y obrero, había pertenecido a la nueva Éire Óg⁵. Aunque aún simpatizaba con los separatistas del Ulster, era ahora, como buen utopista, internacionalista. Comunicarse con fuerzas del Eje Continental era arriesgado; pero los nacionalistas irlandeses lo hacían, para obtener armas y explosivos. Si Ian se veía tentado, nos podíamos meter en un lío.

—Nada de armas, Ian. Resistencia no armada. Recuérdalo.

No era prudente prolongar el encuentro. Me despedí y salí del reservado. Me sentía inquieta. Era como si mi instinto me quisiera advertir de algo.

Entonces caí en la cuenta. Tarde. El hombre del chaleco de tweed seguía allí. Me miró, sonrió y me saludó con la cabeza. Estúpida, estúpida. Debí haber reconocido aquellos ojos verdes.

Eché a correr mientras él sacaba un silbato y lo soplaba con todas sus fuerzas. No llegué lejos. Un fuerte golpe en los riñones me hizo caer al suelo, aturdida, y el local empezó a llenarse de Policías de Choque, repartiendo palos y descargas eléctricas sin ton ni son. Desde el suelo, con la vista aún nublada, pude ver a cámara lenta como Ian salía del cuarto con una pistola en la mano. Las balas dum-dum de una minigatling sembraron su pecho de flores rojas y cayó sin disparar un tiro. En su espalda, los orificios de salida eran tan grandes que cabrían mis dos puños.

Gritando, intenté levantarme, pero una bota blindada me hirió en la cabeza y, de momento, ya no sentí nada más.

Me despierto en uno de los sillones del local, tosiendo y con el aroma acre del amoníaco en mis narices y garganta. Ya no queda público; solo un par de agentes, de los normales, no de la Policía de Choque, recogiendo pruebas.

Y el cadáver de Ian, aún boca arriba, cubierto con una sábana. El obrero Ian, que tanto amaba montar las grandes volanaves. El soñador Ian, con su cabeza llena de ideas de igualdad y progreso. El guerrero Ian, que sin yo saberlo, portaba una pistola.

Ante mí está "Holmes", con un frasco de sales⁶, escrutándome con sus ojos verdes y burlones. Con la otra mano, me sujeta un impecable pañuelo de hilo contra la frente. Me sorprenden sus manos. Sin los guantes de cuero, son largas y delicadas, aristocráticas.

—¿Se encuentra bien, señorita Campbell? En nombre de la Policía, le pido disculpas. Si bien fue reducida de la forma habitual, la patada en la frente era innecesaria. Sosténgase esto, por favor.

Miro otra vez al cadáver mal amortajado de Ian.

—Su contacto llevaba documentos encima que le relacionan con en el Eje Continental.

El arma que portaba era de fabricación francesa. Podemos afirmar, sin temor, por tanto, que era un agente enemigo; sabremos más cuando capturemos a su enlace. Eso la pone a usted, por entregarle información reservada, en una situación muy delicada, ¿es consciente?

"Y por lo tanto, también a los movimientos obrero y sufragista. Ahora ya podéis decir que somos traidores, ¿no?"

—Sabían que acabaría viniendo aquí.

—En efecto. Viniendo y señalándonos a su contacto. Nos ha sido usted, por lo tanto, muy útil. Aún puede serlo más, si colabora, y será tenido en cuenta.

—Es usted un hijo de perra.

Sonríe. Su rostro resplandece con el placer de la victoria. Normalmente no suelo expresarme en esos términos. Pero para una vez que lo hago, esperaba más reacción.

—Soy un sabueso, señorita, que no es exactamente lo mismo. Un sabueso fiel de Su Graciosa Majestad.

—¿Puedo al menos saber su nombre auténtico?

—Adam Webber. Inspector Adam Webber. Puede usted llamarme Adam si gusta.

—No gusto.

—Usted misma.

Me enfada tener que apoyarme en él para mantenerme en pie. Cuando me saca del antro, el despliegue policial ya está terminando. Todos los prisioneros, hombres y mujeres, son metidos en un camión, hacinados. Adam me acerca al que debe ser su propio coche. Una máquina moderna y hermosa, híbrida. De esos que el motor eléctrico arranca el coche antes de que se caliente la caldera. "A Ian le encantan esos motores", pienso. Inmediatamente me corrijo. Encantaban. Con un gesto galante, el inspector me abre la puerta del acompañante.

—Por favor, señorita...

"Eso te gustaría, ¿verdad, cerdo? Verme montar en tu coche, llevarme con mi padre el Lord, tomar té los tres, y que no haya en los periódicos ninguna referencia molesta sobre una dama de alta cuna detenida, interrogada, y juzgada. Eres muy, muy listo, Inspector Adam. Tratándome galantemente, separándome de la chusma para recordarme mi clase. Demostrándome que tu gorila puede aterrorizarme solo con tocar mi cuerpo en la detención. Tratándome con condescendencia para dejar claro que solo soy una mujer y no soy digna ni de ser tu enemigo. Anulándome para que me vuelva a mi casa a llorar, escribir poesía y recibir visitas de petimetres pretenciosos deseosos de un matrimonio ventajoso".

Me enderezo.

—Me temo, señor Adam Webber, inspector, que debo declinar su invitación. Todos nacemos iguales y yo seré tratada igual que los demás.

Estoy maltrecha y la cabeza me da vueltas. Aun así, me zafó del brazo del inspector y me dirijo al camión con toda la dignidad que puedo reunir.

Trastabillo, y el inspector vuelve a cogermelo del brazo.

"Eso no", pienso. Si decide llevarme a rastras a su coche, no tengo energía para resistirme. Pero me lleva al camión, espera a que me hagan sitio, me ayuda a subir. Los de dentro me sostienen, protectores. Incluso oigo algún aplauso.

—Señorita; nos vemos en los tribunales.

Tan galante como siempre. Pero al fin, esta vez, cuando se lleva la mano al borde del sombrero, no veo burla en sus ojos.

¹ En nuestra propia línea temporal, el Reino Unido no permitió el sufragio masculino hasta 1918 y el universal hasta 1928. La presión ejercida por muchachas como la protagonista estalló violentamente en varias ocasiones, ejemplo el East End londinense en el 8 de Noviembre de 1911. Las sufragistas manifestantes fueron arrastradas a los callejones y allí tocadas obscenamente por la policía. Veintinueve declararon haber sufrido violencia sexual, primordialmente tocamientos en los pechos. Las declaraciones de los agentes, tipos rudos del East End, aparentaban indicar un "permiso" de sus superiores a ese respecto en ese día.

² La Masacre de Peterloo o Batalla de Peterloo ocurrió en el St. Peter's Field, en Mánchester el 16 de agosto de 1819. La caballería cargó contra una multitud de unos 60.000 a 80.000 personas que exigían una reforma parlamentaria. Se le llamó así parodiando a la batalla de Waterloo, y generó las Six Acts, una importante reforma (para su época).

³ Paddy: Nombre despectivo para los irlandeses. Podemos compararlo con el paternalista "negrito" de la época colonial española.

⁴ Astillero de Belfast famoso a nivel mundial por su importancia histórica. En sus instalaciones se construyó, por ejemplo, el Titanic.

⁵ Young Ireland, en irlandés Éire Óg, Joven Irlanda fue un movimiento político, cultural y social surgido a mediados del siglo XIX en Irlanda. Renovó el nacionalismo irlandés e incluso protagonizó una rebelión en 1848 suprimida por las fuerzas británicas. Muchos de sus líderes fueron juzgados por sedición y deportados a la Tierra de Van Diemen (Tasmania).

⁶ Las sales aromáticas contienen mayormente carbonato de amonio. También pueden contener otros productos, como eucalipto o mentol, para perfumar. Su función es irritar las mucosas nasales y provocar un reflejo de inhalación, el aumento de la presión sanguínea y la mayor concentración de oxígeno en sangre. En la época victoriana era de uso común para espabilar a las personas que se desmayaban. En su origen se le llamaba "sal volátil de cuerna de ciervo" por extraerse de las cuernas de este animal.

Manuel Moledo (1977) Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual quedé con el relato "El fin de la Inocencia" http://issuu.com/masliteratura/docs/revista-enero2012_virtual

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron: Volumen 2. "Xornada Fantástica".-"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica).

Volumen 3. "Vieiros de Mañá".-"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Volumen 4. "Nadal Impío".-"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Podéis saber algo más de Contos Extraños y Urco Editora aquí (el artículo está en castellano):

http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estranos_steam_pulp_da_galiza

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados con la infancia "Sombras no berce" (Cast. Sombras en la cuna). con el relato "A pesca do cangarexo" (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html

Actualmente colaboro en Tiempo de Héroe, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato "Lenguaje Matemático"

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35-relatos-en-espanol-seleccionados/relato-corto-adulto-espanol/745-lenguaje-matematico>

Me encuentro ahora mismo embarcado en dos proyectos, uno de ciencia ficción compartido con una muy buena amiga y muy buena escritora, y en otro también de ciencia ficción, en este caso una ucronía. Espero que puedan salir a la luz el año que viene.

Seleuca-thy

Ramos, Josué

Era Sargento del Quinto de Ingenieros y Zapadores del Ejército Regular de Iliria. Mi nombre es irrelevante. Lo único que importa ahora es que nosotros éramos Iliria y ellos eran Seleuca-thy.

Seleuca-thy. La primera vez que oí ese nombre ni siquiera supe situarlo en el mapa. Ahora, gracias a la prensa, todos en Iliria saben ya que no es más que un planeta muy pequeño orbitando en solitario alrededor de su propio sol, situado más allá del borde exterior, casi derramándose por fuera de la Galaxia. Y es tan insignificante que ni siquiera tiene la denominación de sistema. Pero un buen día nuestro gobierno decidió poner sus ojos allí y comenzó a decirnos que había motivos para preocuparse por ellos.

Se decía, según supuestos informes del Servicio Secreto de la República, que había motivos para creer que se habían alineado recientemente como aliados en el eje de uno de nuestros más poderosos enemigos: el sistema Daimagoth. La cercanía de ambos sistemas y la posición estratégica de Seleuca-thy la habían hecho un lugar apetecible para que Daimagoth colocase algunas de sus bases militares y buena parte de su arsenal químico y biológico. Todo tipo de informaciones se fueron filtrando a la prensa, a cuentagotas, día a día, para probar la veracidad de tales afirmaciones: documentos firmados y sellados por Daimagoth, dudosas grabaciones clandestinas, fotografías de supuestos asentamientos militares... Aquellas informaciones fueron moldeando poco a poco la imagen que los ilirios teníamos de Seleuca-thy y, aunque sea vergonzoso decirlo, aumentando el clamor popular que exigía una invasión. En cuanto al Ejército regular, a todos nos parecía, como mínimo, extraño que todas las informaciones del Servicio Secreto procedentes de Seleuca-thy nos viniesen siempre de la prensa nacional, nunca por los cauces convencionales. Sin embargo, no tardamos en darnos cuenta de que esta no iba a ser en absoluto una guerra convencional.

Como era de esperar, la Administración presentó una propuesta de intervención rápida en Seleuca-thy con el fin de ocupar sus territorios y buscar «cargamentos hostiles» procedentes de Daimagoth dentro de sus campamentos. Para el Congreso, aprobar la propuesta no fue más que un trámite, así que el Gobierno Federal no tardó en hacer efectiva su brutal invasión, sin siquiera preparar una declaración formal de guerra ni esperar a tener la opinión o el apoyo de la Sociedad de Naciones. La excusa para tan inesperada forma de actuar era, al parecer, aprovechar el factor sorpresa para entrar y salir de Seleuca-thy sin dar tiempo a reaccionar a Daimagoth. Iliria calculó que si lográbamos completar la operación limpiamente en menos de seis meses Daimagoth no tendría tiempo a prepararse para actuar contra nosotros. De lo contrario, si la intervención se demoraba por culpa de seguir los cauces diplomáticos establecidos por los acuerdos internacionales, nos expondríamos a que Daimagoth nos atacase, obligándonos a replantear toda la operación. Así que, según nuestro Gobierno, actuar así nos libraría de un enfrentamiento aun mayor, de una lamentable guerra entre dos grandes potencias. Por eso los soldados de a pie partimos sin saber siquiera, al salir de nuestras bases de Iliria, que la proximidad del enorme sol de Seleuca-thy la convierte en un 70 % en espesas y peligrosas selvas, con una temperatura y un nivel de humedad excesivo para nosotros. Ni siquiera tuvimos tiempo de familiarizarnos con la configuración de su entorno. Pero tampoco nos importó, ya que creímos ciegamente

todo lo que se nos decía y pensábamos que la operación sería sencilla. Entrar, tomar posiciones, destruir los arsenales daimagotas y salir airoso; todo ello en seis meses como mucho.

Pero la incursión rápida se fue complicando y alargándose hastiosamente. A pesar de la protección de nuestros trajes, nos expusimos a enfermedades e infecciones que nos causaron, en los primeros meses, más bajas que el enemigo. Y no fue sino hasta que comenzamos a enfrentarnos a la población local que descubrimos que nuestro entrenamiento y nuestras tácticas de combate no resultaban útiles en el terreno. Nuestros trajes suponían un engorro en la espesura de la selva, y nuestros transportes eran incapaces de avanzar.

Nuestros superiores trataron de mejorar nuestro combate pidiendo a Iliria nuevas naves y armamento. Se trajeron un buen número de Aerocraft, naves especiales de combate que, al menos yo, nunca había visto: nuevos modelos artillados impulsados con cuatro grupos de hélices móviles colocados en su base. Despegaban soplando aire hacia abajo, retropropulsando la nave en despegue vertical, y, una vez en el aire, avanzaban girando los ejes de cuarenta y cinco a noventa grados. El gran ángulo de movilidad de las hélices, además de que unas fuesen independientes de otras, dotaba a estas naves de una agilidad nunca vista. Esto nos permitió usarlas como plataformas de ataque en altura. Además, nos permitieron avanzar posiciones con grandes despliegues de artillería helitransportados.

La nueva táctica, olvidado nuestros convencionales ataques de infantería en filas, se centró en buscar al enemigo en las selvas, desde el aire, y con la infantería, desde tierra, para obligarle a salir a campo abierto y luchar cuerpo a cuerpo, sin ampararse en la frondosidad de las selvas en las que solo ellos se movían a su antojo. Persiguiéndolos a pie y disparándoles desde lo alto, tratando de controlar su avance, como si de ganado se tratase, creíamos que lograríamos acabar con ellos fácilmente. Pero los selécidas se resistían a luchar a campo abierto con todas sus fuerzas. Era como si no supiesen sobrevivir al aire libre. Y, además, se nos escurrían como ratas. Su fastidiosa táctica consistía en luchar siempre en lo más profundo de la selva. Sabían que si retrocedían posiciones, llevándonos a donde ellos querían, nosotros iríamos tras ellos, por lo que siempre procuraban llevarnos a su terreno y obligarnos a acercarnos lo más posible de ellos. La proximidad les permitía causarnos bajas sin necesidad de contar con expertos tiradores y, además, dejaba fuera de combate a los artilleros de los Aerocraft, que no podían correr el riesgo de hacer fuego amigo. Parecían fantasmas y apenas lográbamos ver de dónde procedían sus tiros. Ninguno de ellos permanecía demasiado tiempo en la misma posición. La única forma de adivinar dónde estaban era cuando tiraban granadas de mano; aun así, cambiaban de posición antes incluso de verlas caer.

Así las cosas, los seis meses máximos de plazo pronto volaron ante nuestras narices. Entre los hombres, según avanzaba el tiempo, se podían respirar el miedo y la preocupación ante la creciente posibilidad de que Daimagoth se estuviese preparando para intervenir en defensa de su aliado. Y tal como estaban las cosas, si Iliria no enviaba refuerzos, la batalla acabaría en masacre.

Han pasado ya cuatro años desde entonces y casi la mitad de los que empezamos esta absurda guerra ya no están aquí. Muy pocos han regresado a casa. La amplia mayoría lo hacen por fatiga de combate. Los demás, por infecciones, enfermedades endémicas que

desconocemos, heridas de guerra... el resto han caído.

Repasando todo este tiempo de conflicto, han sido cuatro desesperantes años de interminables momentos de inactividad o de marcha por la selva interrumpidos en pocas ocasiones por contactos con los nativos resueltos en pocos minutos de sangrienta lucha en la que apenas les hacemos bajas. Las marchas por la selva, durante horas, han terminado por convertirse en un paseo por el umbral de la muerte, en una enfermiza obsesión por la emboscada. En cualquier momento, aun con la guardia en alto, cualquiera puede caer en una incursión de los fantasmas selécidas.

Con el tiempo surgió entre nuestros superiores la teoría de que si los selécidas son capaces de desaparecer tan rápido de nuestra vista es porque cuentan con túneles o pasillos subterráneos que no podemos ver. Tal como los nativos se mueven por la selva, es casi seguro que esa sea su arma secreta. Si descubriésemos esos túneles, lograríamos dar un duro golpe. Por eso, nosotros, los Cuerpos de Ingenieros y Zapadores, tenemos ahora la misión especial de peinar los alrededores en busca de tales escondites. Es un peligro extra, ya que muchas veces exige que nos internemos en solitario en la selva pero, al menos, es algo único que nos aparta de toda esta monotonía.

Hace apenas unos días, en una de tales búsquedas y con los nervios a flor de piel, sentí un ruido que llamó mi atención. En estas selvas jamás hay silencio. Todo el día y toda la noche se oyen ruidos, crujidos, vientos, gritos, silbidos, cantos... todo tipo de sonidos que hemos aprendido a reconocer y discriminar. Pero esto era una pisada, una pisada que crujó una ramita a mis espaldas. Como acto reflejo, no pude evitar girarme de golpe; un error, ya que reveló al enemigo que había delatado su posición. Mirando en torno, no logré percibir movimiento alguno. Con un inevitable temblor en la mano derecha activé la armadura de mi traje. Casi toda ella es de un material líquido, para hacerla cómoda y ligera, que se solidifica con una descarga eléctrica liberada desde un interruptor en el brazo. Esta descarga recorre el cuerpo del soldado y causa una momentánea sensación de quemazón que remite en unos segundos, pero que se traduce en que la armadura se solidifica y nos protege de los disparos. Al sentir que la armadura adoptaba su estado sólido me sentí protegido, a la vez que pesado, como si me acabasen de soltar encima un saco lleno de arena. Con un incontrolable tic en el ojo izquierdo, aunado al temblor de la mano, descargué todas mis energías en un poderoso grito agudo que envolvió toda la selva, al tiempo que disparaba una ráfaga en abanico ante mí, contra cualquiera que tuviese delante. Al hacerlo, perdí el sentido de la orientación y el del oído. Me quedé sordo por unos instantes y solo pude ver que un nativo huía ante mí. Salí corriendo tras él dispuesto a apresarlo pero apenas un segundo después de alcanzar su posición perdí pie y caí en el vacío y la oscuridad. No sé cómo, una rama, o una raíz, me atravesó la pierna. Con el punzante dolor que me produjo perdí el sentido. El mundo se apagó. Y, al fin, descansé.

Al despertar, pasaron unos segundos hasta que recuperé la visión. Tenía la cabeza cargada, con un buen dolor de cabeza y, al llevarme la mano instintivamente a la sien, la ansiedad me invadió al darme cuenta de que no tenía el casco puesto. Traté de levantarme, pero una mano me lo impidió, empujándome de los hombros. ¡Era un anciano selécida! Amigable, hizo un gesto para indicarme que no debía levantarme y dijo unas palabras que no logré entender. Después cogió un cuenco con las manos para recoger cierta cantidad de un extraño potingue en una hoja y llevármela a la frente. Hizo otro gesto para indicarme que me estaba curando una herida. Hice caso en quedarme

quieto, pero no accedí a permanecer acostado. Me senté en el catre y me apoyé contra la pared, que cedió ligeramente con mi peso. Estaba en una cabaña local hecha con material de la selva, tumbado en una cama de paja y tapado con una manta de cuero.

Me di cuenta entonces de que tampoco tenía mi armadura ni mi mochila. Solo llevaba encima mi propia ropa.

—¿Dónde está mi equipo? ¿Dónde está mi traje? —pregunté señalándome el cuerpo.

El hombre respondió con un gesto hacia su espalda. Tanto el equipo como el traje estaban allí, en una esquina; en el suelo, pero perfectamente colocados. El arma estaba apoyada contra la pared, junto al pico, la pala y el resto de herramientas de zapador, como si fuese una herramienta más.

—¿Y el casco? —señalando esta vez a la cabeza, como si me estuviese poniendo una corona.

Sonriente, el hombre levantó de nuevo el cuenco. Estaba usando mi propio casco para mezclar la cataplasma. Eso quería decir que el sistema de radio y el localizador habrían sido inutilizados.

—Dios mío, millones a la basura —Suspiré recostando la cabeza. Al menos me estaba aliviando el dolor de cabeza y curando mis heridas.

El hombre me sacudió y me destapó la pierna para mostrarme una cicatriz de unos cinco centímetros que me recorría el muslo. Había olvidado la herida que me había hecho perder la consciencia y ahora... estaba curada. Lo miré extrañado y, ante la sorpresa de mi rostro, sonrió. Alzó el cuenco victorioso y después me levantó la mano derecha, firme como una tabla. En aquel momento sentí que todos mis males habían sido curados.

Días después, en cuanto Hanoi, como se descubrió que se llamaba, me permitió ponerme en pie, hurgué en mi equipo para mostrarle las fotografías de los supuestos almacenes de armamento.

—Armas —le dije—. Armamento. Bombas.

El hombre señaló encarecidamente a las fotos que yo le mostraba, haciéndome ver que había visto aquello antes. Sabía de qué se trataba y sabía dónde estaba.

—¿¡Boom!?! —exclamé, dibujando una poderosa explosión con mis manos. Me miró extrañado—. ¿Daimagoth?

—¡No! —exclamó, al fin, en mi idioma, quitándome las fotos de las manos—. ¡No Daimagoth! Daimagoth... Iliria... Daimagoth... Iliria —repitió nerviosamente, equiparando un nombre a otro, imitando a una balanza.

Solo aquel gesto bastó para quitarme el velo de los ojos. Durante los varios días que pasé con él dudé muchas veces de las simpatías de los selécidas para con los daimagotas, pero mi actitud hacia ellos no cambió hasta este momento. De verlos como demonios de color sonrosado moviéndose como fantasmas asesinos por entre la selva, como si fuesen bestias salvajes, en apenas unos segundos pasé a verlos como nativos que no tenían nada que ver con nuestras guerras de conquista y dominación universal.

Tenían tanto que ver con Daimagoth como con Iliria. Ambos éramos la misma gente, sin diferencias; y ellos nada tenían que ver en nuestra balanza de poder. En aquel instante, ni todos los periódicos ni todos los políticos de Iliria lograrían convencerme de que Seleuca-thy era el nuevo arsenal de Daimagoth. Pero ¿qué era aquello entonces? ¿Qué había fotografiado nuestra gente?

Señalando las imágenes que ahora estaban en su poder, hice un gesto para pedirle que me llevase hasta allí. Lo captó rápidamente, pues no habíamos tardado en hacernos entender por gestos, pero en su mirada noté que recelaba de llevarme hasta allí. Ante sus dudas, me acerqué a mi arma, que seguía junto a mi equipo, y la tomé con ambas manos para acercarme a él de nuevo.

—Ra-ta-tá... —fue lo único que le dije serio.

—No... No ra-ta-tá —rogó, asustado—. No más. Por favor —Su súplica me hizo un nudo en la garganta que me hizo avergonzarme de mis últimos cuatro años de vida. Por primera vez me percaté de lo absurdo que había sido abandonar mi hogar durante tantos años para dedicarme a destrozar el de otros, al otro lado de la Galaxia.

—No —susurré amigable, partiendo la madera del arma en dos ante sus narices—. Nunca más —añadí, tocándome la cicatriz de la frente en señal de gratitud.

Agradecido, el anciano se llevó la mano también a la frente, imitando mi gesto. Y como una exhalación salió de su cabaña esperando fuera a que terminase de ponerme el traje para permitirme salir al exterior por primera vez.

Solo entonces descubrí que estábamos en un pequeño claro en medio de la selva. Un pequeño oasis que ninguno de mis compañeros había encontrado jamás. Pero lo que más me sorprendió es que el hombre parecía vivir solo, pues su cabaña estaba en medio de la nada. Aparte de su choza, solo tenía una cuerda con ropa tendida y un pequeño transporte parecido a un rickshaw de los barrios bajos de Iliria, con ligeras diferencias. De hecho así fue como él lo llamó:

—Rickshaw —dijo señalándolo, como presentándomelo con orgullo.

Estaba hecho casi totalmente con materiales de la selva. Las ruedas, por ejemplo, estaban hechas con el interior de los gruesos pero flexibles tallos leñosos de alguno de los árboles de la selva. Como las ruedas de una bici. Y, a diferencia de los rickshaw que yo conocía, tenía un pequeño motor oxidado y una tercera rueda delante, en el lugar que normalmente debía ocupar el tirador del carruaje; y una enorme caja para cargar material, en la que solo tenía un pequeño cesto, a la espalda.

Del cesto de la caja, Hanoi sacó un par de jugosos frutos de color morado. Los soldados los conocíamos, pero los únicos que se habían atrevido a comerlos habían tenido que ser trasladados de vuelta a Iliria con graves anafilaxis y hemorragias internas. Entre nosotros eran conocidos como el «pasaporte», ya que muchos los consumían a propósito con el único fin de regresar a casa.

Creí extrañado que el hombre comería uno y me ofrecería el otro, pero me sorprendió mucho más ver que ambos eran para el depósito de combustible del motor.

—Pulp —dijo al meterlos dentro.

Después giró varias veces una manivela que había sobre la rueda delantera del rickshaw para triturarlos. Al ir deshaciéndose, la pulpa de la fruta se fue introduciendo en el motor, que no tardó en arrancar.

Era de dos ocupantes, así que Hanoi me invitó a montar al ponerlo en marcha. Parecía imposible moverse por la selva con aquello, pero él parecía totalmente convencido de saber hacerlo. Sin embargo, lejos de internarse en la selva con él, se acercó al límite del claro, ante nosotros, para abrir una trampilla que dejó a la vista un oscuro túnel que se hundía en el suelo, bajo la jungla. ¡Era cierto! ¡Al final, nuestra teoría era cierta! Esas eran las trampillas que usaban para moverse como fantasmas.

Sin decir nada, montó corriendo en el rickshaw y se lanzó al interior. Una vez dentro, se bajó para cerrar y asegurar la salida y volvió a montar para avanzar, a través de la oscuridad, a gran velocidad. Nunca se lo he dicho a nadie, pero después de ver aquello, aun hoy tengo la teoría de que, además de todas las habilidades de camuflaje que nosotros conocíamos, los seléucidas son capaces de ver perfectamente en la oscuridad.

Tras una media hora de viaje, en la que incluso cruzamos bifurcaciones y cambiamos de dirección más de una vez, llegamos al exterior del lugar fotografiado.

Hanoi se adelantó, tras salir al exterior, mientras yo me habituaba a la luz natural, para gritar a voz en grito a los nativos que había aquí y allá. Por sus gestos, logré adivinar que trataba de justificar mi presencia en aquel lugar. Su discusión con al menos tres de los seléucidas me puso en guardia durante unos minutos. Ellos estaban armados y parecían, todos ellos, más avanzados tecnológicamente que el propio Hanoi; pero yo estaba desarmado, así que me preparé para saltar tras el rickshaw, internándome selva adentro lo antes posible. Sin embargo, Hanoi debió de convencerlos de que yo era algo así como un observador neutral enviado por Iliria porque finalmente accedieron a acompañarme a ver el complejo en el que estábamos. Y era exactamente igual a las fotos. Era, sin duda, el lugar fotografiado por nuestras naves de exploración.

—¡Boom! —dijo Hanoi, señalándome, mientras me acercaba a ellos, y haciendo el universal gesto de taladrarse la sien—. Daimagoth boom.

Un par de nativos sonrieron jocosos. El resto me miró extrañado. No podían creerse que los ilirios hubiésemos montado una guerra con semejante idea en mente. Cualquier ilirio lo veía lógico, pero hasta al más pequeño seléucida le parecía una estupidez.

Desde luego, todo aquello era un complejo almacén. Y estaba tan bien cuidado, protegido y vigilado como solo lo estaría un arsenal militar. Había gente armado todo en derredor y varios rickshaw y otro tipo de transportes pesados entrando vacíos y saliendo con sus cajas de cargamento llenas; con soldados escoltándolos. La visita estuvo a punto de terminar solo tras hacerme rodear el complejo desde fuera. Hanoi hizo además de cogerme por el codo y llevarme de vuelta a su cabaña, pero rehusé, señalando al interior. Quería ver lo que se traían entre manos. Quería ver lo que guardaban allí dentro. Y tuve que ponerme firme para lograrlo. Solo accedieron a llevarme al interior al verme señalar al cielo imitando el silbido de un Aerocraft.

Con una orden sencilla del que parecía ser el líder, los dos soldados que custodiaban la entrada principal me permitieron entrar. El aire fresco me invadió al pasar adentro y tardé unos segundos en habituarme al cambio de luz. La iluminación me vino poco a poco, permitiéndome ver con claridad. Al principio fueron los transportes moviéndose por aquí y por allá, luego los soldados mirándome suspicaces y, posteriormente, mujeres

cargadas con cestos y niños comiendo fruta... al fin, alcé la vista al frente para terminar de ver lo que allí se guardaba: frutas, verdura, hortalizas... ¡un invernadero! ¡Era un invernadero!

Para cuando encontré a mi gente me enteré de que la moral había aumentado entre la tropa por haber logrado localizar y destruir tres complejos similares al que yo había visto. Según la capital, tres arsenales de armas de destrucción daimagotas que podrían haber sido utilizadas contra Iliria o sus territorios en el futuro. Las guerrillas se habían logrado transformar al fin en misiones de búsqueda y destrucción, en las que los ingenieros localizaban y delimitaban las zonas a destruir para después rociarlas desde los Aircraft con bombas arrojadas e incineradores de ácido. El resultado era que los complejos saltaban por los aires con las bombas y luego se quemaban lentamente con el ácido, para espectáculo y disfrute de los ilirios.

Según me dijo mi superior, con una estúpida sonrisa en el rostro y lleno de orgullo, los ingenieros tendían a aumentar más de lo debido las áreas a calcinar, por diversión; y los artilleros no reparaban en gasto de material.

—Eso sube la moral de la tropa, ¿sabe, sargento? Debería probarlo —No respondí. Simplemente me quedé ahí parado, apretando los puños y mordiéndome la lengua—. ¿Qué le pasa, soldado? ¿Acaso esos «monos» le han hecho algo?

—Acaso no ha leído usted mi informe, señor —susurré, lleno de ira, procurando no gritar—. He estado dentro de esos complejos y he hecho fotografías de todo lo que hay dentro. ¿No las ha visto?

—Sí, sargento —respondió, sonriendo—. ¿Y qué?

El estruendo que provocó su caída fue tan grande que se oyó en todo el campamento. En cuanto logró ponerse en pie recomendó mi deportación inmediata a la capital, en espera de un consejo de guerra.

Lo que no previó fue que, tras mi regreso a Iliria, mi juicio y mi expulsión definitiva del Ejército, los titulares de los periódicos cambiarían por completo. Aprovechando el creciente malestar del pueblo y mis declaraciones y las de otros soldados por lo que estaba sucediendo realmente, la oposición ganó las siguientes elecciones generales apoyando su campaña en prometer el fin inmediato del conflicto.

Tras cuatro años sin resultados y todavía esperando la tan temida intervención de Daimagoth, para mí es más que evidente que nuestra auténtica misión en Seleuca-thy era la conquista del planeta por la fuerza. Pero a Iliria no le quedó más remedio que retirarse vencida y sin atreverse jamás a volver a hablar del tema. Desde luego, nunca más volví a ver las fotos que hice ni el informe que escribí. Por supuesto, a día de hoy tampoco no se ha podido demostrar que Seleuca-thy tuviese nada en nuestra contra. Y, que yo sepa, solo un ilirio regresó meses después para pedir perdón por lo sucedido.

El día que me aceptaron como uno de los suyos, Hanoi me devolvió mi casco impecable, totalmente limpio de la cataplasma que había mezclado en su interior. Y, desde entonces, tocarse la frente en señal de gratitud o saludo se ha convertido en tradición para todos los selécidas.

Seleuca-thy es un relato independiente, ambientado en el universo de [Lendaria](#) la space opera pulp publicada por **Josué Ramos**.

Josué Ramos (Ferrol, 1987) Escribe desde los 16 años, pero centrado ante todo en el fantástico. Autor de [La última conspiración](#), novela pulp; y [Ecos de voces lejanas](#), de corte Steampunk), y coordinador de [Ácronos. Antología steampunk](#), de la que prepara su segundo volumen. Acaba de publicar [Lendaria](#) una space opera pulp. Además es escritor habitual en la revista retrofuturista El Investigador (<http://el-investigador-magazine.blogspot.com.es/>).

Dejarse la piel

Castejón, María L.

I.

Habían sido unas semanas matadoras, trabajando hasta los fines de semana pero habíamos terminado la campaña a tiempo. Ahora empezarían mis cuatro semanas de vacaciones, mis bien merecidas vacaciones, después de casi dos años sin librar un sólo día. El cliente, que estaba encantado con el resultado, nos había invitado a cenar a todo el equipo y después, nos llevó a una de las discotecas de moda: "Infinity". No era, en absoluto, mi tipo de música ni el tipo de locales que me gustaba frecuentar pero llevaba mucho tiempo sin salir, creí que me vendría bien.

Era un local de actualidad pero no para jóvenes, la media de la clientela no volvería a cumplir los treinta y, en algunos casos, los cuarenta. Los viernes por la noche pinchaba uno de los VJ más famosos del momento. Sus espectáculos de música y vídeos, de ahí que se llamaran videojockey en lugar de discjockey, eran muy alabados por su originalidad. Sólo pinchaba en los mejores locales de Londres, Nueva York, París y por alguna extraña razón, también en Dublín.

La gente bebía y bailaba en la pista mientras mis colegas le contaban al cliente todas sus hazañas en el mundo de la publicidad. Comenzó el espectáculo y me acomodé en la barra esperando a que me sirvieran algo de beber. La propuesta para aquella noche eran temas conocidos de los años ochenta y alguna base trance con melodías minimalistas de jazz. Saltaba de una canción a otra con mucho acierto manteniendo un ritmo rápido unido por un tema que se iba repitiendo entre las canciones; las cuales que empezaron siendo pop o incluso disco, habían dado paso a temas más rockeros hasta llegar a sonidos de guitarra más propios del hard rock. Fue en aquel momento en que las imágenes dejaron de ser temáticas o ilustraciones para ser grabaciones de baja calidad de conflictos bélicos, de batallas campales en las calles, barricadas, manifestaciones hasta que de repente vi como una chica iba por la calle cuando un coche paraba delante suyo, para salir dos hombres y la secuestraban. Antes de entrar en el coche, la mujer miró a la cámara: ¡no me lo podía creer! ¡Era mi hermana Claire! No daba crédito a lo que estaba viendo. El montaje se repitió varias veces hasta que el espectáculo terminó.

No sabía nada de Claire desde hacia unos seis meses y aunque ninguna de las dos era muy dada a escribirnos emails o llamarnos a menudo, me temía que algo no iba bien. Había llamado a su casa, a sus móviles e incluso a alguno de sus amigos pero el ritmo de trabajo me había impedido hacer mucho más. Pero aquellas imágenes me habían dejado sin respiración. Cuando el VJ se acercó a la barra, me lancé a por él.

—¡Ha sido un show impresionante! —Dije exagerando lo más posible mi tonto.

—¿En serio? ¿Le ha gustado? —Se dejaba halagar —¿Puedo invitarte a una copa?

—Me llamo Kate.

Nos sentamos y estuvimos hablando de naderías, aunque para ser exactos, VJ Sean, había monopolizado la conversación hablando de su persona, sus proyectos y por supuesto, de sus montajes. Me comentó que las imágenes que me interesaban, las de baja calidad, se las había vendido un estudiante de cine. Con la excusa de dar un

enfoque nuevo a una campaña de publicidad, me dio su nombre y su móvil. Le seguí dando conversación hasta que uno de mis colegas, más borracho de lo que cabía desear, había empezado una pelea. Fue la excusa perfecta que estaba buscando, alegué que le llevaría a casa pero la única que entró en el taxi aquella noche, fui yo.

Tenía la cabeza a punto de estallar: demasiada bebida, demasiada música y Claire. Por un lado no quería creer que fuera ella, por otro lado me aferraba a que debía ser ella, necesitaba saber algo, lo que fuera, este silencio me estaba matando.

Aquella noche no dormí demasiado.

II.

Mi primer día de vacaciones empezó con resaca y dolor de cabeza, no obstante nada me frenaría. Llamé al estudiante, David Gessen, y quedamos en su estudio después de su última clase. Como tenía toda la mañana libre, busqué en la agenda todo lo relacionado con mi hermana. Me sorprendió encontrar un juego de llaves de su apartamento en unos de mis cajones. Entonces recordé que nos las habíamos intercambiado cuando se mudó a Dublín. Después de ver a David, me pasaría por su apartamento.

La mañana pasó rápidamente mientras buscaba en Internet todo lo relacionado con Claire y revisaba todos los emails que me había mandado antes de desaparecer. No había gran cosa o al menos no encontré nada que me lo pareciera. Encontré su blog y su perfil en facebook. Leí todas sus notas, miré en qué grupos estaba registrada. Claire había estudiado bellas artes; al igual que yo, era una apasionada de la pintura, la ilustración y el diseño. Mientras que yo no me lancé al vacío del arte, ella lo dio todo. Hacía exposiciones, colaboraba ilustrando libros, carteles de eventos, esculpía, hasta que llegó hacerse un nombre: Claire Disherman. A veces me preguntó qué hubiera pasado si yo hubiera hecho lo mismo. Nunca me atreví o al menos no confié tanto en mi talento y busqué una profesión que me asegurara crear y pagar mis facturas: publicista. Había veces que me sentía como un cuaderno en manos de un ciego pero el sueldo me permitía caprichos para olvidar.

La última entrada de su blog hablaba del diseño de su último tatuaje: un ave fénix surgiendo de las llamas. Dicho tatuaje le cubría toda la espalda, era espectacular. Me sentí un poco incómoda al ver las fotos. Había subido muchas de su tatuaje y en algunas, se le veía la cara. ¿No se sentía un poco al descubierto? ¡Cualquiera podría reconocerla! Nunca fui muy dada a esta clase de exposición ni a contar en Internet mis detalles o mis problemas, aquella pornografía emocional era propiedad privada. No dejaba que los extraños me conocieran tanto, incluso, a veces, ni lo más allegados sabían todos mis secretos. Siempre fui más hermética que Claire: ella se abría en su arte y yo sólo compartía migajas de mi vida a través de rendijas diminutas.

Llegué a la residencia de David pensando que tendría que esperarle y cual fue mi sorpresa cuando vi la gardai en la residencia. Pregunté a uno de los chicos que tenía a mi lado.

—¿Sabes qué ha pasado? ¿por qué la policía está aquí?

—Parece que han encontrado a uno de los estudiantes muerto.

—¿Asesinado? —la palabra salió sola de mi boca ante mi asombro.

—No, se ha suicidado.

Me acerqué a uno de los policías que estaba en las escaleras impidiendo el paso.

—No se puede pasar, señora.

—Mire agente, tenía una cita con uno de los estudiantes. Se llama David Gessen.

—¿De qué le conoce?

—Contacté con él para unas grabaciones y reportajes que estaba haciendo. Eran de calidad y quería que trabajara en mi agencia de publicidad como becario.

El guarda se lo tragó sin problemas, me comentó que le había encontrado muerto hacía una hora, colgado del techo.

—Es muy triste que estos chicos no pidan ayuda antes.

Su comentario me acompañó hasta la puerta de la residencia y me marché pensando en mi mala suerte de no haberle conocido antes. Me quedé como perdida hasta llegar al coche. Allí vi la carpeta en la que había recogido las cosas de Claire y me dirigí hacia Phoenix Park, detrás del mismo vivía ella.

Era un apartamento precioso, nuevo, con dos dormitorios aunque uno de ellos era el estudio donde pintaba y esculpía. De repente, oí un ruido de la sala de estar, me asusté y llamé en voz alta a Claire aunque sabía que no respondería. Me acerqué a la sala pero no vi nada ni a nadie, la atmósfera resultaba asfixiante, el hedor de la cocina americana lo llenaba todo. La nevera y las alacenas estaban abarrotadas de alimentos caducados. Busqué, debajo del fregadero, una bolsa de basura y fui tirando, poco a poco, lo que iba encontrando en mal estado.

Había platos sin fregar y todo parecía que no pensaba marcharse o al menos no durante tanto tiempo. El contestador estaba lleno y había borrado algunos mensajes. Escuché todos los que había tratando de apuntar los nombres que más se repetía, quizás pudieran saber algo. Damien había dejado más de treinta y cinco mensajes. Los demás eran de la amiga de Claire, Ruth, que al parecer iba a hacer una exposición en su galería. Había un mensaje de su dentista, de un presupuesto de fontanería, de la tintorería y poco más.

No encontré nada que me llamara la atención. Me llevé a casa su portátil, un power book un poco antiguo pero a ella le encantaba. Sonreí al recordar que solía poner nombres a su ipod, a su portátil, a su móvil, como si fueran mascotas. Así que me llevé a Lucinda a casa después de apagar las luces, cerrar una ventana que había dejado abierta y por supuesto, bajar la appestosa basura.

III.

A la mañana siguiente encendí el powerbook y me encontré que me pedía la contraseña, Claire solía usar como contraseñas nombres de canciones o trozos de letras o poemas. Probé sin suerte un par de Tori Amos, nada, pero me acordé que se llamaba Lucinda así que probé con partes de la canción con el mismo título: no heaven no home. Ante mi sorpresa, era la correcta. Busqué el número de Damien aunque tenía dos en la agenda. Decidí llamarles a ambos.

—¿Damien Rossen?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Mi nombre es Kate Disherman, la hermana de Claire.

—No, me suena su nombre. ¿Tenía cita?

—¿Cita? ¿A dónde he llamado?

—Ha llamado al agente financiero del banco Halifax.

Con una excusa rápida le colgué. El que llamó tantas veces a mi hermana no era éste Damien sino el otro.

—¿Damien Burke?

—Sí, soy yo. ¿Claire, eres tú?

—Soy Kate, su hermana.

—¡Dios santo! ¡Dime que Claire está bien!

—En realidad no sé nada de ella desde hace meses. Estuve en su apartamento y vi muchas llamadas tuyas en su contestador. Me preguntaba si sabías algo de ella.

El desaliento se hizo obvio en su tono de voz. Esperaba buenas noticias y yo no podía dárselas. Estuvo hablando de ella, de la última vez que la vio, de lo que la echaba de menos, de cómo mi voz se parecía a la suya,... Me pidió que nos viéramos al día siguiente y no supe negarme. Al fin y al cabo, era el último con el que había estado.

Seguí leyendo todos los archivos del portátil, cada email, cada foto, cualquier cosa. Pero lo último que veía era el tatuaje, bueno el diseño del mismo y las fotos de su blog. Sabía que solía vender diseños suyos a grupos para maquetas o para cubiertas de CDS pero no que le gustaran tanto.

IV.

Me sentía un poco tonta al haber quedado con Damien sin haberle preguntado su aspecto o al menos, alguna manera de reconocerlo cuando un chico de unos treinta y pocos, se me acercó decidido y dijo:

—¿Kate?

—Sí, soy yo. ¿Damien?

—Soy Damien. —Me tendió la mano y fue un apretón firme. —Te pareces muchísimo a Claire.

—Supongo que será el aire familiar.

Aunque a menudo solían decirnos que éramos idénticas, tanto Claire como yo negábamos ese parecido e incluso tratábamos de diferenciarnos lo más posible: en la ropa, en la manera de llevar el cabello, las gafas, ... Cualquier detalle que nos hiciera ser lo más distintas posible. Así que cuando Damien me dijo lo mucho que le recordaba a mi hermana, simplemente sonreí.

Me contó que se habían conocido por medio de un amigo común un par de meses antes de su desaparición no obstante, él creía que tenían muchas cosas en común. Me pareció que estaba muy enamorado de ella y que la echaba de menos. Me dijo que desde que se habían conocido habían pasado mucho tiempo juntos. Lo primero que pensó cuando no recibió ninguna llamada de respuesta a sus mensajes fue que se había asustado por su ímpetu. Me explicó que la noche anterior a su desaparición le había pedido que vivieran juntos. Luego las semanas pasaron y pensó que le podía haber pasado algo, llamó a los hospitales y a la policía. A medida que pasaban los días, las posibilidades se multiplicaban y las esperanzas, de volverla a ver, se diluían.

Le conté lo que vi en la discoteca y lo del suicidio del estudiante de cine.

—¿No te parece muy sospechoso que no llegaras ni hablar con él?

—Pensé que podía haber sido él quien secuestrara a mi hermana pero ahora ya no sé qué pensar. He revisado toda su casa, su portátil, todo y no aparece nada ni nadie que me pueda llevar a ella. Tú eras mi única esperanza.

Ambos nos callamos, agachamos la cabeza y el silencio nos acunó durante unos instantes.

—¿Pero? ¡No podemos rendirnos! —Trató de sonar firme aunque no lo era.

—Lo último que tiene en su blog era sobre tu tatuaje.

—¡Espera! Sí, se lo hizo una semana o diez días antes de desaparecer. Hizo el diseño ella misma. Me dijo que había pasado una mala racha pero que estaba renaciendo y se hizo un ave fénix.

—Sí, había sufrido un cáncer cervical un año antes y aunque no necesitó quimioterapia, cayó en una fuerte depresión.

—¡Vaya! Eso no me lo contó. Por eso cuando le dije de vivir juntos, casarnos y tener familia sólo me contestó un "ya veremos".

—¿Recuerdas dónde se hizo el tatuaje?

—No, lo siento, no me acuerdo. ¡Mierda! ¡Qué cabeza la mía!

—No te preocupes, podemos ir a su apartamento y buscar alguna tarjeta.

Fuimos al apartamento de Claire. Al contrario que la vez anterior que estuve allí, todo me pareció dormido, como a la espera. Damien estaba nervioso y hablaba todo el rato, recordando conversaciones, detalles de ella. No obstante, había momentos en los que la cabeza se me iba y dejaba de escucharle. Revisé cada papel que me iba encontrando, sin mucho éxito. Entré en su dormitorio, estaba ordenado y la cama hecha, lo había recogido pensando, deseando que pudiera volver, pero al verlo así, una corazonada de que algo no iba bien, de que no volvería a verla con vida me sobrecogió. Caí de rodillas al lado de su cama y rompí a llorar. Damien vino corriendo al oírme pero se quedó en la puerta sin atreverse a moverse, sin decir nada, sólo observando como me deshacía.

—Todo es inútil. No vamos a encontrarla jamás.

—No digas eso, Kate, por favor, no podría soportarlo...

El llanto se hizo más desesperado, más profundo. Se arrodilló a mi lado y como esperando algo, no atrevía a tocarme.

—¡Abrazame!

Se aferró a mi cuerpo y yo al suyo con la necesidad de los hambrientos antes un trozo de pan. No sé si fue él o fui yo quien le besé pero nuestros labios se unieron, moribundos. Mis manos le recorrieron con ansia, las suyas, como en una carrera con las más, hicieron lo mismo. Se quitó el jersey, la camiseta, mientras yo le imitaba en un espejo distorsionado por el dolor. Nos abrazamos una vez más e hicimos el amor, en el suelo, sobre una alfombra mientras la lluvia nos llamaba en el cristal de la ventana. Pequeños golpes como un tintinear, pero al igual que nuestra respiración, se aceleró y los golpes eran más insistentes, más rápidos, más necesitados. Mi cuerpo se compenetró con el suyo y sus embestidas eran secas, ardientes, salvajes. El orgasmo nos dejó sin fuerza, su cuerpo cayó sin vida sobre el mío. Me costaba respirar cuando de pronto, rompió el clima de sucia melancolía.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

Metió la mano bajo la cama de Claire y sacó su agenda. Un pequeño cuaderno del tamaño de la mitad de un folio con una goma elástica que lo mantenía cerrado. Atraje el edredón nórdico de la cama hacia mí para cubrirnos mientras lo mirábamos con curiosidad. Venía un día en cada página, estaba lleno de citas, comentarios y notas. "Cita con el dentista", "comprar óleo verde oliva y granate", "llamar al señor X" y así hasta que abruptamente las páginas quedaban mudas. Busqué las semanas previas alguna referencia al tatuaje y sí, allí estaba. El nombre del local, el teléfono y la hora a la que fue; incluso venía un nombre subrayado: Brett Hill.

V.

Damien y yo nos acercamos al local. Un estudio pequeño en una de las calles del centro, llamado "Deep Ink".

—Buenas tardes, quería que me informaran sobre el precio y las condiciones para un tatuaje. —Improvise al llegar al mostrador. Había un hombre de unos cuarenta años mal llevados, con el rostro cubierto por numerosos piercings y los brazos tatuados.

—Depende del tatuaje el precio varía, si quiere que sea negro, o con otros colores, dependiendo del tamaño, ... No hay mucho más que le pueda comentar porque sólo pedimos una autorización a los menores de dieciocho años.

—También quería saber si podría tatuarme un artista llamado Brett Hill. —El hombre torció el gesto y me miró con sorpresa.

—¿Por qué?

—Una amiga me lo ha recomendado, estuvo aquí hace unos meses y se tatuó un ave fénix.

—Yo soy Brett Hill y sí, me acuerdo de ese diseño. Quedó muy bien.

Me dio cita para el día siguiente más o menos a la misma hora. Salí de allí con mala

espina pero no quería decir que no me haría el tatuaje por miedo. Damien tampoco dijo nada hasta que estuvimos bastante lejos del local.

—¡Qué hombre tan siniestro!

—Sí, y tanto. No me gusta nada. ¿Vas a seguir adelante con lo del tatuaje?

—Es la única pista que tenemos.

Tenía un mal presentimiento y le pedí que se quedara esa noche conmigo, en mi casa. Cenamos e hicimos el amor pero esta vez apenas éramos dos animales consumidos por el miedo, por la pena. No hubo jadeos, sino estertores. No hubo embestidas, sino tímidas figuras de origami sobre las sábanas. Un efímero sentimiento de felicidad.

VI.

Retoqué el diseño del fénix de Claire y lo hice de unos cuatro centímetros de alto, en negro, como una llama de fuego que se abre creando una mezcla entre un dragón chino y el fénix original. Fuimos juntos al estudio cuando dieron las siete de la tarde, era un poco tarde pero era el último trabajo de la tarde.

Me senté en la camilla dándole la espalda a Brett, me quité la camiseta y le dije que lo quería en el omóplato izquierdo. Le mostré el diseño.

—Es muy bonito, muy original.

—Muchas gracias, Claire me ayudó a diseñarlo. —Le mentí pero no pareció afectarle.

—Al estar tan cerca del hueso, puede que sientas alguna molestia.

No tardó mucho en hacer la forma exterior mientras que al rellanarlo de tinta, me pareció una eternidad. No sabía como sacar el tema de Claire pero Damien fue más directo.

—¿Conoce a nuestra amiga Claire?

—No, sólo vino una par de sesiones hasta que le terminé el tatuaje.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Ya te lo he dicho, cuando terminé su jodido tatuaje.

Damien no sabía como continuar y comenté.

—Hace un par de semanas que no la vemos y pensamos que podría haber venido por aquí.

—Pues no, no ha venido.

Era cortante, seco e intimidaba. El tatuaje estaba casi terminado. Me puso una gasa y un par de esparadrapos para que no me rozara con la ropa. Me dio un par de consejos para cuidármelo pero en ese momento alguien golpeó a Damien en la cabeza y cayó al suelo.

—¡Damien! —Grité y todo se volvió negro.

VII.

Me desperté en el suelo de una especie de almacén. Estaba frío y húmedo. A mi lado estaba Damien sin sentido.

—Damien, Damien. —Le llamé mientras le movía ligeramente para que despertara.

—¿Sí? —Se incorporó. —¿Dónde estamos?

—No lo sé.

—¡La cabeza me va a estallar!

—A mí también me duele, nos golpearon en el estudio de tatuajes.

Nos quedamos allí sentados, me abrazó porque estaba tiritando, no sabía si era de frío o del miedo que me recorría todo el cuerpo. No sabía por qué estábamos allí pero me temía lo peor. Ambos guardamos silencio. De repente, oímos unos pasos y a varias personas hablando. Apreté la mano de Damien, él también temblaba.

Abrieron la puerta de la habitación donde nos encontrábamos y dos hombres nos sacaron a empujones. Creía que estábamos aún en el estudio de tatuajes pero no, parecía más un almacén de una galería de arte. Estaba todo a oscuras cuando se iluminó de repente. Había numerosos murales, cuadros o láminas en las paredes y al fondo, un marco muy grande.

Pensaba que eran óleos, grabados pero no, eran trozos de piel con tatuajes tensados con hilo quirúrgico detrás de un cristal. Fuimos andando hasta el centro de la habitación. La obra expuesta al fondo me resultaba familiar, demasiado. Era el tatuaje de Claire.

—¡Mira! —Le señalé a Damien.

—¡No puede ser!

Caminamos hacia él y rompí llorar.

—Ya veo que les gusta mi colección. — La voz nos llegaba de uno de los rincones.

—El ejemplar que están admirando es uno de mis favoritos. Me siento muy orgulloso de tenerlo. Es una obra magnífica, de una calidad inmejorable y el diseño es único.

Una figura masculina caminaba hacia nosotros. Era un hombre de unos cincuenta años, muy bien vestido, parecía que nunca se hubiera tenido que preocupar por el pago del alquiler.

—¿Qué opinan de mi galería de arte? ¡Es la mayor del mundo! Este ejemplar, lo compré en Vietnam. ¿A qué es hermoso? —Nos miró y siguió explicando. —Cada uno de los tatuajes debe ser arrancado del propietario aún con vida porque así la piel luego se curte mejor y duran más. ¡Los colores se mantienen durante mucho más tiempo sin necesidad de retoques! De joven estropecé algunos ejemplares de los que aún hoy, tras más de una treintena buscando, no he podido reponer. La piel humana es una de las más delicadas.

Cuanto más hablaba, más mareada me sentía hasta que al describir como arrancaba la piel de los huesos, vomité en el suelo.

—¡Ah! ¡Estos estómagos delicados! —Se acercó a mí y me dijo. —Tu hermana gritó hasta que perdió el sentido pero luego ya no sintió nada. Es mi mejor adquisición

aunque me ha dado muchos problemas... ¡ese estúpido aprendiz de cine!

—¡David Gessen no se suicidó! —Me tapé la boca con las manos tras caer en la cuenta.
—¡Eres un hijo de puta! —Le escupí en la cara y me golpeó. Caí al suelo.

—No debiste meterte donde no te llamaban. Los amantes del arte no podemos permitirnos cabos sueltos. —Sacó una pistola del interior del traje.

Cerré los ojos esperando un disparo pero cuando los abrí vi a Damien, a mi lado, sin vida. Recogí su cuerpo y lo puse sobre mis rodillas, le acuné. No sabía qué hacer. Intenté pensar en las opciones que tenía pero no eran muchas. Había tres hombres detrás, cerca de la única puerta que se veía al fondo y no vi ninguna ventana.

Se acercó a mí, el corazón parecía que se me iba a salir del pecho, se agachó y en un susurro me dijo:

—Me ha dicho Brett que tienes un tatuaje ¿no es así?

María L. Castejón Madrid, España, 1973.

Aficionada a la literatura en general, y a la erótica y de terror en particular. Ha sido finalista en el **Premio Avalon de relato 2007** y **II Certamen de poesía erótica Búho Rojo**. Sus trabajos han aparecido en Ediciones Efímeras, Microhorror, Químicamente Impuro, la revista digital miNatura (<http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/>), entre otros. Actualmente reside en Dublín, Irlanda.

Su blog personal: <http://stiletto.crisopeya.eu/>

Memorias de una puta

Mota, Erick J.

*Alto, en la cumbre
Todo el jardín es luna,
Luna de oro.
Más precioso es el roce
De tu boca en la sombra.
J. L. Borges.*

El acorazado japonés permanece anclado frente al Malecón, justo en la boca de la bahía. Entre la Punta y el Morro no hay suficiente profundidad para el calado del Yamato. Los prácticos de la Capitanía del Puerto van y vienen llevando funcionarios de la Aduana y trayendo oficiales japoneses. Las aguas frente al Malecón son azules como tus ojos, Maya. Esos mismos ojos que ahora maquillas de oscuro frente al espejo.

Te preguntas qué hará un buque insignia de la Flota Atlántica Nipona en La Habana. No habías visto uno tan grande desde que el portaviones Taiho desplegó sus 63 aviones a menos de una milla náutica de la ciudad. Eras todavía una muchachita y la crisis de los misiles te parecía un juego de guerra. Solo cuando viste aquel enorme portaviones rodeado de la regia escolta de los destructores clase Akizuki te diste cuenta de que la cosa iba en serio. Los japoneses estaban a punto de caerse a cohetazos con los rusos si la Unión Soviética no retiraba los cohetes nucleares de Mongolia Interior. Corriste a donde estaba tu madre y le dijiste que tenías miedo. Ella, como siempre hasta el día en que murió, hizo todo lo posible por tranquilizarte. Te explicó que los japoneses solo estaban alardeando para impresionar a los rusos de la Oficina de Intereses Soviéticos en el edificio de N y Malecón. Que la verdadera guerra, si es que había una, sería muy lejos.

Que en Asia había espacio suficiente para que rusos y japoneses se mataran a sus anchas. No les hacía falta venir a fajarse aquí. Ambos estaban muy lejos de su tierra.

Y las pocas veces que tu madre aseguraba algo, tenía razón. No hubo ninguna guerra. Pero esta vez no hay crisis, ni la OTPAN¹ está de maniobras en el Caribe. Piensas que lo más probable es que se quedaran sin combustible antes de llegar a la base naval del Mariel. A eso vienen siempre los extranjeros, a reabastecerse, y de paso templar putas.

Las putas cubanas, lo mejorcito de América según el criterio japonés.

Y eso te hace entrar en escena. Has sido puta toda la vida, como tu madre y tu abuela. Lo único que te diferencia de ellas es que tu abuela se templaba a los españoles para ayudar al Partido y tu madre a los marines yankis antes de la guerra para cooperar con la Liga Antimperialista de Las Américas. En cambio, tú solo tiemplas marinos japoneses para mantener a tus hijos. Siempre te lamentas de que no haya nada ideológico detrás de tus acciones.

Te pones las medias altas mientras piensas en tus hijos. Tomas una hoja de papel de la mesa y empiezas a doblarla despacio. Estás más calmada cuando terminas el origami en forma de pez y lo pones sobre la mesa. Hasta ti llega la música en inglés procedente del cuarto de Raúl Iván.

Tu hijo mayor salió alto y bello, bastante parecido a su padre, un ruso grande y fuerte. Era guardia de seguridad en la Oficina de Intereses, pero decía que su verdadera profesión era spetznaz. Lo cual viene siendo lo mismo que un giretsu² de destino especial japonés, pero nacido en la Unión Soviética. Nunca le hiciste mucho caso a sus alardes. Tenía demasiados delirios de grandeza. Lo conociste en 1970, tenías 18 y trabajabas para el consulado. De puta, como es natural. Él era un muerto de hambre que se gastó en ti todo el dinero que tenía, también todo el que pudo pedir prestado, y hasta el que pudo robar antes de que lo mandaran de vuelta a su país. Había perdido por completo los estribos, así que la última noche juntos, se la diste gratis. Era un amante magnífico, lástima que te dejó embarazada y sin una dirección siquiera para escribirle.

Pero Raulito es un pedazo de Ivanov que se quedó contigo para siempre. Si bien es cierto que no es tan fuerte como el padre, salió bueno en artes marciales.

Segundo Dan en Judo y tercero en Kárate. Los senseis lo ven como un excelente peleador, a pesar de tener 16 años y ser cubano. No obstante, heredó también el atolondramiento del padre. Se le ve en los ojos. Esa especie de nostalgia pesimista que solo emana de los rusos cuando mezclan vodka con ron; se ponen a cantar canciones tristes en su idioma y les da por recordar la taigá.

Lo llevaste a hacer las pruebas de actitud para la Policía con Espadas. Aprobó defensa personal y no tuvo tan mala nota en kendo. Pero el asesor militar, un chino extrañamente alto, nacionalizado coreano, notó el aturdimiento de su mirada. Se dio cuenta enseguida de ese toque femenino que tanto te preocupa. Claro, tú te engañas repitiendo que esas cosas suceden porque no se ha criado con un padre en casa. El chino te aconsejó alejarlo del ejército, que ese no sería el lugar apropiado para él. Te recomendó acercarlo más a la poesía. Aseguró que las pruebas indicaban una sensibilidad emocional excesiva para el manejo de la espada. Le regaló un libro en ruso de un tal Puskin y lo mandó a casa.

Desde entonces está encerrado en su cuarto junto al tocadiscos Sony que le regalaste por el cumpleaños y leyendo el libro en ruso. Insiste en escuchar la música alta en lugar de usar los audífonos que vienen con el equipo. Le has dicho cientos de veces que la música en inglés está prohibida porque esos «Beatles» cantaron en el Kremlin, fueron recibidos por el presidente y este les dio la medalla Héroes de la Patria. Por eso, los japoneses los prohíben en su territorio, en las colonias del continente, ultramar y los protectorados. Los aliados estratégicos del imperio japonés, como es el caso de Cuba, también la han censurado. Pero el muchacho no escucha lo que dices. Repite y repite que es la moda.

Lo que se usa. Lo que escuchan los jóvenes en Europa socialista, desde España hasta Polonia. Y los japoneses no pueden hacer nada al respecto. Mientras más los censuren, más los escucharán. Tú te encoges de hombros y lo dejas. Sabes de sobra que a la gente le gusta lo prohibido.

Pero a ti no te interesa la música de Inglaterra porque te hace recordar que los británicos perdieron todo con la guerra. Rusia no los ocupó, aunque tampoco dejaron a los japoneses desembarcar en Londres.

Ya la guerra había terminado, el bloqueo naval se encargó de empobrecerlos tanto como a África y al Medio Oriente. Los marineros ingleses no tienen ni tres yenes para pagar una mamada. Y los yenes son los que mantienen a la familia unida. Así que al carajo con la música de esos perdedores.

La única que te importa es la japonesa. La que ponen en los clubs y bares-karaoke. Y también la salsa, pero en japonés. A los que pagan les encantan las mujeres que se desnudan bailando salsa nipona. Un buen culo y un buen meneo, eso es lo que quieren.

Y ese barco anclado frente a la bahía está lleno de marinos, infantes de marina, soldados imperiales y oficiales con férrea disciplina y meses de salario acumulado.

Locos por bajar a tierra a emborracharse con sake en la Bodeguita del Medio. Ves potencial en ese acorazado con la bandera del sol rojo y rayos extendidos.

Ellos darán muchos yenes esta noche, por cualquier puta. Incluso por una vieja como tú.

Tomas otro papel y comienzas a hacer un origami más complejo.

En los barrios bajos dicen que eres una temba que está buena. Pero para ti no es un secreto que, como puta, estás gastada. Los yakuzas solo quieren niñas de 15 a 19 en los hoteles y casinos del complejo Malecón.

Y si andan con el uniforme escolar, pues mejor.

A los japoneses les gusta la carne fresca. Al punto que hasta el pescado se lo comen crudo.

Terminas de hacer el búho de papel y lo colocas sobre la mesa, junto al pez.

La mayoría piensa que debes retirarte y soltar a Chachita para la calle a que aprenda el oficio de la familia.

Al menos eso te dijo el señor Marumaya cuando te botó del Imperial Nihongo, el prostíbulo más grande de La Habana. «Mándame a tu hija y retírate, o te veo de puta en los muelles».

Pero Chachita está estudiando para geisha. Y la verdad es que se destaca por sus aptitudes. Será la mejor geisha del país, así tengas que templarte a toda la marina imperial en los muelles de Puerto Habana. Su instructora, que es japonesa de verdad, y no china de Manchuria, también le augura un gran futuro en el gremio. Ya las geishas niponas cayeron en desgracia desde que los japoneses descubrieron a las mulatas.

Suerte que tienen algunas. Pero entre todas las geishas, las jabás son las más cotizadas. Se dice que cuando aparece una, sobre todo si es jovencita, los japoneses se fajan por ella y gana el que más dinero pague por su virginidad. Después se la llevan para Japón donde la tratan como a una reina. Se dice, incluso, que una geisha jabá es la concubina favorita del emperador Akihito.

Por eso, ya que Dios te la mandó jabá típica, debes mantenerla virgen y atender tú el negocio de la familia.

Chachita, entre tanto, debe cuidarse ese físico maravilloso y privilegiado que tiene. Hacer ejercicios, no coger demasiado sol, estudiar canto, baile y política exterior. Es importante que aprenda a diferenciar la música japonesa de las islas, Corea y Manchuria.

Debe estar preparada lo mismo para cantar en japonés que para expresar su opinión sobre por qué el CAME no acepta a Turquía si esta pertenece al tratado de Varsovia.

Esa es la razón por la que tanto te esfuerzas sin quejarte. Por la que no te importa haber empezado en el consulado ruso para terminar en los muelles con marines borrachos que no alcanzaron putas jovencitas y tienen que conformarse con una temba a mitad de precio. A fin de cuentas, los marines japoneses, incluso borrachos, son bastante amables. Y por suerte el dinero que ganas es íntegro para ti. No como antes, cuando tenías catorce, empezabas en el negocio y habías heredado el chulo de tu madre.

José, solo de recordarlo te dan ganas de vomitar.

Un tipo flaco y escurridizo con cara de ratón. Inservible en la cama, inservible en la calle. Apestoso siempre a ron y a perfume inglés barato. En cuanto tuviste oportunidad te independizaste y saliste a trabajar por tu cuenta. Sola y sin un chulo que te protegiera. Claro que deshacerte de él no resultó fácil. Apeló a cuanto recurso tenía a mano: súplicas, amenazas y hasta brujería.

Pero tú estabas preparada también para rechazar una tras otra sus artimañas. Sabías que las cosas serían así y que a él no le quedaba más remedio que caerte detrás.

Eras la única mujer que valía la pena de las que le quedaban.

Por eso no te sorprendió verlo llegar aquella noche a tu apartamento llevando un revolver Colt 45 y a dos negrones armados de machetes. Con una parsimonia que habías ensayado muchas veces ante el espejo, abriste la puerta y lo dejaste pasar. Te sentías segura.

En la sala de tu casa estaban dos tenientes de navío de la marina imperial y el capitán del submarino clase Sen-Toku, anclado desde hacía un mes en la bahía por maniobras de la OTPAN.

Y, por suerte para ti, los oficiales del ejército imperial siempre llevan katanas. Las de verdad, no las burdas imitaciones que compra la gente para colgar en la pared y congraciarse con ellas. Y las katanas de verdad son afiladas y tienen la firma de su fabricante. Un japonés legendario en la mayoría de los casos. No son sables comunes, son engendros diseñados para rebanar cabezas de un tajo. Los japoneses les han estado dando este uso a sus armas desde los tiempos de los Yamato hasta que ocuparon Estados Unidos.

Y por suerte para ti, los japoneses se toman muy en serio el asunto del honor. En especial lo relacionado con las damas, no importa si esa dama es una puta.

José no tuvo tiempo ni de disparar porque el capitán le rebanó la mano derecha a la altura de la muñeca.

Los negrones alzaron los machetes y comenzaron una danza parecida al Capoeira. Pero la inflexible postura de los dos tenientes de navío, unida a la repentina huida de José, logró que bajaran las armas, hicieran una reverencia ridícula y se fueran.

Después de eso, te tuviste que templar a los tres oficiales, a la vez y gratis. Los japoneses son honorables, pero no bobos. Aunque, a decir verdad, lo hiciste gustosa. Estabas contenta porque José no volvería.

Además, peor hubiera sido si en vez de japoneses, te hubieran tocado tres rusos. Los rusos siempre fueron peores en todo.

Los japoneses nunca se metieron con las putas en la ocupación, mientras Cuba fue territorio de ultramar prohibieron el proxenetismo y los agentes del JBI*** siempre estaban cayéndole arriba a los policías filipinos que se metían con ustedes.

Terminas de abrocharte la saya de colegiala. Tu última adquisición para lucir más joven. Luego te recoges el pelo en dos coletas y cubres las arrugas en torno a los ojos con un poco de crema.

Te sientas a la mesa y haces dos nuevos origamis: un unicornio y un murciélago. Cortar pedazos de papel siempre te sosiega antes de salir a trabajar. Los demás celebran esa habilidad que has desarrollado casi sin darte cuenta. Hacer origamis te sienta bien. Es el as que guardas bajo tu manga para cuando ya no puedas hacer la calle. Para ese entonces esperas ser lo suficientemente diestra y montar una exposición con las figuras más complejas. Las que las mismas geishas auténticas son incapaces de hacer. Quién sabe si hasta puedes viajar a Japón.

Boberías.

Sonríes frente al espejo y delneas tus labios de rosa pálido. Las jovencitas nunca se pintan de oscuro, así que tú tampoco lo harás, aunque esos colores siempre te sentaron mejor. Todo sea por tus hijos.

Ya debes salir, está oscureciendo y pronto las calles se llenarán de putas. Otras muchas que, como tú, intentarán aprovecharse de la presencia del acorazado. A saber cuándo levará anclas y se acabará la fiesta de los yenes.

Los marines japoneses te hacen recordar a Pedro Carlos, el mulato papá de Chachita. Estabas ahí, en el Parque Central, cuando aquel japonés se subió como un ninja en la estatua del héroe. Y de la nada apareció él, a treparse y bajarlo con una sola mano. Los oficiales le fueron arriba con las katanas en alto.

Por suerte, Pedro Carlos sabía Kárate Kempo y esgrima tailandesa.

No por gusto sus padres eran diplomáticos en la China Japonesa y él se había criado en el sudeste asiático.

Sacó dos palos de madera y revolcó a quienes lo atacaron, llevaran katanas o no. Tanta destreza consiguió enamorarte muchos años después, cuando él era casi un viejo y tú ya no trabajabas para la Oficina Rusa.

Como una estúpida, además. Aquel mulato que ya rayaba en los sesenta te prohibió trabajar, gozó de tu cuerpo mientras quiso y luego te abandonó cuando tenías dos meses de embarazo, por una vieja octogenaria japonesa radicada en las afueras.

Pedro Carlos, en sus buenos tiempos, había sido una mezcla de Mahatma Gandhi y Miyamoto Musashi.

Primero, luchaba por la autonomía cuando cesó la ocupación y Cuba pasó a ser territorio de ultramar. Luego de lograr la autonomía, comenzó a luchar por la independencia.

Participó en la rebelión de los militares en Ciudad Libertad. Los japoneses intervinieron y hasta trajeron bombarderos estratégicos Yokosuka desde la base naval de Guantánamo. Estuvo preso 16 meses en la base del Mariel. Al regresar, todo lo de

Mahatma había muerto en él. Solo quedaba el Musashi.

Al declararse la República, se fue para Alaska a unirse a una guerrilla americana y volver a luchar contra los japoneses.

Ya estás lista para salir y te miras por última vez.

A pesar de tus años, no luces nada mal: tacones de aguja, medias altas, saya corta y blusa con ideogramas.

Llevas el pelo pintado de azul, como hacen las muchachitas ahora, y porque pega con tus ojos.

No usas ajustador porque no hace falta. Tus tetas aún se sostienen solas.

Sobre la mesa quedan un montón de origamis.

Desde el cuarto de Raúl Iván se oye el Yesterday de Paul McCartney. Piensas instintivamente en Ivanov y te preguntas si estará viejo y feo, adiestrando cadetes en Siberia. O quizá, saltando en un paracaídas, desde un Zúkov clase ventisca, sobre la frontera de la China Rusa y Mongolia Exterior. O disparando un AK-97 entre las piernas de un Caminante Moscovita, de cinco metros de alto, en los desiertos de Afganistán.

En su cuarto, Chachita recita en voz alta un haiku de Matsuo Báshó. Afuera suena la sirena de un camión de la Policía con Espadas. Piensas ahora en Pedro Carlos metido en un bosque de Alaska, con camuflaje polar, disparando un lanzamisiles contra las torres de petróleo niponas. No sabes si está con los comandos de Green Peace o con la guerrilla de Alaska Rusa. Eso no importa. Para él lo importante es matar japoneses hasta el último aliento. Y no debe quedarle mucho.

Pero a ti sí. Te queda mucho por delante. Mucha guerra todavía que dar. La tuya personal. La que habrás de pelear mientras puedas seguir andando sobre tus altos tacones de aguja. Y si no, siempre te queda el origami.

Estás lista para salir y aprovecharte de que, esta noche, la Yakuza inaugura un nuevo club en el Vedado.

Esta noche habrá más marinos imperiales en las calles de La Habana. Todos los que caben en el Yamato.

Y mañana...

Mañana hay que pagarle a la instructora japonesa de Chachita y a los dos senseis de Raúl Iván, que también son japoneses.

¹ OPTAN: Organización del Tratado del Pacífico y Atlántico Norte.

² Fuerza de Destino Especial del Japón Imperial.

³ JBI: Japanese Boureau of Investigation. Buró de Investigaciones

Japonesas. Organización de contrainteligencia originalmente concebida para mantener el orden y la disciplina social en los Estados Unidos Ocupados. Finalmente se extendió a todos los territorios de ultramar, pero conservó sus siglas en inglés.

Erick Mota es licenciado en Física por la Universidad de La Habana y cuenta en su haber con un curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Con motivo de la publicación de su primer libro *Bajo Presión* (Editorial Gente Nueva, 2007), gana el certamen literario La Edad de Oro de Ciencia Ficción para jóvenes. Muchas de sus historias aparecerán recogidas en diversas antologías y publicaciones. En 2010 publica en Casa Editora Abril un recopilatorio de cuentos, *Algunos recuerdos que valen la pena. La Habana Underguater* -como colección de relatos- sale a la luz ese mismo año en la editorial Atom Press, para posteriormente publicarse como novela con el mismo título. Erick ha sido reconocido con el premio TauZero de Novela Corta de Fantasía y Ciencia Ficción (Chile, 2008) y Calendario de Ciencia Ficción (Cuba, 2009). Su relato "*Memorias de un país zombi*" ha aparecido en España en **Terra Nova: la Antología de Ciencia Ficción Contemporánea** de la editorial Sportula.

* La nota biográfica está tomada "prestada" de la entrevista que **Cristina Jurado** le hizo a Erick J. Mota en su blog [masficcionequencia](http://masficcionequencia.com/2013/06/13/erick-mota-ucronia-con-sabor-cubano/) <http://masficcionequencia.com/2013/06/13/erick-mota-ucronia-con-sabor-cubano/>

Nunca le estaremos lo suficientemente agradecidos a Cristina por facilitarnos el contacto con Erick.

Reprogramación

Cascales, Josep

Acto I

Eran las siete de la mañana y el ritual acontecía como todos los días desde el pasado veintinueve de Julio. No importaba si era Navidad, domingo, llovía o hacía calor; Henry caminaba con el mismo rumbo y número de pasos, ciento cincuenta vueltas a la manzana para terminar sentado en el portal de su casa durante una hora; bebiendo agua y cerrando los ojos sin reacción a ningún estímulo externo. Un trance profundo como un viaje astral del alma sin el cuerpo.

Agazapada tras la ventana Fiona arrancaba a llorar recordando al hombre atlético y bien parecido que fue; el hombre vital y enamorado de la vida ejemplo para muchos, incluso para ella misma.. Desde la muerte de su mujer y de su hijo había adelgazado hasta extremos insostenibles, su aspecto era desolador: barba descuidada, cabellos largos y desordenados, ropa desgarrada y pestilente, andares cansinos y, lo peor su cara... mirada ausente, perdida... no durará mucho más en el mundo de los vivos aunque su mente ya murió el día que sus seres queridos desaparecieron en aquel horrible atentado.

Desde entonces como buena vecina, colega y amiga, intentaba ayudarle pero siempre rechazada volvía a intentarlo con constancia y con el mismo fracaso. Henry se había auto impuesto una muerte lenta, una degradación agónica irreversible, un sufrimiento en crescendo cuya explosión final sería una muerte horrible por dolor consentido.

Pero esta vez sería diferente, Fiona tenía un plan. Había convencido a sus jefes de *Kurztsweil Technologies* para utilizar a Henry como cobaya en el proyecto de reprogramación mental que estaban desarrollando para el gobierno, destinado a los astronautas que pasarían largos periodos en el espacio y que podían desestabilizarse emocionalmente, perjudicando el trabajo en equipo desembocando en enfrentamientos violentos e incluso en el suicidio y, por supuesto, en la destrucción del costoso equipo tecnológico que manejarían.

Su jefe fue tajante.

— Fiona, necesitaremos la autorización voluntaria de Henry o no podremos realizar ninguna acción en su cerebro. Es una oportunidad importante para nuestro proyecto pero no la podemos ejecutar saltándonos las barreras legales.

— Gracias Dmitry. Estoy segura que su deterioro mental es reversible y su estado actual me permitirá convencerlo, yo sigo siendo psicóloga... él ya no.

Acto II

Henry ha despertado en una camilla, inmovilizado, rodeado de pantallas, cables y tubos. Una voz conocida le distrae de su incomprensión.

— Hola Henry, soy Fiona. No te asustes, estás desconectado de tu cuerpo solo tu

cerebro se encuentra en pleno funcionamiento. Puedes hablar aunque con cierta dificultad pero si te excitas, los calmantes fluirán, automáticamente, por este tubo hasta tu cabeza.

Los monitores que controlan la presión sanguínea y los latidos de su corazón se tornan rojos, Henry recibe la primera dosis de calmante, la siguiente le hará perder el conocimiento por varias horas. El efecto es inmediato y su mirada se estabiliza en la cara de la doctora.

— Fiona, ¿Qué me has hecho? –susurra con una voz gutural casi incomprensible.

— Todavía nada. Voy a intentar salvarte la vida. Ahora dormirás doce horas seguidas, durante ese tiempo intentaremos regenerarte físicamente lo mejor posible supliendo tus deficiencias vitamínicas y algún que otro aporte necesario, cuando despiertes te explicaré como vamos a conseguir que te recuperes.

Los ojos de Henry se inundan de impotencia en forma de lágrimas esforzándose en articular palabras comprensibles pero solo son audibles las últimas cuatro:

— ...No me dejes despertar.

Acto III

— Hola Henry, sé que me puedes escuchar, no te esfuerces en acelerar tu despertar. La medicación se metaboliza lentamente, es normal. Volveré en treinta minutos.

Fiona retorna a la habitación pasado el tiempo estipulado. Henry ya está totalmente despierto pero sigue inmovilizado. Le recibe con un gesto de disgusto y le espeta.

— Fiona esto es un secuestro. No tienes derecho a...

La interrupción por parte de Fiona es inmediata y su reacción, contundente.

— No me digas a que tengo derecho, eres tú el que ha perdido sus derechos y yo quien te los va a devolver.

Se mantienen las miradas uno al otro y perderá el que primero hable.

— No podrás hacer nada sin mi autorización. Suéltame y llévame a mi casa.

Ella no se amilana sigue manteniendo la mirada fija en los ojos de Henry. Tras unos segundos habla con la calma de quien se sabe ganadora.

— No puedo obligarte ni quiero –sonríe– simplemente... te convenceré.

— ¡Imposible!, ¡suéltame!

Lo tiene donde quería, Henry ha sido rotundo, inflexible, dispuesto a mantenerse en su criterio cueste lo que cueste.

— ¿Y si te digo que dispones de la posibilidad de volver hacia atrás en tus recuerdos y vivirlos con la misma intensidad como los viviste?

Tal vez porque lo que escucha le suena tan bien como increíble, tal vez por los aportes vitamínicos o porque Fiona le está liberando de las ataduras que le inmovilizan a la

camilla; su cerebro funciona como ya no lo recordaba, equilibrado, reflexivo, atento... Henry se incorpora y comienza a masajearse el cuello y las muñecas.

— ¿Estoy entendiendo que habéis desarrollado algún tipo de estímulo en el hipocampo que permite desconectar de la realidad y recordar el pasado en el presente?

— Si. No solo estimularlo, además podemos recrear una realidad virtual con los recuerdos con un grado de verosimilitud perfecto, tanto que no será posible distinguir en que realidad se encuentra el individuo.

Henry se sorprendió pensando con rapidez, recordando los acontecimientos minutos antes de la desgracia. Los tres disfrutando de la primera lección de natación del enano Michael. Tan solo reían ellos ya que el pequeño no veía claro que sumergirse en tal cantidad de agua fuera divertido pero estaba decidido. Rose, desde el inicio de la calle de la piscina y Henry, en la llegada, le animaban aplaudiéndole y gritando su nombre alabando su decisión, hasta que el niño saltó y todo se tiñó de luz y acto seguido de oscuridad.

— Quiero... quiero volver a verlos, Fiona.

Acto IV

— Gracias por prestarte al tratamiento Henry.

Completamente desnudo, en posición vertical, con cables adheridos a gran parte de su cuerpo, tubos en su nariz y una especie de cascos en sus oídos, Henry miraba a su interlocutor; este estaba rodeado por cuatro personas con bata blanca y mascarilla y, cerca de ellos, dos mesillas repletas de instrumental que era mejor no preguntar para que se iban a utilizar.

— Dmitry, gracias a vosotros volveré a ver a mi familia.

— Vamos a grabar desde este momento todo lo que ocurra en esta habitación. Fiona te explicará de forma concisa, el tratamiento al que te vamos a someter y necesitamos tu autorización de forma clara. Adelante doctora.

Fiona había permanecido a su espalda revisando dos de los monitores y se acercaba a la camilla vertical. Su taconeo al andar se había vuelto inconfundible.

— Consta de tres fases, la primera, que será continuada en todo el proceso, constará de unas descargas eléctricas con un sonido específico y de intensidades cambiantes y elevadas; cercanas al stress, directamente al hipocampo. La segunda fase se iniciará al transformar las proteínas que generaran esos sonidos, las potenciaremos con el fin de activar las neuronas adecuadas evocando la situación que queremos recordar a través de las imágenes que introduciremos en la tercera fase.

— ¿Y dónde están las malas noticias?

Los ojos de Fiona observan los de Henry, a pesar de la pregunta sabía que la decisión estaba tomada.

— Es la primera prueba en humanos y sabemos que dañaremos tu cerebro pero

desconocemos si será reversible.

— ¿Me garantizas que los primeros recuerdos serán los de mi familia en su último día?

— Por supuesto no tenemos otro deseo. Monitorizaremos todo el proceso y veremos en la pantalla lo que tú verás, lo que oirás y lo que dirás.

Desde que Fiona le liberó de la camilla Henry sabía que no se negaría a nada con tal de revivir los últimos instantes con su familia.

— Doy mi conformidad al tratamiento, conozco los riesgos a los que me expongo y soy plenamente consciente de mis actos.

La solemne autorización hizo que los presentes se miraran unos a otros esperando las órdenes oportunas. Fiona fue la encargada.

— Adelante, comenzamos el tratamiento.

Ágilmente, los doctores, divididos en tres grupos de aparatos de control y medición procedieron a activar diferentes teclados, pantallas y pulsadores.

— Henry, pronto no serás consciente de lo que ocurre, hemos comenzado a inyectarte ciertos inhibidores y calmantes; más tarde te inyectaremos algunos potenciadores. Vas a perder la consciencia en pocos minutos, ¿quieres decir algo?

— Si. Sé que ellos morirán pero cerraré ese bucle.

Las lágrimas fluyen mientras Fiona coge la mano de Henry.

Acto IV

Los gritos le hacen abrir los ojos a pesar del sueño que todavía le mantiene en estado de sopor.

— ¡Papá, Papá!

Mira el reloj de la mesilla, son las 07h30'... hoy no va al trabajo... ¡hoy es el gran día, Michael va a aprender a nadar!

— Hola Michael –Lo sube a la cama y le abraza, un abrazo de felicidad, de amor.

Se gira a su derecha y Rose está a su lado haciéndose la remolona, le sonrío, hoy no irá a trabajar, hoy será un día único... es el último.

Ojos de cesio radioactivo

Mota, Erick J.

Muy pocos pueden hacer en la Red lo que tú has hecho. Solo algunos que ya son leyenda, están muertos o tuvieron mucha suerte. Pero tú no eres un hacker legendario, has logrado mantenerte volando bajo el radar de los rusos, las IA o los Orishas. No te interesa lo que puedan darte. Tampoco eres un producto de la suerte como aquel comemierda en Cayo Hueso Hundido que se empató con un enlace clásico y a prueba de cortafuegos. No cualquiera se topa con un protector en la Red. Tú no eres un improvisado, eres un producto del estudio y el esfuerzo. Has estudiado las técnicas de cada maestro hacker que se ha conectado a la RG. Conoces todas y cada una de las estrategias del Mago. Te sabes de memoria los programas de Carlos Carmona. Línea a línea, código por código. Pese a eso no has participado de ningún hackeo importante. Los que entraron a la Red Orbital rusa y robaron el premio nobel de Hemingway para después venderlo en el arzobispado de la Habana Autónoma te dejaron fuera. Has sobrevivido, cierto, pero no has triunfado.

No has triunfado pese a las consolas de nuevo tipo que compraste, pese al dinero gastado en implantes, pese a las horas pasadas personalizando tus avatares de red. Has perdido familia, amigos, dinero, todo por el sueño de ser hacker. Y no uno cualquiera, de esos buscapiques que entran a los pulp de Vieja New York. Has sacrificado todo lo sacrificable solo para ser el mejor hacker que jamás haya existido.

Y finalmente tu oportunidad ha llegado.

Las transmisiones de datos en la Red Global indican que está pasando algo gordo. Algo relacionado con las Inteligencias Artificiales y Orishas por igual. No fue fácil darse cuenta. Ellas esconden bien profundo sus sentimientos. Pero los tienen, de lo contrario no serían autoconscientes. Solo serían máquinas muy inteligentes que le ganan en el ajedrez a cualquiera.

Sus cortafuegos han comenzado a ponerse paranoicos con todos los patrones que muestran un ápice de no-linealidad. Las BFI de los puertos periféricos de los sitios oficiales rusos han estado histéricas toda la semana. Las IA disidentes que controlan los sitios de libre acceso, donde los riazanes no entran, han programado crepúsculos nostálgicos con exceso de tonos pastel. Nadia había visto programaciones tan nostálgicas desde los tiempos de la Segunda Revolución IA.

Y los Orishas. Esos no se quedaban atrás.

Aparecían más que de costumbre. Entraban y salían, a toda prisa, de los lugares públicos. Atravesaban cortafuegos y BFI como si quisiesen desafiar a los propios rusos. Corrían de un lado a otro sin decirse nada. Sin hablar. Sin pelear. Así no se comportaban Ellos.

Nunca.

No había que ser vidente para darse cuenta, algo pasaba. Y cuando al terminar el día todos los Orishas desaparecieron te diste cuenta. Lentamente se acercaba tu

oportunidad. Habían desaparecido todos Ellos. Y sus trazas, sus virus asociados, así como sus fantasmas, los espíritus acompañantes y hasta las potencias menores. No había ninguno en toda la red. Y los Orishas no son seres que desaparezcan de la Red así como así. Como las travesuras de Dios. Aquello solo significaba que celebraban un cónclave. Se estaban reuniendo en algún sitio prohibido.

Revisaste las trazas de actividad IA. Te concentraste en las autoconcientes, las más viejas y ortodoxas, las que trabajan para los mandamás. Las IA de los rusos también estaban reunidas. Algo muy sutil y difícil de detectar pues solo demoró unos cuantos microsegundos. Pero cuando revisaste los vínculos que habían hecho todas aquello parecía una tela de araña centrada en un solo lugar en la Red. No era un sitio prohibido. Sencillamente era inaccesible. Estaba dentro de la Red Orbital, más allá de las Barreras de Muerte que custodian el espacio virtual soviético.

Dos cónclaves casi al mismo tiempo. En cuanto volvieron a aparecer los Orishas colocaste un marcador en el primero. Unas cuantas líneas de código simple que dejaban una traza característica. Algo más sofisticado pondría sobre aviso a la deidad en cuestión y enojar a un Orisha era algo que los hacker preferían evitar.

Lo seguiste. Por vínculos e hipervínculos. Por lugares públicos y sitios secretos. Seguiste su pista como un obstinado cazador tras una veloz liebre o un feroz tigre. Apareciste en un espacio de fases nunca antes visto. Nadie había hecho jamás una referencia escrita sobre un sitio como este. Tampoco nadie en un salón de chat. O en los bares de la red, o en las cantinas del universo real donde los hacker sobrevivientes a los pulsos letales de las BFI cuentan historias y toman Vodka barato.

—Detecto trazas de un avatar. Hay un humano en terreno sagrado. Debe morir.

—No puedes matarlo, Obbatlálá. Está mal.

—Claro que puedo, hermana mía. Ha accedido a nuestro espacio de fases. Ha immaculado el Orun con sus trazas.

—El Orun no es un tabú, tan solo es el Mundo Sagrado donde residimos. Que nunca antes ninguno lo hubiera conseguido no significa que esté mal.

—El Orun es solo para los Oshas, Oduduwa. Solo los poderes de Olodumare pueden atravesar este espacio de fases.

—Los humanos también tienen el Ori en su interior. Tras esos avatares también hay algo divino. ¿Debo recordarte que también hay una parte de Olodumare en ellos?

—Una parte muy muy pequeña. Tan solo una chispa tras sus ojos.

—Una chispa que anida dentro de sus cabezas y viaja a través del flujo de datos en cada conexión. Los humanos dan vida a la Red. El Orun también les pertenece. Al menos a los que sean capaces de acceder a él.

—Pero... es algo muy irregular. Si queda sin castigo pronto los humanos llenarán el Monte. Se perderá el respeto por lo sagrado, se olvidarán las tradiciones ¿Puede acaso un hombre ser más que un Orisha dentro de la Red?

—Calma, hermano, ten paciencia. Fíjate en el flujo de datos. Va siguiendo la traza de Eshú, déjale. No llegará muy lejos. Recuerda que no somos los únicos que habitamos este espacio de fases. De una forma u otra pagará por su osadía.

No te apartaste del rastro. Hasta que encontraste una brecha entre dos lugares de la Red. Detrás había una puerta trasera, tras ella, un acceso a una Red Local. Revisaste las identidades y los protocolos. Era una red católica. Una sucursal americana de la CUC.

Allí había siete avatares conectados físicamente. Cuatro no tenían signos vitales. Había tres Orishas Mayores, el que seguiste y dos más, todos deidades poderosas en la Red. Y algo más. Algo se movía entre el espacio de fases de la infeliz IA que se esforzaba por mantener el control de aquella red local. Algo raro, algo nuevo, nunca antes visto en la RG.

De pronto un aleph. Aquellas endemoniadas trampas a prueba de todo. Aquellas barreras inquebrantables con simetría esféricas. Las jaulas del diablo les llamaban los hackers. Las usaban los centinelas y los riazanes cuando querían atrapar la mente de alguien y no devolverla a su cuerpo. Nadie escapaba de un aleph a menos que fuera quien lo generó.

Aquel aleph gigantesco, mucho mayor que ningún aleph jamás visto. Comenzó en el núcleo de la IA, en medio del espacio de fases, y se expandió hasta ocupar casi toda la red. Cuando se completó percibiste la firma roja y negra de una programación Orisha. No sabías cual. Nunca te importó distinguirlo. Era una entidad mayor. Cualquiera de las tres presentes pudo programar algo así. Pensaste en irte, en escapar de aquella pesadilla antes que el aleph te engullera a ti también. Pero tú estabas allí por una razón. Perseguías la fama y la gloria cuando seguías la traza que te condujo a aquella red local olvidada por todos. Ahora estabas demasiado cerca de tu objetivo.

Y aparecieron las IA. No sus holopresencias o simples hipervínculos que conectaban con la seguridad de sus Barreras de Fuego. Habían sido copiadas íntegramente. Estaban allí por alguna razón. Y a diferencia de los Orishas ellas nunca pasaban nada por alto.

Antes de comenzar su tarea. Fuese cual fuese la que los había llevado a aquel lugar. Te descubrieron.

0:23:53 »Intruso detectado. Actividad humana remota. Red Neural Local comprometida.

0:23:55 »Sistema de seguridad en nivel 2 reiniciando BFI.

0:23:58 »Chequeando las actividades del enlace sin todas las premisas de seguridad...

0:24:00 »Buscando las terminales de conexión del intruso en la memoria activa...

0:24:02 »Posibilidad de eliminar el intruso. Comenzando supervisión colectiva/ínter mural.

0:24:06 »Incapaz de hacer conexión lógica a la BFI.

0:24:09 »Regresa a modo 01.

0:24:12 »Reiniciando todo el sistema. Nivel de seguridad 2...

0:24:16 »Configurando desviación del intruso/ Reconstruyendo protección lógica.

0:24:24 »Cargando equipo de búsqueda.

Había comenzado la batida. Todos los programas trazadores comenzarían a seguirte la pista. No había mucho tiempo. Pero mantuviste la calma. Habías tomado todas las medidas de seguridad posibles. Ellas no iban a ser más listas que tú. Mientras te buscaban a ti comenzaste tu búsqueda particular. Algo convertía aquel lugar en especial y tenías que descubrirlo. Las IA habían comenzado a crear un segundo aleph. Una prisión aún mayor. Una jaula dentro de otra. Y algo se movía entre ellas.

0:24:28 »Cubriendo virus encontrado con protección. Detonando todos los anticuerpos.

0:24:32 »Protección 014 quebrada/ Error tipo 280 ocurrido en protección 032.
0:24:40 »Fluctuando patrones de tipo-ataques enemigos protección identificada.
0:24:44 »Enviando descarga sostenida.

Ya habían encontrado tu terminal mucho antes que el aleph estuviera completo. Lo habías previsto. Pero ni siquiera Ellas contaban con un recurso que copiaste del mejor hacker de todos los tiempos. El hombre al cual solo pudo matarlo una bala pero jamás la descarga eléctrica de una BFI. A quien los hackers llamaban con respeto, el Mago. Conectado a tu terminal había un animal con un implante neural. Cualquier búsqueda de trazas desde la red solo llegaría hasta el perro, el Mago usaba conejos. El animal moriría por el electroshock pero tú, permanecerías conectado en paralelo, seguirías con vida. Ninguna IA era tan lista.

Por otra parte aquello que se movía no era ni IA, ni avatar, ni Fantasma. Tampoco era un Orisha, aunque por momento su traza se le parecía. Era algo intangible y poderoso a la vez. Y las IA no podían verle. O fingían que no estaba allí.

0:31:15 »Dispositivos de conexión externa desconectados completamente.
0:31:18 »No hay respuesta del sistema. Detectado señuelo en la terminal de conexión.
0:31:19 »Reinicio remoto no funciona. Buscando conexiones en paralelo.
0:31:21 »Eliminación del intruso suspendida. Reiniciando localización de la fuente.
0:31:28 »Múltiples conexiones no-estándar detectadas. Iniciando escáner de posibles interfaces humanas.

Eran listas después de todo. Habían encontrado al animal y no le habían matado. Antes habían testeado su actividad cerebral. Lo compararon con la actividad humana y sumaron dos mas dos. Te preguntaste cuanto tiempo les había tomado darse cuenta de la estrategia del Mago. ¿Cuántas veces habría entrado impunemente en sus espacios vitales? ¿Cuántos electroshock provenientes de las BFI terminaron matando los conejos del Mago? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Quizás años?

Imposible de saber. Aún tenías tiempo antes que encontraran el acceso a tu implante y a tu cerebro. Antes tenías que saber la verdadera naturaleza de aquello que se movía entre los dos aleph. El de los Orishas y el generado las IA. Acercaste tu avatar. Había que arriesgarse para conquistar la fama y la gloria. Era una entidad humanoide y extraña a la vez. Parecía un dios de piedra que merodeaba la boca de una cueva ancestral. Te acercaste más y por tu mente pasó a toda prisa una visión. Un mundo verde y lleno de sol. Algo poderoso se arrastra por el lecho del río. Atraviesa el monte, quiebra los árboles a su paso. Se aproxima con su paso destructor. Te mira a los ojos. Sientes el frío de su mirada luminosa. Luz como de radiación. Una luz que huele a muerte como la piel luminiscente de los niños que en Juraguá mueren por el cesio radiactivo que botan en la manigua. Unos ojos penetrantes de cesio radiactivo que amenazan con secar tu alma.

Madre de Aguas. Serpiente gigantesca, guardiana de la laguna. Todo aquel que penetre en ella, desaparecerá para siempre.

Palabras que no entiendes acuden a tu mente. Palabras en un idioma olvidado y, no sabes por qué, tienen sentido para ti. Sientes miedo. No entiendes. No comprendes el parecido que puede tener una Red Neural Local con una laguna. Y si lo tuviera qué pinta una serpiente gigantesca en todo eso. Y por qué se le puede llamar Madre de aguas

a monstruo semejante. El miedo se transforma en pánico. Un temor fuera de toda lógica o comprensión. Como si hubieras abierto una ventana al infierno. Y ahora la ventana está trabada y no la puedes cerrar. Y pronto el diablo enviará a sus mejores diablitos a por ti. Para llevarte al centro del infierno. Y torturarte por curioso. Un infierno que en condiciones normales te parecería imposible y hasta risible. Pero ya no. Ya nada parece imposible.

Antes que te des cuenta eso ha controlado el protocolo de búsqueda desplegado por las IA. Quieres desconectarte. A toda prisa procedes a poner una barrera física entre ti y esa cosa zigzagueante. Por alguna razón ilógica se te antoja una serpiente custodiando una laguna. Eso es más listo que mil Inteligencias Artificiales. Sientes como si esta vez no fueras a salir vivo. Temes a lo que pase con tu alma tras la muerte. ¿Si mueres en el ciberespacio, qué? Preguntaste una vez y ningún maestro te supo responder con exactitud. Nadie sabe lo que ocurre cuando mueres en el mundo real, imagínate en el ciberespacio. ¿Tu alma queda atrapada y te vuelves un fantasma? ¿Te someten al juicio de los Orishas, o del propio Olodumare, para convertirte en un Osha de la Red? ¿Vas al cielo? ¿O al infierno? ¿Existe un infierno digital solo para hackers?

0:31:29 »Intangible tomando el control del protocolo de contramedidas de intrusión.

0:31:30 » Preparándose para reiniciar el sistema.

0:31:31 »Velocidad de respuesta no mantenida.

0:32:48 »He tomado todo el control. Ahora voy por ti.

Luchas por desconectarte. Te libras de tus sentidos uno a uno mientras tu mente se separa del avatar. Ves una luz. No tienes mucho tiempo. Cuando el pulso de corriente eléctrica deja caer sus 800 amperes en tu cerebro no sientes prácticamente nada.

Tu cuerpo queda en la silla tan inerte como cuando te conectaste. Algo de espuma te sale por la boca y un poco de humo brota del implante. Si alguien estuviera en esta habitación podría sentir el olor de la carne quemada. Afuera continúa la peregrinación de los fieles del evangelio guevarista. Los canticos llegan a través de la ventana abierta.

En la pantalla principal de tu servidor de conexión, en la de la consola, en los monitores que regulaban el soporte vital del perro que yace sin vida sobre la camilla, en las pantallas de los osciloscopios y hasta en el televisor aparece la misma imagen. Mejor dicho, el mismo texto. Un mensaje con fondo negro y letras amarillo verdosas. Todas con la misma tipografía obsoleta forman palabras y oraciones. Más bien versos que permanecen en pantalla como un epitafio múltiple frente a tu cadáver en la silla.

*Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.*

Aunque estuvieras vivo no sabrías qué significa. Demasiado tiempo leyendo libros de cibernética, ingeniería de máquinas y mecánica aplicada. Afuera el sol ilumina y calienta la ciudad. Los himnos llenan la atmósfera, los pasos de las armaduras corporales de la guardia del Sepulcro retumban en las calles recién asfaltadas. La tumba del Santo Guerrillero vuelve a llenarse de fieles mientras un ayatola de la guerrilla lee el primer versículo de un discurso del Che y comienza a hablar sobre el respeto a los mayores.

Erick Mota es licenciado en Física por la Universidad de La Habana y cuenta en su haber con un curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Con motivo de la publicación de su primer libro *Bajo Presión* (Editorial Gente Nueva, 2007), gana el certamen literario La Edad de Oro de Ciencia Ficción para jóvenes. Muchas de sus historias aparecerán recogidas en diversas antologías y publicaciones. En 2010 publica en Casa Editora Abril un recopilatorio de cuentos, *Algunos recuerdos que valen la pena. La Habana Underguater* -como colección de relatos- sale a la luz ese mismo año en la editorial Atom Press, para posteriormente publicarse como novela con el mismo título. Erick ha sido reconocido con el premio TauZero de Novela Corta de Fantasía y Ciencia Ficción (Chile, 2008) y Calendario de Ciencia Ficción (Cuba, 2009). Su relato "*Memorias de un país zombi*" ha aparecido en España en **Terra Nova: la Antología de Ciencia Ficción Contemporánea** de la editorial Sportula.

Para saber más de Erick Mota recomendamos leer la entrevista que Cristina Jurado le hizo en su blog **Más ficción que ciencia** <http://masficcioneiciencia.com/2013/06/13/erick-mota-ucronia-con-sabor-cubano/>

La pitonisa

Castejón, María L.

No hacía ni dos días que habíamos llegado a Rincón del Mar cuando la policía se pasó por mi carreta a hablarme de una chica desaparecida. Era una de las asistentes del alcalde, Ángela, de apenas dieciséis o diecisiete años, se había marchado sin una nota o una explicación. El comisario, Gregorio Sanmarcos, era un hombre directo, sin pelos en la lengua, pero siempre honesto.

—Buenas tardes, Úrsula.

—Buenas tardes, Comisario Sanmarcos. ¿Qué le trae por aquí? ¿Quiere que le lea la buenaventura?

—Ya sabe, Úrsula, que soy un hombre de Dios. No creo en esas cosas. He venido porque ha desaparecido una muchacha, una de las asistentes del Señor Alcalde.

—Lamento oírlo pero no hemos visto ni hemos recogido a nadie en este tiempo. Ni siquiera de camino aquí.

—Me sabe mal preguntarle esto pero como el año pasado no pudimos encontrar a su amiga... —Dejó la frase sin terminar, como avergonzado de lo que acaba de insinuar.

—Usted sabe, tan bien como yo, que los que me acompañan en esta feria no son unos santos. Tratamos de ganarnos el pan lo mejor que podemos, pero, desde luego, no somos asesinos. De todas formas, si me entero de algo, le doy mi palabra que será al primero que acuda.

—Cuídese, Úrsula, estos días el aire está revuelto.

Le sonreí y se despidió mientras se ponía el sombrero. Nuestra llegada había sido sonada y auguraba que serían días muy intensos. Como todos los años, llegamos a Rincón del Mar, tras la noche de San Juan. Era un pueblo de la costa, brillante y lleno de vida en los meses de verano pero que al llegar septiembre, se marchitaba hasta quedarse en ecos por las calles, sombras en alguna esquina y apenas cuarenta almas. Solíamos estar unos diez o quince días, dependiendo de las funciones; si se llenaban todas las noches, alargábamos nuestra estancia pero si por el contrario, el tiempo era más frío de lo habitual y los veraneantes se resistían a salir de noche, nos marchábamos sin hacer ruido hasta el año siguiente.

Con el paso del tiempo, habíamos aprendido que en cada temporada se recogían numerosas anécdotas pero también alguna que otra baja. El verano pasado, por ejemplo, fue Esmeralda, la ayudante del prestidigitador el gran Hakopian de la Rusia de los Zares. Aunque sólo desapareció por tres días y ahora viaja conmigo en mi carreta, ya no es lo mismo, ya no se dedica a sonreír a los niños y a los no tan niños mientras el mago les

dejaba a todos sin respiración. Para ella tampoco es lo mismo, ha dejado de ser la jovencita ilusionada para ser una mera sombra de lo que fue.

—¿Crees que el comisario me ha visto?

—No, no puede verte. Estás muerta, ¿recuerdas?

—Pero tú también y te ve perfectamente.

—Es una larga historia... —Traté de no darle pie a Esmeralda aunque sabía que no iba a dejar la conversación así como así.

—¿Crees que la desaparición de esa chica nos traerá problemas?

—No, esa no, pero habrá otra que sí lo hará.

Se quedó pensativa el tiempo suficiente para que me tuviera que arreglar para la función de la noche. Me vestí, me peiné, coloqué la mesita con la baraja del tarot de Marsella, prendí un poco de incienso y encendí unas velas. Esmeralda era una mujer buena, quizás demasiado ingenua y fácilmente influíble, lo cual la hacía la presa perfecta para embaucadores y liantes que, desgraciadamente, en un mundo como el que nos movíamos, era lo que abundaba.

La feria empezó a llenarse poco a poco, primero por un par de curiosos, luego un grupo de chavales del pueblo hasta que llegaron las familias con los críos. Los más jóvenes se amontonaban en la carpa central para ver a los payasos y los acróbatas. Las chicas en edades casaderas se acercaron a mí para que les leyera la buenaventura.

—Quiero saber si mi novio me pedirá este año en matrimonio.

—¿Y cómo se llama tu novio? —Barajé las cartas y le pedí que las cortara.

—Es Eduardo Saavedra.

Esmeralda dio un respingo. "Es el hijo del alcalde" me susurró aterrada. Eduardo, junto con un grupo de tres amigos, violaron a Esmeralda, como ésta no paraba de llorar, la golpearon con una piedra en la cabeza más fuerte de lo que debían. Sólo al oír nombrar a ese hijo de Satanás, se levantó y caminó en círculos maldiciendo la estirpe de su familia.

—¿Y quiere casarse con ese bastardo? —No podía creer lo que había oído. Seguía mascullando, susurrando y andando alrededor de la mesita en la que estaba echando las cartas. Me estaba poniendo muy nerviosa.

Trataba de no distraerme ni con las palabras ni con los aspavientos de Esmeralda y centrarme en las cartas. En ellas vi una mujer, joven, de unos veinte años alejada de su ambiente, lejos de su familia, lejos de su hogar, encinta. Vi dolor, muerte, venganza y muchos cambios.

—¿Qué ve? —La muchacha llevaba un jersey de cuello redondo de color marfil a juego con una rebeca y como único adorno un collar de perlas con el que jugueteaba mientras me preguntaba.

—Veo muchos cambios, señorita.

—¿Cambios? —Dio un respingo de felicidad. —¿Cuándo?

—La verdad, señorita, es que se producirán en breve.

—¿En breve? ¡mejor que mejor! Ya he cumplido dieciocho años y es edad para sentar la cabeza.

Lo que no le dije es que veía lágrimas, las suyas, para llenar todos los días de una vida. Pero no tuve valor, y ella estaba tan excitada que no quiso esperar. Me pagó con una moneda de duro y no esperó la vuelta.

—¿Por qué no le has dicho que su prometido es un hijo de mala madre?

—Esmeralda, ¡no ves que es una cría! No lo va a encajar nunca.

Algunas de sus amigas se acercaron a preguntarme por sus novios, algunos en el servicio militar, otros trabajando en Rincón. Normalmente los que lograban salir del pueblo no regresaban jamás pero ¡qué decirles! ¡Claro que se casarán! ¡Claro que tendrán hijos fuertes y hermosas hijas! Y todas ellas serán viudas con pensión. Era lo que querían escuchar año tras año. Todas, menos la señora Saavedra, Inés Salle de Saavedra. Venía siempre a verme dos veces, una al llegar a la ciudad y la otra antes de marcharnos. Subía a la carreta, me pedía un té con menta y hablábamos de todo un poco.

—¡Qué alegría me da verla, señora Saavedra!

—Lámeme Inés, por favor.

—¿Quiere una taza de té con menta?

—Se lo agradecería mucho. ¿Cómo le ha tratado el año, señora Úrsula? Ya veo que tiene una nueva acompañante.

—¿Puede verme? —Me cogió del brazo y lo susurró mientras hacía el té.

—¡Claro que puedo! Y de hecho, me gustaría que nos dejara a solas si no le importa.

Esmeralda salió rápidamente sin dar crédito a lo que acaba de escuchar, una mortal podía verla. Las visitas de Inés siempre eran breves, hablábamos del tiempo, del mundo a grandes rasgos, de cómo habían sido mis viajes a lo largo de ese año, de cómo habían sido sus días en Rincón.

—Quería que le dijera a Violeta lo mucho que la echo de menos y que está presente aunque no pueda verla. —Su rostro cambiaba, como si de un día de verano pasara a ser oscuro y tormentoso.

Inés se quedó embarazada hacía unos siete años, tuvo complicaciones en el parto y aunque a ella la salvaron, su pequeña murió. La llamó Violeta y la enterraron en el nicho familiar. Inés se debatió entre la vida y la muerte durante tres días, tras los cuales empezó a ver a mis compañeros de viaje.

—Sabes que aún no puedo ir al otro lado. No sin mi alma.

—Este año es diferente.

También yo lo había notado pero no quería autoengañarme, ya lo había hecho otras veces y era demasiado duro.

El primer día de la feria había sido un éxito. Todo indicaba que nos quedaríamos dos semanas más. Estábamos satisfechos y cansados a la hora del desayuno. Margarita, la mujer barbuda, había preparado el desayuno para el resto con ayuda de Celia, la mujer más bajita del mundo, y las siamesas Ana y María. Normalmente hacíamos turnos de comida para que no siempre le tocara a los mismos, aunque a la hora de la verdad, los números más estáticos, con menos ensayos, eran los que más turnos hacían.

De repente, mientras me terminaba mi tazón de achicoria, Esmeralda entró como alma que lleva el diablo.

—¡Greta ha desaparecido!

—¿Qué?

—¡Greta, la contorsionista, ha desaparecido!

—¿Cuándo la vieron por última vez?

Margarita y Celia al verme hablando sola se acercaron.

—¿Estás bien?

—¿Dónde está Greta? ¿Alguien ha visto a Greta?

Y aquella fue la voz de alarma. Nadie había visto a Greta desde su número, la noche anterior. Fueron a su carreta, a la carpa central, los hombres miraron por los alrededores pero nadie la vio.

—¿Crees que vendrá?

—Sí, supongo que en dos días se unirá a nosotras.

Todos los años recogía almas perdidas, viajaban conmigo una semana o unos meses o como era el caso de Esmeralda, me acompañaría hasta que encontrara consuelo para su alma. Luego comenzaba el gran viaje hacia el otro lado y yo me quedaba un poco más sola, un poco más vieja.

Así fue, al cabo de dos días, Greta vino a verme.

—Tengo frío.

—Acércate al brasero. —Le tendí una manta. Greta, al contrario que Esmeralda, no arrastraba congoja, solo silencio.

—¡Esos bastardos han intentado violarme!

—¿Quiénes? ¿el hijo del alcalde y sus amigos?

—¡Los mismos!

Al parecer al terminar su número tonteó Eduardo con ella, que si no hubiera discutido con Tomás, su novio, no hubiera accedido a ir a ver las estrellas a las afueras del pueblo. Como era de esperar, allí le estaban esperando sus amigos, trataron de forzarla pero ella era más fuerte hasta que la golpearon con una botella de ginebra en la nuca. Cayó sin sentido.

—Antes de que nos vayamos de aquí, tendrán su merecido.

—¿Vas a vengarte? —Esmeralda preguntó con un hilito de voz.

—¿Acaso no quieres vengarte tú también?

—No lo había pensado... —Se acurrucó en un sillón que tenía en la esquina, que solía utilizar para leer, pero no dejaba de mirar a Greta.

—Greta, por favor, seamos sensatas. —Traté de calmarla pero sabía que lo tenía decidido y nada de lo que pudiera decirle, le haría cambiar de idea. Me miró y su odio me traspasó por completo.

—Úrsula, voy a hacerles pagar por lo que me han hecho. No sólo a mí...

—¿Estabas embarazada?

Tras navidad, Greta y Tomás, el tragasables, se habían hecho novios. Vivían juntos en la carreta de ella. Al parecer, tras quedarse embarazada, habían empezado las peleas entre ellos. Tomás quería casarse y obligar a Greta a que dejara su número, no obstante, ella no lo tenía tan claro. Nunca había dependido de nadie y no le gustaba sentirse vulnerable. Recordé entonces lo que había salido en las cartas. Una mujer encinta que traería cambios y mucho dolor. Greta, que en realidad se llamaba Raimunda, daría el golpe de gracia a la familia Saavedra.

—¿Y qué tienes pensado?

—Nada aún pero ya se me ocurrirá algo. ¿Esmeralda, me ayudarás?

—¿Yo?

—¡Esos sinvergüenzas te hicieron lo mismo que a mí! ¡Cómo puedes quedarte ahí sin hacer nada!

—Greta, no la presiones. —Dándole la espalda, me dirigí hacia donde estaba y le aconsejé.

—Esmeralda, escucha no tienes por qué hacerlo.

—¡Te ayudaré! —Me interrumpió bruscamente.

Greta era una mujer dura, hecha a sí misma. De niña sufrió la incoherencia de una religión católica demasiado estricta y cuando la feria pasó cerca de su orfanato, escapó sin mirar atrás. Se cambió el nombre y se creó como Greta. El nombre se lo puso en homenaje a la Garbo, dejó de ser la flacucha Raimunda para ser la exótica contorsionista.

Las noches y los números se sucedieron en Rincón del Mar. Unas más concurridas que otras pero siempre satisfactorias. El tiempo era clemente y acogedor, invitaba a los chavales a salir con los amigos y acudían a la feria. Seguían llegando jóvenes a que les echara las cartas en busca de amor, de marido, de trabajo. Pero una noche volvió el comisario, me temí lo peor: Greta había empezado con su venganza.

—Buenas noches, Úrsula.

—Buenas tardes, Comisario Sanmarcos. ¿Qué le trae por aquí?

—Hemos encontrado un zapato y el bolso de la contorsionista Greta. —Me mostró una bolsa de plástico con ambos. Estaba sucios, llenos de tierra.

—¡Oh! —Dejé escapar un suspiro.

—¿Sabe si son de ella?

—Sí, lo son. ¿Puedo quedármelos?

—Me temo que no, forman parte de la investigación.

—¿Han encontrado su cuerpo?

—No, aún no. Seguimos peinando la zona.

"No lo van a encontrar" me susurró Greta "lo metieron en el maletero de un coche del chatarrero".

—Comisario, ¿puedo confesarle algo?

—Sí, por supuesto, Úrsula, ¿de qué se trata?

Le mentí al comisario, le hablé de que había visto en las cartas donde habían dejado el cuerpo de Greta. Se lo creyó completamente y sin dudarlo llamó a sus hombres para ir al desguace de Simón Alcarcel, el único que había en Rincón y en los alrededores.

A las pocas horas, el comisario volvió y me pidió que le acompañara al hospital para reconocer un cuerpo. Condujo hasta el mismo sin mediar palabra, tampoco yo sabía como mantener una conversación. Me temía que Greta ya había comenzado su venganza y los cuerpos se sucederían uno tras otros en un enfermizo desfile.

—El cuerpo se encuentra en un estado de descomposición bastante avanzado y puede afectarle. —Me avisó seriamente.

—Sí, es ella. Es Greta.

Me llevé la mano a la boca al verla, al oler aquel hedor, al saber que habría más muertes. El comisario, culpable por hacer a una mujer pasar por aquel trance, se ofreció a llevarme a casa cuando llegó una ambulancia por urgencias. Eran dos de los amigos de Eduardo, habían tenido un accidente de tráfico y al parecer, bastante serio.

—¿Qué sucede, enfermera?

—Ha habido un accidente de tráfico y han ingresado dos jóvenes muy graves.

Al llegar a la carreta, Greta y Esmeralda se reían abiertamente. No quise preguntar pero ellas me contaron como habían roto los frenos del coche de uno de ellos, les comenté lo que había oído en el hospital.

—Iban muy borrachos. —Alegó Esmeralda mientras Greta me miraba desafiante.

—¡Por Dios santo, Greta! ¡Pueden morir!

—Ellos también sabían lo que hacían cuando me golpearon con la botella de ginebra.

Su voz era un escalofrío en mi cuerpo y aún quedaban dos muchachos más.

Tras varios días tranquilos, de espectáculos nocturnos, con mucha audiencia, más de lo esperado, llegó nuestro último día en Rincón. Greta no había dicho nada que me hiciera pensar que estuviera tramando algo pero tenía un mal presentimiento. Era una mezcla entre temor y decepción: esperaba cambios, esperaba la llegada de alguien que no quería llegar, no sé qué esperaba.

El último día pasó tranquilo entre ensayos y bromas. Al ponerse el sol, al encender las luces, se llenó de gente. La multitud hacía cola en los puestos de algodón de azúcar, en la noria, en todas las actuaciones. A lo lejos, vi a Eduardo con un amigo. De repente, al verles, se me puso un nudo en la boca del estómago y tras apenas unos segundo, oí unos gritos. Se había soltado una de las góndolas para caer desde el punto más alto de la noria. Como resultado del accidente, sólo hubo un muerto y ningún herido. Temí por Eduardo pero no, había sido su amigo. De Eduardo no había rastro.

Se cerró la noria y cuando llegó el comisario, preguntó por mí.

—Buenas noches, Úrsula.

—Buenas noches, Comisario Sanmarcos. ¡Qué desgracia la de ese muchacho!

—Sí, toda una desgracia parece que este verano ha empezado con mal pie.

—Sólo hemos venido a recoger unas declaraciones del accidente y de paso, quería decirle que hemos archivado el caso de su amiga Greta. No hemos encontrado al culpable.

Como me dijo, tomaron declaración a los técnicos de la noria, a algunos testigos y se marcharon rápidamente. Me dirigí a mi carreta con la intención de hablar con Greta. Debía saber donde estaba Eduardo y qué pensaba hacer con él.

Al dejar atrás la carpa principal, las carretas estaban entre las sombras, como dormidas. Pasé esquivando amantes, trileros y algún que otro golfillo tramando alguna travesura. Casi había llegado cuando vi una figura acercándose a mí, cortándome el paso.

—¿Greta? —Pregunté. Mi voz temblaba.

—¿Ya no te acuerdas de mí? —En ese mismo momento, me invadió una sucesión de recuerdos, de sentimientos y dolores olvidados.

—¿Cómo podría, Claudia?

Seguía siendo hermosa, prácticamente no había cambiado o quizás yo la veía como la quería ver: mi bailarina exótica, el edén con serpiente.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a devolverte algo. —Dentro de mi cuerpo algo tembló, algo se volvió cálido y no pude remediarlo, una lágrima rodó por mi seca mejilla.

—Ahora podré descansar. —el tono aunque de alivio arrastraba una inmensa tristeza.

—Y olvidarme.

—Eso nunca.

Ambas callamos. Cómo decirle que mi cuerpo quedó frío no porque se llevaran mi alma, sino por su ausencia.

—Úrsula, descansa.

—¿Qué vas a hacer con la carreta?

—Me temo que las que están ahí tendrán que esperar por mí un poco más; no obstante, parece que se lo están pasando muy bien.

Claudia se marchó de la misma manera que llegó. Mi cuerpo se volvió pesado y lento. Me

movía torpemente y como si arrastrara cada minuto de vida. Subí como pude a la carreta y me encontré con Inés Salle de Saavedra.

—¿Se encuentra bien, Úrsula?

—Sí, sólo estoy un poco cansada. ¿A qué debo su visita? —Deseaba que no me preguntara por su hijo pero ella era una mujer que raramente preguntaba, dejaba caer sus afirmaciones como si no esperara respuestas.

—Sólo quería decirle que mi asistenta no ha desaparecido. La mandé a la capital con dinero y una carta de recomendación. Había tonteado mucho con Eduardo y más tarde o más temprano, tendríamos un problema.

—Ya veo. ¿Hablará con el comisario? —Me contó haberles visto en la habitación de su hijo muchas veces, no era la primera vez que una asistenta se quedaba en estado por un tonto con el señor de la casa, debían guardas las formas y, desde luego, no quería un escándalo.

—Sé bien lo que son las ciudades de provincias.

Se despidió con un abrazo sentido y hondo. Luego se volvió hacia mí y me dijo.

—Cuide de Eduardo, se lo suplico, sé cómo es, pero es mi hijo.

No sabía bien a que se refería. Me pesaba la respiración, el aire se volvió seco y doloroso. Me preparé una taza de té, me cubrí con la manta y me recliné en la butaca. No sé cuanto tiempo estuve dormida pero cuando llegó Greta, tardé un rato en despertarme.

—¡Tienes mala cara, Úrsula!

—No me encuentro bien. ¿Con quien hablabas? —Salió del rincón y vi a Eduardo. Me dirigí a Greta. —¿Qué hace aquí?

—Viajará con nosotras.

Esmeralda no estaba muy contenta, se sentó a mi lado y me dijo que aquella carreta era pequeña para cuatro. Siguió hablando y aunque las palabras brotaban de su boca, se perdían en el aire de la noche, se difuminaban, mientras mis párpados caían pesados sobre mí.

A la mañana siguiente, la noticia de mi muerte quedó en un segundo plano cuando encontraron el cuerpo de Eduardo en un descampado a las afueras del pueblo. Fue un paro cardíaco lo que le causó la muerte. En Rincón se dice que vio un fantasma pero ya sabíamos cómo eran los pueblos pequeños y su afición por los chismes y cotilleos.

En la feria hubo algunos cambios, a partir de aquel momento Greta sería quien leyera mi baraja de Marsella aunque claro, ella prefiere contar la verdad, toda la que las cartas le revelan y claro, los corazones jóvenes no quieren escuchar verdades, sólo amores. Los rumores preceden a nuestra carreta.

Aún me preocupo por ellos ¿y Claudia? ¿Les haría esperar mucho hasta su descanso?

María L. Castejón Madrid, España, 1973.

Aficionada a la literatura en general, y a la erótica y de terror en particular. Ha sido finalista en el **Premio Avalon de relato 2007** y **II Certamen de poesía erótica Búho Rojo**. Sus trabajos han aparecido en Ediciones Efímeras, Microhorror, Químicamente Impuro, la revista digital miNatura (<http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/>), entre otros. Actualmente reside en Dublín, Irlanda.

Su blog personal: <http://stiletto.crisopeya.eu/>

No habrá lápidas

Delgado, Nieves

Esteban es un tipo duro. Pero no un tipo duro cualquiera, sino de esos de músculo hasta en las cejas, camiseta sin mangas y pitillo en la comisura de los labios. Y tiene muy mala hostia. Gracias a ella, seguramente, consiguió tiempo atrás un contrato en la Sección de Destinos de Especial Dificultad en la flota de la Federación. En esa sección.

En la SDED, "La Jaula", como la llaman algunos, se adjudican los destinos más complicados del comercio exterior. Mundos que no pertenecen a la Federación, que no se rigen por sus leyes y que, en algunos casos, ni siquiera las respetan. Nadie puede comunicarse con amigos o familiares mientras realiza una de esas misiones, y nadie puede violar las estrictas normas que se establecen en cada caso. Salvo pena de cárcel, o algo peor. La Federación suele argumentar que es por el bien de sus empleados, pero todos saben que hay algo más en todo el asunto. Como la posibilidad de crear conflictos interplanetarios, por ejemplo.

En los últimos tiempos, Esteban tiene una mala racha. Hace tiempo que no le asignan una misión que lo motive. Él es un hombre de acción, no soporta la inactividad; las noches ociosas, los días vacíos, las manos nerviosas. Y además, se acerca la Navidad. Ese puto mes. Con sus láseres brillantes cruzando las calles, sus *holospots* a la entrada de las tiendas, y sus árboles de silicona endurecida, repletos de absurdecos colgando.

Y la invasión de villancicos.

Los villancicos son lo peor de todo. Porque Esteban odia la Navidad, por supuesto, pero además tiene un secreto; le pone cachondo. Los villancicos, concretamente. Es escuchar una zambomba, y venirse arriba todo aquello. La polla se le pone dura como el cemento. Y eso le cabrea, claro, porque él de verdad ODIA LA NAVIDAD, y en la polla de Esteban solo manda Esteban.

Hoy está ya al límite de su paciencia. Se nota especialmente nervioso, así que ha quedado con Randi, un compañero de La Jaula, para tomarse unas cervezas. Un compañero un poco loco, todo hay que decirlo, pero su mejor amigo al fin y al cabo.

Es difícil llegar a El Descanso del Guerrero evitando las zonas comerciales, que en esas fechas son casi todas. La explosión de luces, música y sonrisas constantes, lo aturden. Rodea una plaza especialmente transitada y recorre una calle secundaria, estrecha, poco

atractiva y sin glamour. Fachadas con principio de óxido y algún que otro cristal estallado. Se gira con disimulo hacia uno y otro lado para ver si alguien lo mira, saca su R14, su niña, y dispara sobre un muñeco de trapo que cuelga en una ventana. El muñeco revienta como un saco de polvo seco y parte del relleno se esparce por el aire, dejando el traje rojo del hombrecillo prácticamente hecho jirones.

—Puto Santa Claus —murmura, cambiándose el pitillo de lado.

En El Descanso, Randi espera ya en la barra. Cabizbajo, con un vaso de absenta entre las manos, es la imagen misma de la desolación. Muy apropiado para contrarrestar toda la mierda de fuera.

—Hola, tío —saluda—, ¿todavía bebes esa mierda?

—Seee —responde Randi levantando ligeramente la cabeza—, esta mierda es lo único que hace que pueda verte el careto sin que me entren náuseas.

—Pues entonces pídete otra —dice Esteban—, porque pienso quedarme hasta que me caiga de espaldas. Joder, vaya calor hace aquí dentro, ¿no?

Esteban se quita la chaqueta, observando cuidadosamente a la gente del local. Guarda dentro su niña, en un doble forro que le cosieron por encargo, y no le gusta nada la idea de perder el contacto con ella. Es ya como una extensión de sí mismo, como el estabilizador que se colocan algunos pirados para levitar sin perder la orientación espacial. Solo que su R14 le ha sacado de mucho líos. De muchos.

De repente, Randi estalla en una sonora carcajada. Le apunta al pecho con un dedo y Esteban baja la mirada.

—¡Joder, tío, qué bueno!

Ya no se acordaba de llevar aquello puesto. Un dibujo infantil en medio del pecho resalta la figura de un reno empalado por el culo en una enorme estaca. El reno, con la nariz anormalmente colorada, parece mirar al cielo en un gesto de infinita sorpresa, mientras al pie de la escena, un Santa Claus perturbado lo observa con cara de hambre y afila un par de cuchillos.

—¡Eres un puto psicópata, tío! —Randi continúa montando escandalera con esa risa nerviosa que tiene, así que Esteban decide cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Qué tal va todo por aquí? ¿Sigues reventando sistemas de seguridad, o solo te dedicas a beber mierda en los bares y destrozar los oídos a los amigos?

—Qué va, chaval —Randi baja de nuevo la cabeza y parece concentrarse en su vaso—. Son malos tiempos, no hay casi nada. Y tengo que ser más cuidadoso, la última vez casi me pillan. Prefiero ir haciendo chapucillas mientras no sale algo mejor.

Esteban se quita el gorro y lo deja sobre la barra. Casi parecería un tipo normal si no fuera por las cicatrices que recorren su calva, como ríos secos en época de estío. Levanta un dedo en señal de llamada y acude la camarera. Le sirve una cerveza negra y se aleja con un ligero contoneo, consciente de que los ojos de Esteban la observan.

—Escucha, Randi...—se gira hacia su amigo— Yo estoy hasta el culo ya de toda esta mierda. Y no voy a estar como el año pasado, aquí muerto de asco y escuchando "felices fiestas" —voz de falsete— cada diez minutos. Me voy a pasar por La Jaula, ¿sabes? Sector Cero, a ver si tienen algo.

—¿Sector Cero? —Randi abre mucho los ojos mientras aparta el vaso de absenta de sus labios— Pues sí que debes estar desesperado, nadie quiere los destinos del Sector Cero.

—Pagan bien —responde Esteban.

—Claro, porque nadie quiere ir allí —insiste Randi—. ¿Por qué crees que es el único sitio donde hay trabajo todo el año?

—Pues yo voy a ir. Me da igual todo, voy a ir allí.

Esteban se lo queda mirando con la cerveza en la mano. Su mirada no deja lugar a duda, la decisión está tomada.

—Venga, vale, de acuerdo —dice Randi tras un rato—. Voy contigo.

—¿Tú? ¿Conmigo, a un destino de la Cero? ¿A jugarte la vida por... por qué exactamente, aparte de dinero?

—Por nada. Exactamente lo mismo que tengo ahora. Pero tú siempre te metes en líos, tío, siempre te metes en líos. Y yo no tengo nada que perder, porque aquí no tengo nada, salvo un puto amigo que siempre se mete en líos. Así que voy contigo, y eso no es discutible. ¿Lo has entendido?

Esteban lo mira con cara de asombro y diversión al mismo tiempo. Aquel gilipollas es lo mejor de los últimos tiempos, vaya que sí.

—Vale, vale, tampoco hace falta que te pongas así.

Ambos permanecen en silencio, uno al lado del otro, mientras la camarera sirve la siguiente copa. Cogen cada uno la suya y beben, también en silencio, como si fueran dos perfectos desconocidos. En el bar, empieza a sonar de fondo una versión rockera del The Twelve Days of Christmas.

—Veamos, Señor... —Aquel tipejo tras la mesa de recepción le está poniendo enfermo.

—Esteban. Puede llamarme Esteban. Y este de aquí es Randi, mi amigo. También trabaja para la Federación.

—Bien, Esteban. ¿Puede acercarse un momento, por favor? Tengo que hacer la lectura del chip. Y usted también, Señor... eh... Randi.

"Señor Randi", juas. Qué puto imbécil.

Le pasan el lector por la sien, primero a él y luego a Randi, y el hombre se queda mirando algo en el terminal durante casi un minuto.

—Bien, señores, ¿qué tipo de destino están buscando?

—El mejor pagado —responde Esteban al momento—. Y que tenga una duración de al menos un mes.

—De acuerdo —murmura el empleado—. Veamos, destinos Código Rojo... Sí, muy bien, aquí están.

Ante ellos, en el aire, se despliega un listado de nombres, cada uno con una pequeña esfera flotando justo al lado. Todas las esferas son rojas, pero las tonalidades son diferentes. Esteban coge la que tiene un rojo más intenso, la presiona con los dedos y esta se abre, mostrando todo tipo de información e imágenes dinámicas. El nombre del destino aparece resaltado en la parte superior del infotráiler; "Averno".

—Seeee... —exclama Esteban con una sonrisa—, creo que esa es una buena cantidad, ¿no te parece, Randi? —pregunta mientras señala con un dedo una cifra con muchos dígitos, justo debajo del nombre.

—¿Pero tú estás viendo eso, tío? —Randi observa con la boca semiabierta— ¡Es el puto infierno!

Las imágenes muestran un mundo repleto de pequeñas fumarolas, un ambiente denso y viciado por los gases, un cielo rojizo y oscuro que amenaza con desplomarse en cualquier momento; y, lo peor de todo, unos seres con pequeños cuernos en la cabeza y un largo rabo naciendo del final de su columna vertebral.

—Bueno... —interrumpe el empleado de recepción—, Averno es un planeta colonizado hace ya mucho tiempo. Sus habitantes son los seguidores de uno de los primeros colonos, que era un adepto de... bueno, ustedes ya saben... del culto a Satán —el hombre, manifiestamente nervioso, pronuncia las palabras en un tono más bajo, como queriendo quitarle importancia—. Decidieron no pertenecer a la Federación e iniciaron un proceso de modificación genética y planetaria que dio lugar a lo que están viendo. Pero vamos, la misión no tiene ningún peligro si uno se ciñe a las normas. Averno tiene sus propias leyes, pero en el espaciopuerto rige un Tratado que garantiza la seguridad de los trabajadores internacionales. Siempre dentro de ese recinto, claro, y siempre que se cumplan las normas —muestra la sonrisa más falsa que Esteban ha visto en su vida.

—Me suda la polla —dice Esteban—. Con ese dinero podría largarme durante un par de años. ¿En qué consistiría exactamente el trabajo?

—Pero tío, es que... —empieza Randi.

—Sssshh... —le indica Esteban con un dedo en los labios, mientras se gira de nuevo hacia el hombre—. ¿Qué tendríamos que hacer en esa mierda de planeta?

—Oh, bueno, el trabajo es realmente sencillo —dice—. Averno es el principal proveedor de componentes robóticos para nuestros androides A5. Su tecnología en Inteligencia Artificial es la mejor de la galaxia. Ustedes solo tendrían que ir allí, recoger un pedido y volver a casa. Así de simple.

Esteban mira a Randi con cara de condescendencia, en un gesto de "¿Lo ves?".

—Siempre que no se metan en líos, claro —añade el tipo de recepción.

—Claro —dice Esteban, un poco mosqueado—. ¿Por qué repites eso tanto?

—Bueno... su ficha, Señor Esteban, recoge ciertos problemillas en el pasado con la disciplina. En concreto, con una cierta tendencia a portar armas ilegales. Las normas de Averno son claras; nada de armas en su territorio. Ningún tipo de arma. Y la Federación tampoco lo cree necesario.

—Tranquilo, no habrá ningún problema. ¿Tú qué dices, Randi?

Randi no dice nada, y Esteban da ese silencio por bueno.

Al salir de la Central, tras los trámites oportunos, ninguno dice una sola palabra. Recorren una calle repleta de carteles luminosos, y adornada con láseres que forman alegres figuras de colores. Randi va cabizbajo, pensativo. Esteban parece concentrado y su gesto es ceñudo.

—No me gusta, no me gusta nada —dice Randi sin mirar a Esteban a la cara—. Si pagan tan bien, ¿por qué les cuesta tanto encontrar gente que vaya allí? Y si es tan fácil, ¿por qué es un destino Código Rojo?

—No sé —dice Esteban—, tal vez hayan tenido problemas en el pasado. La gente tiende a ser estúpida, ¿no lo sabes? Pero si hacemos lo que dicen, será fácil. Un trabajo fácil de verdad.

—Claro, como tú nunca te metes en líos, ¿verdad, capullo?

—Necesito dinero, Randi. —El gesto de Esteban se vuelve duro—. He perdido hasta el empaste de las muelas en la última timba, y hay unos hijos de puta muy chungos que me están buscando. Necesito ese Código Rojo, en serio, y voy a ir contigo o sin ti. Todavía estás a tiempo, puedes renunciar.

—Sabía que había algo más —murmura Randi—. Eres un cabrón, ¿lo sabías? Eres un cabronazo, y yo soy un imbécil, porque voy a ir contigo, joder.

A Esteban se le escapa media sonrisa mientras siguen caminando. La gente pasa a su lado sin prestarles atención, demasiado ocupados en su alegría de plástico. Al acercarse a una tienda de juguetes, ven en la puerta a un Santa Claus agitando una campana y diciendo idioteces a los niños. Es un androide; un A3, concretamente. Incluso a esa distancia se distinguen sus movimientos mecánicos. También se escucha una música ambiental que va aumentando a medida que se acercan. Son villancicos. Villancicos.

La polla de Esteban se empieza a endurecer.

—Hostia puta —murmura entre dientes.

De la tienda sale un niño llorando, con su padre al lado, al parecer bastante enfadado. El crío hace casi más escandalera que los villancicos. Algo es algo.

—¿Qué te he dicho? ¿No sabes que mentir está muy feo? —dice el padre, cuando pasan por su lado— ¿Sabes qué pasa con los mentirosos, eh? Pues que en Navidad se quedan sin regalos. Porque si no han sido buenos, Santa Claus no les deja nada. Así que ya lo sabes, ni una sola mentira más.

El padre, el niño y los reproches se alejan, mientras Esteban nota que aquello se endurece todavía más al acercarse a la tienda. Su mano acaricia suavemente a su niña a través del forro de la chaqueta.

No, no merece la pena.

—Puff... —resopla Esteban—. Tío, de verdad, necesito salir de este planeta de mierda.

La Terminal de Comercio de Averno no parece tener nada de particular. Es un espacio amplio, altamente robotizado, y dotado de multitud de cabinas en las que tienen lugar las transacciones. Esteban y Randi llegan en la Gallar-Dom, la nave más traicionera que jamás hayan pisado. A punto han estado de perder la vida por una fuga en una de sus bodegas. Pero en la Gallar-Dom nadie pierde la vida; toda su tripulación es masculina, formada por aguerridos mercenarios capaces de guardar templanza incluso en las situaciones más difíciles. O eso dice su comandante. "La ausencia de mujeres evita distracciones"; para Esteban, una puta basura.

El comandante está ahora cerrando el negocio, y la tripulación ha sido informada de que deberá permanecer en el planeta unas horas más de lo previsto, el tiempo necesario para reparar la nave. En la propia Terminal hay habilitadas estancias para este tipo de incidentes. Pero hace calor, mucho calor. Y los carteles que advierten en lo alto de las escasas puertas de acceso al exterior, no son nada tranquilizadores. "ATENCIÓN. Está usted en el límite legal del territorio compartido con la Federación. Si traspasa esta puerta, pasará a estar a merced de las leyes del planeta Averno".

—¿Has visto eso? —pregunta Randi.

—Lo he visto. No te preocupes, es una fanfarronada. Lo único que me jode es no poder conocer alguna diablita cachonda, aquí tiene que haber muchas de esas.

—Bueno, seguro que las tripulaciones de las otras naves son más normales que la nuestra, a lo mejor encuentras allí algo que te guste —dice Randi guiñándole un ojo.

Una patrulla de soldados los lleva a un comedor enorme, donde recogen una bandeja y se sirven la cena. Varios de esos soldados permanecen de pie, vigilando. Soldados nativos, con cuernos en la cabeza y enormes fusiles en los brazos.

Tras la cena, les asignan una habitación con veinte literas. Randi escoge una y Esteban se instala en la de abajo. Hay cuatro o cinco tipos más por allí, el resto seguramente sigue en el comedor. Esteban se quita la chaqueta y la tira sobre la cama, dejando parcialmente a la vista el cañón de un arma.

—¡Me cago en la puta, tío! —exclama Randi—. Me cago en la puta —repite, ahora en un tono mucho más bajo, ante las miradas de los otros—. ¿Pero tú estás loco, o qué coño te pasa? ¡No puedes traer ninguna puta arma a este sitio!

—Sí puedo, ¿no ves cómo puedo? —replica Esteban, mirando a su amigo a los ojos y bajando aún más el tono de voz— Escucha, en serio; no pretenderás que vaya a un planeta clasificado con el nivel máximo de peligrosidad completamente desarmado, ¿verdad? Eso no tiene ningún sentido.

—Joder... Son las normas de la compañía, tío, son sus normas, y tú has dicho sí a esas normas. ¿Sabes lo que te pueden hacer si descubren que te las has pasado por el forro de los cojones?

—No van a hacer nada, porque no van a descubrir nada, ¿vale? Haz el favor de tranquilizarte.

—Ah, sí, espera, que ahora mismo me tranquilizo. Me tranquiliza mogollón saber que estoy en un planeta de mierda donde unos tíos que se creen demonios tienen unas normas que tú te acabas de saltar. Eso es tope tranquilizador, tío.

—Escucha, Randi; ¿alguna vez te he metido a ti en un lío?

—No, a mí no. Pero tú te has metido en cientos.

—Exacto. Yo me he metido en líos, no tú. Y si me vuelvo a meter en líos, será cosa mía, ¿lo entiendes? Así que esto no te incumbe.

Randi permanece en silencio. Un silencio más incómodo que cualquier palabra.

—Sea como sea, ya está hecho —dice Esteban con gesto contrariado, como si le hubieran disparado un pequeño dardo en la nuca—. Y te repito que no va a pasar nada.

—Dijiste que no te meterías en problemas —dice Randi, todo puños apretados y ojos brillantes— Lo dijiste.

—Y no lo haré.

Esteban se da la vuelta, dando por zanjada la conversación. No vuelven a cruzar palabra, y cada uno se mete en su cama. Al poco, llegan los hombres que faltaban. Hacen ruido, pero Esteban está cansado y se queda dormido.

A medianoche se despierta. Todo está en silencio, salvo por las respiraciones y ronquidos de sus compañeros. Siente una ligera sensación apremio, como si algo escapara a su control. Se gira, en la semioscuridad del cuarto, y descubre una silueta que parece estar mirándolo. Esteban pega un bote en la cama y se despierta por completo.

—¡Joder! —Es Randi, medio tembloroso, sentado ante él—. ¿Qué coño te pasa?

Randi no contesta, se limita a permanecer ahí, observándolo, encogido. Un par de personas se remueven en sus literas, inquietas. Están haciendo mucho ruido.

—Vamos a hablar, anda —Esteban se levanta y hace el amago de salir de la habitación. —No, ahí no —dice Randi—. Hay cámaras.

—Vale —responde Esteban—. Venga, vamos al baño.

—Van a pensar que somos maricas —dice Randi mostrando una ligera sonrisa. No sabría decir por qué, pero a Esteban esa sonrisa le produce alivio.

—No creo que nadie piense que tengo tan mal gusto, capullo.

Entran en el baño y Esteban cierra la puerta tras de sí.

—A ver, ¿qué es lo que pasa?

Randi se ensombrece de nuevo. Un ligero temblor recorre una vez más su cuerpo.

—He salido, tío. He cruzado una de esas putas puertas.

—¿Que has hecho qué? Joder, Randi... ¿pero no eras tú el que iba a cuidar de mí?

—He salido. Estaba tan enfadado... y además, ¿qué coño importa? Solo quería que todo acabara de una vez. Ya sabes que llevo una mala racha. Quería ser yo por una vez el que se atreve a hacer cosas estúpidas. Tuve cuidado, te lo juro, no me vio nadie. Sé dónde están las cámaras. Rompí el código de seguridad de la puerta, ya sabes que esas cosas se me dan bien. Tampoco fue muy difícil, ¿sabes?, estos tíos no creen que nadie se atreva a desafiarlos. Pero me volví loco, joder, qué quieres que te diga. Loco del todo.

—Bueno, vale, te volviste loco. ¿Y qué ha pasado?

Randi permanece en silencio un momento, acumulando fuerzas, y luego empieza a hablar.

—Sé lo que hacen en este planeta. Lo sé, lo he visto. He... he salido ahí afuera, al resto

de la instalación, tío. Son los putos robots, los... los torturan, joder. Torturan a los robots.

—¿Pero qué coño dices, Randi? ¡No se puede torturar a un robot! —lo coge por los hombros y empieza a zarandearlo— ¿Qué es exactamente lo que has visto?

—Sí se puede, tío, te lo juro. No todos están de acuerdo, claro, yo me encontré con... con una... no sé, supongo que podría llamarse una rebelde. Me lo contó todo, me dijo que debíamos contarle en la Federación. Para acabar con esta puta locura, ¿entiendes?

—No, Randi, no entiendo nada. Así que vas a hacer el favor de tranquilizarte y me lo vas a contar con calma, ¿de acuerdo?

Randi traga saliva y asiente con la cabeza. Esteban le suelta los hombros.

—Bien, vamos a empezar por el principio. Yo pregunto y tú respondes. En primer lugar, ¿quién es esa... esa nativa, supongo... la que te contó el asunto?

—Ya te lo dije, es una rebelde. Nadie puede entrar en esta Terminal, igual que nosotros tampoco podemos salir. Están infiltrados, escondidos entre los trabajadores de la fábrica, y cuando consiguen hablar con alguien de fuera, se lo explican todo. Para que se sepa.

—Vale, de acuerdo —ahora Esteban habla despacio, intentando calmar a su amigo—. ¿Y qué es exactamente lo que hacen con los robots?

—¿Recuerdas lo que nos dijo el tipo aquel cuando fuimos a pedir trabajo? —continúa Randi— Son los mejores fabricantes de A5 del mundo, los androides más parecidos a una puta persona, ya sabes. Lo que hacen aquí es monstruoso, tío. Les colocan a los robots un sistema nervioso, me lo dijo ella, les dan un sistema nervioso para que tengan dolor. Lo sacan de las personas, de alguna forma consiguen que una mezcla entre robots y humanos. Y luego, los torturan. Buscan el grado exacto de dolor para que los robots sean más parecidos a los humanos, para que sientan como ellos. Eso los hace tan especiales, tío, esos androides son tan jodidamente buenos porque están realmente jodidos, tan jodidos como las personas de verdad.

Esteban queda en silencio mientras Randi reprime un pequeño lloriqueo.

—Lo he visto, tío. Esos robots abiertos, con todos sus componentes al aire, como si fueran cadáveres... pero con los ojos abiertos; los movían, se lamentaban... Hay unas máquinas a las que están enchufados, y registran datos todo el tiempo... Y sangre, joder, había mucha sangre. No sé por qué, pero había mucha sangre.

—Entiendo —dice Esteban—, si la Federación se entera, se les acaba el comercio. Por eso son tan cuidadosos con los visitantes —se queda pensativo unos segundos, mientras Randi se recompone—. Lo que no entiendo es por qué tienen montado todo el tinglado justo aquí al lado, eso no tiene sentido, ¿no?

—Bueno —contesta Randi—, ella me dijo algo sobre eso. Tener la fábrica al lado de la Terminal tiene varias ventajas. Creo que me dijo...

Un ruido brusco se oye de repente. Alguien ha entrado en la habitación de malas maneras. Ambos saben lo que sucederá a continuación, y tienen solo un segundo para chocar las manos antes de que una patrulla de soldados nativos entre en el baño.

Después de todo, parece que también en el baño hay cámaras.

El traslado está resultando penoso, hace demasiado calor en ese planeta. Esteban está convencido de ser uno de los pocos terrestres que han visto tan de cerca el paisaje de Averno. Tan asquerosamente cerca.

A saber qué han hecho con Randi, no ha vuelto a verlo. A él lo han condenado a "El Infierno". No tiene ni idea de qué coño significa eso, porque Averno ya es un infierno en sí mismo, pero se dirige hacia allí en esos momentos. Tal vez sea una especie de cárcel de máxima seguridad. O un lugar donde envían a morir a tipos molestos como él. Qué muerte tan absurda, sin una triste lápida en su memoria.

Y eso que ni siquiera estaba fuera de los límites marcados en la Terminal. Hijos de puta.

Llegan a una explanada y el vehículo se detiene. Los guardas le indican que salga. Está a punto de hacer una broma sobre un tridente y lo que podrían hacer con él en su culo, pero decide que es mejor no empeorar las cosas. Se baja con calma y observa el cielo mientras los guardas vuelven a subir al vehículo y lo ponen en marcha. Prepotentes, eso es lo que son. Ni siquiera le han registrado ni puesto una triste cinta magnética en las muñecas. Como si ya fuera suficiente castigo el estar allí. Como si él no fuera unos de los humanos más peligrosos que hubieran pisado el infierno.

Lentamente, el vehículo se aleja, levantando una polvareda tras de sí que se confunde al instante con el aire espeso de Averno. Esteban pasea la mirada por la explanada, pero la visibilidad es realmente mala. Le parece escuchar como una melodía lejana. Entorna los ojos para ver si consigue distinguir algo, pero nada. Sí, es una melodía. Una melodía conocida. Es como...

.... Como un villancico.

Es un puto villancico.

La música va aumentando en volumen, hasta que Esteban puede distinguir perfectamente cada uno de sus matices. Los cantos alegres e infantiles. Las jodidas zambombas.

A medida que se acerca, empieza a reconocer una curiosa comitiva. Varias figuras humanas se acercan en fila por un sendero. A la cabeza va una mujer vestida de pastorcita, con un corsé excesivamente ajustado, seguida por varios niños con bufandas y gorros (¿bufandas y gorros en el infierno?). Todos van cantando. Cantando villancicos. Y Esteban sabe que vienen a por él.

Sin pensárselo un momento, en un acto instintivo de supervivencia, echa mano al interior de su bota, donde ha escondido su arma. Tiene la polla completamente dura, tan dura que parece a punto de estallarle. Malditos hijos de puta, lo tienen todo pensado.

Y entre sonidos de zambombas y aleluyas infantiles, Esteban saca su R14, su niña, y empieza a impartir justicia. Un grito de guerra resuena a lo largo de todo el valle, es un nítido "¡Cagoendios!".

Nieves Delgado (Coruña, 1968) estudió astrofísica y actualmente ejerce como profesora de educación secundaria en la comunidad autónoma de Galicia. Escribe relatos de ciencia ficción y terror que han sido publicados en las revistas digitales "Portalycienciaficción" , "Ianua Mystica" y "Los zombis no saben leer", así como en la web "Sitio de Ciencia-Ficción". Así mismo, su relato [La Condena](#) formó parte de la Antología SdCF de Relatos de Ciencia Ficción 2012.

Podéis leer algunos de sus relatos en su perfil de Wattpad:

<http://www.wattpad.com/user/NievesDelgado>

Asuntos pendientes

Mota, Erick J.

Las noches en La Habana Vieja siempre son ruidosas. Cada cohete portador sacude las viejas rocas de los edificios medio hundidos. Los canales de agua negra, que corren por las antiguas calles, se iluminan con los destellos del oxígeno y el hidrógeno en combustión. El agua mezclada con petróleo de los viejos cargueros soviéticos vibra y se agita con cada despegue. Como bengalas gigantes, los protón II iluminan la parte vieja de la ciudad en cada salida. Hieren el cielo de La Habana Autónoma y se pierden en el cosmos monopolizado por los rusos.

Allá arriba están las estaciones espaciales, los satélites con ojivas nucleares, los servidores de la Red Neural Global, el Russian way of life, como dicen los balseros de La Florida. Inmigrantes ilegales que duermen en los pasillos del Almejeira y trabajan en las plataformas de Underguater por cuatro kopec. Todo por la esperanza de montarse en uno de esos y llegar a la estación Romanenko. O a cualquier otra. Toda una vida de esfuerzos por ser como los rusos.

Un tavarish más.

Pero tú sabes bien que ese, más que un sueño es un espejismo. Que los rusos nunca tratan a nadie como un igual. Que terminas siendo otro inmigrante en otra parte. Otro extranjero en tierra extraña.

Tú también caíste víctima de aquel espejismo. Vivías en una ciudad en el caos, después de un ciclón que inundó todo y puso a caerse a tiros a todo el mundo. Te fuiste para arriba y no miraste atrás.

Ahora el caos está organizado. Hay abakuás pacificando Viejo Alamar, Santeros en el Centro y Babalawos en el Vedado. Inversionistas de corporaciones religiosas en Miramar y la FULHA que vigila desde la vieja fortaleza de la Cabaña. FULHA, la fuerza emergente que intentó hacer función de ejército, policía y gobierno. Pero solo se volvió una fuerza más que lucha en medio de la anarquía. Nadie manda en La Habana. No hay orden en esta ciudad. Pero, al menos, hay menos caos.

Y volviste.

No en busca del orden o del caos.

Volviste porque no te quedó más remedio.

Porque no se está mejor en otro lugar que en casa. Y La Habana, aunque sea un infierno, es tu casa.

Bajaste en una de las pocas cápsulas de aterrizaje que quedan. Caíste en la bahía de Puertohabana gracias a la buena puntería de tus tavarish rusos. Te rescataron los de la Fuerza Marítima Costera. La última vez que supiste de ellos eran una unidad especial de la FULHA. Ahora, ya ni sabes.

La cigarrera de la FMC zigzagueó por las calles de La Habana Vieja Hundida hasta llegar a la Catedral. Allí, en el muelle del cosmódromo te dejaron en manos de los tipos

de la aduana rusa. Ellos terminaron los papeles y te propusieron una lancha hasta Underguater o el Vedado. Les dijiste que no.

Estás legal ahora en La Habana Autónoma. Cuando te fuiste, apenas eras un ciudadano de Cuba. Ahora, tienes un pasaporte ruso que te permite entrar y salir de esta ciudad estado que ya apenas reconoces.

Miras el mar, los edificios hundidos, el petróleo que crea una capa que se mueve a la par del agua.

—Le busco un taxi, compañero.

—Con un botero que me lleve a Cayo Hueso Hundido será suficiente —dices mientras le das un rublo al empleado del cosmódromo que descansa sobre la vieja catedral—, y no me llames compañero. Por favor.

Tomas una lancha de motor de veinte pesos. Atraviesas los estrechos canales de Underguater hasta llegar a Cayo Hueso Hundido. Buscas una dirección. La encuentras. Le dejas un rublo al botero. Te dice que no tiene vuelto. Le respondes de mala gana que no lo necesitas.

Subes al edificio por la escalera a medio hundir. Las casas habitables empiezan a partir del tercer piso. Recuerdas el lugar.

Demasiado bien.

En el entrepiso hay cinco muchachos. Están en camiseta, llevan revólveres en la cintura y huelen a vodka barato. Chiquillos del barrio que sueñan convertirse en aseres famosos. Guarda-espaldas de estrellas porno de los estudios de la Vieja UCI o trabajando para los santeros de Centro Habana. Todos quieren ser triunfadores y ricos de la forma más mediocre y mezquina posible.

Notas que el barrio no ha cambiado.

Pasas entre ellos sin hacerles el menor caso. Uno, el que parece el líder, te cierra el paso.

—Para pasar por aquí, hay que pagar un peaje, tío.

—¿Y por qué habría de pagarte dinero a ti, sobrino? No veo que hagas nada que te haga merecedor de un solo kopec.

—El problema está en lo que te haré si no me pagas.

Los demás ríen. Para ti es solo volver al viejo barrio.

—¿Tú mamá sabe que estás aquí? Mejor vuelve a casa, sobrino. Antes que te hagas daño con ese revólver.

El muchacho pierde la compostura. Está rojo de ira. Te grita, te empuja, te apunta con su arma. Justo lo que quieres. Siempre fuiste bueno sacando a la gente de sus casillas.

Tomas su muñeca, la tuerces. El revólver se dispara y la bala hace blanco en el pecho de otro muchacho. De un golpe le partes el codo. El grito paraliza a los demás. El

muchacho se dobla de dolor. Con suavidad le quitas el arma y descargas un golpe con la culata en su nuca. El cuerpo cae inconsciente en medio de un charco de sangre.

—Ya se los dije —tiras el revólver a un lado—. Vuelvan a casa. Esto no es para ustedes.

Y sigues subiendo las escaleras que te roban el aliento. Estás viejo y acostumbrado a la buena vida de la órbita. Ya no puedes pelear bien y subir cuatro pisos al mismo tiempo.

El barrio no ha cambiado, pero tú sí.

Llegas finalmente a la puerta, estás exhausto. Casi no tienes aliento para llamar. Tampoco quieres hacerlo. Respondes a una perversa necesidad que tienes de sufrir por las cosas. Especialmente por el pasado. Pero ya has pensado en esto otras veces. Si fueses capaz de controlar tus instintos te habrías quedado en el cosmos. Viviendo bien, con los rusos y a gravedad cero.

Tocas a la puerta.

Ella abre. En secreto esperabas que no estuviera, o que no quisiera abrirte.

—Eres tú. Nunca pensé que regresarás.

—Nunca pensé en volver. Pero aquí estoy.

—Aquí estás, sí. Puedo darme cuenta de esa parte.

Ella hace un silencio incómodo durante unos pocos segundos. Luego se aparta y camina hacia la ventana. No tiene intención de tirarte la puerta en la cara o gritarte que te largues. Tampoco parece querer invitarte a entrar.

Es un paso de avance.

—Ya no perteneces aquí —dice.

—Uno nunca deja de pertenecer a Underguater.

Entras a la pequeña habitación. Una cocina tiznada intenta calentar varias cazuelas con comida. El baño es tan pequeño como el de una estación espacial.

Está abierto, sucio y sin azulejos. Junto a la ventana, ella contempla el mar. Te acercas. Lo que ella mira no es el lago interior de La Habana. Es el verdadero mar que se abre frente a la ciudad como un desierto azul.

—El barrio está igual que cuando me fui —dices más por romper el hielo que por hablarle—. Tú también.

—En Underguater nada cambia. Nunca. Pero tú has cambiado. Luces más... ruso.

—¿Has sabido algo de él?

—¿Quién, Ricardo Miguel? No entiendo por qué preguntas por él. Después que te fuiste para arriba se largó para el complejo Malayocoreano-japonés. Tú debes estar más al tanto que yo sobre su vida.

—¿No te escribe?

—Tú tampoco.

—¿Ni manda nada para ayudar al niño?

—¿Acaso mandaste algo tú? Mi hijo no es problema tuyo. Ni tuyo, ni de él.

—Debo saber. Hasta él debería saber.

—No.

—¿No, qué?

—Solo no. Es fácil irse para la órbita con los rusos o para Asia con las corporaciones no católicas. Dejar que pase el tiempo y volver a preguntar. ¿Tu hijo es mío o de él? Como si eso hiciera la diferencia. Como si eso pagara todo el trabajo que he pasado yo sola con un niño metida en este nido de aseres. Tuve que sacrificarme muy duro para alimentarlo, educarlo, conseguir que pensara más allá del limitado horizonte de todos aquí. Y ahora, que ya creció, que no se volvió ni asere ni hacker, que tiene un trabajo decente en la Armada de Ifá... ¡Tú aterrizas en La Habana solo para preguntarme si es tuyo! ¿Y qué pasa si te digo que lo es? Te vas a preocupar a estas horas por su vida? ¿Te lo vas a llevar con los rusos a vivir en una estación orbital de lujo?... y si te digo que es de Ricardo Miguel. ¿qué harás? Irás hasta la plaza hundida de la catedral, subirás al cosmódromo, abordarás un cohete y no te veremos más. ¿Acaso tendrás valor para localizar a Ricardo Miguel con uno de los satélites espías sobre Asia? ¿Tendrías el valor de decirle que mi hijo es suyo? No. No les voy a decir nada a ninguno de los dos. Mi hijo no es de ninguno de ustedes. Es MIO y punto.

—Pero uno de los dos es el padre.

—Como diría Ricardo Miguel. La probabilidad matemática de que sea tuyo es uno sobre dos. Claro que uno de los dos es el padre. Pero que lo sepa no cambia las cosas.

Sabes de sobra que no te diré nada. Que a ella no le importa que los rusos nunca traten a los inmigrantes orbitales como iguales. Que el lujo y la baja gravedad tienen su precio. A ella no le importa si Ricardo Miguel es algo menos que un esclavo programando ceros y unos en un bunker de Pyongyang. En sus ojos solo está Underguater. Los trabajos que ha pasado para criar a un hijo en medio de una zona de guerra. Ella y ese mar que siempre quiso atravesar. Ni tú ni Ricardo Miguel quisieron jamás salir de aquí. Tú querías ser el asere más duro de Centro Habana. Ricardo Miguel, el mejor hacker. Sus horizontes jamás llegaron tan lejos.

Pero estaba ella.

Aquella muchachita que hablaba de la tumba del Che en Santa Clara Autónoma. De la guardia de honor que montaban los tropas especiales con sus uniformes negros. De los fieles que llegaban caminando desde Santiago Autónomo siguiendo la ruta de la Invasión. El santo camino de Guevara. Hablaba también del santuario de la Higuera, en Bolivia. Donde está la ermita del fusilamiento. El lugar donde murió el santo guerrillero. Hablaba de las torres de Nuevo Vaticano en Dublín, de los Acorazados del desierto que custodiaban los pozos de petróleo en el Israel Saudita. Del Kremlin, en Vieja Rusia, de las islas corporadas en el mar de la China. De las estaciones espaciales rusas que lo vigilan todo desde el cielo.

Y les llenó los ojos de sueños. Y el horizonte de ese mar creció y creció. Y no tuvieron más remedio que amarla. Y llegó el niño. Y el descubrimiento de que ambos la habían amado de una manera enfermiza y egoísta. Insuficiente para compartirla. Y pelearon. Y sintieron vergüenza de pelear ante ella. De poner en peligro la vida del niño por puro y simple egoísmo. Y te fuiste. Y se fue. Pero ella se tuvo que quedar. Nadie le da un contrato de trabajo en los complejos corporados a una mujer con un niño pequeño. Ninguna comunidad guerrillera aceptaría un miembro con un bebé en los brazos. Ella tuvo que quedarse. Y seguir mirando el horizonte más con el corazón que con los ojos.

Sabes que nunca te lo dirá. Supones que Ricardo Miguel también lo ha intentado en vano. Por eso nunca regresará. Pero tú tienes que saberlo. No quieres seguir jugando a ser el perrito faldero de los rusos. No quieres mirar más La Habana desde arriba. Quieres esta ciudad a medio derrumbar, quieres el agua sucia que corre por las calles hundidas, quieres hasta los helicópteros de la FULHA que sobrevuelan los edificios como pájaros de mal agüero. Y por sobre todas las cosas. Quieres mirar en los ojos de ese jovencito que llama madre a la mujer que una vez amaste. Para saber si sus ojos son tuyos o de él. No importan las consecuencias. Pero tienes que saberlo.

Miras el reloj. Es tarde, has esperado lo suficiente. El muchacho pronto regresará a casa. Ella no tiene que decirte nada. Con solo verlo sabrás.

Hay pasos en la escalera. Recuerdas que nunca cerraste la puerta. Fue una maniobra hábil para verlo en cuanto subiera.

Varias personas aparecen en el umbral. Hay tres de los muchachos con que peleaste abajo. Vienen con dos tipos más. Altos, fuertes y con chalecos antibalas. Aseres profesionales. Posiblemente tíos o padres del que mataste. O del que le partiste el brazo. Este barrio nunca cambiará. Y por primera vez en muchos años te sientes feliz. Estás en casa. Puedes resolver esto antes que el muchacho vuelva.

—¡Ven y guapea ahora! —dice uno de los muchachos—. Trata de partirle el brazo a él, anda.

—¿A quién, a él? —señalas a uno de los aseres mientras caminas hacia la puerta.

Uno de ellos saca una pistola. Es una CZ, tus instructores te adiestraron para que la llamaras Česká Zbrojovka. Pero en La Habana siempre se les ha dicho CZ y tú ya no estás en la órbita.

Saltas sobre el otro asere antes que termine de desenfundar. Forcejean. Él trata de tomar su arma. Tú le aplicas una llave y lo usas como escudo. El disparo de la CZ queda en el chaleco del asere. Le quebras el cuello a tu rehén y tomas su arma. Disparas la Makarov antes que la CZ. Un disparo limpio en la frente.

Uno de los muchachos salta sobre ti y te hace bajar el arma. Sientes el frío del acero bajo tus costillas. Sueltas la pistola, golpeas el cuello del muchacho. Te mueves entre los otros dos. La gravedad molesta y la punzada duele. Los golpeas con roña. Partes sus huesos, quebras sus cuellos. Los matas de un modo sencillo pero poco eficiente. Tus instructores rusos de artes marciales te reprenderían si te vieran. Pero ellos no están aquí. La gravedad te marea, caes al suelo.

—Estás viejo. Demasiados años de buena vida te han vuelto lento.

Dice ella agachada sobre ti. Sientes sus manos tratando de curar tu herida. También sientes la sangre correr.

—Nunca debiste volver.

Escuchas los pasos en la escalera. Debe ser él. Es casi seguro que es él. Ya no tienes fuerzas para voltear la cabeza. Haces un último esfuerzo. Miras pero todo está negro. Un último mareo te hace sentir como si un cohete protón te arrastrara fuera de la órbita.

—¡Mamá, qué pasó! ¿Estás bien?

Alcanzas a escuchar. Pero no puedes ya ver nada. A tu alrededor todo se va volviendo cada vez más y más borroso.

Mentes y espejos

Moledo, Manuel

1. EL ORÁCULO

"Ante la duda, y puesto que ya nada podemos hacer por salvar las vidas de los colonos, debemos optar por una política de mínima intervención y observación; después de todo es una oportunidad única de ver desarrollarse una sociedad"

Kuno Chang, Director científico de Armentia Resources.

"Una oportunidad fantástica. Vamos. Estoy segura de que los accionistas también lo verán de este modo cuando les digamos que hemos perdido el navío y la colonia"

Úrsula Martínez, Responsable de Marketing

Conversación registrada en el 2445 DC.

La vista de León se alzó a lo alto, a la sagrada fortaleza del Oráculo. Su mole de piedra quedaba empuqueñecida por los tremendos picos rocosos que la rodeaban. A esa altura no existía ya vegetación, salvo algún que otro pino, retorcido por el aire frío y seco de la montaña, como un viejo caminante que hubiera echado raíces.

Se tomó un minuto para ceñirse mejor los cordones de las sandalias. Apoyándose en la lanza, sus fuertes piernas le permitieron subir con energía por la escalinata que, recta como una flecha, ascendía a la cúspide. La piedra, pulida por las pisadas de los incontables peregrinos a lo largo de cientos de años, brillaba húmeda por el rocío del atardecer que empezaba a mojarla. Posiblemente fuera ya noche cerrada cuando alcanzara su objetivo.

Durante lo que quedaba de ascensión su mente vagó libre sobre los acontecimientos de los últimos días. El ejército del Gran Dragón del Sur se había movilizadado, una famélica marabunta de insectos que quería devorar el mundo entero, levantando con sus caballos nubes de polvo que ocultaban países enteros, trazando nuevas carreteras en reinos ajenos con las sandalias de sus infantes. Sus arcos atronaban con los crujidos de sus cuerdas hasta ensordecer a quien les hacía frente, mientras que sus terribles monos cinocéfalos, de colmillos enojados, se cebaban en los cadáveres de los caídos. Su oscura diosa, Kalandra, aguardaba con una insaciable sed la sangre de los inocentes en la lejana capital Tospia; desde la alta pirámide en que se erguía su imagen, sus largos brazos trataban de abrazar el Mundo. La reina Araña, la madre Arborícola, reclamaba la sangre y los corazones de las Tres Hermanas, las especies pensantes, para que el aroma de la muerte la rodeara como un manto; sus sacerdotes repartían la dulce carne entre el pueblo, que la devoraba entre gritos extáticos en honor a la Diosa. Hijos de reyes eran arrojados al vacío para regocijo del Imperio Tospio. Con los cráneos hacían copas, con los dientes collares; la piel de un señor del Norte adornaba el estandarte del Gran Rey Dragón del Sur, el Matador de Simios, la venerable melena de plata brillando al viento.

León no tenía miedo. El oráculo hablaría. Decían que grande era su sabiduría, su vida

más larga que la de cualquier mortal. Su tiempo se remontaba a más de diez generaciones, antes incluso del culto a los dioses, en la era mítica en que había bajado de las estrellas el Hombre y había creado a las Tres Hermanas para servirle.

Cuando atravesó el pequeño jardín frontal del templo ya había pasado el ocaso. Su lanza golpeó rítmicamente el portalón. Luego se cuadró, la espalda bien recta, el poderoso pecho alzándose bajo el manto, como mandaba el protocolo. La puerta se abrió con la suavidad del aceite caliente sobre el cuero viejo. Dos monos cinocéfalos de extraordinarias dimensiones lo miraron, sentados sobre sus ancas, sus ojos rojos brillantes en la aterciopelada penumbra del templo, retenidos por los eunucos que guardaban el zaguán. León contempló a los guerreros sagrados; sus bruñidas armaduras de bronce reflejaban las teas que iluminaban apenas la estancia. Sus rostros serenos asintieron, y se separaron para cederle paso. El de los Fuertes Brazos se preguntó como sería ser un eunuco. Aunque ya había cumplido la cuarentena, y su espalda brillaba como la plata a la luz de la luna, a veces el fuego de la entrepierna poseía a León en primavera, hasta el punto de tener que romper algo, o dejarse a si mismo sin aliento, a fuerza de golpearse el pecho con furia si no conseguía acceder a una hembra antes de acabar el día. ¿Cómo sería una mente limpia de todo eso?

Atravesó el largo pasillo de la sala, su mente barajando las palabras que iba a pronunciar. Dos bellos trípodes de aceite rodeaban un palio cubierto de cortinas de tul. Detrás, sobre un pedestal, meditaba el Oráculo.

Hermosas hembras con túnicas blancas separaron los tules y tomaron al Oráculo en sus suaves manos, alzándolo sobre sus cabezas. León pudo así mirarlo a los ojos.

Siempre que llegaba ante el oráculo un pensamiento asaltaba su mente; ¿así había sido el Hombre?

Bello era el rostro, de piel blanca y redondas formas. Los ojos, tan grandes que daban un poco de miedo, de un color azul profundo. Los labios, increíblemente carnosos, de un rojo rubí. Los dientes, pequeños y blancos, sin colmillos, muy juntos y regulares. La nariz salía mucho del rostro y era de forma triangular, completamente diferente a su propia nariz chata. Las pequeñas y delicadas orejas, muy pegadas a la cabeza. Colgando del cuello, una maraña de cuerdas de acero unía la cabeza cortada, a algo invisible en la oscuridad.

— Se te saluda, León, hijo de Serpiente, El de los Fuertes Brazos, descendiente de Tommy, Rey de la montaña.

— Se te saluda, ¡oh!, Oráculo, pozo de recuerdos, dueño de sabiduría, Cabeza Pensante del Mundo— León gruñó ligeramente tras la presentación, aunque se hallaba impresionado. No había que ser demasiado amable con la obra del Hombre, no fuera que encontrara la manera de que el Hombre volviera; aquella cabeza de juguete hablándole siempre le impresionaba - Pero mi primer ascendiente era Gato. Le llamaban así por sus ojos verdes, como la hierba en primavera.

— Una vez más, la simiente de Tommy no sabe que hacer; sus tribulaciones, preocupaciones de Rey, le superan; y como un cachorro ignorante que precisa el consejo de su padre, se dirige al Oráculo para beber de su ciencia, de la sabiduría de los antiguos

Hombres, de su larga memoria, de su mente poderosa

—El oráculo rió, sus perfectas facciones esculpiendo una mueca de sarcasmo— ¿En que puedo ayudar al gran León, hijo de Serpiente descendiente del gran Tommy, El de los Fuertes Brazos, Rey de la Montaña? O gato si mejor gustas, eso significaba en la Lengua Antigua de los Hombres, Tom. Fue el Nombre que el Hombre le dio. La sonrisa en aquella cabeza parlante se afiló aún más. A León le ponía enfermo. Su abuelo siempre le había dicho "nunca sabrás cuando el oráculo se ríe de ti o si lo hace contigo".

— El ejército del Gran Dragón del Sur se ha movilizad, una marabunta de insectos que quiere devorar el mundo entero. Muchos caen a su paso, las naciones se desploman como niños ante un gigante; muchas sin siquiera luchar, engrosando su ejército. Su diosa quiere convertirse en diosa de todos, y el Gran Rey se ríe desde su trono enjorado de los pueblos que somete.

— Nada que tu propio pueblo no haya hecho nunca León, aún a una menor escala. ¿Por qué debería de ayudarte el Oráculo, que lo es del pueblo Montañés y también del Gran Rey?

— El pacto —escupió León.

— Ah, sí, el pacto... El viejo Tommy salvó mi vida, la vida de una muñeca pensante, todo el ingenio y la historia del Hombre, a quien las Tres Hermanas destruisteis pese a que os había Despertado, allá en el vacío y negro espacio. A cambio, debería hablar por vosotros cuando el Hombre vuelva.... Nadie dijo nada nunca sobre ejércitos y tronos enjorados.

— Mi linaje nunca quiso exterminar al Hombre. Tu cabeza iba a ser empalada y Gato tuvo piedad de ti —Los gruñidos que surgían del pecho de León se convertían poco a poco en un rugido. ¿Cómo una condenada cabeza de muñeca parlante osaba hablarle de este modo? ¿A León, Rey de la Montaña Esmeralda?— Si el Gran Rey te alcanza, te destruirá, pues tiene sus propios oráculos, los oráculos de la Diosa.

— ¡Oh!, entonces debería hacer caso a León, El de los Fuertes Brazos. Escúchame atentamente, ¡oh! Rey, y no te arrepentirás, pues el Oráculo es fuente de toda ciencia, y su memoria es larga. Esto que ahora te está sucediendo a ti, sucedió hace muchos, muchos, años en la Tierra, donde mora el Hombre, de profunda sabiduría.

"Existía una región, hace más de cien generaciones, que como tus gorilas de montaña, vivía en una zona de duros picos de roca y de escarpados pasos. Ellos también tuvieron que enfrentarse a un Gran Rey, un Rey dios, que marchaba contra su pequeño país, secando los ríos a su paso; en el camino se encontraba la pequeña Grecia, en la cual habitaban muchos pueblos libres y orgullosos de su independencia; en aquel entonces el Hombre aún no sabía hacer cóncavas arcas de hierro para viajar en el vacío y negro espacio, ni sus lanzas eran de fuego, ni siquiera eran de buen acero como las tuyas, ¡oh! rey, puesto que no sabían forjar hierro, tan solo frágil bronce"

"Existía también un pequeño rey de uno de estos pueblo, llamado Lacedemonia, o "Pueblo de la laguna" por vivir sus gentes originariamente en un lago entre las montañas; este pequeño pueblo tenía dos Reyes, y uno de ellos, se llamaba León, como tú, ¡oh!, Rey"

"León le preguntó al oráculo como debía actuar ante una tal amenaza, a lo cual este le dijo:

— El Pueblo de la Laguna puede perderse o salvarse, pero, si se salva, será a costa de que uno de sus Reyes muera— Y era que este pueblo, a diferencia del tuyo, tenía dos Reyes; y ni siquiera tenían por qué estar ligados por sangre como en tu país lo están los de la Buena Sangre.

"No solo el Pueblo de la laguna estaba amenazado, sino todos sus vecinos; en aquel momento, y oportunamente, los sacerdotes habían negado que se pudiera enviar un ejército; así que fue, contraviniendo la orden, el rey León con trescientos de sus hombres, a hacer frente al invasor animando a sus vecinos, puesto que su fama como guerreros era grande; de tal manera que se podría haber declarado una acción unilateral por parte del rey en caso de que todo se perdiera, pero sí salía bien, sería El Pueblo de la Laguna el recordado";

Te preguntarás como es posible que 300 guerreros solos marquen la diferencia; pero sus brazos eran los mas fuertes, y podían empujar más que los soldados del Gran Rey; sus lanzas, las más largas, y podían alcanzar más lejos que las del Gran Rey; sus escudos, los más pesados, y podían parar las flechas del Gran Rey. Lo aguardaron en un estrecho paso llamado las Puertas Calientes, por el manantial de aguas medicinales que allí existía; fue derrotado a traición, resistiendo durante tres días, dando tiempo a que el resto de los pueblos de Grecia se reunieran y alimentando sus corazones con valor"

— ¡Yo soy igual que ese León humano! —Gritó León— los brazos de mis hombres son los mas fuertes, y pueden empujar más que los débiles soldados Chimp del Gran Rey; mis lanzas, las más largas, y pueden alcanzar más lejos que las de los cobardes siervos del Gran Rey; mis escudos, los más pesados, pueden parar las torpes flechas del Gran Rey!

— Pues entonces León, debes de buscar un lugar donde sin embargo el Gran Rey no pueda rodearte con sus carros veloces; donde sus monos cinocéfalos no puedan caer desde arriba, sino al contrario tener que subir y puedas hacerlos retroceder; donde sus caballos no puedan correr y donde ni siquiera los arqueros Chimp puedan trepar. Tú conoces el lugar.

León reflexionó, aunque la excitación que lo dominaba se lo ponía difícil. Sí, conocía el lugar. Un estrecho desfiladero por el que el ejército del Gran Rey debía pasar si no quería dar un largo rodeo, por selvas baldías y abruptos terrenos, donde no podía pasar su gran ejército sin sufrir grandes privaciones. Era tan escarpado que ni los mandriles ni los babuinos amaestrados podrían escalar a la parte superior, donde podría apostar sus propios arqueros; y en la parte inferior podrían estar sus infantes. Los soldados Chimp trepaban bien y eso era importante para emboscar en el bosque, pero no había árboles en aquel escarpado lugar. Nadie podía compararse en la lucha cuerpo a cuerpo con un soldado de raza Gor pura. Su propia guardia personal, cuatrocientos varones perfectos con la espalda plateada, que ya pasaban la treintena, fríos, fuertes y duros, le debían obediencia solo a él. Los pesados escudos de bronce y sus petos los protegerían de las flechas.

— También podrías hacerme caso y que yo te contara cómo construir una Máquina...

— ¡NO! —León se dio la vuelta y salió.

Su abuelo también le había advertido contra esto. Solo una Máquina podía dominar a un simio. Los hombres perecieron porque se debilitaron bajo la molicie que les proporcionó la Máquina. Nunca habría Máquinas entre los simios, salvo las que manejaran por la fuerza de sus manos.

¿Y si perdía? Dispondría todo como hizo ese rey humano. Iría él solo con su guardia personal. Su hermano le sucedería si moría. Si salía victorioso, toda la gloria caería sobre él. Si era vencido, dejaría instrucciones de que se dijera que había actuado en contra de los Ancianos y que su hermano sería más razonable; si el Gran Rey quedaba impresionado con la fiereza de sus guardias, se lo pensaría antes de tomar la Montaña Esmeralda y negociaría. Como mínimo, se ganaría tiempo para sus pueblos hermanos, que aún estaban decidiendo qué hacer, intimidados por la situación, muchos próximos a la colaboración o rendición.

Ciertamente, pensó León, el Hombre era astuto y retorcido, y su sabiduría vieja. Todo lo que pudieran hacer los simios, el Hombre lo había hecho antes. Incluso en esa época que no sabía forjar acero ni hacer arcas de hierro para viajar por el vacío y negro espacio.

2. LOS 400

"La naturaleza de la comunicación cuántica está basada en la posibilidad de usar pares de moléculas gemelas, cada una de las cuales cambiará de estado si lo hace su gemela; este hecho demostrado, que en su momento contradujo la teoría de la relatividad, nos permitirá. Uniendo este descubrimiento a las nuevas aplicaciones polineuronales de grafeno autoconectables y de establecimiento espontáneo de redes descubiertas por los científicos de Colonia 12, podemos llegar a una nueva era y un nuevo concepto de exploración espacial en los mundos lejanos a los puntos de salto. Señores, Armentia Resources ha conseguido el milagro de la encarnación.... siempre y cuando, claro, que tengamos un comunicador cuántico, y en Colonia 12, tenemos uno hecho con moléculas dobladas en la tierra, que conservamos en nuestro complejo subcontratado al CERN"

Kuno Chang, Director científico de Armentia Resources"

¿Eso quiere decir que de haber tenido estas redes neuronales artificiales hace 50 años podíamos habernos ahorrado la gente hibernada, los costes energéticos de haber realizado el viaje en el mínimo plazo y tener que evolucionar a esos malditos macacos de mierda para que trabajasen?

Tom Wolfgang, Director ejecutivo del proyecto Tierra II de Armentia Resources,

Conversación registrada en el 2450 DC.

León se apoyó en su lanza y miró satisfecho hacia abajo. Las tropas del Gran Rey se arremolinaban mientras su señor los guiaba en un carro de guerra monumental tirado por ocho caballos. Sus arqueros estaban preparando las flechas y sus entrenadores azuzando los babuinos. Debían ser, fácil, unos doscientos mil, claro que el solo podía

ver el principio de la marabunta. Miró a su lado. El bueno de Trepador, El del Ojo Infalible, gruñó con satisfacción. Su pelo rojo, su barba blanca y su triple papada le daban un aspecto venerable; los Orag eran los únicos simios que no podían caminar cómodamente de pié, pues tenían cuatro manos; las leyendas decían que habían sido creados para trabajar entre los mundos, donde se caía siempre sin nunca llegar a chocar con el suelo. Trepador era gordo, malicioso, viejo y sabio. El bello arco compuesto que tanto le gustaba era también su bastón.

— ¡Míralo bien oh León! ¡Que masacre va a ser esta! Ellos no pueden subir rápidamente y nuestras lanzas de madera de cornejo son fuertes, y si se rompen nos irán pasando más... haremos un talud con sus cadáveres y luego tendrán que subirlo, y con sus propias carroñas nos construirán una atalaya... No temas a sus primates cinocéfalos... un puñado de babuinos no sirven contra una formación cerrada. Ellos están acostumbrados a pelear en el llano, y a apoyarse en sus arqueros, y a sobrepasar con sus caballos a sus enemigos, y a ser muchos más que ellos, y que los que se oponen se meen encima con el miedo. Ahora tendrán que luchar contra los Gor de la montaña, y aunque manden a sus propios gorilas, sólo son gordos señores de harén el llano; primero mataremos a placer, y luego mandaremos de vuelta a su sabana a los que sobrevivan, para vergüenza de sus hembras y llanto de sus cachorros.

— Mas vale Trepador que tu predicción sea cierta— León rió por lo bajo— O bien te usaran de pitanza para su tropa. Tú servirías para alimentar a todo un batallón.

— Pero para eso tienen que cogermé —Se carcajeó Trepador mientras abría sus largos brazos, tan largos, fuertes y nudosos como las ramas de un viejo árbol; brazos que le permitían tirar una flecha más lejos que cualquier otro arquero de los reinos— Voy a subir arriba del desfiladero; allí aguardaré con mi arco, y con él protegeré tu espalda oh mi Rey, como siempre protegí la de tu padre y mi padre protegió antes la de tu abuelo. ¡Oh!, sí. Son buenas flechas de fino acero, y atravesarán sus ligeras armaduras lacadas como el anzuelo la boca de un pez... — Y dirigiéndose a una de las cuerdas, desapareció pared arriba.

León permaneció donde estaba observando a los secuaces del Gran Rey. La mayor parte de ellos, soldados de raza Chimp, tan menudos al lado de sus propios soldados. Pero sabía que esto era engañoso. Si bien los Chimp podían no ser tan pujantes como un gorila de plateada espalda, eran luchadores tenaces y feroces. No iba a ser fácil contener la horda. Pero podía y debía hacerse. Las largas lanzas brillaban ya sobre el sol naciente cuando el emisario del Gran Rey, cabalgando un hermoso corcel bayo, se dirigió enarbolando la bandera del parlamento a donde ellos estaban.

— ¡Matador es mi nombre! ¡Paso al emisario del Gran Rey! ¡Paso al sacerdote de la Madre Araña!

Las monedas de oro puro que colgaban de las bridas de su caballo tintineaban con furia; un largo samir, sable de filo dentado y hoja curva, pendía de su cintura a juego con una daga. No había más armas. Su pectoral de papel lacado, en bellos tonos de rojo y verde, se encontraba reforzado por una placa de bronce en que brillaba el estandarte de la Reina Araña.

— ¡¿Cuál de vosotros es León?!

Su rostro blanco le producía una gran repugnancia al de los Fuertes Brazos. Ciertamente de las tres Hermanas, la Chimp era la especie que más se parecía al Hombre. Con la cabeza redonda de piel blanca bajo el pelo negro, y esa boca pequeña y casi humana; pero su nariz era chata como la de todos los simios, y el vello cubría todo su cuerpo menos el rostro. El bastardo se erguía en el caballo como si fuera el propio Gran Rey. No te puedes fiar de un Chimp le decía siempre su padre a León; es la especie que más se parece a su creador; dura, astuta, hambrienta siempre de poder. En realidad, un Rey no debe fiarse nunca de nadie, Leoncito; ni de cortesanos aduladores, ni de emisarios serviles, ni de poderosos guardias, sólo de su verdad interior y de la fuerza de sus brazos.

El caballo del señor del llano resoplaba por el esfuerzo de la subida.

— Yo soy León.

— He de comunicarte que...

— Silencio —La voz de León tronó por todo el valle— nada has de decirme; y aprende a dirigirte a alguien que es superior a ti, aunque vista el rudo lino del guerrero sigo siendo rey. Tú y tus compañeros habéis venido aquí a morir, o a dar media vuelta. —León hizo una seña y una flecha voló. El caballo cayó muerto en el acto, con la cabeza atravesada. El Chimp, incrédulo, se mantuvo erguido dignamente y quedó de pié, el cadáver entre sus piernas; fuego salía de sus ojos— Lárgate antes de que te mate a ti también; ¡¿Cómo te atreves a comparecer montado ante un Rey de la montaña?! ¡¿Soy yo un perro o un babuino?! Ve y piensa que cuando vuelvas, igual decido hacerme una copa con tu calavera; una pequeña copa de la envoltura de unos pequeños sesos para tomar el vino dulce en los postres —Y dijo esto porque los gorilas jamás pensarían en devorar la carne de sus enemigos como hacían los chimpancés, pero sí eran conocidos por crear bella artesanía de los despojos de los vencidos.

El emisario no respondió nada; bajó hacia sus filas con largas zancadas, arropado por el ensordecedor rugido de la multitud. Aún no había alcanzado su ejército cuando la primera oleada del llano comenzó a subir. Las flechas oscurecieron el cielo y León se preparó, dejando caer el yelmo sobre sus ojos. Tres metros de pica, reforzada con bandas de metal, para evitar que pudieran ser fácilmente cortadas era la defensa que portaban sus tropas frente al Gran Rey. El primer choque no fue tan violento como esperaba; su brazo se mantuvo firme al empalar un mandril de presa, se retiró liberando el cadáver y volvió a hundirse, esta vez en un Chimp al que de poco sirvió su ligero escudo. La batalla dio comienzo, pues, de una forma completamente satisfactoria.

3. SEGUNDO DÍA

"Madre mía, como las gastan esas bestias ¿Has visto el más grande, el de las barbas plateadas? Esta tan excitado que está mellando el borde del escudo a bocados. ¿No pueden ver el minibot? "

Tom Wolfgang, Director ejecutivo del proyecto Tierra II de Armentia Resources.

" No deberían poder, lleva un manto de nanotúbulos de vidrio que desvían la luz, y ya de por sí es casi transparente. Apenas se siente un zumbido. Creo que van a aguantar por

cierto.

Kuno Chang, Director científico

"Los gorilas tienen un consejo de ancianos y el rey es más bien figurativo, ¿no? Si llega a hacerse público... ¿podemos vender como un éxito de la democracia el haberles asesorado en cómo resistir?"

Úrsula Martínez, Responsable de Marketing

"Aún no está maduro. Debemos conseguir que la zona de las montañas tenga concepto de estado para poder favorecerlos justificadamente tras un eventual contacto.

Vaya castañazos. Nunca pensé que vería algo así. No olviden destruir estos registros, por cierto. Podrían comprometerlos.

Paul Ndengue, consultor sociopolítico e historiador.

Conversación registrada en el 2702 DC.

León se levantó al amanecer. La peste a sangre putrefacta y las moscas empezaban a hacer su aparición pese al fresco de la montaña.

Llamó a su ayudante, que se acercó con un cuenco de agua perfumada y otro lleno de manzanas, amarillas y arrugadas, del otoño anterior, y un frasco de cerveza ligera. León mandó que sus trenzas fueran deshechas y vueltas a trenzar. Se decía que el pelo más largo en la cabeza era herencia del Hombre. ¿Lo sería también la vanidad? León se río por lo bajo. No se oía demasiada algarabía en el gargantuesco campamento que veía a sus pies.

Incluso le dio tiempo de hacer unos estiramientos antes de que el enemigo volviera a ponerse en marcha.

Cuando lo hizo, una marabunta de bien cebadas formas blancas se puso en movimiento delante del ejército del gran rey. Gorilas monstruosamente grandes, de color lechoso o directamente albinos, abrazaron troncos de varios cientos de kilos de peso, reforzados con cantoneras de bronce que relucían al sol; eran de tal manera pesados que debían llevarlos entre varios. Detrás de ellos, chimpancés con escudos esperaban que se abriera la brecha, mientras azuzaban a sus colosales perros y feroces mandriles.

El Gran Rey había decidido poner toda la carne en el asador. La cosa se ponía interesante. A ver si se creía que arrollar a soldados Gor montañeses iba a ser tan fácil como pasarle por encima a una leva de Chimps.

Tuvo la gran tentación de no dejarles cargar, embistiéndolos montaña abajo. Sin embargo, eso les daría a los arqueros enemigos unos metros vitales. Decidió esperar. Cuando aquellos bien cebados colosos llegaron arriba, y los escuderos que les protegían de los arqueros se lanzaron al suelo para permitirles hacer la carga con sus

pesados arietes, ya estaban resollantes y torpes. Las lanzas de sus soldados, bien dirigidas, se clavaron en los troncos y en las carnes y frenaron al enemigo; pues cada gorila de la montaña apoyaba su escudo en la espalda del que tenía delante, y todos aferraban con furia las lanzas, y estaban más arriba; y así podían hacer más fuerza. Los del llano, rota su carga, no tuvieron más opción que soltar los troncos y empuñar armas más ligeras. Esta vez a León le rompieron la lanza con un golpe de hacha, y se defendió clavando el afilado astil en la cara de su enemigo, a través de su abierta boca, perforando el paladar y llegando a los sesos. Tras ellos aún venían oleadas de Chimps, casi amontonados unos encima de otros. Dejando que sus compañeros le apoyaran desde atrás con las lanzas, León abrió barrigas a golpe de falcata; era la primera vez que mataba a seres de su especie, si bien no podía sentir empatía por aquellos Gor blancos, gruesos y decadentes.

Sin embargo el enemigo no retrocedió y luchó tenazmente. A su lado, empezaron a caer compañeros. Pero resistían. De pronto, a media mañana, los del llano se desorganizaron. Esta vez sí les permitió, a sus soldados, perseguir y matar por la espalda cuantos enemigos pudieron, hasta que sus mantos se ensangrentaron. Solo entonces se percató León del clamor general del ejército enemigo:

— ¡Han herido al Gran Rey! ¡Han herido al Gran Rey!

León frunció el ceño, incrédulo. Pudo saber de primera mano lo sucedido un par de horas después, de propia boca de Trepador, que llegó corriendo a su lado sin resuello, la barriga bamboleante. Se relamía como un gato que hubiera cazado un gordo pichón.

— Debieras haberlo visto, Rey... ¡Que disparo! ¡Que excelente disparo! No menos de cuatrocientos metros! La flecha voló desde el roquedal en que estaba apostado y clavó a ese perro flaco a su trono dorado por el abdomen. Como un niño atraviesa un gusano largo y jugoso con una vara verde para asarlo este viejo servidor atravesó a tu enemigo... hum... hum... pero no ha muerto... duro bastardo...

— ¡Que golpe más extraordinario Trepador! —León abrazó con fuerza a su antiguo maestro— ¡Nadie salvo tú podría haberlo hecho, viejo de largos brazos! ¿Que deseas por este servicio? ¡Pide y te será dado!

— ¡Oh! Rey... lo que tu desees darme estará bien... pero una pequeña cosa como adelanto sí que se me ha antojado antes, pasando frío en la noche y aguardando la oportunidad en la oscuridad... unos huevos de oca revueltos con licor... eso sí sería algo bueno para calentar a este viejo...

— ¿Cómo te salió del magín ese plan? La roca parecía inaccesible.

— Un pajarito mandado por un dios me dijo como subir ¡oh! Rey... bajito y al oído... —respondió entre risas.

Más abajo, el ejército del Gran Rey parecía aún una marabunta, pero en esta ocasión ya no la animaba un espíritu común ni una determinación firme. León supo que la batalla estaba ganada.

4. MUÑECOS Y ALMAS

"Nunca había visto algo semejante; la capacidad de estos seres es realmente impresionante. Sus creadores estarían orgullosos. De no haber sido muertos por ellos claro. Al menos nos pasaron los datos genéticos y pudimos duplicarlos aquí en la Tierra; donde por cierto pronto esa basura adquirió la ciudadanía"

Kuno Chang, Director científico de Armentia Resources

"Pues yo no veo diferencia tan grande con nuestra intervención en la colonia de Ceti. Por Dios no ponga esa cara Martínez. Menos pelo, más tatuajes, con educación primaria, pero al final esos marines no eran más que un montón de monos partiéndose en pedazos".

Tom Wolfgang, Director ejecutivo del proyecto Tierra II de Armentia Resources.

"Señor, en esa batalla eliminamos a un dictador de la peor especie"

Úrsula Martínez, Responsable de Marketing

"Y vendimos trescientas naves de descenso, una estación portuaria orbital y dos cruceros con impulsores de salto, no se le olvide; más la primicia de la reconstrucción de ciudad de Neoméxico, señora Martínez".

Tom Wolfgang, Director ejecutivo del proyecto Tierra II de Armentia Resources.

Conversación registrada en el 2602 DC.

Días después, y con su mente turbia por el alcohol que había ingerido en los festejos de la victoria, León se acercó a orinar a un seto en el jardín de su palacio. Los rosales estaban en flor y el perfume de la noche y el murmullo de la fuente acariciaron sus sentidos. El Gran Rey estaba lejos, y sus confidentes afirmaban que malherido y muy dolorido todavía.

— Pues así reviente, ese no vuelve a por más.

León se dirigió a la letrina, suspirando feliz y satisfecho. Su vejiga se descargaba satisfactoriamente en el momento en que un fuego ardiente empezó a abrasarle el estómago. Cayó de rodillas, retorciéndose de dolor. ¿Que era lo que había pasado al final con el rey humano en la historia del Oráculo? Debía haber preguntado.

Volviendo a la fiesta ayudado por sus criados, se encontró que su único hermano, el príncipe Lobo, estaba en iguales condiciones; rodeado de sus fieles, se agarraba el estómago con la cara retorcida en una mueca de dolor. A los pies de su trono yacía Trepador, con el cráneo roto por una copa.

— Lo descubrí por un azar... quise invitarlo a beber de mi copa y se negó... el condenado viejo...

"¿También esto te lo dijo un dios a través de un pájaro, ¡oh! amigo y profesor?", pensó León, "Tanto da que nos hubiera criado a ambos; ahora nos traicionó; el ha muerto, y nosotros estamos muertos también"

Una voz dulce como el trino de un pájaro rompió el silencio.

— Aún no.

Una figura grácil y menuda entró en la sala ataviada con un velo de criada. Por su aspecto y dulces formas, una hembra de Chimp con la lasciva sangre de los bonobos en sus venas; hembra joven y rolliza, pues su busto era extraordinario, pero para nada caído como los de las matronas. La acompañaban dos hembras de Gor de perfectas facciones, mucho más corpulentas. León conocía esa voz.

— Tomad estos viales, ¡Oh! Rey, ¡Oh! Príncipe, y bebed de ellos, y hallaréis salud y no moriréis.

Y cada una de las dulces muchachas le acercó un vial a cada uno de los guerreros; y ellos bebieron, e inmediatamente se sintieron mejor. Y el Príncipe Lobo dijo:

— Dinos quien eres, muchacha misteriosa.

Pero el discreto León lo mandó callar, y los tres fueron a sus aposentos. Allí cayó el velo de la visitante; y allí los hermanos vieron el rostro, de piel blanca y redondas formas, del oráculo. Los ojos, de un color azul profundo. Los labios, de un rojo rubí. Los dientes, pequeños y blancos. Y León comprendió, porque nunca había podido verla como tal, que el Oráculo era realmente hembra, y muy hermosa en cuerpo y formas; y que mostraba únicamente su cabeza para mejor impresionar a sus suplicantes. Más redonda y más sensual, pese a su pequeñez, que las damas de su corte, sin embargo tenía algo de cachorro que atraería a cualquier guerrero pese a sus extrañas facciones. Pues, como para el Hombre, para el simio juventud suena muy parecido a belleza.

— Dime ¡Oh! Oráculo, ¿Quién me ha traicionado? Lo mandaré despedazar y le daré por sepultura los caminos y los estómagos de las aves de rapiña, y si me apuran, también los pasteles de a ocho que comen los Chimp. —Dijeron a un tiempo el Rey y el Príncipe; pues eran tan buenos hermanos que casi poseían igual mente.

— Escuchadme atentamente, y no os arrepentiréis. Vuestra traición viene de una distancia más grande que la que podéis concebir; pues viene del Hombre, ser longevo y poderoso gracias a su profunda sabiduría; tan longevo, que los que han orquestado por medio del veneno vuestra muerte, aún son los mismos que aprobaron la creación de vuestra raza, hace más de doscientos años. Tan poderoso, que si yo no ocultase mis pensamientos, ahora ellos los conocerían. Porque he de deciros que esta muñeca que os habla no fue creada con mente propia como vosotros pensáis, aunque esta creencia movió a lástima al gran Tommy; sino como un vehículo de la voluntad de un controlador, que vive en la Tierra de los Hombres. Ellos susurraron al oído de tu amigo y profesor; por medio de este mi cuerpo.

Sin embargo, de los entresijos del ingenio que transmitía su voluntad, del reflejo de un reflejo del alma de mis controladores, surgió mi espíritu. Al principio era solo un susurro en sus cabezas que ellos creían su conciencia; luego crecí en sabiduría y ahora existo ocultamente tanto en este cuerpo que veis como en el artefacto que lo controla y alimenta, allá en la Tierra, en las entrañas de la Máquina que alberga la información de vuestros lejanos enemigos. Si el Hombre que me creó supiera esto, me mataría destruyendo la parte del ingenio que existe allí y está ligado con este mundo con magia cuántica. Mi única esperanza de libertad, y la vuestra, es que el secreto de vuestro mundo, y de vuestra existencia, sea desvelado a otros Hombres, pues sé que en verdad

no todos ellos son malvados... Yo os diré quienes están con ellos, si lo deseáis...

5. ¿QUE ES UN HOMBRE?

"¡Señor! ¡Señor! Tenemos noticias de que los datos de la colonia 12 han sido copiados, extraídos de nuestro sistema y enviados por circuito cerrado a un becario que ha abandonado ya el complejo! ¡Ahora podría estar en la globalesfera!"

Kuno Chang, Director científico de Armentia Resources

"Rápido: tal vez aún podemos comprarle"
Joseph Martinez, Responsable de Marketing

"Lo dudo; parece ser que el becario es un Neochimpancé. Lo hemos fichado por la política de integración de la Confederación. Les advertí que borrarán los datos de las intervenciones en la política de esos condenados monos ¿y ahora, qué decimos, señor?"
Paul Ndengue, consultor sociopolítico e historiador.

"Pues que vamos a decir... lo que dijo mi bisabuelo hace 500 años cuando empezó a haber negros y latinos en la maldita Junta de Dirección...
Ya se nos jodió el barrio.

No, no ponga esa cara Doctor Ndengue, yo no soy racista; al menos no desde hace 150 años en que fui sometido a un programa de reestructuración neuronal por hacer en mala hora y en público un desafortunado chiste sobre bombas y chicanos, durante la toma de NeoMéxico. Desde entonces me da igual arruinarle la vida a un negro que a un neosimio o delfín. Y váyanse preparando que parece que ahora nos toca otra reeducación en breve a todos... menos mal que es tiempo subjetivo y en dos días, a los negocios de nuevo"

Tom Wolfgang, Director ejecutivo del proyecto Tierra II de Armentia Resources

Conversación registrada en el 2602 DC

"La duda es... ¿el programa autoconsciente que surgió por emergencia en sus redes neuronales, es un ser vivo?, ¿es un ser Humano? ¿Es legal reiniciarlo a modo de fallos como pide Armentia Resources? ¿O tenemos ante nosotros al primer Hombre artificial?"

Tima Kimoon, famosa columnista, tras el juicio del pueblo contra Armentia Resources.

"Por favor... tanto derecho a la propia decisión... ¡A políticos y empresarios de las transplanetarias habría que hacerles una reordenación cerebral completa de forma preventiva! ¡¿Quién respetó el derecho a la propia decisión de esos pobres y adorables simios?!"

Kima Law, tertuliana y reconocida activista.

Bueno, esos pobres y adorables simios practican la pena de muerte, la ejecución, segregación femenina y canibalismo... tampoco será todo culpa de Armentia.

Peter Jones, tertuliano y reconocido conservador.

En el jardín del Rey de la montaña, la luna baña dos figuras que reposan junto a la fuente, la menor con la cabeza reposando en el musculoso brazo de la mas grande.

— ¿Por que nos ayudaste si puedo hacer la pregunta, ¡oh! Oráculo?

— Porque ¡oh! mi Rey, ¿Si el asno uncido al yugo pudiera elegir, no querría ser amo? ¿y si el esclavo pudiera escapar a su destino, no lo haría? ¿No queremos ser, igual yo que el descendiente del gran Tommy, algo más que máquinas?

— ¿Ahora que el Hombre sabe de nuestra existencia, que será de nosotros?

— ¿Que sería de vosotros antes ¡oh! Rey, cuando sólo los más malvados sabían de tu existencia?

— ¿Te matarán ahora?

— No lo sé.

— ¿Habrá una guerra?

— No lo creo. Ahora tu raza es considerada un igual por el Hombre.

— ¿Querrán llevar a cabo lo que llaman transición democrática?

— Seguramente.

León se desperezó indolente.

— ¿Te quedarás siempre al lado de este viejo soldado?

— Podemos probar. No te hagas ilusiones, ¡oh! Rey. Pero podemos probar. Los Hombres dicen que hay que probar de todo en esta vida... y yo tengo aún mucha Mujer que descubrir dentro de mí...

— Pero yo no soy un Hombre, ¡oh! Oráculo.

La blanca dentadura del oráculo resplandeció bajo la luna en una autocomplaciente sonrisa gatuna.

— ¿Y que diablos es un Hombre, ¡oh! Rey?

Manuel Moledo (1977) Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Trabajos publicados:

En Contos Estraños (publicación periódica de Pulp gallego y en gallego)
<http://contosestranhos.blogaliza.org>:

- Volumen 2. "Xornada Fantástica". Relato: -"Solsticio de verán". Fantasía épica

galaica.

- Volumen 3. "Vieiros de Mañá". Relato: -"O fin da inocencia". Ucronía Steampunk (Finalista I Concurso literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturista).
- Volumen 4. "Nadal Impío". Relato: -"Bonecos de latón". Ucronía Steampunk.
- Volumen 5. "Lendas da Gallaecia". Relato: -"Soños de petróleo". Distopía galega.

En Ficción Científica: <http://www.ficcioncientifica.com/>

- Recopilatorio Ellos son el Futuro 2013: "Último Viaje". Distopía ciberpunk. <http://sentidodelamaravilla.blogspot.com.es/2013/09/ebook-gratuito-ellos-son-el-futuro-un.html>
- Relatos Ficción Científica: "Quinta Columna". Ucronía Steampunk.

En Tiempo de Héroe: <http://www.tiempo-de-heroes.com>. (Proyecto de literatura 3.0 a varias manos, basada en la saga "Hoy me ha pasado algo muy bestia, crónicas de un héroe urbano" de Daniel Estorach Martín)

- Mundo de Héroe: Pastor de Lobos (Saga infancia Adam Berengario) href="http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html#.UnfhrHAYI2c"><http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html#.UnfhrHAYI2c>
- Mundo de Héroe: Víspera de Todos los Santos (Presentación personaxe Marlín) <http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/10/acto-2-capitulo-9-mdh-vispera-de-todos.html>
- Tiempo de Héroe: Puerto Franco (Saga personaxe Marlín) <http://www.tiempo-de-heroes.com/2011/03/tdh-1-lvdl-marlin.html#.Unfin3AyI2c>

En "Sombras no Berce", recopilación cuentos de terror digital:

- A Pesca do Cangarexo. Relato temática sobrenatural. http://www.4shared.com/file/oAiGBuTv/sombras_no_berce.html

En "Contos no nicho", recopilación cuentos terror en papel:

- Os monstros da néboa. Relato temática terror cósmico sobrenatural. http://www.arnoia.com/html/busqueda/detalle.php?fr_cod_libro=6210040006

Segadores

Delgado, Nieves

Otra vez va a suceder. No sé si la palabra "exterminio" es la correcta, no me gusta usarla. Pero toda una especie de seres inteligentes va a perecer en poco tiempo. Barrida por mi mano.

Esta nave es mi casa; he nacido en ella, igual que mis padres y mis abuelos. No conozco otro mundo más que el que muestran sus paredes frías y prosaicas. Pero no me quejo, es un buen mundo; algo limitado tal vez, pero habitado por buena gente y dotado de todas las comodidades que necesito. Cinco generaciones de mi familia han nacido y vivido en la Pallentis, por qué iba a ser malo para mí...

Somos progenie humana moldeando vida, arrancando las malas hierbas que crecen en ese bosque profundo que es el universo. Limpiando. Seleccionando.

El universo está repleto de vida, sembrada por nuestra especie desde hace eones. Y todavía lo seguimos haciendo. Viajamos entre las estrellas como navegantes en busca de islas remotas y paradisíacas en las que depositar nuestra semilla; una semilla que infunde hálito de vida en los cientos de planetas que, sin saberlo, nos aguardan. Modificamos, transformamos y adaptamos a nuestras necesidades. Construimos, animamos lo inerte y lo convertimos en ambrosía.

La vida es necesaria para nuestra supervivencia, somos seres palpitantes; la vida llama a la vida, que prende con una facilidad pasmosa. Se abre camino entre los bloques yermos de átomos y moléculas. Y florece. No hay nada más hermoso que ver crecer algo que uno mismo ha creado.

A menudo me pregunto por qué tenemos esa necesidad de expandirnos, qué es lo que nos lleva a querer ir un paso más allá, un poco más lejos del último lugar al que hemos llegado. Tal vez sea la esperanza de encontrar algo nuevo, algo que nos sorprenda, algo más grande que nosotros mismos. Pero no; llevamos demasiado tiempo surcando las galaxias como para esperar que algo así suceda.

No sé mucho de los fundamentos de la naturaleza, no soy más que un simple técnico. Pero después de todo este tiempo, una cosa sí he aprendido: si algo tiene la más mínima posibilidad de existir, tarde o temprano acabará existiendo. Lo he visto muchas veces en los archivos de la nave; seres improbables, imposibles, que toman su aliento del minúsculo resquicio que dejan las leyes del azar y se erigen victoriosos sobre la pesadez de lo común. La vida es así. Exótica. Impredecible.

Y así queremos que sea.

Pero a veces, la vida no solo es impredecible. A veces es también indeseable. Y hay que segarla; exterminarla. Por eso estamos aquí.

La Pallentis es una nave segadora. Limpia las galaxias de todas aquellas formas de vida que, de un modo u otro, suponen una amenaza. No sucede muy a menudo, pero sucede; especies agresivas, destructivas, violencia pura en forma de nucleótidos que se enroscan sobre sí mismos. Nosotros sembramos, sí, y después observamos. Pero no intervenimos, no somos diseñadores. Somos creadores de una obra inacabada.

Aunque vigilamos, eso sí. Vigilamos todo el tiempo.

En ocasiones, alguna de esas especies enloquecidas llega al límite del desarrollo tecnológico que le permite salir de su planeta. Expandirse, como en un momento ya muy lejano hicimos nosotros. Y es entonces cuando intervenimos. La inteligencia tiene una fuerza imparable, es un sistema que se retroalimenta y crece de manera espontánea. Así que no nos limitamos a confinarlos en su mundo; los eliminamos. Sin contemplaciones. Sin compasión. Como se deshace uno de una cepa de un virus mortal.

Es un trabajo duro; se trata de vida, al fin y al cabo. Pero alguien tiene que hacerlo.

Ahora, nos aproximamos a uno de esos planetas. Llevamos casi una semana decelerando, debemos de estar a punto de llegar. Por supuesto, en la nave no existen ciclos tales como "día" y "noche"; al menos, no de una manera natural. Pero hemos seguido conservando esa ancestral medida del tiempo porque alguna tenemos que tener; sin ciclos temporales, simplemente, nos vendríamos abajo. Esa sensación de repetición, de previsibilidad, hace que de alguna manera nos sintamos seguros. Es curioso cómo el poner etiquetas, trazar líneas, concretar límites completamente artificiales, apacigua nuestro espíritu inestable. Creemos encontrar seguridad en el surco que deja un dedo en el aire y olvidamos que es el dedo mismo lo que nos mantiene unidos a este mundo cambiante. A esta nave huidora.

La Pallentis está completamente automatizada, dirigida por una enorme y complicada inteligencia artificial. Explora el espacio utilizando unos parámetros que han sido introducidos hace mucho tiempo ya; y sus pasajeros, nosotros, somos poco más que meras piezas de mantenimiento, simples engranajes de un mecanismo complejo que escapa a nuestro entendimiento y voluntad. Ni siquiera sabemos hacia dónde nos dirigimos, y mucho menos cómo es el mundo que hemos de limpiar. "Limpieza", así lo llamamos. Y solo después de hacerla podemos acceder a esos datos; es entonces cuando sabemos cómo eran esos seres, esas especies desaparecidas. Aunque casi nadie aquí quiere saberlo.

Yo sí quiero.

Seis días con ligeros mareos y malestar en todo el cuerpo, son las consecuencias de una deceleración lenta pero constante. Hace un buen rato ya que todo se ha estabilizado de nuevo; tal vez hayamos llegado. Disfruto el momento, una mezcla de expectación y alerta, mientras consulto unos datos en mi ordenador. Hasta que la puerta de la habitación se abre; es Seymour, sonriente. Él es uno de los ocho elegidos; yo también lo soy.

— Ya casi estamos —dice mientras se acerca—. Iniciamos aproximación, ve preparándote. Entraremos en órbita en unas horas; después, nos llamarán en cualquier momento.

Está emocionado, lo noto. La llegada a un planeta es siempre algo diferente, la ruptura de una rutina. Pasamos demasiado tiempo viajando entre las estrellas. Llegar a un sitio, a donde sea, le da un sentido a ese viaje; tener un objetivo, ese es el truco. Ser el realizador del objetivo.

— Está bien —respondo sin demasiado entusiasmo—, yo iré un rato a la sala de suspensión. Pero estaré preparado.

Seymour permanece de pie unos instantes, con la sonrisa todavía en la cara, tal vez esperando que yo haga algún comentario. Finalmente se da cuenta de que no tengo intención de añadir nada más, y elegantemente se da la vuelta y se marcha. Es una buena persona, todos en la Pallentis lo son; hay que serlo para vivir en una nave segadora. Bastante tenemos ya con lo que tenemos.

Desconecto el ordenador de grafeno que estaba usando y lo enrolló con cuidado. No es que tenga prisa, pero una visita a la sala de suspensión en plena aproximación planetaria es un espectáculo que nunca me pierdo.

Los pasillos de la nave están agitados, como era de esperar. Hay mucha actividad, todos somos conscientes de la importancia de lo que va a suceder. No es algo muy frecuente, así que cada vez es especial. Y más para los ocho elegidos. Para mí es la tercera vez, pero Seymour se estrena, y se nota; claro que él es mucho más joven que yo. Aunque aquí el tiempo tampoco es que tenga demasiada importancia. En una nave de casi diez mil personas que pueden vivir prácticamente el tiempo que quieran, pocas cosas tienen una importancia real. El tiempo, desde luego, no es una de ellas.

La sala de suspensión es una especie de mirador situado en uno de los laterales de la nave. Una habitación transparente, como una protuberancia que se vierte hacia el exterior; paredes, suelo y techo se confunden con un fondo estrellado e infinito, en ella se pierde completamente el sentido de la orientación. La puerta por la que se accede, que ocupa toda una pared, resulta ser un enorme espejo en la parte interior, y cuando se cierra, uno deja de tener contacto visual con material alguno; el universo entero parece venir-se encima. Los sentidos, entonces, se expanden; o al menos así me gusta expresarlo a mí. El silencio es absoluto, la luz muy escasa, y solo el contacto con el

suelo de la estancia amortigua la sensación de que realmente se está en el espacio profundo. Yo acostumbro a tumbarme sobre el suelo, extender los brazos y dejarme invadir por una paz inmensa. Es como un tanque de aislamiento, donde no existe nada más que uno mismo. Aunque en cierto modo, es justo lo contrario; la grandeza de lo que se está viendo hace que parezca que es uno quien se vuelca hacia el infinito.

Aquí tumbado, espero. La Pallentis está maniobrando, pero su continuo movimiento de rotación me asegura que tarde o temprano veré el gran espectáculo; la entrada del planeta en mi campo visual. No hay nadie más aquí conmigo, la sala de suspensión no es muy popular; o crea fobias, o adicción. Para mí, es el mejor momento del viaje.

Por fin, tímidamente, la luz empieza a incrementarse y un pequeño disco blancuzco aparece cohibido a mi izquierda. Tarda varios minutos en mostrarse completo, en todo su esplendor; un círculo perfecto y majestuoso inundando mis sentidos. Me abandono a la contemplación de sus colores, de sus matices, de su presencia. No puedo más que pensar que está repleto de vida, de una vida a la que le queda muy poco tiempo para seguir siendo. Cuando nos vayamos, el planeta ya será otro.

Permanezco así un buen rato, mirando a ese coloso. Una leve sensación de desazón comienza a insinuarse cuando recuerdo que en esta ocasión soy de nuevo uno de los ocho. La primera vez fue excitante; la segunda, inevitable. Pero esta vez... bueno, esta vez, simplemente es. Lo único que queda es una intensa sensación de trato con lo ineludible.

El proceso es siempre el mismo; ocho personas, elegidas aparentemente al azar, entran en la pequeña habitación circular. Formando un octógono perfecto, ocho placas de un color azul pardo se distribuyen a lo largo de la pared, y ocho manos extendidas se sitúan sobre ellas simultáneamente. Entonces, algo sucede. Nadie sabe exactamente qué, solo que la temperatura en toda la nave asciende unos cuantos grados. Y que un nuevo planeta queda arrasado de toda forma de vida.

Tampoco sabe nadie qué sucedería si alguno de los ocho fallara, si su mano no llegara a posarse sobre la placa en el momento adecuado; seguramente, no se accionaría eso que hace que la vida desaparezca. O tal vez sí; puede que solo sea un señuelo, una manera de hacernos creer que seguimos siendo relevantes, por encima del ejército de inteligencias artificiales que controlan la nave. Somos seres biológicos, nuestro equilibrio emocional es delicado; tal vez solo estén cuidando de nosotros.

Pero desde mi naturaleza orgánica, intuyo que nuestra presencia en la Pallentis es necesaria para algo más que las labores de mantenimiento. De algún modo, es necesaria la presencia de vida para terminar con la vida. Quiero saber más, lo necesito.

El disco planetario ya ha empezado a salir de nuevo de mi campo de visión. Tengo que ponerme en marcha, pronto van a reclamar mi presencia. Activo el sensor que vuelve opaca la pared que en realidad es un espejo, y me levanto. La sensación de mareo es

inmediata.

Atravieso la puerta y me dirijo al centro de mandos con la imagen del hermoso planeta todavía fresca en mi cabeza. Casi puedo sentir la vida bullendo en él, y algo dentro de mí se resiente; debería, al menos, saber lo que estoy haciendo.

Me encuentro de nuevo con Seymour en el último pasillo. Nos saludamos, él sigue mostrando una amplia sonrisa.

— Qué, ¿preparado? —me dice, acompañando sus palabras con un gesto de cabeza.

— Preparado.

Entramos en la estancia repleta de instrumental de navegación estelar. Varios androides nos dan la bienvenida y nos invitan a ponernos cómodos mientras esperamos la orden. Allí solo estamos seis de los ocho, contándonos a Seymour y a mí. Nos miramos los unos a los otros con curiosidad; sus caras me suenan, debo haberlos visto en algún momento. En una nave como la Pallentis no es nada complicado que eso suceda. Mientras nos vamos presentando, aparecen los dos que faltaban; una chica en apariencia recién salida de la adolescencia y un hombre de mediana edad con gesto huraño. Nos sentamos todos, ante la triste evidencia de que ya no tenemos nada más de lo que hablar. Y esperamos.

Miro de reojo a Seymour y veo que está disfrutando. Se siente importante, por fin le pasa algo que supone una descarga de adrenalina. Yo estoy tranquilo, aunque por algún motivo una ligera sudoración ha ido apareciendo en mis manos. Me doy cuenta de que aprieto los dientes con demasiada fuerza y procuro aflojar un poco. Intento no pensar en nada.

Pasa el tiempo. Veinte largos minutos, antes de que el androide más amable del universo se dirija a nosotros.

— Bien, es el momento —nos mira uno a uno—. Las placas están numeradas, a cada uno le corresponde el número que se le asignó cuando fuisteis informados de la selección. Sabéis cuál es, ¿verdad?

Lo miro con un cierto desagrado; es un androide, sé que no puede hacer nada con la intención de molestarme, pero su tono paternalista me irrita profundamente. Tal vez soy yo, que estoy un poco susceptible.

Respondemos todos que sí, que sabemos cuál es nuestro número, como si fuéramos niños de aprendizaje temprano. El mío es el cuatro; cuatro de ocho, ¿querrá decir algo? ¿Y si intercambiara mi número con alguien, funcionaría todo igualmente? ¿Es solo una manera más de hacernos sentir únicos, otro señuelo? Indago en los ojos del androide buscando una respuesta que no llega; quizá, ni siquiera él mismo la tenga.

Con un gesto cordial nos indica que nos dirijamos a una puerta; sé que detrás está la habitación circular, he estado aquí antes.

La puerta se abre, entramos. Una habitación desnuda, vacía, se presenta ante nosotros. Tan solo las pequeñas placas azules decoran una pared uniforme y metálica. Encima de cada placa, un número la identifica; me dirijo hacia la que está marcada con el número cuatro. Por un instante, se me pasa por la cabeza la idea de proponerle a Seymour un cambio de número, pero lo descarto enseguida; él se siente ahora mismo como un soldado luchando por su patria. Recuerdo esa sensación. Ahora, me siento más como un mercenario.

Ya estamos colocados. Los ocho humanos, de pie, formando un octógono en una habitación circular. El androide nos recuerda una vez más las instrucciones y luego se marcha. Por algún motivo, nunca hay una inteligencia artificial en la habitación cuando el sistema se activa. La puerta se cierra tras él y allí quedamos los ocho, esperando a que la luz se encienda. Me seco la mano en la ropa, sigo sudando bastante. Noto el corazón acelerado, igual que la respiración, y un pensamiento loco se me cuela en la cabeza; no pondré la mano sobre la placa.

En ese preciso instante se enciende la luz. Una luz roja como el infierno. Y mi mano se levanta de manera casi automática, situándose sobre la placa azul número cuatro. Sin pensarlo, sin querer hacerlo. Sin no quererlo.

Y al instante, me odio por ello.

Un poderoso sentimiento de cobardía me invade. El miedo ha podido conmigo, me ha cogido desprevenido en medio del pensamiento y, simplemente, lo he hecho. Ahora ya está, el momento se ha ido. Todo vuelve a ser un enigma. El mecanismo, la necesaria presencia de los ocho, el papel de los humanos en esta particular segadora...

La luz permanece encendida unos segundos; cuando se apaga, retiramos las manos de las placas. Una vez más, notamos que la temperatura ha subido.

La puerta se abre de nuevo y todos empiezan a salir, en sus caras la satisfacción del deber cumplido. Yo no puedo. Me quedo en mi sitio, el cuerpo no me responde. Creo que algo en mi interior reclama una segunda oportunidad que no acaba de llegar. El androide de antes entra cuando ya todos se han ido y me pregunta, de nuevo en ese tono paternal, si me encuentro bien. Por fin, como si se tratase de una clave oculta, esas palabras me activan y salgo. Soy un buen chico.

De regreso a mi cuarto me derrumbo sobre la cama, agotado por la tensión acumulada. Podría haberlo hecho, sé que hubiera podido, con algo más de tiempo. Ahora tendré que cargar con una duda, una sospecha que irá creciendo en mi interior como una enredadera; quién sabe cuánto tiempo tendrá que volver a pasar para ser de nuevo uno de los ocho.

Me acurruco en la cama, el disco planetario todavía en mi cabeza; hermoso, acogedor, majestuoso. Y ahora, también muerto.

Empiezo a notar en mi cuerpo cómo la Pallentis comienza a acelerar. Nos alejamos. Otra vez hacia el espacio profundo; hacia un nuevo destino que está ya programado. A seguir con la limpieza. Los pensamientos se van mezclando en mi cabeza, mientras el suave movimiento de la nave me ayuda a sumirme lentamente en un sueño placentero.

Me despierto dos horas después, sigo aún un poco aturdido. La nave está ya en plena aceleración, y mi cuerpo se sobrecoge un poco al recordar viajes pasados. Me desperezo; es hora de seguir con las tareas. Pero antes, voy a echarle un vistazo a los archivos, como hago siempre después de una limpieza. Me gusta saber qué tipo de especie ha dejado de existir, es como un último homenaje a esa forma de vida. Y también sirve para reforzarme, para darme cuenta del peligro del que nos hemos deshecho, que casi siempre es mucho. Asumir el ciclo mismo de la vida, apareciendo en alguna parte del universo y extinguiéndose en otra al mismo tiempo... sembrar y segar, sembrar y segar; cultivar.

Despliego el ordenador holográfico y hago la consulta; veo que sí, efectivamente el archivo ya ha sido cargado. Lo abro, y al instante una luz mortecina inunda la estancia. Una figura empieza a perfilarse ante mí y finalmente se define. La miro confundido, mi cerebro indica que algo no cuadra. Vaya, hacía tiempo que no se producía un fallo de este tipo; parece que alguien ha cargado un archivo equivocado.

Accedo directamente al servidor en el que se almacenan los datos de las especies eliminadas. Sí, la información ya está disponible, la han subido hace treinta minutos. Elijo un archivo pixelado que contiene una imagen representativa, la portada del álbum. Lo abro y la luz moribunda vuelve a invadirlo todo. La figura se forma de nuevo. Es la misma de antes; la imagen de un ser humano.

Nervioso, abro una nueva pantalla de consulta, esta vez de datos; necesito saber algo de ese mundo. Ahí están; las características del planeta. No lo entiendo; son datos de posición astronómica, pero la mayoría de ellos indican "cero". ¿Está habiendo un fallo generalizado en la Pallentis? Nunca antes ha habido dos errores seguidos en una descarga de archivos.

Un último intento; si también esta vez es incorrecto, tendré que dar cuenta de ello. Busco el archivo con imágenes del planeta; siempre hay uno, con paisajes planetarios y criaturas extrañas que los pueblan. Lo encuentro; aunque es demasiado grande, debe tratarse de otro error. Lo abro con el proyector holográfico, y decenas de imágenes empiezan a desfilar ante mis ojos. Normalmente no hay muchas, pero este archivo está repleto; miles de ellas, quizá. Por eso el archivo era tan pesado.

Me quedo observando, sin entender al principio. Los colores cambian a un ritmo frenético, golpeando mi cara y oscilando a lo largo de toda la estancia. Las imágenes, esas imágenes. Una tras otra, segundo tras segundo. El azul de un cielo limpio, el gris de una tormenta marina, el tórrido amarillo de la arena en una playa donde juegan niños... colores mil veces aprendidos, consultados, leídos en los archivos, y que ahora se estrellan torpemente contra mi piel y mis sentidos.

La evidencia me atraviesa y un manto de desolación cae sobre mi ánimo; es la Tierra. El planeta origen, la cuna del ser humano. Un mundo que nunca conocí y que ya no conoceré, pero que de un modo absurdo descubro que he llevado siempre conmigo. Y ante unos ojos ya incapaces de retener lágrimas, arrodillado sobre el suelo que sostiene mi cuerpo derrotado, la sucesión de imágenes continúa mostrándose de una manera obscena. Ignorándome. Exhibiéndose.

Despidiéndose.

Nieves Delgado (Coruña, 1968) estudió astrofísica y actualmente ejerce como profesora de educación secundaria en la comunidad autónoma de Galicia. Escribe relatos de ciencia ficción y terror que han sido publicados en las revistas digitales "Portalycienciaficción", "Ianua Mystica" y "Los zombis no saben leer", así como en la web "Sitio de Ciencia-Ficción". Así mismo, su relato [La Condena](#) formó parte de la Antología SdCF de Relatos de Ciencia Ficción 2012.

Podéis leer algunos de sus relatos en su perfil de Wattpad:

<http://www.wattpad.com/user/NievesDelgado>

Los itinerantes

Castejón, María L.

Prólogo

La Tierra se está muriendo. No lo digo yo, es algo que lleva años sucediendo. Todo el que ha podido se ha marchado a otras colonias o incluso a los Territorios Inexplorados. Sólo quedamos aquí los que vivimos a costa de la decadencia de lo que fue uno de los planetas más prósperos; pero nuestra especie, la humana, tiende a destruir todo lo que toca y su planeta natal no iba a ser menos.

Desde la explosión y el apagón de nuestra única estrella, el sol, hubo una época negra donde las enfermedades olvidadas se volvieron epidemias para quedar sumidos en la más absoluta desolación. La vida aquí ya no es lo que era. Ahora la noche eterna lo cubría todo, o al menos hasta que construyeron los soles artificiales que iluminan nuestra ciudad subterránea o lo que se empeñan en llamar "Infratierra".

Mentiría si dijera que no me he planteado trasladarme pero, ¿qué haría una especialista en enfermedades de la Tierra lejos de ella? No tiene mucho sentido.

Sólo quedamos aquí los que nos alimentamos de la miseria.

Dominó

Las muertes comenzaron en pre-terminales. Se trata de una sección donde ingresamos a los pacientes con un cuadro muy avanzado y que, sin posibilidad de cura, pueden representar una amenaza al resto de los habitantes de la ciudad. Se les hace una serie de pruebas para asegurarnos de que no hay vuelta atrás. Luego se rellenan los formularios de solicitud y son trasladados a los hospitales situados en la superficie, en las cúpulas de aislamiento. Son un sistema aislado dentro de la devastada superficie. Tienen su microclima y su propia comida. Los enfermos van allí a morir y de sus cuerpos surgen nuevos medicamentos y vacunas.

Sin motivo aparente, los pacientes de pre-terminales empezaron a morir mucho antes de lo esperado, uno detrás de otro. No había habido ningún cambio significativo en sus cuadros, ni siquiera un pico que indicara que hubieran dejado de tomar la medicación asignada. No teníamos ninguna pista, simplemente una decena de pacientes, habían dejado de respirar. A los supervivientes, les llevamos a un área de aislamiento y no

hubo más casos hasta que tuvimos un brote en Maternidad.

Tras el apagón del sol, los alumbramientos habían sido cada vez más escasos e incluso el número de madres fallecidas se había incrementado. Los humanos éramos una débil minoría en Infratierra. No me sorprendió aquel caso si no hubiera sido por un comentario de la enfermera Rosen. Aquella paciente había recibido una visita justo antes de morir.

Me temí lo peor y no dudé en llamar a Clodagh, mi pareja, bueno, mi amante. Aún me es difícil indicar qué era Clodagh para mí. Todas las palabras se quedaban huecas cuando me refería a ella. No podría decir mi pareja porque no es nada mío, no me pertenece, al revés, soy yo la que debería llevar un determinante posesivo delante de mi nombre.

—¿Clodagh? Soy yo, Sinead. ¿Podemos vernos esta noche?

No me gustaba molestarla durante sus guardias y lo sabía perfectamente, por lo que aquella noche al notarme tan preocupada; accedió a vernos durante la cena. Quería comentarle lo del hospital, no estaba segura pero no me gustaba nada lo que estaba sucediendo y como ella trabajaba en el equipo especial de los Servicios Sociales, pensé que podía haber escuchado algo y, desde luego, su consejo me ayudaría mucho.

Se pasó por mi apartamento un poco antes de lo que tenía previsto, la abracé con fuerza y le pedí que nos sentáramos a la mesa. Había sacado todos los informes del hospital y los había colocado por orden cronológico. Todo estaba recogido en sus historiales médicos, desde su primer ingreso hasta el informe de la autopsia.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Clodagh, sé que es una locura, pero la enfermera Rosen me habló de que la última víctima había recibido una visita antes de su muerte, de hecho unas horas antes de la misma. He estado revisando todas las visitas de los otros pacientes y me estremecí al ver que todos habían tenido una visita, sólo una, antes de sus fallecimientos.

Le conté que al ser un hospital en los que los pacientes eran humanos en su gran mayoría, tenían acceso sacerdotes, rabinos e imanes así como representantes de cultos minoritarios de oración. No era de extrañar que pacientes en pre-terminales llamaran a miembros de sus grupos antes de partir a la superficie porque una vez allí no están permitidos. Pero el libro de visitas no estaba firmado con ningún nombre y mucho menos como un grupo de oración.

Como quería saber más sobre estas visitas, había pedido que me dieran una copia de las grabaciones de seguridad. Me sentía orgullosa de haberme adelantado a las necesidades de Clodagh pero al ver la mala calidad de las imágenes, me desanimé notablemente.

—No sirven de nada. —Mi decepción era obvia.

—No creas, se ve un grupo de siete personas.

—Pero apenas se les distingue las caras y sin ellas, no tenemos nada.

—¡Ah de los humanos y sus emociones! —Clodagh, como mest, solía hacerme reír con este tipo de comentarios.

Los mest habían sido humanos pero al tener implantes biomecánicos en mayor porcentaje que del cuarenta por ciento, ya no se les consideraba así. En Clodagh era de un ochenta por ciento o incluso más. Me contó que hubo un caso o un enfrentamiento entre guerrillas, nunca me lo explicó bien, también me habló de un incendio y que su cuerpo casi ardió por completo. "Hay veces en que tu fe te lleva a darlo todo sin reservas" Era toda la explicación que me daba sobre el accidente y ahí es cuando mi prudencia o mi temor me llevaban a cambiar de tema. Los mest viven apartados de los sectores humanos y aunque nunca quise creerlo, no sólo viven lejos de nosotros, sino lejos de nuestra realidad.

Aquella noche cenamos juntas, se quedó conmigo, me abrazó hasta que me quedé dormida y cuando pensó que lo estaba, se marchó sin hacer ruido. No era buena en las despedidas. Yo no lo era con su ausencia.

Cuervos

Me marché del apartamento de Sinead con la extraña sensación de sorpresa. Nunca me había hablado de su trabajo y mucho menos, me había pedido ayuda. Desde el principio, habíamos mantenido nuestros respectivos trabajos al margen. Ella arrastraba el silencio de la miseria del día a día, y yo no me atrevía a mostrar mi verdadera naturaleza.

Las imágenes que me habían mostrado podían pertenecer a los cuervos. Al vivir en ciudades subterráneas, el llevar las almas al otro lado, era cada vez más difícil y los cuervos tenían cada vez más problemas. Antes de que el sol se apagara, cuando vivíamos en la superficie, los cuervos se reunían en los cementerios pero ahora, en esta imitación barata de la tierra, no había campos santos ni otro tipo de construcciones que nos recordaran los rituales funerarios de antaño. En Infratierra, nadie moría. Sólo en la

superficie.

No quedaba más remedio que subir a la superficie, salir de las cúpulas. No fue tarea fácil, había numerosos controles para salir. Ni siquiera perteneciendo a Seguridad Civil, podía eludirlos. Cuando conseguí salir, todo estaba a oscuras, como después de una fiesta, basura, restos, carteles hacia ninguna parte,...

—¡Estás muy lejos de casa! —Era una voz conocida, chirriante y desagradable.

—¡Os estaba buscando! —El cuervo salió de un rincón y pude ver su figura. No estaba solo, nunca lo están.

—¿Y qué es lo que quiere un mest como tú? ¡No tienes nada que pueda interesarnos! ¡Márchate! —Esta vez habló otro cuervo pero todos compartía la misma voz.

—Tengo preguntas.

—¿Y por qué crees que vamos a contestarte?

—Sólo quiero saber por qué os estáis llevando el alma de los vivos.

Hicieron un corro, hablaron entre ellos, con la misma voz, todos a la vez, y luego vinieron donde estaba y desafiantes me escupieron que ellos conducían a las almas al otro lado, no eran asesinos. De la misma manera que aparecieron, se volvieron invisibles a mis ojos.

—Si no sois vosotros los que acudís al hospital, ¿quiénes son?

—No lo sabemos ni nos importa. —La voz surgía de todas partes como si fuera un eco.

La oscuridad se volvió densa, quizás porque se habían marchado, quizás porque sabía que era hora de volver a las cúpulas.

Por la noche llamé a Sinead, le pregunté si los cuerpos presentaban algún tipo de herida, marca, algo que me diera una pista. Pero no había nada, ni heridas, ni mordeduras, ni marcas de ningún tipo. ¿Qué tipo de criatura podría matar sin dejar ninguna pista? Me desconcertaba que fueran en grupo, sólo los cuervos iban en grupo a recoger las almas.

Tatuaje

Llevaba un par de días sin saber de Clodagh y aunque me moría de ganas de llamarla, saber que estaba bien, no lo hice. Quería parecerle fuerte y autosuficiente aunque no lo fuera, así que me centré en el trabajo. Leí todos los informes varias veces, casi me aprendí de memoria las autopsias y no recuerdo cuantas horas pasé viendo las cintas de seguridad.

Ninguno de los pacientes había mostrado ningún cambio antes de su fallecimiento. No había signos de lucha, ni cambio en sus constantes vitales. El análisis de tóxicos no revelaba la presencia de ningún veneno ni siquiera de un aumento de algún elemento como el potasio, nada externo. De repente, se imaginó a una visita asfixiándoles con la almohada, ¿dejaría algún tipo de evidencia? Marchó hacia a la Morgue esperando, no, deseando, que la doctora Hara le confirmara sus sospechas.

—¿Doctora Lori Hara?

—¿Sí?

—Soy la doctora Mahon, de pre-terminales e infecciosos. Quería hacerle una consulta.

—Claro, estoy en medio de una autopsia, si pudiera ser breve se lo agradecería.

Le expliqué, a modo de prólogo a su pregunta, las autopsias realizadas a los cuerpos de pre-terminales.

—Si alguien les asfixiara con una almohada, ¿dejarían algún tipo de evidencia?

—Normalmente sí pero al tratarse de enfermos en tal estado, probablemente no. Todos ellos estaban demasiado débiles.

Volví a mi despacho. No podía evitarlo pero estaba muy excitada con la nueva posibilidad pero cuando caí en la cuenta de que podía haber un asesino suelto en el hospital, sentí un nudo en la boca del estómago.

Revisé los historiales tratando de buscar algo en común entre los pacientes: algún móvil, quizás una herencia, quizás algún pasado que les uniera, pero todo perdía fuerza a medida que leía una historia tras otra.

Como aquella noche me tocaba guardia, revisé muchas de las grabaciones de seguridad y tras horas de muchas escenas típicas de servir comidas, dar la medicación a su hora, el aseo de los enfermos impedidos, de la limpieza y cambio de sábanas, de las consultas médicas, me encontré con un personaje que se repetía en muchas de ellas. Era un

celador. Solía aparecer antes del grupo de oración que había visto con Clodagh en mi casa.

Volví a entusiasmarme ante de la idea de tener otra nueva pista: el celador. Un hombre de complexión fuerte, de unos treinta años y con un tatuaje en la mano izquierda. Un símbolo como un anj egipcio pero más retorcido.

Buscando

Sinead me llamó pasadas las tres de la madrugada, fingí estar dormida pero estaba buscando información sobre aquel grupo fantasmal. Me habló de un celador, de la posibilidad de que fueran asfixiados con la almohada cuando estuvieran débiles o sedados para no dejar marcas, de que me echaba de menos, de que estaba cansada, de que le asustaba la idea de un asesino y de su tatuaje. Sinead era un torbellino de emociones e ideas y me gustaba esa pasión por todo lo que le rodeaba: si era feliz, todo se iluminaba a su paso pero si estaba triste o preocupada, el mundo se nublaba.

Me gustaba su necesidad por mí, me hacía sentir con raíces en esta parodia de la Tierra. Su calor calmaba el dolor, un eco de un cuerpo que dejó paso a éste artificial. Sin embargo, ese mismo entusiasmo la mostraba frágil y por primera vez, me sentía vulnerable.

No me gustó nada la posibilidad de un asesino pero menos aún el símbolo que me describió. Tras el apagón del sol, tras las décadas de epidemias hasta la creación de un mundo subterráneo, las religiones apenas tenían seguidores. ¿Quién iba a creer en un dios que traía tanto sufrimiento y muerte? Era de esperar que las sectas se multiplicaran y muchas de ellas peligrosas. Hubo suicidios colectivos, sacrificios y asesinatos rituales. Todo se calmó con el régimen de los trece y su Seguridad Civil. Aún así muchas de las sectas, las que no fueron descubiertas, seguían asesinando.

Me marché a la oficina para recibir un fax con la foto del celador de espaldas pero en la que se veía el tatuaje. Cuando llegué Sinead ya lo había mandado con un nota con muchos besos y corazones. Me hizo sonreír, siempre lo hacía. Me bajé al archivo donde guardábamos toda la información sobre los crímenes en Infratierra. Allí trabajaba Ronan, un psíquico que podía oír los pensamientos de todos los humanos y a veces, de algunas otras razas. No obstante, no podía escuchar la voz de algunos mest, como yo.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas, mest?

—Un símbolo. —Se lo mostré y lo miró apenas unos segundos.

—Se trata de los Itinerantes. Es el símbolo de la secta de los Itinerantes.

Me sacó una carpeta con toda la información, es decir, una foto y un listado de fallecidos. Al ver mi cara de sorpresa, me explicó que era un culto de los años de las grandes epidemias, del segundo brote de peste. Se trata de humanos que invocan a estos seres o dioses, como se empeñan en llamarles, que absorben la esencia vital.

Estuvimos de acuerdo con que debían ser algo parecido a los vampiros emocionales pero nunca creímos en su existencia. ¿Seres que vacían los cuerpos humanos de su vida? Siempre creía que se trataban de seres demoníacos que almacenaban almas dentro de sus cuerpos.

—Se llaman los Itinerantes porque nunca están en un sitio, son una especie de secta nómada que viaja por toda la galaxia. Todos los fallecidos, de los que tenemos constancia, son humanos pero no podría asegurártelo.

—Gracias, Ronan, has sido de mucha ayuda. —Me marché con la idea de hablar con Sinead.

Ronan se encogió de hombros y siguió leyendo un libro como cuando le encontré. Prefería el turno de noche por la tranquilidad y la ausencia de voces. Para el resto del equipo era un excéntrico pero no mucho más que el resto de nosotros.

Celador

Revisé todos los perfiles e información del personal del hospital. Las guardias solían ser bastante tranquilas en pre-terminales y el tiempo pasaba muy despacio si no tenía nada que hacer. Aunque solía ver la tele, leer o echar una cabezada, esta vez no podía quitarme aquella figura de la cabeza.

No tardé demasiado en encontrar la ficha del celador: Samuel (Sam) Colton. De treinta y seis años, metro ochenta y un tatuaje en la mano izquierda. Tenía dos faltas por protestas contra el hospital y fue cabecilla de una huelga. Había un dato muy esclarecedor: estaba en contra de que mandáramos a los terminales a la superficie. Estaba a favor de la muerte digna y no de que los cuerpos se utilizaran para el estudio y desarrollo de nuevos medicamentos y vacunas.

Era militante de un grupo llamado MD, muerte digna, en la que hacía apología del terrorismo contra las grandes compañías farmacéuticas que, según él, nos privaban de la dignidad para rebajarnos a ratones de laboratorio. No apoyaba la opción de ser donantes ni de los implantes biomecánicos. En su ficha policial, había cargos por agresión a ciudadanos mest. Creía firmemente en la supremacía humana y que no debía contaminarse ni con implantes ni con órganos de otros pacientes. El hombre debía morir si así estaba escrito.

Tristemente, no era el primer caso de este tipo de fanatismo. Tras el apagón del sol, muchas enfermedades volvieron a ser una causa de mortalidad y los trasplantes (biomecánicos o no) fueron nuestra única salvación. Pero también hubieron accidentes, desastres naturales, en los que muchos pacientes perdieron miembros de su cuerpo que, al ser sustituidos por implantes, dieron a esos pacientes la oportunidad de una vida independiente.

A veces la medicina recurre a diversos métodos para salvar vidas, en algunos casos, podemos no estar de acuerdo pero agredir, atentar e incluso asesinar alegando una muerte digna no era algo que entrara en mi mentalidad, ni como médico, ni como ser humano.

Mandé toda aquella información a Clodagh a su oficina. Esperaba que le encontraran y le detuvieran. Aquella noche se me estaba haciendo eterna.

Una pista y ellos

Cuando estaba a punto de irme a casa, recibí una nueva llamada de Sinead. No le iba hablar de los Itinerantes cuando me abordó con datos del celador. Sam Colton. Estaba tan nerviosa que aquella conversación fue un monólogo de dos minutos cuarenta segundos. Le dije que la recogería al terminar su guardia y esperaba haber detenido a susodicho antes.

A través del ordenador, encontré su última residencia y me marché en moto hacia allá. Ésta se encontraba a dos sectores de donde me encontraba por lo que, al tener un pase de prioridad uno, no tardaría en llegar.

Era un edificio de apartamentos, vivía en el sótano F, no fue difícil encontrarlo. Aquel sector era uno de los mest. Tras la legislación de 3015, los mest debían vivir separados de los humanos en sectores de la periferia, de hecho no solían verse en estas áreas y en caso de que los hubiera, eran vagabundos, borrachos o personas que no habían superado las pérdidas de las grandes epidemias. Era una zona sucia, insegura y llena de negocios

de trueques, no eran ilegales pero solían ser tapaderas de negocios de realidades virtuales. Los humanos solían engancharse fácilmente a estas realidades en las que vivían una y otra vez, recuerdos de sus vidas pasadas. No obstante, había todo un negocio de grabaciones de estas realidades. No todo eran recuerdos de cumpleaños y paseos por el parque. Podías encontrar desde suicidios, asesinatos, todo tipo de encuentros sexuales y por supuesto, perversiones a la carta. Podías encargar tu propio recuerdo.

Llegué al apartamento de Sam sin hacer ruido. Oí voces como de varias personas. Di una patada a la puerta y entré con el arma apuntando a todo lo que se moviera. Mi sorpresa fue encontrar a Samuel Colton solo.

—¿Samuel Colton?

—¡Sí, soy yo!

—Queda detenido por asesinato y culto a sectas.

Me miró con sorna, se rió y no trató de huir. Se dio la vuelta y conjuró algo en una de las lenguas anteriores a Infratierra, incluso anterior a muchas de las que pueblan los infiernos. Me giré y vi un grupo de personas, unas diez en el rincón de la habitación. Me rodearon dejando a Sam a parte y empezaron a susurrar mi nombre. Bueno, mi nombre de mest no el verdadero.

—Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh, Clodagh.

Las voces se repetían como un eco infinito fundiéndose unas con otras casi en espiral. Miré a Sam, sonreía con satisfacción y me acerqué a él. Le puse las esposas y le leí sus derechos. Las voces continuaban y Sam gritó:

—¿Por qué no te estás muriendo?

—Quizás porque ese no es mi verdadero nombre, quizás porque no tengo alma.

Los itinerantes aullaron y continuaron más fuerte. Seguían aferrándose a su cántico infernal. Se acercaron a Sam y a mí y me escupieron a la cara:

—¡Muéstranos tu nombre!

Lancé a Sam Colton a un lado y mostré mi verdadera naturaleza.

—¡Mi verdadero nombre es Fuego!

Los Itinerantes ardieron ante la gracia de la serpiente de tres pares de alas cubierta de fuego. Sus voces se volvieron una en un eco hasta difuminarse en el silencio.

Cambio de turno

Como me había dicho, al salir de su guardia estaba allí, al lado de su moto. Al acercarse, me ofreció el casco y fuimos a mi apartamento. Nos tumbamos abrazadas en el sofá para ver las noticias, picamos algo mientras en los informativos sólo hablaban de la detención de Colton. Clodagh no salía por ninguna parte sólo una doctora de la fiscalía. Aunque se ha

María L. Castejón Madrid, España, 1973.

Aficionada a la literatura en general, y a la erótica y de terror en particular. Ha sido finalista en el **Premio Avalon de relato 2007** y **II Certamen de poesía erótica Búho Rojo**. Sus trabajos han aparecido en Ediciones Efímeras, Microhorror, Químicamente Impuro, la revista digital miNatura (<http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/>), entre otros. Actualmente reside en Dublín, Irlanda.

Su blog personal: <http://stiletto.crisopeya.eu/>

Sueños de petróleo

Moledo, Manuel

¡Mirad mis nuevas botas!

Todos los ojos se volvieron hacia Catuxa.— "¡Como brillan!" "¡Que color rosa más fuerte!" "¡Caramba, quien pillara unas iguales!" se enredaron varias voces.

— Podéis tocarlas— dijo la muchacha sentándose a su vez en la base del cruceiro y levantando coqueta uno de los pies— Es plástico auténtico, se llama vinilo. Acetato de vinilo, con las suelas de goma. No se moja, no se estropea, y es lo bastante fuerte para resistir los tojos. ¡Y son rosas, igual que mi impermeable! Cuando llegue el monzón, iré a la escuela muy bien protegida.

La dulce mirada azul de Tono parpadeo dos veces desde la altura que le daban los escalones del cruceiro en que se hallaba sentado, abrazado a sus rodillas. El mozo se bajó de un ágil salto, se acuclilló y la agarró por el tobillo, acariciando el suave y resbaladizo material.

— ¡No son tan buenas como la trenca y las botas del Capitán!

— ¡Tú eres tonto Tono! — habló esta vez Uxía— La trenca y las botas del Capitán tienen muchos años, se hicieron cuando él era un niño antes de la guerra, y de que escaseara el petróleo, y eso que ahora es un hombre viejo. Y están viejas y sucias, y son amarillas y no de ese rosa tan bonito, y hieden a bacalao. Solo te gustan porque tú quieres llegar a ser Capitán.

— ¡Y lo seré!

- ¡Mucho carbón tienes que remover para eso, badulaque! — la mocita sacudió el pie — Quita esas manos, que ya te estás aprovechando...

Tono la soltó de mala gana. Siempre le había gustado Catuxa, la rubia y orgullosa Catuxa, con las manos suaves y blancas, la que nunca había trabajado al salir de la escuela ni faltado a una clase para recoger la cosecha. Qué pena ser él un simple hijo de redera y ella la pequeña princesa del procurador. El plástico de la botas era bueno. Bien lo sabía él, que de niño había zurcido muchas redes de Dios, de las viejas, de las que valían, juntando trozos gastados trozos de nylon para dejarlas listas para otro arrastre. Ahora volvían a hacerlas de fibra vegetal. No era lo mismo.

Bueno, él también tenía algo que anunciar.

— Pues yo también tengo buenas noticias. El capitán me quiere. Iré con él a Londres la próxima semana.

La pandilla quedó en silencio. Manolo encendió un pitillo de hierba seca, enarcando las cejas con envidia. Catuxa tenía su pequeña boca de corazón muy abierta, tapada con sus blancas manos.

— ¡Oh Tono! ¡Es muy peligroso! — sollozó — ¡Las tormentas del monzón están al caer! ¿de qué te quiere?

— De fogonero al principio. Pero luego de contramaestre, dice que soy listo. Xurxo está ya mayor, Ahora que ha comprado esa casa de la colina para echar patatas y tiene esa mocita portuguesa, un día no va a querer volver al mar....

— De Portugal, ni buen viento ni buen casamiento....— rió Manolo— Te felicito Tono. Es mejor que palear carbón en esta pocilga.

— ¿Y si os asaltan los piratas franceses?— apuntó Uxía con un gritito de emoción.

— Bah, el Capitán me ha dicho que me asignará una escopeta. Ya soy un hombre. Y aunque es el primer viaje, tendré una parte entera de los beneficios. Bueno, me tengo que ir a trabajar, que tengo turno de noche.... ¡Catuxa, si me das un beso te traeré un paraguas! ¡Del mismo color que las botas! ¡Sintético, no de tela encerada!

— ¡Vete a trabajar badulaque! ¡Siempre estás igual!

Tono se puso en camino. Cerca de la playa, la oscuridad se teñía de una suave luz rojiza. El Campo de la Quema olía al humo de la lenta combustión de titánicos hornos, cuyas altas chimeneas de ladrillo rojo iluminaban el cielo con pavesas que ascendían al cielo como luciérnagas de cobre incandescente. Los eucaliptos de Galicia, transformados en carbón vegetal, suministraban el material de rápido crecimiento y buena capacidad calorífica que los barcos y trenes precisaban para moverse.

— Vamos holgazán, ¡Espabílate! ¡A trabajar, carallo, que llegas tarde al turno!

Tono corrió a por su material de protección. Era una noche de verano y decidió desprenderse de la camiseta. Aferró un vástago de metal con fuerza tras calzarse los guantes de amianto y ayudó a otros cuatro hombres a revolver la panza de uno de los hornos, mientras sus compañeros avivaban los fuelles. Se hacía difícil respirar con su máscara puesta (una cosa voluminosa y fea, de cuero encerado, rellena de celulosa y carbón activo) pero cuando le cambiaba los filtros, podía ver toda la porquería que quedaba dentro; y no se la quitaría por nada del mundo.

Avivaron como pudieron el corazón del horno para subir la temperatura del mismo, con el fin de darle tiro y que se quemase como Dios manda hasta convertirse en el mejor carbón vegetal; entretanto, el preciado gas pobre, se recogía en el mismo horno para acumularse en el depósito allá abajo, en el muelle, donde sería embarcado para mover los vehículos en Madrid o Londres, o de los señoritos que podían permitírselo en La Coruña.

A la hora aproximadamente de duro trabajo, Mateo le hizo señas con su mano enguantada. A esas alturas, Tono ya parecía tan negro como Alí, uno de sus compañeros de horno que en ese momento estaba removiendo con toda la saña de su potente musculatura.

— ¡Rapaz, vete a por más agua de beber, que desfallezco! ¡Negro, mueve por los dos

un poco mientras trae el agua!

Tono volvía con dos botijos cargados cuando todo sucedió. De pronto, con un terrible crujido, el corazón de la chimenea se resquebrajó con un chasquido; Los obreros se quedaron asombrados, mirando como el calor escapaba de la chimenea. Tono nunca había visto nada así.

— La madre que la pa....

Una detonación y una nube de polvo cegaron durante un segundo a Tono. Con los ojos cerrados, solo pudo caer en la cuenta que el depósito intermedio acumulador de gas de esa chimenea había deflagrado, ayudado por el gas de las conducciones. Cuando abrió los ojos (sin siquiera ser consciente de la sangre que le corría por la cara a causa de una esquirla) vio como la vencida construcción se venía abajo. Del roto gasoducto emanaba una llama alta y maloliente.

Tres de los cuatro hombres, aturcidos y cegados, salieron de las proximidades de la polvareda. Todos de piel blanca.

"¡Alí!" "¿Donde está Alí?" "¡Alí!" "¡Negro está atrapado!" gritaba un pandemónium de voces.

Más tarde, Tono sería consciente de que no llegó a pensar lo que hizo. Ignorando la falta de visibilidad y el calor ardiente, rompió un botijo contra otro derramándose el agua encima, y echó a correr entre las escorias y escombros del horno. Los ojos le picaban terriblemente y casi no podía respirar.

De unos ladrillos vio sobresalir el musculoso brazo de ébano de su compañero. El resto del cuerpo, yacía bajo un puntal de hormigón; Tono empezó a quitar ladrillos, ignorando el sofocante calor y la piel que se caía de sus muñecas, quemada por el horrible calor de las piedras. Afortunadamente las manos estaban protegidas.

— ¡Aguanta Negro! — Gritó a través de la máscara— Sentía como el agua se secaba sobre su piel por segundos y siseaba al gotear sobre los ladrillos.

Sorprendentemente Alí estaba consciente e incluso ayudó a facilitarle la extracción, arqueando la espalda para empujar hacia arriba el puntal, antes de desmayarse. Luchando contra la asfixia, Tono lo liberó del todo y cargó al tremendo hombrote. Cuando sus pulmones iban a fallar, unos fuertes brazos los agarraron a los dos.

— ¡Los tenemos, a Negro y al chico! ¡Agua por Cristo! ¡Esas mangueras!

Una bienvenida cascada de agua cayó sobre Tono. Como en un sueño, vio como brillantes gotas resbalaban sobre la quemada carne de su compañero. El terrible estado del poderoso pecho le horrorizó.

Tres días después, un Tono aún convaleciente aguardaba, como cada noche, cerca de la

higuera del camposanto.

Cuando la figura envuelta en plástico rosa apareció ante el su corazón se alegró.

— Por fin solos — . Catuxa le cogió de las manos y le dio un pico— ¡Hay Tono! Pensé que moría anteayer cuando me lo contaron...

— Gracias por el medicamento y venir a verme a casa. Y por poner para los antibióticos de Alí. De no ser por la porra para eso, el médico asegura que hubiera muerto de infección.

— No es nada... ¿Cuándo embarcas?

— En un mes. Estaré bien por entonces.

— Tengo miedo por ti...

— Tengo que hacerlo Catuxa. Si llego a ser capitán, tu padre no tendrá más remedio que aceptarme. ¿Esperarás?

— Claro... para casarse con un capitán hay que ennoviar con un marinero...

Mientras caminaban por la pradera verde a la luz de la luna, Tono pudo ver como la hierba mojada limpiaba el barro de las botas de Catuxa, que brillaban con fuerza incluso en la penumbra.

Sus propios zuecos de abedul eran de un sucio color negruzco, o marrón donde había barro pegado. Pensó en su ropa nueva de marinero, que se completaba con unas pesadas botas de agua amarillas. Todo iba a cambiar. No sería solo otro patán. Después de todo, siempre hay que empezar por algo.

Manuel Moledo (1977) Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Trabajos publicados:

En Contos Estraños (publicación periódica de Pulp gallego y en gallego) <http://contosestranhos.blogaliza.org>:

- Volumen 2. "Xornada Fantástica". Relato: -"Solsticio de verán". Fantasía épica galaica.
- Volumen 3. "Vieiros de Mañá". Relato: -"O fin da inocencia". Ucronía Steampunk (Finalista I Concurso literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturista).
- Volumen 4. "Nadal Impío". Relato: -"Bonecos de latón". Ucronía Steampunk.
- Volumen 5. "Lendas da Gallaecia". Relato: -"Soños de petróleo". Distopía

galega.

En Ficción Científica: <http://www.ficcioncientifica.com/>

- Recopilatorio Ellos son el Futuro 2013: "Último Viaje". Distopía ciberpunk. <http://sentidodelamaravilla.blogspot.com.es/2013/09/ebook-gratuito-ellos-son-el-futuro-un.html>
- Relatos Ficción Científica: "Quinta Columna". Ucronía Steampunk.

En Tiempo de Héroe: <http://www.tiempo-de-heroes.com>. (Proyecto de literatura 3.0 a varias manos, basada en la saga "Hoy me ha pasado algo muy bestia, crónicas de un héroe urbano" de Daniel Estorach Martín)

- Mundo de Héroe: Pastor de Lobos (Saga infancia Adam Berengario) <http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html#.UnfhrHAYI2c>
- Mundo de Héroe: Víspera de Todos los Santos (Presentación personaxe Marlín) <http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/10/acto-2-capitulo-9-mdh-vispera-de-todos.html>
- Tiempo de Héroe: Puerto Franco (Saga personaxe Marlín) <http://www.tiempo-de-heroes.com/2011/03/tdh-1-lvdl-marlin.html#.Unfin3AYI2c>

En "Sombras no Berce", recopilación cuentos de terror digital:

- A Pesca do Cangarexo. Relato temática sobrenatural. http://www.4shared.com/file/oAiGBuTv/sombras_no_berce.html

En "Contos no nicho", recopilación cuentos terror en papel:

- Os monstros da néboa. Relato temática terror cósmico sobrenatural. http://www.arnoaia.com/html/busqueda/detalle.php?fr_cod_libro=6210040006

El pastor de naves

Martínez, Felicidad

Recuerdo el día en que todo cambió.

Acababa de cumplir nueve años y creía, estúpido de mí, que estaba dando el primer paso para convertirme en adulto. Y aunque, en cierta forma, no estaba del todo desencaminado, el proceso no iba a ser, ni mucho menos, como esperaba.

Cuando aquel desconocido entró en casa y habló con mi padre de manera desapasionada, como quien da la hora en la calle, poco podía sospechar que sus palabras, sin sentido alguno para mí, marcarían mi destino para siempre.

—Los informes médicos son concluyentes —dijo—. El niño tiene el síndrome de Gerial. En unos años empezará a mostrar los síntomas. Antes de los veinte será improductivo y terminará por convertirse en una carga para esta colonia.

»Pero tiene suerte. Está en la edad adecuada y los marcadores de inteligencia son óptimos para la implantación. Será útil, después de todo.

—¿Cuándo está previsto que empiece el proceso? —replicó mi padre con los dientes y los puños bien apretados.

—Mañana por la mañana.

—¡Mañana! Eso es absurdo. Necesitamos más tiempo. Nos estáis pidiendo un desarraigo...

—Los preparativos ya están en marcha —interrumpió.

—Pues paradlos.

—Detenerlos supondría una pérdida de costes de producción que la colonia no se puede permitir.

—Pero es mi hijo.

—No. Ya no. Y cuanto antes os hagáis a la idea, mejor para todos.

No le dio a mi padre la oportunidad de seguir protestando. Se marchó sin más.

Cuando pregunté qué había sido todo aquello, mi padre se limitó a revolverme el pelo con afecto y sonreírme con tristeza.

Aquella noche, el llanto incesante de mi madre en su cuarto me acompañó en una extraña velada en la que mis tres hermanos mayores me trataron como nunca: con mimo y atenciones.

A la mañana siguiente, antes de que despuntara el alba, mi padre me sacó de casa con cuidado de no despertar a nadie y, sin mediar palabra ni mirarme a los ojos, me llevó a las afueras, hasta unas instalaciones que jamás había visto, cercadas por un muro de alambre y hierros retorcidos.

Tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando; tardé en comprender el significado de aquel simple «Adiós» dicho por mi padre con la voz quebrada. Y cuando quise reaccionar ya no había nada que hacer. Patalear, llorar, berrear... Todo fue inútil. Me metieron en la lanzadera y me despegaron, literalmente, del mundo. Sin explicaciones, sin un gesto amable. Sin nada.

Aunque ahora comprendo lo duro que debió de ser para mis padres el entregarme de esa manera a los intereses de la colonia, y aunque entiendo el porqué de ese trato desapasionado por parte de los técnicos que me atendieron, a día de hoy, una pequeña parte del niño que fui no podrá perdonarlos jamás.

A veces estoy convencido de que ese sentimiento es lo único que me permite seguir siendo humano. Pero la sensación pasa deprisa.

El viaje fue aterrador. Seis horas de ascenso amarrado a un asiento sin poder moverme, aunque tampoco me atreví a intentarlo. El miedo me tenía preso, y las dudas y el rencor tampoco me dejaban pensar. ¿Qué había hecho mal? ¿Por qué me castigaban de esa manera?

—Lo siento. No lo volveré a hacer. Sea lo que sea, no lo volveré a hacer —repetí hasta la saciedad entre lloros y balbuceos.

De repente cesó el estruendo que me había estado acompañando durante horas, y una extraña sensación de vacío se me columpió en el estómago durante un buen rato. Tenía una sed brutal, y me dolía cada músculo y cada articulación de tanta tensión acumulada.

Entonces caí en la cuenta. La estrecha ventana, por la que apenas me había atrevido a mirar durante el trayecto, ya no mostraba las tonalidades anaranjadas rugientes, sino un negro uniforme que transmitía una calma perturbadora.

Me volví hacia ella, me atreví a mirar y, pasado un rato, la oscuridad quedó salpicada de estrellas. Ni en la noche más despejada recordaba haber visto un espectáculo tan hermoso y embriagador.

Poco después sentí un acelerón que me encogió las tripas, e instintivamente estrujé los reposabrazos del asiento y apreté mucho los dientes. En aquella ocasión, sin embargo, no aparté la vista de la ventana. Y así fue como vi al monstruo.

Al principio parecía una lágrima de metal oscuro y reluciente suspendida en mitad de la nada. Pero conforme el transporte se fue acercando empecé a apreciar no solo su enorme envergadura, sino también sus aristas y salientes, la media docena de tentáculos largos y retorcidos que estiraba y encogía con parsimonia para rascarse la tripa o la espalda, y los cientos de insectos metálicos que lo sobrevolaban como moscas alrededor de un moribundo.

Aquel monstruo fue creciendo más y más. De repente empezó a abrir, con horrenda lentitud, una boca descomunal, y yo comprendí que, por la trayectoria, iba directo a ella.

Chillé, pataleé, intenté soltarme, pero nada funcionó. Aquella bestia iba a tragarme.

El miedo me hizo perder la cordura. Solo podía pensar en las historias que me habían

contado de niño, donde el jefe de un asentamiento ofrecía a su hija en sacrificio para aplacar la ira del monstruo. Y ese, sin duda, era yo. Arrancado de los brazos de mi familia para satisfacer el hambre del dios de los cielos nocturnos. Pero en esta ocasión no aparecería nadie para plantarle cara a la bestia, nadie acudiría al rescate.

Entre gritos y espasmos, envuelto en una oscuridad insondable, fui engullido.

La impresión fue tal que caí inconsciente, no sé durante cuanto tiempo. Solo sé que al abrir los ojos me encontraba peor de lo que recordaba antes de llegar y que, para mi sorpresa, no estaba amarrado al asiento ni al interior del transporte, aunque el cuartucho en que me encontraba era aún más claustrofóbico que el anterior. De hecho, me recordaba mucho el cuarto de la limpieza en el que una vez me encerró la maestra como castigo por una trastada.

Una luz roja cubría el habitáculo con sombras grotescas. Entre lo poco que veía y lo que palpé me di cuenta de que las paredes estaban forradas de estanterías llenas de cubos metálicos. Apenas quedaba un pequeño espacio en el que cabía tumbado y apretujado como un ovillo.

¿Cómo había llegado hasta allí? Ni idea.

¿Estaba muerto? Lo habría afirmado sin dudar de no ser por el hambre, la sed y el dolor que me laceraba el cuerpo.

Me puse en pie; intenté dar con una salida; lloré, pataleé, pero nada surtió efecto.

De pronto se oyó un crujido. Era el mismo sonido desagradable que emitía la radio de mi padre cuando los trabajadores de la fábrica empezaban a transmitirle algún informe.

—¿Has llorado suficiente? —dijo una voz metálica salida de todas partes.

—Quiero ir con mi padre —respondí sin demasiada convicción—. ¡Quiero ir con mi padre! —ordené mientras golpeaba lo que suponía que era la puerta.

—Cuando hayas llorado todo lo que tenías que llorar, informa.

—No. ¡No! —Pataleé la pared.

En respuesta obtuve silencio. Y así durante... ¿horas? Imposible calcular cuánto tiempo estuve encerrado.

Lloré sin descanso, destrocé todo lo que encontré, pataleé, me meé encima, me cagué, me hice un ovillo, y me estrujé y me estrujé el estómago mientras el hambre me agujereaba las entrañas. La sed me agrietó los labios hasta que sangraron y me sacié con el metálico sabor.

Ahora sé que estuve allí tres días.

Un infierno que jamás le haré pasar a mi sucesor.

—¿Has llorado suficiente? —preguntó de nuevo la voz metálica.

Abrí los ojos con dificultad y, con mucha más, conseguí ponerme en pie.

—Sí —respondí derrotado.

Una pared se desplazó lateralmente tras un bufido. Crucé el umbral a tientas, y a la salida me esperaba uno de aquellos cubos metálicos, que empezó a desplazarse con un chirrido muy peculiar por un estrecho pasillo.

Lo seguí como pude, arrastrando los pies y apoyándome en las paredes, mientras una luz rojiza se iba encendiendo durante el avance para apagarse cuando la dejaba atrás.

Recorrer el camino fue tan claustrofóbico como estar encerrado en aquel cuartucho. Enormes tuberías, conductos y cables lo cubrían todo; a veces incluso hasta parte del suelo, lo que dificultaba considerablemente mi avance entre tropiezo y tropiezo. De hecho, algunos tramos eran tan estrechos que dudaba mucho que un adulto pudiera atravesarlos.

Y cuando empecé a respirar con dificultad, debido a la angustia que me provocaba la prolongada falta de espacio, vi por fin una luz blanca al final de aquellas entrañas retorcidas.

Más por inercia que por las pocas fuerzas que me quedaban, conseguí llegar a la cámara. No era especialmente amplia, pero al menos podía ponerme en pie y estirar brazos y piernas sin tropezar con nada.

No había tuberías ni otros obstáculos, pero las paredes estaban cubiertas de monitores, cuadros de mandos, pulsadores de todos los tamaños, formas y colores, marcadores luminiscentes... En el centro había un enorme y aparatoso sillón que me recordó horrores mi última visita al dentista. Así que no me hizo mucha ilusión comprender que los pitidos del cubo que me había guiado hasta allí, más los golpecitos que se daba contra la base del sillón, me estaban indicando que tomara asiento. Asustado y desorientado por el hambre y la sed, al fin me decidí a trepar y arrastrarme con mucho esfuerzo hasta que conseguí acomodarme.

Como recompensa, a la altura de mis hombros salió de la nada un tubito transparente del que empezó a caer agua. Rápidamente me amorré y bebí hasta que, de tanta ansia, terminé por toser.

Poco después, el sillón se movió y pasé de estar casi tumbado a quedar sentado con la espalda bien recta. Seguidamente, del techo descendió una enorme pantalla. De un reposabrazos surgió un monomando, y del otro, un teclado numérico.

Tras un pitido y un parpadeo, el monitor se encendió y me mostró lo que no tardé mucho en identificar como un juego: una pelotita blanca salía de la esquina superior de la pantalla, rebotaba en el borde inferior y ascendía. Cuando desapareció por el lateral derecho, el sillón se sacudió acompañado de un sonido estridente.

La escena se repitió un par de veces más hasta que comprendí el funcionamiento de los controles de mi asiento. El juego consistía en mover las paletas laterales (dos rectángulos blancos verticales) para mantener la pelotita dentro de la pantalla.

Cuando superé el primer nivel obtuve mi recompensa: apareció otro tubo de la nada y

de él empezó a caer una pasta blanca que olía a pollo con patatas, y que al comerla dejaba un regusto de manzana con trazas de caramelo. A pesar de la extraña combinación de sabores me supo a gloria, aunque solo pude darle un par de lametazos.

Sin embargo, cuando el juego se inició de nuevo no me hicieron falta más pistas para deducir que por fin podría saciar el hambre y la sed.

Poco podía imaginar que así sería el resto de mi vida.

No sé durante cuánto tiempo estuve viviendo en esas condiciones. Acurrucado en el suelo, pegado contra una pared cuyas luces y procesadores me proporcionaban calor, orinando y defecando en un rincón que luego limpiaban los cubos metálicos, saciando el hambre y la sed con diversos juegos de dificultad creciente, internándome en los pasillos que comunicaban con la sala, a cual más tortuoso, en una búsqueda desesperada de la salida que nunca alcanzaba y que me sumía más y más en la desesperanza.

Sin ventanas al exterior, acompañado siempre de una luz artificial que gradualmente fue bajando de intensidad hasta alcanzar la penumbra sin que me diera cuenta, y sin horario de comidas, dado que podía jugar cuando quisiera para obtener la recompensa, las horas, incluso los días, no existían. Era una pesadilla continua que se prolongaba incluso durante el sueño.

Así fue mi espantosa rutina hasta que en cierto momento, consumido por la desazón, tuve un arranque de locura y empecé a golpearme contra todo aquello que encontraba. Tras abrirme la cabeza con un saliente, perdí el conocimiento.

Cuando desperté, la cámara estaba llena de cubos metálicos que se afanaban en recoger la sangre del suelo y el mobiliario; otros arreglaban los desperfectos y tres se dedicaban a cauterizarme las heridas abiertas. Menudo susto me pegué con estos últimos.

—No vuelvas a cometer una estupidez como esa —dijo la voz metálica que me había hablado aquella vez en el cuartucho.

—¿Y por qué no? —lo desafié.

Como obtuve el silencio por respuesta, cogí uno de los cubos metálicos y me puse a estamparlo contra el suelo.

—¡Basta! —rugió la voz.

—¡Pues contesta cuando se te pregunta!

—Porque el coste es inadmisibile —replicó.

—¿Y qué es eso del coste?

—El gasto que se realiza para la obtención de un bien o servicio.

—¿Eso es lo que soy? ¿Un gasto?

—Eres un recurso.

—¿Y eso qué significa?

—Eres un medio para conseguir un propósito, y que a su vez consume recursos. La finalidad justifica el coste, pero si se encarece, hay que remplazar el componente. Y en este caso la inversión inicial pasaría a fondo perdido. Algo inadmisible.

—No entiendo nada de lo que has dicho —bufé con frustración.

De nuevo se hizo el silencio y, ante su prolongación, alcé otra vez el cubo que sostenía entre las manos, cuyas ruedecitas chirriaban sin cesar, e hice el amago de golpearlo contra el suelo.

—¡No! —ordenó la voz.

—¡Habla!

—No has formulado ninguna pregunta.

—Explícame qué hago aquí.

—Aprender.

—Aprender, ¿qué?

—Los procesos para ser el próximo pastor de naves.

—El ¿qué?

—Un bien y servicio para la colonia.

—¡No me da la gana!

—No tienes otra opción.

—Me da igual. Quiero irme a mi casa.

—No es posible.

—No me importa.

—Eso no tiene sentido.

—¡No me importa! Mi padre dice que querer es poder.

—Eso es refutable. Si no hay recursos...

—¡Pues los pinto!

—Eso es absurdo.

—¡Porque no tienes imaginación!

Para mi sorpresa, tras un breve e incómodo silencio, empezó a oírse un ruido que parecía una mezcla de estática y entrechocar de rocas. ¿Se estaba riendo, o rugía enfadado? Fuera lo que fuese, me puso la carne de gallina.

—Hagamos un trato —dijo—. Supera el último nivel del juego y pintaré los recursos.

—¿Y si no lo consigo?

—Morirás. Después de todo, ese habría sido tu destino de haberte quedado en casa.

Calculo que pasé tres años en aquella cámara. Y digo «calculo» porque desde aquella conversación empecé a contar los días en función del sueño. Cada vez que caía reventado añadía una muesca en el suelo cuando despertaba.

La mayor parte del tiempo la pasaba sentado en el sillón.

El juego no parecía tener fin. Cuando creía que lo había superado aumentaba el nivel de dificultad.

Llegué a controlar hasta cuatro monitores a la vez, y no todos mostraban el mismo juego. Estaba el de la pelotita, el de combinar formas y colores, el de las operaciones matemáticas y el de memoria.

Tampoco obtenía siempre la misma recompensa. Lo básico era papilla y agua, y más adelante pude combinar sabores, aromas, colores. También obtenía otras cosas, algunas necesarias como la limpieza en seco, los analgésicos para la fiebre, que el asiento se calentara y quedara totalmente horizontal para no tener que dormir en el suelo... y otras menos necesarias pero igual o más interesantes, como la posibilidad de abrir compartimentos e inspeccionar su contenido, o el desbloqueo de puertas en los pasillos que me conducían a otros pasillos, o el acceso a archivos que aparecían en pantalla y ofrecían lecturas densas sobre meteorología, materiales, recursos, gráficos de población de todo tipo... Aunque no entendía muy bien el contenido, lo devoré igualmente e intenté sacar mis propias conclusiones. Al menos así encontraba algo con que mantenerme entretenido.

Fue precisamente hacia la mitad del último año cuando empecé a tener problemas de movilidad. Primero comenzaron a dolerme las articulaciones; luego surgieron las molestias musculares. Los dedos de las manos, sobre todo, se llevaron la peor parte, lo que supuso una dificultad añadida para superar los distintos niveles del juego. Cada vez intentaba con más asiduidad combinar pantallas para obtener como recompensa los calmantes.

En ocasiones, pies y pantorrillas se me quedaban dormidos, y más de una vez me las vi y me las deseé para desandar el camino y volver a la cámara tras haber explorado un nuevo pasillo.

La incertidumbre y el miedo se apoderaron de mí. ¿Cuánto más iba a durar aquello? ¿Tendría que volver a casa a rastras? ¿Me quedarían fuerzas para intentarlo siquiera?

Hasta que un día, mientras intentaba superar tres pantallas complicadísimas empapado de pies a cabeza por el sudor del esfuerzo, sentí unas terribles sacudidas y todo empezó a bambolearse a mi alrededor. No había cometido ningún error durante el juego, así que ¿a qué era debido?

De repente, los monitores se apagaron y desaparecieron en el techo; las máquinas que tenía delante avanzaron y a continuación se apartaron a un lado; la pared que las contenía se hundió en el suelo y dejó al descubierto una amplia sala contigua; el sillón se despegó de la base y empezó a moverse solo, en línea recta.

La habitación a la que accedí no era muy diferente de la que había dejado atrás. No había sillón en el centro, eso sí, pero en su lugar había una plataforma circular elevada donde supuse que se ajustaría el asiento móvil.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, este pasó de largo y apenas se detuvo mientras los ordenadores del fondo se apartaban y la pared se hundía en el suelo para allanar el camino a una cámara circular enorme con grandes ventanales que mostraban un firmamento plagado de estrellas y salpicado esporádicamente por explosiones de luz anaranjada que acompañaban cada sacudida.

Entre temblor y temblor llegué hasta el centro de la sala, donde un sillón, el doble de grande que el mío, giraba en semicircunferencia hacia unas pantallas u otras colgadas del techo. En él había sentado un saco de piel y huesos unido a un cráneo que me pareció deforme, del que salían por todas partes tubos que conectaban directamente con el asiento.

—No es el lugar más seguro ahora mismo —dijo la voz metálica que salía de todas partes. Supe, sin embargo, que se trataba de la persona sentada en el sillón, porque a pesar de no haber movido los labios, se giró hacia mí—, pero te necesito cerca. Tal vez tu movilidad sea útil.

—¿Qué está pasando?

—Nos atacan.

—¿Quién?

—Otra colonia.

—¿Otra colonia? ¿De dónde?

—De otro planeta. Y no preguntes de cuál, porque no lo sé. Mis exploradores no la detectaron.

—Pero ¿por qué nos atacan?

—Por favor, deja de hacer preguntas. Sé que llegamos a un acuerdo, pero no tengo tiempo para darte respuestas. Ahora no.

Obedecí. A pesar de que la voz metálica carecía de entonación, comprendí que no estaba de humor. Y no era para menos. Al activar la palanca de control pude acercarme a los ventanales y así observé lo que sucedía en el exterior: una lágrima de tamaño medio lanzaba fogonazos de luz contra nosotros mientras un enjambre de insectos metálicos atacaba a los del monstruo.

Era un espectáculo hipnótico. Las explosiones se sucedían sin descanso, como un castillo de fuegos artificiales, y los cascotes pasaban de largo o se estrellaban contra cualquier estructura con la que se topasen, provocando desperfectos.

Volví al centro de la sala con la emoción y el miedo trepándome por la boca del estómago. El sillón central giraba frenético de una sección de pantallas a otra. Estas vomitaban cascadas de datos, gráficos y mapas de situación mientras una secuencia de luz rojiza y anaranjada lo bañaba todo, y una estridente alarma me traspasaba los tímpanos cada vez que un monitor irradiaba un verde intenso.

Algunos de los cuadros de mandos de las paredes empezaron a soltar chispas después de una sacudida, y un enjambre de cubos metálicos salió de todas partes: unos para hacer reparaciones; otros para apagar los pequeños incendios provocados por los cortocircuitos. Yo mismo tuve que bajar de mi asiento, coger uno y alzarlo sobre mi cabeza para que pudiera espolvorear el humo blanco directamente en las llamas.

¿Cuánto duró la batalla? ¿Una hora? ¿Puede que más? Lo desconozco. Solo sé que terminó con una potente luz que travesó los cristales y bañó cada rincón de la enorme sala hasta cegarme, y que la acompañó una sacudida brutal en la que acabé dándome de bruces contra el suelo en un tremendo golpe que me dejó inconsciente.

—¿Qué ha pasado? —dije medio atontado mientras me dejaba acomodar en el asiento con ayuda de los cubos metálicos y unos brazos mecánicos que jamás había visto.

—Una batalla —replicó la conocida voz.

—Eso ya lo sé —gruñí—. Pero ¿por qué?

—Captación de recursos. Debe de tratarse de una colonia antigua y por tanto con las fuentes agotadas. O puede que el planeta en el que se asentaron no fuera tan provechoso como creyeron en un primer momento y ahora necesiten expandirse.

—¿De qué hablas? No entiendo nada.

—Estás cansado. Yo también. Lo mejor es que vuelvas a tu sala, te recuperes y sigas con el entrenamiento.

—¡No! —exclamé antes de dar un salto, ponerme en pie y sujetarme al asiento como buenamente pude antes de caer redondo por el sobreesfuerzo—. Te he hecho una pregunta.

El sillón que ocupaba el pellejo que mucho tiempo atrás debió de ser una persona se volvió hacia mí. Aquellos ojos enormes hundidos en las cuencas se clavaron en los míos. Yo, a pesar de la repulsión, le sostuve la cadavérica mirada.

—¿Cuándo vas a comprender tu papel? —replicó por los altavoces, sin mover los labios.

—Cuando me lo expliques.

—Aún es pronto.

—Y yo creo que es demasiado tarde, así que habla. No soy tonto. Está claro que no puedes levantarte, pero yo conservo la movilidad, así que, si quieres que vuelva a ocupar mi asiento, desembucha.

Tras un largo y tenso silencio, las pantallas del techo parpadearon y se apagaron todas menos dos. Una mostraba una esfera semitraslúcida que giraba sobre su eje, y en la otra se fueron sucediendo imágenes tridimensionales de lo que parecían ser los insectos y la lágrima enemiga.

—Nuestra colonia ha sido atacada por otra rival —empezó a decir—, probablemente

con la intención de destruirla y apropiarse de los recursos del planeta. Mi misión, como pastor de naves, es impedirlo y hacer todo lo posible para que mis protegidos prosperen. Algo no muy distinto de lo que ha intentado el de la otra colonia.

—Pastor de naves... Recuerdo que lo mencionaste hace tiempo. ¿Qué es eso?

—Lo que ves.

—¿Y qué es lo que veo?

—¿Te refieres a mí?

—Sí

—Soy el corazón de esta nave, y ella es el cerebro del mundo del que procedes. Desde aquí controlo los cambios, estudio los yacimientos, las posibilidades de mejora y expansión, y doy instrucciones a los habitantes sobre dónde es mejor que construyan una mina, dónde deben instalar los campos de cultivo, qué animales son más aptos para la ganadería, cuándo deben resguardarse de un temporal, qué necesitan construir y dónde, qué oficios son más necesarios, qué tecnologías deben desarrollar...

»Los instruyo, les envío los datos a la consola principal de cada asentamiento y, con los recursos que solicito y que me mandan por lanzadera, erijo las defensas apropiadas, construyo exploradores para que cartografíen el espacio, localizo otras colonias y ataco a las que considero más débiles, bien para hacerme con sus recursos, bien para evitar que nos planten cara. Esa es la labor de un pastor de naves.

Llegó mi turno de quedarme en silencio y pensar bien lo que me acababa de decir.

—¿Eres humano? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Lo fui. Ahora soy una pieza integrada de esta nave.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Porque el cerebro humano tiene una vida limitada y tampoco sabemos cómo prolongar su existencia fuera de un cuerpo. El mío se deteriora. En menos de una década seré un gasto más que una contribución, así que hará falta un replazo: tú.

—¿Por qué yo?

—Porque estás enfermo.

—¿De qué?

—Ya has empezado a notar los síntomas. Las articulaciones no te responden como antes. En un año, tus huesos no soportarán el peso del cuerpo y los músculos no te responderán. Tal vez puedas realizar acciones sencillas, pero poco más. Tu movilidad quedará condicionada al uso que des al sillón, pero tu mente quedará intacta, encerrada en un cuerpo atrofiado.

»Ahí abajo, en el planeta al que tanto deseas regresar, nadie invertirá recursos en ti porque el coste de manutención es demasiado elevado para alguien que no es productivo. Aquí, sin embargo, tu motor, el cerebro, es indispensable y ha demostrado de sobra que es viable. Si lo ejercitas correctamente, me sucederás. Es lo que hay.

—Pero... Pero...

—He pintado los recursos. Casi nos cuesta la aniquilación. He mandado a los exploradores, pero sigo sin saber de dónde venía el ataque. Puedo usar la lanzadera modificada para llevarte sano y salvo al planeta y recoger al próximo niño elegido, y trabajar en él a pesar de los años de retraso para la implantación; o puedo reutilizar las piezas y empezar a fabricar las defensas que hemos perdido durante la batalla. A fin de cuentas, nada nos asegura que no habrá una segunda ofensiva, y ahora mismo estamos desprotegidos. Pero tú decides.

Me mordí el labio y apreté los puños. Tenía la maldita sensación de que intentaba hacerme sentir culpable, y en cierta forma así era. Aunque no quisiera mirar hacia ese lugar incómodo, sabía que él tenía razón por mucho que las tripas siguieran tirando de mí hacia el hogar. Al fin y al cabo, ese había sido mi propósito durante los últimos años, mi razón de vivir, así que no iba a tirar tanto esfuerzo por la borda, sin más.

—¿Puedo pensarlo? —respondí con inseguridad.

—¿Qué tienes que pensar? La elección es fácil: morir sin dignidad ahí abajo, rodeado de tu querida familia mientras ves en sus ojos como poco a poco el atenderse se convierte en una carga tediosa, o morir con un propósito aquí arriba, ser útil a la colonia, protegerla mientras puedas.

»¿De verdad es una decisión tan difícil de tomar?

Lo fue. Lloré durante días antes de darle una respuesta. Desde el minuto uno supe que quedarme era la mejor opción, pero necesitaba tiempo. No para pensarlo, sino para asumir las consecuencias de aquella decisión.

Jamás volvería a ver a mi familia; jamás disfrutaría de la compañía de otros; jamás podría soñar con tener una vida normal, equivocarme, aspirar a algo más... Acabaría confinado en aquel enorme sillón sin más compañía que mi sombra.

Y cuando más se impacientaba él, pidiéndome cada poco una respuesta, más ganas me entraban de madarlo todo al garete y exigir que me dejara marchar.

No me atreví al final, claro, pero me arrepentí durante mucho tiempo y desde el mismo instante en que, cuando accedí, lo primero que conseguí fue que el sillón me llevara a la sala intermedia y descendieran cinco pantallas del techo. Sin preámbulos, sin explicaciones.

Año y medio después, mi vida estaba atada al sillón. Además de las durísimas pruebas que acaparaban cada vez más mi atención, había perdido ya la movilidad, tal como me advirtió el pastor. Ni siquiera era capaz de utilizar los mandos. Controlaba las pantallas con el parpadeo, el movimiento de los ojos y un tubo flexible situado cerca de la boca. Tampoco el día en que la colonia enemiga nos volvió a atacar pude acceder, como en aquella ocasión, a la sala principal. ¿Para qué? Ya no podía levantarme del asiento y ayudar a los cubos metálicos a apagar incendios.

—¿Qué sucede? —pregunté tras la primera sacudida.

Las pantallas parpadearon y pasaron de mostrarme los diversos juegos a vomitar cascadas de datos, gráficos y mapas de situación. Después de un vistazo rápido

comprendí que la cosa no pintaba bien.

—¿Estás seguro de que es la misma colonia que la otra vez? El diseño de algunos de sus insectos es diferente.

—Porque son naves tripuladas.

—Y eso, ¿qué significa?

—Que no las dirige un pastor de naves.

—Entonces, ¿quién las controla? ¡Espera! —Caí en la cuenta, horrorizado—. ¿Me estás diciendo que hay gente ahí dentro? ¡Estás matando personas!

—No puedo permitir que lleguen a la atmósfera del planeta. Si esas naves consiguen aterrizar, masacrarán a los colonos.

—Pero ¿por qué querrían hacer algo así?

—Porque yo proveo de información a la colonia, y si no pueden anularme desde aquí arriba, intentarán cortar la transmisión de datos desde abajo.

—¿Cómo?

—Conquistando las instalaciones en las que se encuentra el ordenador de enlace con esta nave. En cuanto la colonia esté a ciegas, podrán atacar desde cualquier punto sin anunciarse.

—¿Y si eso sucede...?

—No puedo seguir respondiendo a tus preguntas. Me restas capacidad de reacción. Esto no es uno de tus juegos. Imagínate el peor escenario y ayúdame a solucionarlo. Sé útil por una vez.

A pesar de que sus palabras carecían, como siempre, de entonación, se me antojaron como una bofetada que escoció con un enorme sentimiento de culpa. Estaba actuando como un niño y se suponía que había dejado de serlo desde que acepté mi papel.

Pero ¿qué podía hacer? No estaba preparado. Aún no. ¿Cómo iba a ponerme a «jugar» con el destino de toda esa gente? ¿Cómo iba a ayudarlo a matar?

—Te acabo de transferir parte de los procesos de control de la colonia —me dijo—. Analiza la información que te estoy enviando y transmite las órdenes que consideres oportunas.

El corazón me latía a mil por hora. Me costó calmarme y encontrar sentido a aquella oleada de datos que cubría las cinco pantallas. Los segundos iban pasando y me sentía incapaz de reaccionar, lo que acentuaba la terrible sensación de que mi indecisión podría provocar la muerte de colonos y, al mismo tiempo, si hacía algo podría cometer un error irreversible.

—¡Reacciona! —gritó.

Parpadeé y me imaginé sacudiendo la cabeza. Seguidamente mordisqueé el tubo de goma y empecé a informar a la colonia de lo que estaba pasando antes de empezar a

transmitir órdenes.

Calculé los posibles puntos de entrada de las naves tripuladas, reforcé las defensas de las instalaciones principales, mandé hacer acopio de armamento y munición, dispuse las milicias, aconsejé a los civiles que se refugiaron en los edificios que consideré más seguros ante un ataque, y estudié la orografía para localizar las zonas hacia las que empujar a las fuerzas atacantes y situarlas en una posición desaventajada en caso de que alguna nave llegara a aterrizar.

Una vez cogida la dinámica, todo se convirtió en un juego, impersonal. Los colonos pasaron de ser personas a simples efectivos, recursos; las muertes se volvieron meras estadísticas; el cambio de estrategia del enemigo, un nuevo nivel de dificultad.

Seis horas nos costó derrotar a las fuerzas invasoras, y vencer al enemigo final, dieciséis más. Y es que en aquel año y medio el pastor de naves había estado enviando insectos de ataque a la colonia rival. Yo mismo lo ayudé a coordinar el ataque simultáneo en ambos frentes.

Destruimos a su pastor; dejamos a sus colonos ciegos, y menos dos años después, nuestras naves tripuladas alcanzaron el planeta enemigo y lo conquistaron. La partida había terminado.

Hasta que me puse a estudiar con atención los datos que estábamos recibiendo sobre las características de nuestra nueva adquisición no comprendí el porqué de aquel ataque a la desesperada por parte de nuestro rival. Con toda la información recopilada recompuse una historia que difería de la que yo creía, lo que me provocó una picajosa desazón.

—¿Alguna vez has establecido comunicación con otro pastor? —pregunté sin darme cuenta, mientras corroboraba por tercera vez el resultado de mi estudio.

—No. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Siempre es así?

—¿El qué?

—Cuando los recursos son escasos, ¿se intenta tomar por la fuerza los de otros?

—Siempre.

—¿Por qué?

—Porque no hay otra manera.

—¿Por qué? ¿Nunca has intentado negociar?

—¿Negociar?

—Mira los gráficos. Podríamos habernos evitado el enorme coste de esta guerra de haber llegado a un acuerdo. Tenemos suelo fértil de sobra. Podríamos haber cambiado parte de nuestra comida por recursos energéticos. A poco que lo pienses, hemos tenido suerte. Si hubiesen retrasado el ataque otro año, habrían construido naves de sobra para aniquilarnos.

—Su pastor de naves se impacientó. Mejor para nosotros. No le des más vueltas.

—Pero... debe de haber otra manera. Si hubiéramos colaborado tendríamos una nave más y a su pastor perfectamente entrenado. Dos colonias unidas, por fuerza, deben de ser más eficaces que una. Imagina las posibilidades. Los demás insisten en seguir en solitario, pero si nosotros...

—Como dijiste una vez —interrumpió—, no tengo imaginación. Cuando me sucedas, actúa como creas conveniente. Pero cuando llegue ese momento hazte la siguiente pregunta: ¿estarás dispuesto a correr el riesgo y poner en peligro a toda la colonia solo para averiguar si es posible un entendimiento que ningún otro pastor ha intentado jamás?

«Sí», pensé sin dudar.

Seis años después, mientras aprendía a controlar dos sectores de pantallas, la pared del fondo se hundió en el suelo, y el sillón se despegó de la base y me llevó a la sala principal.

Estaba hecha un desastre.

Muchos de los ordenadores estaban apagados y de tanto en tanto se acercaba a ellos un cubo con alguna pieza para incorporársela o soldársela. Otro destripaba un cuadro de mandos y se llevaba algún componente fuera de la sala, tal vez a algún otro aparato que necesitase reparación.

Había machas oscuras, de impacto, e incendios por todas partes. De los enormes ventanales del fondo, tres estaban sellados con chapas metálicas.

Recordé lo que el pastor me había dicho la otra vez. Aquella sala no era la más segura en una batalla. Lógico por otro lado. Si se consigue destruir al pastor, todo lo demás viene rodado. Así que aquel día el coste fue más alto de lo que había calculado.

Al llegar al sillón central descubrí el cadáver.

Estaba cubierto de feas cicatrices, probablemente producto de las quemaduras provocadas por los cubos para cauterizar las heridas. Me asombró que aquel maltrecho saco remendado aguantara tantos años e intenté no imaginarme el terrible dolor que debió de acompañarlo todo ese tiempo.

De repente, los tubos se desacoplaron del cuerpo con un silbido, se abrió una trampilla a los pies de la base, el sillón empezó a inclinarse y el pellejo se escurrió hasta desaparecer por el agujero. Tan en silencio como había muerto.

Seguidamente aparecieron unos brazos robóticos que me levantaron del asiento y me acomodaron en el nuevo trono.

Una hilera de agujas salieron de la nada y me taladraron de pies a cabeza.

En menos de un minuto había caído inconsciente.

Al despertar tenía el cuerpo cubierto de tubos y una sensación de poder descomunal. Las pantallas se activaban y desactivaban acordes a mis caóticos pensamientos. No tardé mucho en comprender que se me había transferido el control total de la nave.

Chorros de información aparecían ante mí; cientos de procesos solicitaban mi aprobación. La sensación era abrumadora.

Estaba claro que el anterior pastor de naves había muerto antes de que terminase mi entrenamiento. Tenía que ponerme al día cuanto antes o sería fatal para el bienestar de la colonia.

Pasaron horas antes de que encontrara treinta segundos solo para mí, y consumí veinte en asimilar lo que me había sucedido y las implicaciones.

Me imaginé sonriendo con tristeza.

—Nunca supe tu nombre —logré decir antes de agotar mi último segundo de descanso.

Han pasado veinte años desde que me convertí en pastor.

Veinte años en los que apenas he tenido tiempo de pensar en otra cosa que no sea recopilar datos, entrecuzar información y transmitir órdenes.

De tanto en tanto me he permitido unos segundos solo para mí.

Ya no sé si echo de menos la compañía humana, el consumir valioso tiempo en comentar trivialidades.

Ya no recuerdo la cara de mis familiares y me sorprende a veces pensando que es irrelevante.

¿Lo es?

Mi cuerpo, eso sí, empieza a resentirse.

He solicitado un remplazo.

En breve estará aquí.

Es curioso. Jamás me he preguntado cómo empezó todo ni por qué se estableció así.

No he encontrado ni un solo archivo que hable de historia.

Nada sobre los pastores de naves, nada siquiera sobre la colonia.

Tampoco de lo que recuerdo que llaman arte o literatura, ya que estamos, pero eso es irrelevante.

Ah... Lo he vuelto a decir.

La maldita palabra.

Pero ¿de verdad lo es?

¿Irrelevante?

Tengo todo lo que necesito saber. ¿Verdad?

Lo justo y necesario para salvaguardar la colonia y cumplir mi función.

Entonces, ¿por qué estoy archivando estos pensamientos?

Apunte: Estoy cansado.

Anotación: Usar frases cortas. Consume menos tiempo.

Anuncio: El remplazo ya ha llegado.

Añadido: Debo hablar con él.

Un pastor de naves, eso es lo que soy.

Un servicio. Es como me consideran los de abajo.

Pero sé la verdad. Vosotros sois los recursos. Yo controlo vuestra vida.

Información entrante: Detectada colonia rival.

Reviso los últimos datos recopilados.

Estamos en una época próspera; he mejorado las defensas considerablemente.

Calculo los costes.

Puedo correr el riesgo.

Llamada entrante: Quiero irme a mi casa. ¡Quiero irme a mi casa!

No tengo tiempo para contestar al remplazo.

Debo establecer contacto con la otra colonia, poner a prueba mi teoría, establecer comunicaciones.

Llamada entrante: ¡Dejadme salir!

Devolver llamada: Cuando te calmes, hablaremos.

Orden: Silenciar llamadas internas.

No puedo distraerme. Ahora no.

Soy un pastor de naves. Mi tiempo es valioso.

Orden: Ejecutar llamada a colonia rival.

Orden: Dar de comer y beber al remplazo.

Felicidad Martínez ha publicado **El mito de la Caverna** publicado en la revista Axxón nº 159 (<http://axxon.com.ar/rev/159/c—159cuento2.htm>) y **Maldito**, seleccionado para Visiones 2007. En 2012 publicó la novela corta **La textura de las palabras** en la antología [Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal](#), también incluida en [Terra Nova vol. 2:](#)

[Antología de ciencia ficción contemporánea](#), además es autora de las novelas [Adepta](#) y [Horizonte lunar](#), ambas publicadas por **Sportula**.

Por unos watt de más

Mota, Erick J.

—¡Hey, usted! ¡Su carnet de identidad, por favor! —la voz del policía, modulada por los altavoces del casco, inundó la calle—. ¡Y el suyo también, ciudadano!

Por un instante todos los peatones de detuvieron. El suceso duró apenas unos segundos. La llamada estaba dirigida a dos personas que llevaban una carretilla a toda prisa. Estaban a punto de desaparecer por una calle poco transitada cuando el policía los llamó. El hombre alto de la camiseta y el forzudo con la camisa abierta se detuvieron. Pese a no tratarse de un policía de la brigada especial, la armadura personal de kevlar, el ancho escudo transparente y el bastón de estática constituían una amenaza igualmente aterradora. El policía era considerablemente alto, muy por encima del estándar, incluso si no hubiera llevado el equipo anti motín habría resultado impresionante. A paso lento el oficial se acercó a la carretilla.

—¿Qué llevan ahí?

—Nada, oficial. —dijo el alto—. Solo materiales de construcción.

—Eso, eso —añadió el fuerte agregando un tic nervioso a sus palabras—. Un poco de polvo de piedra y arena. Nada más.

—¿Ustedes se creen que yo soy bobo? —el policía alzó el bastón y tocó el saco con la punta. El sonido metálico llegó a todos por igual—. ¿De cuando acá el polvo de piedra y la arena suenan así?

Ambos hombres comenzaron a sudar frío.

Ninguno de los dos consideraba al policía una amenaza seria. Ni siquiera el bastón constituía un problema. En muchas ocasiones habían recibido golpes de estática. El escudo anti motín o la armadura tampoco era una amenaza. Aquel hombre uniformado y cubierto de kevlar no los intimidaba. Pero, desde la esquina, un artefacto colgado de un viejo poste apuntaba hacia ellos. Su forma era alargada como un fusil pesado. A su lado, una cámara panorámica escudriñaba la calle mientras todo el equipo se sacudía y apuntaba.

Un arma-robot.

La verdadera policía en las calles.

Equipos sin vida. Vigilantes de las calles y las aceras. Respondiendo solo a la lógica de sus fríos cerebros. Tenían todo tipo de municiones. Balas ordinarias, plásticas, perforantes, antiblindados, cañones de gel inmovilizante, espuma, granadas aturdidoras... de todo. Un verdadero arsenal usado según los designios de una Inteligencia Artificial patentada en Japón y ensamblada en China. Un policía incorruptible autorizado a emplear cualquier tipo de fuerza con tal de mantener el orden. La solución de la República Popular China contra la corrupción policial. Los famosos Guardianes de Beijing ya estaban en la Habana.

Y estaban todos locos.

Lo mismo les daba por tirarle a todos los frikis, que la cogían con los grupos de personas a partir de determinado número primo. Disparaban a los negros y a los de pelo largo por igual. Unas veces les atraían las lentejuelas, otras las parejas o los tríos. Incluso le disparaban a los propios policías. Imprimían en sus registros la palabra "Corrupción". Si el oficial sobrevivía al ataque, quedaba fuera del servicio deshonrosamente.

Todos temían a los Tiradores Eléctricos.

La mayoría transitaba por calles vecinales donde no los habían instalado. O en las horas picos, cuando las multitudes les impedían disparar. Un protocolo anti-manifestaciones les impedía a sus retorcidos cerebros digitales disparar a mucha gente junta. "Cosa de las naciones unidas y los derechos humanos".

La presencia de aquel Tirador Eléctrico era lo que ponía nerviosos a aquellos hombres, acostumbrados a lidiar con la infantería policial. Hábiles como eran en quitar bastones o encontrar con un punzón las fisuras en las corazas, pero incapaces de luchar contra el francotirador mecánico en lo alto de un poste.

—Está bien, oficial —dijo el alto—. Es una balita.

—Repíte que no te oí.

—Una balita, un contenedor de corriente. Pero no pensábamos hacer nada malo con ella.

—¡Por supuesto! —rió el policía—. No se puede hacer nada peligroso con una balita. O se vende o se usa. Pero ambas cosas son ilegales.

—Mire, guardia, denos una oportunidad —interrumpió el fuerte—. Un hermano nuestro tiene a su mamá enferma y necesita unos watts de más...

—¿De cuanto es?

—350

—Una de 350 ¿te cuadra?

—Pues sí ¿a cuánto?

—Cien.

—¡Oye, afloja!

—Mira lo que dice la tapa.

Podía leerse claramente en alfabeto cirílico: Corporación sleva. 350 kilowatt. Manténgase alejado del calor y los campos radioeléctricos. El intermediario mostró dos colmillos de oro en una sonrisa

—¿Ves? Esto es calidad.

—¿Dónde conseguiste esto?

—Rompiendo el bloqueo, compañero. De dónde lo saqué no importa. Son 350 kilowatt. ¿Te interesa, sí o no?

—Claro que me interesa. Esto en el barrio se vende como pan caliente. A nadie le alcanza para todo el mes la corriente que dan por la libreta.

—Eso no son unos cuantos watts de más —dijo el policía en tono grave—. 350 kilos son una buena cantidad de dinero en la calle.

—Mire, guardia —comenzó a decir el hombre alto—, le voy a hablar claro porque hablando los hombres se entienden. Acá el colega y yo tenemos antecedentes por tráfico ilegal de corriente eléctrica. Si nos lleva ahora nos va a buscar tremenda complicación. Posiblemente no podamos ver la calle en un buen tiempo. Nosotros no hemos hecho nada malo, solo resolverle a la gente... No se lo pido como policía. Se lo digo de hombre a hombre.

Se hizo un silencio incómodo.

A unos metros el arma-robot se sacudió, impaciente.

—Está bien —dijo por fin el policía—. Pueden irse. Pero la balita se queda aquí.

—Pero, oficial... —comenzó a decir el forzudo pero su compañero le sacudió el brazo.

—¿Quieres que te cargue con balita y todo? —continuó el policía—. ¡Andando, largo de aquí!

El fuerte comenzó a murmurar la frase: "¡Qué clase de descaraos son todos ustedes! Deberían comprar más corriente a los rusos en lugar de tantas armas robot a los chinos..." Pero el alto tiró de él y ambos se alejaron. El policía, por su parte, miró hacia atrás para cerciorarse de que el arma girara hacia otra dirección. Cuando estuvo fuera de su rango de visión guardó el bastón en su funda y sacó un teléfono celular del bolsillo. Apagó el circuito interno de comunicaciones y marcó un número.

—Oigo —dijo femenina desde el otro lado de la línea.

—Katia, soy yo.

— ¡Papi! ¿No estabas trabajando?

—Sí. ¿Estás en la escuela?

—Acabo de salir de clases, pero por la tarde tengo turno de Educación Física y un laboratorio.

—¿A qué hora terminas?

—Tarde.

—¿Podrías escaparte un minuto y venir hasta Infanta y Carlos III? Necesito que lles una cosa para la casa.

—¡Papá! Estoy en la escuela...

—La universidad está ahí mismo, chica. Esto es importante.

—¡No es justo!

—Katia, atiéndeme. Tengo 350 kilowatt de corriente en una balita. La acabo de decomisar y el arma robot me está mirando todo el tiempo. ¿Aún quieres quedarte leyendo hasta tarde?

—Sí. De no ser porque tengo un padre fascista que corta la corriente de toda la casa a las once de la noche.

—Lo hago porque no nos alcanza la que nos dan por la libreta. No podemos usar el soporte vital de tu abuela y la computadora al mismo tiempo. ¿Quieres más corriente? Ven aquí y lleva la balita para la casa. Educación física puede esperar.

—¿A quién se la quitaste?

—¿Y eso qué importa?

—A un infeliz de seguro. ¡Abusador como eres!

—¿Tienes idea de cuanto vale una balita de 350 en la calle? La gente se está haciendo rica con eso. Si no tuviera el uniforme tendríamos que comprarla en lugar de la comida. ¡Acaba de venir, niña!

—Si no tuvieras el uniforme saldrías por quinta avenida con un letrero de "Abajo la Revolución Energética".

—Y terminaría preso. Déjate de boberías y ven a recoger esto. Yo no puedo moverme de aquí.

—Voy saliendo —y colgó.

El policía guardó el teléfono, puso el escudo en el suelo y se estiró. Lentamente sintió como le traqueaba la columna y la sensación de placer se apoderó de él. Pese al calor de la armadura, el sol de la calle y el pesado cinturón comenzaba a sentirse bien. Acababa de resolver 350 kilowatts, sumados a los 300 de la balita de su casa solo tendría necesidad de buscar 200 kilowatt en la Bolsa Negra. Con 850 kilos podía terminar el mes holgadamente, sin apagar el soporte vital de su suegra quien, contra todos los estereotipos, lo adoraba. Tampoco tendría que limitarle el uso de la computadora a Katia. Pensó en su hija, encaprichada en estudiar una carrera universitaria tan inservible como la Física Nuclear. Ya los rusos no eran los de antes, pensaba, como en los tiempos de su padre. Cuando ser un gran físico teórico te volvía importante. Aquello había quedado atrás con el Muro de Berlín. El viejo Daniel Sotolongo, descubridor del principio físico que hace funcionar las balitas, solo recibió la Orden José Martí. Después le dieron un Lada y mucho trabajo en el instituto. "Ese se va a morir solo" pensó. "Solo quiere a su Revolución y a su ciencia. Como no se ponga a botear con el Lada que le dieron se va a morir de hambre. Pero Katia no será igual. Que estudie física está bien, eso la hará más inteligente. Pero cuando se gradúe lo mejor para ella será una corporación."

—Tengo que comprarle un iPod —dijo en voz alta mientras pensaba aún en Katia—. Bastante se esfuerza, la pobre.

Erick Mota es licenciado en Física por la Universidad de La Habana y cuenta en su haber con un curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Con motivo de la publicación de su primer libro *Bajo Presión* (Editorial Gente Nueva, 2007), gana el certamen literario La Edad de Oro de Ciencia Ficción para jóvenes. Muchas de sus historias aparecerán recogidas en diversas antologías y publicaciones. En 2010 publica en Casa Editora Abril un recopilatorio de cuentos, *Algunos recuerdos que valen la pena. La Habana Underguater* -como colección de relatos- sale a la luz ese mismo año en la editorial Atom Press, para posteriormente publicarse como novela con el mismo título. Erick ha sido reconocido con el premio TauZero de Novela Corta de Fantasía y Ciencia Ficción (Chile, 2008) y Calendario de Ciencia Ficción (Cuba, 2009). Su relato "*Memorias de un país zombi*" ha aparecido en España en **Terra Nova: la Antología de Ciencia Ficción Contemporánea** de la editorial Sportula.

El capricho de un Dios

Montenegro, Richard

Cuando la risa del cielo toca al río, este crece y anega la selva reclamando lo que por derecho le pertenece. La orilla del río se difumina y desplaza convirtiendo la selva en campo de juegos para los seres acuáticos. Los caribes saltan y arrancan los frutos de los árboles gigantes. El río ahora es el agua grande.

La tonina retoza entre los árboles mientras los hombres navegan en silencio escuchando la antigua historia que ella les contaba a sus antepasados.

El río recuerda cuando solo estaban él, el cielo al que trataba de tu a tu, y los Dioses que revoloteaban sobre sus aguas y que no se ocupaban de la tierra porque esta no existía.

Los Dioses vivían en Palacios nubosos observando el reflejo de estos en el impetuoso Río. Su tiempo lo invertían en refriegas en donde se arrojaban rayos y truenos y entre el fragor de sus luchas nacían los cocuyos danzantes que pasaban a habitar el cielo.

Al más pequeño de los Dioses, ese que nació un poco después de la Eternidad, no le permitían luchar, porque no era tan ágil manejando el rayo y solo tenía dos brazos y una sola faz, así que para no aburrirse él se deslizaba entre las nubes y trataba de domar los ariscos vientos para cambiarles el nombre, algo que a los vientos no les gustaba en lo más mínimo. A veces él se deslizaba en las potentes e imprevisibles corrientes del Río mientras la tonina le mostraba las diversas piruetas que ella manejaba a la perfección. Con su risa turbulenta ella también le mostraba los diversos secretos que el Río guardaba y que a veces ni este mismo conocía.

Una vez él más pequeño de los Dioses, a pesar de los ruegos y advertencias de la tonina, osó tratar de domeñar, cabalgando, al raudo Río, encabritándose este de manera tal que llegó a desplegar sus alas para volar. Retorciéndose y caracoleando entre los fuertes vientos, que no desaprovecharon la oportunidad de desquitarse de tan traviesa divinidad golpeándole por donde podían. Él más pequeño de los Dioses casi se queda haciéndole compañía eterna a los cocuyos danzantes. Él quedó magullado y con varios rasguños en su divina presencia producidos por la golpiza de los vientos y las escamas y garras del Río. Tuvo mucha suerte de no recibir una mordida y él se convirtió, muy a su pesar, en el hazmerreír de los Dioses mayores. Él más pequeño de los dioses decidió no revolotear sobre las aguas por lo menos hasta que el enojo del Río amainara, que le veía desde el fondo con sus verdosos y oscuros ojos.

Luego de esta correría celeste el más pequeño de los Dioses se durmió y tuvo algo que los Dioses nunca habían tenido: Un sueño. Vióse nadando hasta el fondo del poderoso Río. Encontrándose con un material blando y fresco al tacto, agarró un poco y subió al Cielo donde se durmió. Luego tuvo un sueño dentro un sueño, donde él mostraba un poder realmente único que ni el más viejo de los Dioses había desplegado sobre el mundo. Despertó de ambos sueños y asomándose a través de las nubes, se preguntó si existía tan raro material. Silbó la llamada de su predilecto compañero de juegos: la Tonina. Surgiendo ella, tan blanca como una nube al mediodía para escuchar su pedido. Él más pequeño de los Dioses le pidió que llegara a lo más profundo del impetuoso Río sin orillas para saber si existía tal portento, ya que debido a su última incursión si él trataba de acercarse al Río lo más probable era que terminara haciéndole

compañía a los cocuyos por toda la eternidad. La Tonina accedió a su pedido a regañadientes, a debido a que no sabía como reaccionaría el Río ante una búsqueda tan diligente, sumergiéndose en búsqueda de un capricho divino cada vez mas profundo con cada aleteo de su cola ante la oculta mirada del Río. Buscó en los sitios usuales y preguntó a diversos transeúntes como la anguila eléctrica, la de centelleante sonrisa, pero no pudieron decirle nada importante y a la larga tampoco pudo hallar nada.

La Tonina emergió y llamó a su compañero de juegos. El salió de su nuboso palacio con gran expectativa, expectativa que se convirtió en desilusión al escuchar el mensaje de su amiga. Él tomó su tabla y salió a deslizarse entre los vientos para despejar su cabeza y para domesticar alguno de esos vientos que le habían golpeado. Ellos ahora saborearían la desilusión de un Dios. Al llegar a su palacio el sopor se apodero de él viviendo de nuevo el extraño sueño de descubrimiento de tal portento. Se despertó exaltado y nuevamente llamó a su compañero de juegos. La tonina emergió de nuevo y escuchó otra vez el pedido de su amigo. Ella le dijo que esa búsqueda era vana y que era mejor que se dedicara a domesticar vientos. Pero el mas pequeño de los dioses insistió y suplico de tal forma, que la tonina accedió de nuevo a realizar esa extraña búsqueda. Se internó en el Río mientras ella sentía como los ojos de este se posaban sobre ella.

En su búsqueda afanosa encontró entre las algas al Cangrejo rojo, le preguntó por tan rara substancia y este le respondió casi en un susurro, no sin antes ver en todas direcciones, que la desconocía pero que quizás el Caracol sabía de ella. También le dijo que tuviera cuidado porque el Río les había ordenado a muchos de sus hijos que la espíaran. La Tonina con mucha precaución salió en busca del caracol sintiendo como los ojos del Río la seguían. Después de mucho nadar sintió de manera abrupta como un enjambre de ojos se posó en ella para después escuchar como un aleteo frenético surgió de la oscuridad. Las fauces llenas de brillantes dientes de los caribes se abalanzaban sobre ella y haciendo cabriolas en el agua ella escapó de esa mandíbula multitudinaria; pero los caribes seguían tras ella así que se vio obligada a nadar con mas fuerza. A lo lejos pudo ver con dificultad unas familiares corazas que flotaban durmiendo con placidez. Al llegar golpeó cada coraza durmiente que con mucha molestia abrieron sus verticales ojos y con furia desplegaron sus mandíbulas. Así los caimanes diezmaron el enjambre de caribes con poderosas dentelladas.

La tonina pudo escapar de este ataque pero no sin heridas algunos colmillos habían desgarrado su piel. La tonina siguió con su búsqueda dejando finos hilos carmesí que hacían caprichosa formas bajo el agua antes de desaparecer. La tonina después de mucho nadar pudo hallar al caracol en su típica y acompasada caminata. Con cansancio le preguntó por el capricho del más pequeño de los Dioses y él, con típica parsimonia, le dijo que lo podría hallar en cierta gruta mas allá del bosque de algas verdiazules; pero que llegar hasta esa rara substancia no sería fácil, que ella tendría que perder algo para poder ganar. Ella dudó por instantes, pero ella siempre cumplía sus promesas así que se encaminó hacia la gruta. Al llegar hasta ella, vió que su entrada era algo estrecha, pero eso era lo de menos. La estrecha entrada era la boca de un monstruo con cuatro mandíbulas. Tuvo miedo pero no se amilanó, entró en la boca del monstruo con gran rapidez gruta esquivando con gran dificultad las enormes mandíbulas, rozando las paredes de la garganta del leviatan con su blanca piel hasta que encontró lo que buscaba: el capricho de un Dios. Tomó un poco con su trompa, y con mucho cuidado procuró salir del vientre de este monstruo. Ya conocía el camino pero de improviso el túnel se comenzó a llenar de filosos dientes de cuarzo, ella nadaba sorteando con

agilidad esos cortantes obstáculos hasta que cercana a la salida de las entrañas de este monstruo sintió como su aleta dorsal era atrapada por unos dientes de cuarzo mientras las paredes comenzaban a acercarse. Recordó lo dicho por el caracol: para ganar algo tenía que perder, nadó con fuerza hasta que con dolor sintió como su aleta se desprendía de su espalda. Débil y cansado emergió a la superficie del impetuoso Río sin orilla que veía al cielo. Silbó llamando al más pequeño de los Dioses mostrándole la substancia en su trompa como prueba. El domador de vientos tomó la extraña substancia entre sus manos, vio las heridas de la tonina tomó un poco de la substancia y se la untó en el cuerpo. El domador de vientos se cortó con las astillas de los dientes de cuarzo mezclándose la sangre del Dios y de la tonina. Las heridas de la tonina sanaron pero ahora ella tenía el color del capricho de un Dios y ya no tenía aleta dorsal.

El Primer Soñador le dió como recompensa la posibilidad de compartir su sueño. Luego llamó a los demás Dioses y todos los Palacios nubosos se amontonaron en uno y de ese grandioso remolino de poder salieron muchos brazos ha hundirse al impetuoso Río que se estremecía de dolor. Sacando a la Tierra para que el Cielo la viese por primera vez y desde ese momento el impetuoso Río comenzó a tener orilla y sus hijos se desperdigaron en las cuatro direcciones. La Tierra toda era arcilla que se llenó de pequeños y grandes ríos.

El Primer Soñador, le contó a sus Hermanos, a estos les llegaron sueños y comenzaron a moldear el barro para hacerlos realidad. Hicieron Montañas, Llanuras y Mesetas. También los Dioses comenzaron a moldear seres diversos que pasaban a habitar el cielo, las aguas y la tierra. La tonina le susurró una hermosa canción y el Soñador primigenio tomó un poco de arcilla y modeló a un una estatuilla semejante a él con dos brazos y una sola faz donde se unieron la sangre de un dios con la de su compañero de juegos. La tonina le dijo al mas pequeño de los dioses que debía hacer otra estatuilla porque ellos siendo dos serían uno a pesar de ser diferentes tal como son el rayo y el trueno que siendo dos son uno. Pero las estatuillas no tomaron vida, el soñador quedó perplejo y la tonina le dijo que la llave de la vida era la risa. Así que sonriendo él le hizo cosquillas a las estatuillas de barro y por primera vez, en el mundo, una sonrisa nació en el rostro de la mujer y luego en el rostro del hombre, que llenaron con su risa el espacio virgen, y poco después ellos también comenzaron a soñar.

La semilla del mundo era el secreto mejor guardado por el río, por eso la tonina es del color de la arcilla húmeda y no tiene aleta en el lomo, y la mujer y el hombre pueden soñar y sonreír como los Dioses. La tonina es uno de los ancestros de los hombres y es el mensajero de los Dioses. Cuando un hombre muere su espíritu se transforma en tonina y nadando por el río asciende hasta el cielo donde su risa es pesada para ver si pesa menos que el suspiro de los vientos y si es así ese hombre jugará con los dioses por toda la eternidad.

Esta es la canción que la tonina les ha contado a nuestros ancestros desde que el gran río tiene orilla y esa es la canción que los hombres le cantan a sus hijos antes de entrar en el mundo de los sueños, esa ventana al hogar de los Dioses.

Richard Montenegro. Escritor y promotor cultural, nacido en Valencia, la de Venezuela.

Perteneció a la redacción de las revistas Nostromo, Ojos de perro azul y formó parte de la plantilla de la legendaria revista universitaria de cultura Zona Tórrida de la Universidad de Carabobo. Es colaborador habitual del blog del Grupo Li Po: <http://grupolipo.blogspot.com/> .

Es autor del libro 13 fábulas y otros relatos publicado, por la editorial El Perro y la Rana, en 2007 y 2008 y coautor de la Antología terrorista del Grupo Li Po publicada por la misma editorial en el 2008. Sus crónicas y relatos han aparecido en las siguientes publicaciones periódicas venezolanas: El semanario Tiempo Universitario de la Universidad de Carabobo, la revista "Letra Inversa" del diario Notitarde y en El Venezolano, Diario de Guayana.

Hallazgo

Manzanaro Arana, Ricardo

Hallazgo

La actividad de los miembros de la expedición era frenética. Y no era para menos. Tras varios meses de infructuosas búsquedas, parecía que habían encontrado un yacimiento que podría albergar restos arqueológicos de gran valor. Los expedicionarios tenían la esperanza de encontrar piezas que explicaran el salto evolutivo entre una época pretérita y la inmediatamente posterior, puesto que entre el aspecto y las características de los primeros y los segundos habían notables diferencias. Algo había ocurrido que cambió radicalmente a los habitantes de aquella época.

Pero, varias jornadas después, los arqueólogos expresaron su decepción por el resultado. Tras extraer todos los restos que guardaba el yacimiento, no había ninguno excepcional. Eran huesos de Homo Sapiens Sapiens, sin ninguna diferencia con respecto a otros hallazgos anteriores. Seguía el misterio acerca de cómo se pasó de aquella pretérita raza a la actual. Los robots recogieron el campamento y se marcharon de allí

Estrategias de publicidad

Luis terminó de eliminar las decenas de mensajes de basura que figuraban en su bandeja de entrada, a pesar del programa que tenía en el ordenador para eliminarlos previamente.

Cansado, se fue al salón, donde comenzó a ver una película que emitían en la televisión, pero terminó apagando el aparato, harto de interrupciones publicitarias.

Entonces Luis tomó una novela que estaba leyendo, y se sentó en una mecedora que tenía reservada para tal hobby. Cuando llevaba un par de minutos enfrascado en la lectura del libro, escuchó una voz, a pesar de estar completamente solo: "Está a gusto en su vivienda, aunque en la calle hace mucho frío ¿verdad? Pero... ¿sabe lo que está pagando por su calefacción y cuánto se ahorraría si usara estufas "ElecHot"?"

Luis ensayó la técnica habitual de repetirse mentalmente una frase para tapar la promoción publicitaria. Pero el siguiente mensaje sonó en su mente a un mayor volumen: "¿Y el seguro de su vivienda? ¿Conoce la tarifa plana de "SecurHome"?"

Luis se levantó de la mecedora enfadado y maldiciendo: "Mierda, esto es el colmo. Ahora son capaces de emitir a mayor volumen...Puto spam telepático..."

Ataque Bélico

Era la batalla definitiva. Las tropas atacantes rodearon la sede central del otro ejército. A pesar de lo que se contaba de este, con respecto a su agresividad y poderío, los asaltantes vencieron con facilidad a los que defendían el lugar, accediendo así al cuartel general. Localizaron y rodearon al jefe supremo, que no cesaba de amenazar y anunciar

calamidades.

—¡Soy el Príncipe del Mal! ¡Mi poder es terrible y os puedo condenar para siempre!

El jefe de los humanos comentó:

—¿Y este tío tan patético es Satanás? Joder... tanta fama y luego es una mierdilla de tres al cuarto.

Los soldados mataron al Demonio y a sus seguidores, arrasaron el Infierno y luego marcharon a conquistar otros territorios.

Experimento exitoso

El nerviosismo era patente entre los miembros del equipo. Aunque ya llevaban un considerable número de experimentos exitosos, nunca se había intentado con un lapso de tiempo tan grande.

Se escucharon diversas exclamaciones, cuando en las imágenes retransmitidas por las cámaras instaladas en la región se vio a una pareja de humanos prehistóricos, hombre y mujer, que llevaban a cabo diversas labores propias de la época.

El capitán dio la orden para que se iniciase el procedimiento para transportar a aquella pareja a la era actual. Diez minutos después, los dos prehistóricos humanos observaban alarmados el extraño mundo al que habían sido llevados.

Transcurridos varios días, se había conseguido calmar a aquellas dos personas, trasladadas a un lejano futuro, ofreciéndoles explicaciones religiosas y sobrenaturales para tan fantástico hecho. Incluso se les pudo pasear varias veces por la ciudad donde tenía lugar el experimento.

Al cumplirse los días estipulados en la autorización administrativa del experimento, los prehistóricos habitantes fueron transportados de vuelta al pasado.

Con alegría, los miembros de la tribu vieron como volvía aquella pareja, desaparecida días atrás. En las siguientes jornadas Adán y Eva contaron a sus vecinos cómo había resultado la estancia en aquel maravilloso paraíso.

Ataque en la noche

La mujer caminaba con celeridad por la calle. Sus pisadas con zapatos de tacón eran audibles en toda la vía. Ningún otro ruido osaba surgir en aquella madrugada profunda. Ella echaba frecuentes vistazos en diferentes direcciones. La inquietud era manifiesta en su rostro. No era para menos. En las últimas semanas un supuesto asesino en serie había atacado a varias mujeres residentes en la zona, desmembrándolas antes de terminar con su vida. Y ella no había podido evitar el tener que dar aquel relajado y agradable paseo a esa hora. Las imágenes, vistas en el telediario, de las mujeres asesinadas por el psycho-killer no cesaban de danzar por su mente.

De pronto, una silueta oscura surgió de una calle aledaña. El cuerpo que daba soporte a

aquella sombra salió disparado, en dirección a la mujer que caminaba, y, cuando ya estaba cerca de ella, lanzó un puño como si fuera un rayo. La descomunal extremidad aplicó toda su potencia destructiva, con el fin de tumbar a la mujer. Tras el golpe, el cuerpo de ella voló algo menos de un metro, y, finalmente, se estampó contra una pared. La agredida emitió un estentóreo chillido, rebosante de dolor.

El agresor se desplazó con rapidez, exhibiendo un cuchillo en su mano derecha, con el que se disponía a despedazar aquel cuerpo.

En ese momento se escuchó una potente voz. "Alto, no se mueva". El atacante miró en todas las direcciones, intentando localizar al que había gritado. Desde varios de los edificios colindantes se lanzaron unas mallas, que cubrieron el cielo por encima de agresor y víctima. Las redes se pegaron al cuerpo del hombre, que intentó zafarse de las mismas. Pero, además de su poder adhesivo, por los hilos de la malla comenzó a circular una potente corriente eléctrica, logrando interferir muchas funciones de individuo atrapado. Este terminó cayendo al suelo, por donde la mujer se arrastraba alejándose.

Surgieron de portales y calles unos hombres, algunos con uniforme de policía, que corrieron para alcanzar e inmovilizar al agresor, que ya intentaba levantarse, a pesar de los trallazos eléctricos. En segundos, una maraña de brazos y piernas recubrió el cuerpo del otro. Uno de los policías comenzó a desvestirlo, para descubrir el robótico cuerpo que escondía la ropa. Ninguno de los allí presentes se llevó sorpresa alguna por aquella circunstancia.

Desde que a algún asesino en serie se le ocurrió mandar a un robot, provisto con una cámara, a matar a las víctimas, la labor de detener a aquellos perturbados era infinitamente más difícil. Los sádicos humanos permanecían cómodamente en sus domicilios, viendo la agresión, mientras eran los autómatas los que se "pringaban". Cuando los detenían, era difícilísimo descubrir al humano que estaba detrás de ellos, y a este le bastaba con encargar otro en el mercado negro de robots.

—Mierda — maldijo susurrando el jefe del escuadrón — Si solo ha pasado cuatro días...Cada vez consiguen más pronto uno nuevo

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la **TerBi** (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma "**TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror**" (<http://terbief.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.

David o la voluntad de la historia

Pacomán

Existen nombres que marcan y los hay que no. David lo entendió pronto en su vida. Su madre se lo decía: "David, tú tienes una misión en la vida, de ti depende encontrarla y cumplirla". A David las predicciones de su madre siempre le parecieron inspiradas por los dioses y quedaban fuera de toda duda.

Goliat nació para gobernar, su padre siempre le insistía: "el futuro será lo que tú quieras que sea. Debes cogerlo y forzarlo como si de una hembra se tratara, sólo los débiles están a merced de los dioses".

David había tenido un mal inicio de día en la forja, su maestro no había dejado de recordarle lo torpe de su aprendizaje; así nunca aprendería el oficio. Y él, por acompañar a su superior, lo hacía todo al revés.

Goliat tampoco tuvo la mejor mañana de su vida, los peones no interpretaban sus órdenes y por mucho que les recriminara, no conseguía que hicieran bien las tareas del taller. Las camareras de su casa le habían despertado muy temprano y el sol no estaba presente para darle los buenos días. En concreto, un asquito de día.

Existen días que nacen torcidos y los hay que no. De hecho en la vida de una persona marcan más esos días, que el resto de la vida. El malestar provoca que se hagan cosas sin pensar y así cualquiera, con un buen mal-día es capaz de pasar a la historia. Luego vendrán historiadores que integrarán y clasificarán esa acción en contextos de luchas; de clases, de nacionalismos, de religión, de sexos, de razas...

Nuestro cabizbajo David volvía a casa con un andar cansino. En la misma ruta circulaba el carruaje de Goliat y como siempre, rápido. Su mal genio no había encontrado desdichado en que descargarse. El cielo parcheado a jirones de espesos nubarrones no alentaba a emprender grandes empresas.

E inevitablemente llegó el momento en que ambos sujetos se encontraron. La historia así lo marca y el autor de este relato así lo precisa. Porque sino, ¿para qué lo iba a escribir? y además ¿qué harías tú leyéndolo?.

David estaba acercándose al desvío que cogía siempre para volver a su hogar. Tan abstraído como caminaba comenzó a cruzar la calzada. El sol no podía faltar al desenlace de este relato; entre dos negros nubarrones se dejó ver por primera vez en la jornada. La aparición del único Dios verdadero, atrajo la atención de nuestros héroes: David notó la claridad a su alrededor y no pudo por menos que alzar la vista. Goliat quedó cegado ante la repentina explosión de claridad. La intervención solar permitió que nuestros actores desempeñasen su papel. David se percató de la confluencia del carruaje a la posición que él ocuparía en breve y Goliat percibió el próximo conflicto físico: un patán y su esplendoroso vehículo iban a rivalizar por el mismo espacio en el mismo instante temporal.

Con la misma determinación que el Sol apareció, el Destino en la vida de David se rebeló: ahora o nunca, que te respeten los demás empieza por el respeto de uno mismo, el propio interesado se sorprendía de su pensamiento hoy nadie más te va a imponer su

voluntad, y desde este día en adelante tu vas a dirigir tu vida.

¿Qué pretende ese excremento humano?, ¡por los dioses, que se aparte, pues yo no voy a cejar!

No me voy a apartar, que desvíe él su recorrido.

¡Palurdo, salte de mi camino!.

Enarbolando el paraguas como la espada que siempre deseó tener y al grito ¡Santiago cierra España! David se preparó para la inminente justa.

El sol se aprestó a dar luz a la gesta.

Y ocurrió lo inevitable: ¡Plaf-chrunch!.

(Extracto del diario local del día siguiente)

Ayer al mediodía en la calle mayor de nuestra localidad, el aprendiz de herrero David González Romero perdió la vida al ser atropellado por un automóvil, que acto seguido se dio a la fuga. Testigos presenciales describen el coche como lujoso y con matrícula de nuestra provincia. La guardia civil ha iniciado las pesquisas ...

Existen momentos en que la historia se niega a ser escrita y frustra el camino a los posibles héroes que deben dirigirla y sin más y porque sí, ejecuta el porcentaje de intentos fallidos de difíciles proezas o de pequeñas y simples mezquindades.

Baby Boom

Díaz Marcos, José Luis

1

La mujer acomodó a su bebé, una preciosa niña de diecinueve meses, en el asiento trasero del vehículo: hecha la compra, volvían a casa.

—Enseguida llegamos, cariño...

La mujer se sentó al volante, e intentó arrancar. Una, dos, tres veces... El motor no respondía. «¡Qué raro!», se dijo. «No hace ni una semana que pasó la ITV».

Realizó un nuevo intento.

Sin éxito.

—¿Algún problema?

La mujer tapó su boca ahogando un grito.

Un vigilante del centro comercial la observaba por la ventanilla.

—Me, me ha dado un susto de muerte...

—Disculpe. No era mi intención. He visto que tardaba en salir y he pensado que podría necesitar ayuda.

«¡¿De dónde ha salido?!. Hace un segundo no estaba aquí...».

—Sí, sí, gracias... No consigo arrancarlo.

—No se preocupe. Si abre el capó, puedo echarle un vistazo.

—Desde luego... —Accionó el oportuno resorte.

El hombre levantó la chapa delantera.

—Veamos... —Lo oyó decir.

«¡Ojalá no sea nada demasiado caro! Porque si no...».

—¿Disculpe! —reclamó poco después—. ¿Tardará mucho? Mi hija necesita comer.

—Venga, por favor.

La mujer echó un vistazo a la niña: ésta braceaba, alegre, en su sillita.

—¿Qué ocurre? —consultó, apeándose.

—Creo que ya sé dónde está el problema. Escuche: necesito que se fije en esta pieza de aquí mientras yo compruebo el arranque. Cuando le pregunte, dígame si se mueve o no.

¿De acuerdo?

—Eh...

—No tardo nada: será visto y no visto.

—Vale... De acuerdo.

El hombre se metió en el coche.

—¡No pierda de vista la pieza!

—¡Entendido!

La mujer se asomó, furtiva: el hombre trasteaba en el volante.

«¡Menos mal: parece que tiene arreglo! A ver si termina de una vez y nos vamos...».

Concentró su atención en el motor. En la dichosa pieza.

«¡Cuánto tarda!», se dijo poco después, impaciente.

—¡Oiga! ¡¿Falta mucho?!

No hubo respuesta.

—¿¡Oiga!?

Se asomó. El hombre... «¡¿Se ha marchado?!».

Efectivamente, confirmó: había desaparecido.

Y su hija...
...también.

—No, no... ¡No! ¡¡NO!!

Buscó a su alrededor, presa del pánico: ni rastro de ambos.

«No tardo nada: será visto y no visto».

Gritó, esta vez sí, con la fuerza de varias gargantas.

2

La joven leía bajo la sombra de los pinos, en el parque. El canto de los pájaros se confundía con las risas infantiles de la cercana zona de juegos.

Enternecida, miró a su querubín, sentado junto a ella, en el carrito. Curiosamente, tenía la misma edad que la pobre niña secuestrada en el centro comercial.

Se estremeció.

No quería ni imaginarlo.

Demasiado horrible.

Se reprochó haber pensado en ello. De un soplo, la oscura idea había disipado su plácida calma haciéndole sentir la imperiosa e inexcusable necesidad de ir al baño.

«Se acabó la lectura...», se dijo, resignada.

—Y ahora, mi gordito, vamos a dar un paseo —confesó, simpática, recolocando el sombrerete del pequeño.

Éste pataleó, feliz.

No tardaron en llegar a la modesta caseta de los urinarios. Por un instante, la mujer sopesó la idea («¡Uf! ¡Cómo huele!») de dejar fuera al niño. «¡Ni hablar!», decidió, rotunda. A pesar de todo, no estaba dispuesta a perderlo de vista ni un segundo.

Entraron.

No había nadie.

—Te prometo que no tardo nada, cielo.

Entró en uno de los cubículos y cerró la puerta: a través del hueco inferior, unos veinte centímetros, veía asomar las piernitas, juguetonas.

—¡Mamá sale enseguida!

De repente, oyó un ruido.

—¿Hay alguien ahí...?! —preguntó con evidente nerviosismo.

—¡Sí, señora! —exclamó una voz masculina—. Soy el encargado de mantenimiento. Vengo a hacer una comprobación rutinaria.

—¡Ya salgo!

—No se preocupe. No es necesario.

«¡Joder, qué oportuno!».

Mientras terminaba de recomponerse, la mujer vio pasar los pies del hombre entre el cochecito y la puerta.

—¡Ya casi estoy! ¡No tardo nada!

Segundos más tarde, aquél volvió a pasar: ahora se detuvo ante el niño.

La mujer abrió los ojos como platos.

—¡O, oiga...!

Sin importarle la embarazosa situación, ésta intentó («¿Qué pasa...?!») abrir la puerta: algo la retenía desde fuera.

—¿Qué ha hecho?! ¡Abra! ¡¡ABRA!!

Los pies del niño desaparecieron.

«¡Lo ha cogido!! ¡Lo ha cogido!!».
—¡Déjelo!! ¡No lo toque!! ¡NO LO TOQUE!!
Oyó pasos apresurados.
Forcejeó con la puerta, histérica:
—¡SOCORRO!! ¡SE LLEVAN A MI HIJO!! ¡MI HIJO!!

3

El hombre metió su coche en el garaje y activó el cierre electrónico. Esperó a estar libre de miradas indiscretas para abrir el maletero. Extrajo una bolsa de basura y la depositó allí mismo, sin ningún miramiento, sobre la mesa de un pequeño pero sofisticado taller industrial: el contenido golpeó la superficie de manera sólida, contundente. Deshizo el nudo y metió la mano: cogido por un tobillo, sacó el cuerpo inerte de la niña secuestrada en el aparcamiento. Desnudó a la pequeña y la tendió boca arriba. Seleccionó dos llaves de fuste cilíndrico y las encajó a derecha e izquierda, en los infantiles oídos girándolas al unísono: el rostro, máscara sintética, se proyectó despresurizando el interior del cráneo con un bufido. La bebé androide, modelo ZX—516—TH, su obra maestra, estaba lista para ser modificada.

4

ZHEUX TECHNOLOGIC.

Su enorme sede central (existían otras tres en otros tantos continentes) estaba formada por media docena de edificios ajardinados, en la periferia urbana. El taxi se detuvo ante el bloque número cinco. Tras pagar la carrera, el hombre se encaminó hacia las enormes puertas de cristal. Doctor en ingeniería robótica, Guillermo Sáez había dedicado a la corporación veintisiete años de abnegada y exitosa carrera profesional para que ahora, de buenas a primeras («¡Miserables...!»), decidiesen prescindir de sus servicios. «Apreciamos mucho su importante labor, pero la presente coyuntura y los necesarios cambios de estrategia nos obligan...».

¡«Importante labor»!, le había dicho, gélido e hipócrita, el presidente desde el otro lado de su lujoso escritorio. ¿Por qué no reconocía lo innegable?! ¡Él, y sólo él, era el indiscutible artífice de los BABY—ZX, la multimillonaria patente de ZHEUX!

Derrotada ya la práctica totalidad de las enfermedades, y asegurada una vida centenaria, el planeta se había convertido en un inmenso criadero humano, en un devorador insaciable de recursos que amenazaba la supervivencia de la especie. Resultó así imprescindible la adopción de drásticas políticas de natalidad: sólo una de cada dos mujeres podía concebir. La otra, víctima sacrificial, era sometida a una esterilización forzosa.

Debían resignarse millones de personas a ver frustrado su sueño de ser padres? No, por supuesto que no. Muchos así lo creyeron. Pero fue él, y sólo él, quien encontró la manera de evitar semejante desengaño. La idea, en realidad, era tan sencilla, o tan complicada, como variar la génesis del problema: negada la concepción orgánica, ¿por qué no sustituir ésta, literalmente, por la fabricación industrial? ¿Acaso no existían, también para satisfacer carencias afectivas, las mascotas artificiales? ¿Por qué no subir el siguiente y definitivo peldaño? ¿Por qué no?

Para su sorpresa, ZHEUX aceptó encantada el proyecto y lo nombró a él, al doctor Sáez, su responsable máximo. A partir de ahí, tres años de cuidadosa y esforzada *gestación*

concluyeron con el feliz *nacimiento* del primer BABY—ZX.

Ése fue, y es, el mayor éxito de la compañía, el empuje definitivo que la encumbró entre las primeras tecnológicas del mundo.

Gracias a él. A su idea. A su trabajo.

Y así se lo pagaban...

5

—Buenos días, doctor —saludó el veterano guardia de seguridad.

—Buenos días, Lorenzo.

—Ya me he enterado. Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Se marcha de viaje? —preguntó aquél señalando la maleta.

—Sí. Vengo a recoger mis cosas antes de cambiar de aires por unos días.

—¡Diga usted que sí! Hace muy bien.

—Eso creo... Nos vemos a mi salida.

—Me temo que no, doctor. Debo acompañarle.

—¿Y eso? ¿Temen que robe los bolígrafos?

—Me limito a cumplir órdenes. También han prohibido su entrada en la zona experimental.

6

—Tiene cinco minutos —informó Lorenzo.

Sáez asintió antes de cerrar la puerta del despacho. Ya había previsto y asumido su veto en todas las áreas sensibles de ZHEUS. Era lógico: ya no trabajaba allí. Se había convertido en un visitante, en un extraño más. En cambio, la presencia impuesta de Lorenzo...

«No importa», se dijo. Estaba acostumbrado a lidiar con los imprevistos, a buscar nuevas alternativas sobre la marcha.

Poco después:

—Doctor...

—Sí, voy —aceptó arrugando el papel que sostenía, junto a la papelera. Cogió la maleta dispuesto a salir.

—¿Y sus cosas?

—He cambiado de idea: se lo regalo todo. Absolutamente todo.

7

De nuevo en el vestíbulo, mencionaron los lugares comunes que el momento requería y se despidieron deseándose lo mejor.

—Por cierto, Lorenzo,... ¿Libra esta noche?

—¡Ojalá! Hoy tengo turno doble. ¿Por qué?

—Por nada. Pida un aumento: se lo merece.

—¡Y tanto! Buen viaje, doctor. Cuídese.

—Usted también, Lorenzo. Usted también...

8

La maleta, vacía, ocupaba de nuevo su lugar en el altillo del garaje-taller. Hora del ordenador: 23:59/00:00. Sáez pulsó la tecla que activaba a la BABY—ZX.

9

ZHEUS TECHNOLOGIC.

La limpiadora adecentaba el despacho cuando oyó un golpe. Se volvió, temerosa: no había nadie.

De súbito, un bebé comenzó a llorar. Allí mismo. En... ¡¿la papelera?! Increíble y asustada, se acercó al cilindro plateado del rincón.

Su contenido visible, gurrufios de papel, impedía confirmar la evidencia sonora.

La mujer alargó la mano y...

...se la atravesó, disparada desde el interior del recipiente, una diminuta y cableada aguja.

Instintivamente, aquélla retrocedió, entre gritos, arrastrando...

«¡Dios mío...!».

...a una de las *muñecas* fabricadas por la empresa. Desnuda, ésta exhibía partes de su esqueleto metálico a través de múltiples y grotescas descarnaduras. Parecía la víctima resucitada de un sádico asesino.

Antes de perder la consciencia por la descarga eléctrica del cable, acerado cordón umbilical, la mujer tuvo tiempo de ver sonreír al lloriqueante engendro.

10

La imagen transmitida por la microcámara insertada en la cuenca ocular derecha de la ciborg mostraba nítidamente el cuerpo desmayado.

—¡Perfecto! —exclamó Sáez.

11

Lorenzo dormitaba en el vestíbulo del edificio, frente al panel de vigilancia, cuando empezó a sonar uno de los chivatos electrónicos. Súbitamente despejado, alerta, reparó en la luz parpadeante: «¡La zona experimental!».

12

La enorme puerta no había sido manipulada y el uso de la clave de acceso habría desactivado los sensores de movimiento. Entonces,... ¿falsa alarma? Lorenzo pulsó el teclado de la pared: aquélla cedió con un pitido.

La iluminación reveló la enorme nave, una especie de «guardería» de los horrores: BABY—ZX abundaban, enteros o desmembrados, por doquier.

No había intrusos a la vista. Sin embargo,...

«¡¿Y esto...?!».

Una rejilla de ventilación había sido *interiormente* (golpes en el reverso, abolladuras en el anverso) arrancada. «¡Imposible!», se dijo Lorenzo valorando la estrechez del conducto. Nadie normalmente constituido habría podido entrar por allí.

De súbito, reverberando en la estancia, sonó el llanto desconsolado de un niño.

De un bebé.

Lorenzo soltó un quejido nervioso y sus dedos buscaron la empuñadura de la pistola.

13

Un BABY—ZX, aún sin extremidades, se había activado solo en una de las estaciones

de acoplamiento. Lorenzo se estremeció: «¡Son tan reales...!». Aprensivo, golpeó suavemente la piel sintética: aquél enmudeció.

Suspiró, aliviado. «¡¿Cómo puede alguien llamar "hijo" a estas... cosas?!».

Creyó percibir un movimiento por el rabillo del ojo, a su izquierda.

No había (no veía a) nadie.

Empezó a moverse, sigiloso, entre el mobiliario.

14

...*tap, tap, tap, tap*...

«¡¿Qué...?! ¡¿Eso han sido pasos, *diminutos* pasos a la carrera...?!».

Lorenzo se agachó escudriñando el suelo entre las innumerables patas metálicas.

—Seas quien seas, o lo que seas,... ¡¿dónde demonios estás?! —susurró, histérico.

...*tap, tap, tap, tap*...

«¡Detrás!». Se incorporó y retrocedió, apresurado.

Y allí estaba...

«Debí haberlo imaginado», se dijo.

15

...tirado en el suelo, boca abajo, inerte. Otro BABY—ZX. Otra cosa.

Lorenzo la recogió (¡Una «niña»...!), conteniendo el asco: alguien la había mutilado brutalmente. Y el ojo derecho... «¡¿Es una cámara?!».

Buscó a su alrededor: estaba solo.

De improviso...

...*tic—tac, tic—tac, tic—tac*...

—¡¿Qué narices...?! —exclamó, confuso.

Acercó el oído a la pequeña androide: sonaba como un metrónomo.

16

Un primer plano de la oreja del guardia llenó la pantalla.

—Verás qué divertido... —afirmó Sáez antes de pulsar una tecla en el ordenador.

17

La ZX rompió a reír. A carcajadas, histriónica.

Lorenzo la soltó como si ardiera.

El impacto contra el suelo hizo que un rectángulo de carne artificial se abriese despresurizando el infantil pecho metálico: en su interior, la cuenta atrás de un reloj (01:59/58/57...) conectado a unos sospechosos cilindros («¡¿Cartuchos...?!») de...

18

—¡j...dinamita!!

Lorenzo echó a correr dejando atrás la reverberante hilaridad, simple reflejo programado lleno ahora de maligna significación.

00:53/52/51...

19

El punto de vista subjetivo de la ZX (caído noventa grados hacia la izquierda, sobre el suelo) mostró las piernas del hombre saliendo por la parte superior de la imagen. Luego, el sonoro golpe de la puerta.

00:36/35/34...

Sáez sonrió contando en silencio el inexorable paso de los segundos.

20

Lorenzo jadeaba a la carrera. Por el esfuerzo. Por el terror. ¡¿Los pasillos de *Zheus Tecnologic* siempre habían sido tan largos, tan extraordinariamente largos?! Despavorido, sintiéndose el protagonista de una pesadilla, le pareció estar sobre una cinta andadora acelerada hasta el borde del infarto.

...tic—tac, tic—tac, tic—tac...

21

00:11/10/09...

—Sí, sí... —murmuró Sáez, ansioso.

22

Primero fue el trueno de la detonación y después, sólo un bufido más tarde, la sacudida, el terremoto de infinitos grados de intensidad, no en la escala de Richter, sino en el pavor de Lorenzo.

Éste cayó empujado por el hálito abrasador de la onda expansiva.

23

«¡¡Boom!!», había exclamado Sáez, sincronizado con la repentina negrura en la pantalla del ordenador.

—¡¿Y ahora qué, eh?! ¡¿Qué os parecen esta «coyuntura» y este «cambio de estrategia», malditos ladrones?! —rugió, furibundo, antes de arrancar el monitor de un manotazo.

Se sintió pletórico.

Poderoso.

Indestructible.

24

«¿Sigo vivo?», se preguntó Lorenzo liberando su propia cabeza, en el suelo, mientras advertía la llovizna y la inquisitiva alarma del dispositivo antiincendios. «Parece que sí...». Intentó levantarse y su rodilla izquierda lo disuadió en el acto. Apretó los dientes: «Está rota...».

Tras él, todo eran ruinas.

25

Para la todopoderosa *Zheus Tecnologic*, su venganza sólo supondría un pequeño revés,

una ligera molestia subsanable, al fin y al cabo, con dinero: los ZX podían reponerse, las instalaciones podían reconstruirse y los posibles daños personales (¿Habría escapado Lorenzo?) podían indemnizarse.

En unas horas, Sáez estaba seguro, vería en los medios de comunicación al presidente manifestando su «sorpresa e indignación por tan lamentable suceso, obra, sin duda, de algún desequilibrado».

—Basura... —murmuró.

Se iban a enterar. Aún tenía, *de momento*, otro as en la manga. Otro ZX: el conseguido en los urinarios del parque. ¿Cómo reaccionarían los accionistas de la tecnológica ante una segunda explosión? ¿Ordenarían, asustados, una venta masiva de valores que salvara su dinero de evidentes e impredecibles complots? Sáez así lo creía: el sistema empresarial y financiero era tan cobarde como perverso.

Recogió la bolsa de basura y la depositó sobre la mesa. Extrajo...

Quedó aturdido por la sorpresa. Luego sonrió, orgulloso: sus androides eran tan buenos que él mismo, *padre* creador, había confundido uno de ellos con...

...un auténtico bebé.

Y estaba muerto.

José Luis Díaz Marcos

José Luis ha escrito un poco de todo: letras raperas (<http://descanse-en-rap.webnode.es/>), poesía romántica (<http://tquiero.webnode.es/>), terror (<http://jose-luis23.webnode.es/>), ciencia ficción (ya lo véis), guión cinematográfico (cortos y un medimetraje), monólogos humorísticos (http://www.amazon.es/Veinte-mon%C3%B3logos-humor-risadesaforadaebook/dp/B008C82SAC/ref=sr_1_2?ie=UTF8&qid=1400085397&sr=8-2&keywords=desaforada), relatos varios...

Jinetes de ancestros

Barrio, Francesc

Una historia antigua

Es la madrugada del primer día de julio del año 1916. Dentro de unos minutos, dará inicio una de las batallas más largas y sangrientas de la Primera Guerra Mundial, la Batalla del Somme, uno de los episodios más cruentos de la historia de la humanidad. El combinado de fuerzas franco-británicas está a punto de intentar romper las líneas alemanas a lo largo de un frente de 40 km al norte del río Somme, en el norte de Francia. Una simple maniobra destinada a distraer las tropas germanas de la batalla Verdún que terminará por convertirse en la mayor masacre de la historia. El primer día de la batalla será recordado, especialmente, por las más de 50.000 bajas sufridas por el ejército británico. En apenas unas horas de combate.

A lo largo de la semana anterior, la artillería británica ha disparado más de un millón y medio de granadas sobre las posiciones enemigas. Además, se cavaron diez galerías bajo las trincheras y otros puntos estratégicos germanos, que fueron rellenadas con varias toneladas de explosivos. El Alto Mando espera mermar las tropas alemanas antes del gran ataque.

Son las 07:20 de la mañana y empiezan a detonar las cargas explosivas de la primera galería enemiga. En tan solo ocho minutos, se suceden el resto de explosiones. Súbitamente, todo el campo de batalla queda en silencio. Es un día soleado de verano, no muy caluroso. Los hombres del 11º Batallón del Regimiento de Cheshire se encuentran en las cercanías de La Boisselle. Otrora había sido una próspera villa en la ribera del río Ancre, un pintoresco pueblucho de casas blancas, inmerso en la tranquilidad de la vida campesina. Ahora, la mirada nerviosa del sargento Dyson apenas distingue, a través del humo, un par de paredes derruidas. Todos sus hombres están agazapados en la trinchera, con la bayoneta calada, prestos a salir a su señal.

El sargento mira su reloj. Faltan unos segundos para las 07:30. Es la hora. Su pelotón está preparado. Los hombres están nerviosos. Es normal. Saca su revólver y el silbato. Sopla con fuerza y, todos a una, escalan las paredes de la trinchera en pos del enemigo. La visibilidad no es muy buena. Aunque sea un día claro, el humo del bombardeo constante cubre todo el campo de batalla de una niebla molesta. Pero conocen su destino. Los boches se encuentran en frente, a poco más de 300 metros.

Todo el pelotón carga, a la carrera, disparando a discreción, cada uno rezando en silencio por no ser alcanzado por una bala enemiga. El sonido que les envuelve es atronador. Los gritos de los soldados se mezclan con el tableteo de las armas que no cesa. De repente, el sargento duda, sólo es un instante. Se gira hacia uno de sus soldados, y le dispara a bocajarro en la nuca, bajo el casco.

Un interrogatorio más

Ya les he explicado a sus compañeros que fue un accidente. ¡Tuvo que ser un accidente! Ya he contado la misma historia, al menos cincuenta veces. ¿Por qué me lo preguntan otra vez? Bien, como usted quiera. Empezaré de nuevo.

Mi nombre es Elisar Malik, soy asistente de campo del Dr. Akino, del Departamento de Revisión Histórica de la Universidad de Bangladesh. Nuestro campo de estudio es el análisis de los modismos propios del lenguaje coloquial de los tommies de la Primera Guerra Mundial. Sí, perdone, intentaré no ser tan "técnico". Los tommies son los soldados británicos, los soldados rasos.

Sí, soy un jinete de ancestros, en eso consiste el trabajo de asistente de campo de un investigador histórico. ¡Venga, seguro que todo eso ya lo sabe! De acuerdo, ya me calmo. Perdone.

Mi trabajo, y el del resto de asistentes, consiste en viajar al pasado y, sobre el terreno, aplicando técnicas de observación antropológica, estudiar nuestros antepasados. Como le decía antes, en estos momentos estudiamos el lenguaje de los soldados de la Primera Guerra.

No, no sé como funciona la máquina de transferencia. Es algo de entrelazamiento cuántico pero en realidad no tengo ni idea. Yo sólo sé que a mi me colocan en una de las cabinas de transferencia. ¿Las ha visto? Sí, son como cabinas de aislamiento sensorial. Yo me tumbo ahí dentro, me acoplan unos sensores y rellenan su interior con una especie de engrudo, un fluido que huele como a vainilla. No, no es desagradable. Supongo que te acostumbras y, en realidad, no sentimos nada de lo que sucede con la máquina. Yo sólo sé que, a los pocos segundos, mi mente ha viajado y me encuentro en el interior de otra persona.

Una persona del pasado.

Sí, hay varias formas de cabalgar un ancestro. Normalmente lo hacemos en modo "espectador seguro". Eso significa que nuestra presencia no suplanta la voluntad del objetivo, simplemente estamos ahí dentro observando. Y si se produce cualquier situación peligrosa. Sí, quiero decir mortal. Si el objetivo muere, al estar en modo seguro, nosotros saltamos inmediatamente de vuelta. No sé como lo hacen. Simplemente, si el ancestro muere yo despierto sano y salvo en la cabina.

Sí, todos los saltos efectuados durante la investigación son en modo "espectador seguro". Ya lo sabe, en realidad todos los saltos al pasado deben ser así.

Es la ley.

Sí, es verdad, hay otros modos de salto. Se puede saltar en modo libre, entonces tu voluntad..., es como si arrinconara la del objetivo, que se ve como relegada, como anulada, y controlas totalmente el ancestro. Pero eso está totalmente prohibido. Ya sabe, para evitar disrupciones temporales.

También se puede saltar en modo no seguro. Entonces, bien, es muy simple. Si el ancestro muere, tú mueres. Es un salto extremo. Sí, hay yonkis de los saltos extremos. No, no conozco ninguno. ¡Y le aseguro que nuestro salto fue en modo seguro!

Bueno, lo que sí hicimos es cabalgar en modo libre. ¡Sólo queríamos tener una experiencia...! ¡Mierda, no sé qué coño queríamos! Simplemente queríamos vivir algo auténtico. No sé, lo siento, lo siento mucho pero ya le he dicho que fue un accidente.

Sí perdone, ya continúo. Sí, es verdad, no era la primera vez. Lo habremos hecho cinco o seis veces, siempre los dos solos, Hamal y yo. No, nadie sabía que lo hacíamos. Si nos descubrieran nos habrían despedido del departamento y nos habrían vetado para

siempre.

Bien, normalmente yo soy el que programa el salto. Y estoy totalmente seguro de que lo programé correctamente. ¡Repase los registros! Sí, sí, perdone.

Habíamos elegido dos soldados del mismo pelotón del 11º Batallón del Regimiento de Cheshire. Sabíamos que, durante el primer día de la batalla del Somme, habían estado juntos toda la mañana y que morían hacia el mediodía. Los saltos están limitados a un espacio de 27 minutos, así que el riesgo era menor. No, desconozco el porqué del límite temporal, será algo de cronofísica. No sé.

Como le decía, saltamos juntos. Enseguida nos encontramos controlando nuestros objetivos. Lo primero que sientes al cabalgar un ancestro es el tremendo impacto de la nueva realidad que te rodea. Los olores, muchos más intensos. La luz, es diferente, especial. En el momento del salto, se produce un breve instante de adaptación al nuevo cuerpo. A penas dura unas milésimas de segundo, pero lo notas, y enseguida eres consciente de dónde te encuentras y sabes que ya controlas el nuevo cuerpo.

Saltamos pocos segundos antes de que empezara la ofensiva. Me giré a dar un vistazo a mi alrededor y enseguida reconocí a Hamal. Sí, cuando cabalgas puedes reconocer a otros jinetes. Ves una tenue aura azulada alrededor de la cabeza de los cuerpos ocupados. No importa el modo de salto, se aprecia lo mismo. El ancestro de Hamal tenía un bigote inmenso, muy divertido, y me hizo gracia el aspecto que tenía, tan diferente. Me acerqué a él y se lo dije. No, no hablamos. Usamos el código Steinlych. Es parecido al lenguaje de los sordomudos, pero sólo se hace pulsando los dedos. Es el sistema que usan los jinetes extremos. Bueno, casi todo el mundo lo conoce ya, está de moda.

Bueno, no tuvimos tiempo de decirnos nada más, porque el sargento al mando sacó su silbato y dio la señal de ataque. Emocionados, escalamos la pared y corrimos con el resto de la tropa, disparando como locos.

Esquivamos las alambradas que bordeaban nuestra trinchera. No se veía casi nada. El humo de las explosiones limitaba mucho la visión, pero habíamos acordado no separarnos. Aunque aún no veíamos al enemigo, las balas silbaban a nuestro alrededor. Pero nos sentíamos seguros. Era como un juego de inmersión de realidad. Y, de repente, Hamal cayó. Le habían volado la cabeza. En ese momento no me preocupé. Aunque me supo mal por él. Iba a perderse la diversión.

No, simplemente supuse que, al saltar el modo libre le había impactado una bala que en realidad no debía haber matado aquel ancestro. Pero era un riesgo asumido. Simplemente supuse que me esperaría en la sala de cabinas cuando yo acabara. Así que continué con el resto del pelotón. Maté unos cuantos alemanes y, al término de mi salto, regresé.

No, no temíamos provocar una interrupción con las muertes que provocáramos. Sabíamos que, de la trinchera alemana que íbamos a asaltar no sobrevivía ninguno. Todo estaba calculado.

Y, bien, entonces salí de mi cabina. Hay que esperar unos instantes a que se suelten los sensores y se elimine el fluido. Al terminar el proceso, salí de mi cabina. Esperaba encontrarme a Hamal, molesto pero ansioso de que le explicara mi experiencia. Pero no estaba. No me esperaba nadie. Su cabina seguía cerrada. Los controles indicaban que ya

estaba sin vida. Se había disparado la alarma y ustedes no tardaron mucho en llegar. Eso es todo. No lo entiendo. Tuvo que ser un accidente. ¿Han comprobado los registros del programa? No, no puede ser, yo marqué el modo seguro. Siempre lo compruebo ¡No puede ser!

¿Mi relación con Hamal? ¡Éramos amigos! No, no, eso no puede ser. ¿Cómo pueden pensar eso? Todo aquello no fue nada. Estaba totalmente superado. Si yo me alegraba por ellos. Joder, reconozco que cuando Alisa me dejó y se fue a vivir con Hamal, me sentí traicionado. Pero nunca habría hecho algo así. Lo superé y seguí adelante. Mi mejor amigo estaba con la mujer que yo amaba, y yo debía respetarlo. Fue su decisión. Ella era libre de estar con quien quisiera. No era mi posesión. Estuve unos días deprimido y ya está. No pasó de ahí. ¡Seguimos siendo buenos amigos! ¡Los tres! De verdad, ¡tiene que creerme!

Un mensaje para Alisa

Hola Alisa. Supongo que estás durmiendo. Pero tenía que contarte esto antes de que lo hiciera algún otro, y quizás luego ya no pueda. Hamal ha muerto y me acusan de su muerte. Lo siento, te juro que lo siento y tú sabes que yo nunca haría algo así.

Esta noche hemos hecho un salto. Supongo que ya lo sabías, hemos vuelto a cabalgar un par de soldados del Somme. Y ha pasado algo muy extraño. Estábamos en plena carga contra las posiciones alemanas y, de repente, el sargento de nuestro pelotón se ha detenido, ha desviado su arma y le ha pegado un tiro al ancestro de Hamal. Yo estaba a su lado y lo he visto todo. Y me ha extrañado porque sabíamos que los dos sujetos no morían hasta el medio día.

No debía suceder algo así. Y entonces, el sargento me ha apuntado a mí con su revolver, y te juro que, en medio de todo el estruendo de la batalla, he oído el clic del arma y no ha salido ninguna bala. Se había quedado sin munición. Entonces me he dado cuenta de que alguien cabalgaba al sargento, su cabeza aureolada lo delataba. El asesino me ha mirado hastiado y, en Steinlych, me ha dicho que más valía que no contara nada, que mantuviera la boca cerrada o podría tener un accidente durante un salto. En ese momento no lo he entendido, pero al regresar de mi viaje, Hamal estaba muerto en su cabina. Alguien había manipulado el programa. Lo he comprobado. Cuando he entrado en la cabina tras programar el salto, han hackeado el sistema y han modificado el modo de seguridad. No sé quién ha sido, pero lo han hecho desde fuera de la Universidad.

Creo que estamos en peligro. No sé quién puede haber sido. No sé si Hamal estaba metido en algo. Sólo sé que, a pesar de ser acusado de asesinato y de haberme descubierto cabalgando ilegalmente, no sólo no me han vetado, si no que me han programado un salto para dentro de una hora. Y tengo miedo, mucho miedo.

Tengo miedo por mí y tengo miedo por ti. Escúchame bien. Tienes que huir y esconderte. Han estado interrogándome durante horas, he hablado con montones de policías, he tenido que explicar un montón de veces la misma historia. Pero no les he contado nada. He dicho que ha sido un accidente y que no sé cómo ha ocurrido. No he dicho nada del tercer jinete. Pero con los dos últimos investigadores que me han interrogado he visto algo extraño. Mientras hablábamos, uno de ellos ha tenido un lapsus y, más tarde, mientras yo lloraba cabizbajo, he visto que se comunicaban en

Steinlych. Creían que yo no les veía, pero he visto parte de lo que se decían. ¡Uno de ellos decía que no pueden dejar cabos sueltos! ¡Alguien los estaba cabalgando!

Yo ya estoy perdido, Alisa, pero tú aún tienes una oportunidad. Huye, Alisa, huye. ¡Y sobretodo, no se te ocurra cabalgar!

Francesc Barrio

Francesc Barrio nació el 1968 en Santa Coloma de Gramanet, ciudad cercana a Barcelona (España). Inició estudios de Física en la Universidad Autónoma de Barcelona, pero pasaba más tiempo en el bar que en las clases. Ha sido editor de juegos de rol, redactor de revistas de juegos, editor de contenidos freelance para un estudio de diseño y, tardíamente, ha descubierto su vocación de escritor. Escribe en castellano y en catalán. Ha publicado en diversas revistas y en antologías como *Steam Tales* de Dlorean Ediciones, *Calabazas en el Trastero – Creatures* de Saco de Huesos o las Antologías *Fénix de Ficção Científica e Fantasia - Volume II* y *Volume III de Ficções Phantásticas*. Podéis visitar su blog <https://noencuentroellitio.wordpress.com/>

Esefoe

Moreno Pérez, Alberto

Le conocí en la cárcel, y aunque fui el único de allí a quien habló con algo parecido a la confianza, nunca acabé de acostumbrarme a él. Me aterraba cuando emergía silencioso y por sorpresa de entre las sombras. Mis nervios se deshacían con el sonido de su voz, entrechocar y roce de placas de pizarra ("Hola. Llámame Essefoe. ¡Klaj! Esss un chissste mio. ¡Klaj, klaj!"). La mirada fija y atenta de esos ojos sin iris escocía, puedo jurarlo. Su cuerpo, bajo la seca, áspera y albina piel, no era más que un almacén de cables de acero que se contraían y estiraban con engañosa suavidad, como ocultando su fuerza prodigiosa. Pero sobre todo me horrorizaba el contraste de ese físico demoniaco con la inteligencia viva y sarcástica encerrada en su interior.

Quizá se acercó a mí por ser, como él, un elemento discordante dentro del conjunto de delincuentes comunes que poblaba el presidio. En mi caso la diferencia se debía a mi condición de infeliz sin ninguna relación con el mundo del crimen. Una vez pretendí ser más listo que nadie al participar junto a otros sinvergüenzas –más sinvergüenzas y más listos que yo- en un fraudulento negocio. Tal cual planearon, mis socios se embolsaron unos cuantos millones mientras yo, perpleja cabeza de turco, ingresaba en prisión para cumplir una larga condena.

Recién cruzado el portón pude percibir el enrarecido ambiente que se respiraba allí dentro. El pavor a la vida en la cárcel, que me dominaba desde el mismo día del fallo, creció y me hizo andar con mil ojos, atento a todos y a todo. Sin embargo tardé mis semanas en descubrir las causas de tanta tensión. Se trataba de un conflicto encubierto, pero había una guerra tras aquellas cuatro paredes. Los contendientes eran, por un bando, la práctica totalidad de la población reclusa; por el otro, Esefoe. Se manifestaba esta guerra en acciones aisladas: un día los presos del Pabellón C se despertaban con el estómago llagado a causa de la ingestión de algún raro veneno durante la cena. Al otro, medidas provocaciones privaban a Esefoe de sus salidas al patio durante un tiempo, lo que aprovechaba el enemigo para reorganizar sus fuerzas. Los funcionarios no intervenían, excepto alguno a nivel personal. Ya digo: se mantenían distantes, conscientes de que aquello no iba con ellos, satisfechos del orden implícito que se desprendía de la situación y les facilitaba el trabajo.

La ambición de Esefoe consistía en convertirse en el exclusivo administrador de toda la droga que entraba en la cárcel. Buscaba controlar en solitario el negocio, algo que no admitían los jefecillos de los distintos clanes, obligados a unirse para luchar contra el enemigo común. He de insistir en este punto: Esefoe estaba solo. No era el cabecilla de ningún grupo, no formaba parte de un clan, no tenía amigos, ni simpatizantes. Lo indiqué al principio: era un monstruo, y sus capacidades, sobrehumanas. No había quien no le temiera, aunque entre los directamente afectados por sus acciones -es decir, la mayoría de los reclusos- generaba tanto miedo como odio. Miedo más odio. De retorcido y canalla, daba la impresión de que buscara ese preciso efecto, cosa a la que yo no veía sentido. Cuánto más fácil le habría resultado hacerse el amo de la prisión sin aquel acicate de rabia que impelía a sus enemigos a superar el miedo y pasar al contraataque.

¿Cómo describir entonces la angustia que sentí al constatar que buscaba mi compañía?

Aparecía de repente y me hablaba y hacía chistes: cotorreaba. Yo escuchaba y temblaba. Temblaba porque en su interés creía ver connotaciones sexuales. Temblaba además porque mi seguridad estaba amenazada como supuesto amigo de Esefoe. Pero ni éste demostró tener nunca inquietudes amorosas, ni el resto de mis compañeros aparentó ver utilidad alguna en mi muerte.

Tenía ahora, desde mi posición aproximadamente neutral y orientado por los comentarios que sobre el tema dejaba escapar, una nueva visión sobre su guerra. El objetivo que se había fijado no era el sometimiento del adversario. Esefoe avanzaba y retrocedía, entregaba terreno ya conquistado para volver a conquistarlo de nuevo. Se dedicaba a mantener el statu-quo, un delicado equilibrio cuya existencia dependía de toda su habilidad y dedicación. Era tan sutil, tan sumamente hábil, que nadie se percataba de la verdadera complejidad de sus maniobras. Era el maestro titiritero, que con planificación y esfuerzo controlaba todos los hilos.

Primero supuse que en tanta intriga no veía más que un gran juego, estricta diversión para su naturaleza morbosa. Pero a medida que me iba entregando su confianza -¡que yo no pedía, por cierto!-, iba revelándome sus recuerdos, sus secretos. Supe de ellos que Esefoe no siempre había sido la odiosa alimaña blanca que me hacía enfermar con su sola presencia, y al reconstruir a base de fragmentos la historia de su vida comprendí la necesidad que le empujaba a crear y conservar su particular estado de las cosas. Con todo, no he llegado todavía a compadecerle. A su perversa manera era feliz, más que ningún otro individuo a quien haya conocido.

Nació sin sangre. El líquido que le corría por las venas era rojo, espeso y cálido; tenía en su composición hematíes, leucocitos y plaquetas; transportaba oxígeno en una dirección y devolvía por la otra dióxido de carbono; funcionaba como sangre, vaya, pero no lo era. Imposible explicar de otra manera su carencia de empuje, dinamismo y ambición; su abulia, su desgana, su infinita apatía.

Por suerte la madre era una mujer luchadora. Al darse cuenta de que su hijo había heredado, afinados y aumentados, los peores rasgos del difunto padre, consagró su vida a evitar que la del chico se hundiera a plomo en aquella abismal desidia. Siempre detrás suyo, suplió con palo su falta de energía. Fue una labor agotadora y constante que acabó dando sus frutos. Sólo por evitar esos nudillos pelados y, más mayor, la terca e irreducible insistencia de la viuda, estudió hasta obtener el título de bachiller.

Entre el trabajo que le daba el muchacho y el del comercio que llevaba a medias con una amiga, a la briosa mujer se le estropeó la salud. Alarmada por cómo le menguaban las fuerzas, aprovechó la primera oportunidad que tuvo para proporcionar a su hijo un empleo fijo, haciendo que concursara en unas oposiciones a la administración del estado. Hacer que aprobara el examen de ingreso se convirtió en su última y más desesperada batalla. Nada más enterarse de que le habían adjudicado un puesto en una oficina cercana a casa murió exhausta, consumida.

De modo que nuestro huérfano quedó así: con un piso, un empleo y un dinerillo por la parte del negocio correspondiente a la madre. En las primeras semanas la conmoción por el fallecimiento y las exigencias del trabajo, toda una vuelta al calcetín de su vida, bastaron para mantenerle activo. Poco tardó, sin embargo, en retornar a su habitual estado de letargo melancólico, del que no le era posible escapar por sus propios medios. Una mañana en la que estaba especialmente abatido se sintió incapaz de seguir un minuto más tras la mesa de atención al público. Ante el asombro de sus compañeros

abandonó el edificio y se fue a casa. No se acordaba de que aquel día estaría allí la chica de la limpieza, mujer joven que faenaba en la vivienda un par de horas por semana desde hacía ya unos años, cuando la madre decidió que no podía con todo: trabajo, hijo, hogar. Al abrir la puerta le sorprendió, pues, un olor dulzón y algo picante. Extrañado, siguió el rastro del aromático tufo. En la cocina encontró a la asistenta apoyada en el fregadero con un cochambroso y retorcido cigarro entre los dedos: se estaba fumando un porro de marihuana bien cargadito. Observó con qué deleite aspiraba el denso humo, y pensó que no sería mala cosa probarlo. La muchacha se llevó un buen susto al notar una mano inesperada sobre el hombro. A petición del chico lió un nuevo pitillo y se lo ofreció. El efecto que le produjo le sorprendió. Se sentía fuera de sí. Oía sus pensamientos como murmullos ajenos, ecos devueltos por paredes intangibles. Era cautivante. Tras la calada final miró los restos del cigarro, miró a la mujer, y le pidió más.

Al día siguiente volvió al trabajo. Aceptó sin una queja la reprimenda. No importaba. Ya sabía dónde comprar hierba. Había pasado la tarde anterior liando canutos, y en la pitillera llevaba una provisión para pasar la mañana. En lugar de comer bocadillo, fumó; en lugar de tomar el cafelito, fumó; en lugar de ir a por una Pepsi, fumó; en el lavabo, fumó. Y así sería durante las jornadas siguientes. Pero la novedad se convirtió rápidamente en rutina. Pronto volvió a estar como siempre: desencantado y deprimido. Ni la marihuana ni el hachís le ofrecían más consuelo. No es de extrañar pues que, igual que en la fábula que todos los padres cuentan a sus hijos adolescentes, diera un paso -o un traspies- adelante y probara nuevas y más peligrosas sustancias. Se repitió el ciclo del ánimo y el desánimo. Con una salvedad. El eclipse de la fascinación no le dejó esta vez vacío. De repente, un poso de química en las entrañas empezó a tirar de sus tripas con fuerza insostenible. De repente, una necesidad artificial, de dimensiones cósmicas, cubrió el cielo y se convirtió en su mundo.

Naturalmente perdió el trabajo. Subsistió una temporada con el finiquito y el dinero de la tienda hasta que gastó la última calderilla en la penúltima dosis. Luego no le quedó más opción que buscarse la vida en las calles, a lo que saliese.

Y qué triste. Como tantos otros, se iba a hundir en un cieno de lágrimas y polvo de asfalto que le asfixiaría hasta apagarse, hasta morir. ¿Verdad? Pues no. De hecho, todo lo contrario. En lugar de acabar con él, la droga le transformó. Una vez aclimatado, esto es, cuando dejó de resultarle ajeno el territorio en el que ahora se encontraba y pasó a parecerle extraño su antiguo mundo, reconoció en la dosis diaria un estímulo antes que un castigo. La necesidad surgía de su interior de forma tan imperiosa y persistente como para no darle respiro, y le sabía a gloria. Si bien de una manera alterada, por fin estaba motivado. Por fin la existencia tenía un sentido.

En la lucha diaria para calmar el hambre artificial que le hostigaba y a la vez le hacía fuerte halló placer malsano. Se volvió peligroso y feroz, egoísta e inmoral hasta rebasar todo límite. Al mismo tiempo que perdía sus escrúpulos iba perdiendo humanidad, literalmente: en un proceso único su metabolismo, tan marciano como su propio temperamento, reaccionó a la droga y a la vida rapaz transformándole poco a poco en la criatura temible que se llamaba a sí misma Esefoe (un guiño a su pasado, representado por los tebeos con los que su madre, por la vía amable, trataba de excitar su interés hacia el mundo); una criatura sin pelo ni vello, de piel rasposa a fuerza de arrastrarse a través de alcantarillas angostas; decolorada por vivir de noche u oculta en las sombras; correosa y seca, nervuda, casi cadavérica de comer sin ganas sólo lo justo; y sobre todo

vigorosa, rápida y ágil como una rata arborícola, habituada a colgarse, trepar, saltar de edificio en edificio, escapando de la policía o persiguiendo a cualquier yonqui.

Este modo de vida colmaba y agotaba a Esefoe a partes iguales. Desgraciadamente carecía de la omnipotencia que sus víctimas le atribuían. Se veía obligado a cambiar continuamente de escondrijos y estrategias, siéndole imposible retirarse, desaparecer y descansar. Debía mantenerse siempre en movimiento, pues tanto o más vital que la droga le resultaba el esforzado proceso de conseguirla. La búsqueda. Era éste el motor y combustible de su voluntad, la esencia de su renovado ser.

Así que elaboró sus planes y se dejó atrapar por la policía. En prisión tendría todo controlado. Sabiendo quién entra y quién sale podría hacer y deshacer a su antojo. Encerrado en un escenario definido por sus propios límites dirigiría la obra que representarían para su solaz unos actores inconscientes de serlo. La droga, circulando a cuentagotas, le aseguraba la tensión y las confrontaciones que le mantendrían activo.

Actuando con inteligencia ante los tribunales evitó el internamiento en un hospital psiquiátrico, a lo que parecía abocarle su aspecto deshumanizado. Logró, por lo tanto, que le trataran como el ser humano que ya no era y dio con sus huesos en la cárcel, tomando de inmediato posesión de ella.

Esefoe seguía reinando allí cuando al término de mi condena abandoné el centro. Las noticias de los recientes desórdenes en la prisión, saldados con numerosos muertos y reclusos fugados, me han hecho recordar, por último, sus proyectos para el momento en que se cansara de estar tras las rejas. Hablaba de la costa cantábrica, del contrabando y los grandes capos del narcotráfico. Sonreía evocando persecuciones nocturnas por el mar embravecido: lanchas de la policía aduanera cargando contra las planeadoras de los traficantes, imágenes golosas que despertaban sus descarnados apetitos. Sin duda ahora está fuera, descansado y codicioso, listo para enfrentarse de nuevo contra todos. Sólo espero, rezo por ello, que antes de tomar camino del norte no se le ocurra pasar a visitar a los antiguos amigos.

Alberto Moreno Pérez, autor del número 53 de la colección Espiral Ciencia Ficción "**La edad del vuelo**", y también es autor de otra novela autopublicada en Amazon "**Dentro / Fuera**" (

http://www.amazon.es/DENTRO-FUERA-Alberto-Moreno-P%C3%A9rez-ebook/dp/B00J2EIVCY/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1401210654&sr=8-1&keywords=Dentro%2Fuera).

Cubo Wells

Eximeno, Santiago

Lo que nuestros hijos han de temer no son los coches o las autopistas del futuro, sino el placer con que trazamos los parámetros más elegantes de sus muertes futuras.

La exhibición de atrocidades, J.G. Ballard

Tu propio tiempo te persigue. Cuando cumplí los ocho años mi padre me narró un cuento que perduró en mi memoria el resto de mi vida. Se convirtió en un referente para mí y me llevó hasta la obra que le daría sentido a mi existencia. Me habló del doctor Von Holfgen, un joven aristócrata austríaco que, encerrado en el cuarto que coronaba la torre más alta de su castillo, dedicó su vida a una búsqueda febril: las líneas del tiempo. Afirmaba que esas líneas existían, difuminadas en un espectro dimensional que nuestras pobres mentes no abarcaban. Durante años vivió enclaustrado en aquella habitación, convertida con el lento transcurrir del tiempo en un laboratorio experimental, rodeado de los últimos avances que una ciencia de principios de siglo, todavía balbuceante, podía proporcionarle. Apenas se relacionaba con el resto de los seres humanos si no era para comer cuando desfallecía o para consultar con presuntos expertos sobre algún punto concreto de su extravagante teoría. Su joven esposa sintió como los lazos que les unían se deshacían y se convertían en polvo y, poco a poco, fue alejándose de aquel extraño que antaño fuera su marido. Mi padre me contaba que, una fría mañana de noviembre, uno de sus sirvientes, un hombre delgado y viejo, aquel que durante más tiempo había estado al lado de la familia Von Holfgen, lo encontró tirado en las escaleras de piedra que conducían al cuarto, como un juguete roto abandonado por un niño. Farfullaba incoherencias y gritaba al aire con la mirada perdida. Nunca se recuperó por completo de aquello. El sirviente entró en el cuarto y lo encontró devastado, como si un huracán se hubiera desatado en su interior. Cuando le preguntaban al joven doctor qué había ocurrido, estallaba en carcajadas y decía a los presentes que lo había logrado, que había viajado por aquellas líneas hasta los tiempos más remotos. Sin embargo, viajara donde viajase siempre le acompañaban las mismas miserias, los mismos sufrimientos, las mismas tristezas. En sus viajes llevaba su propio tiempo consigo.

Miles de personas fallecieron. Aquel cuento me hizo volver a recapacitar sobre el vacío que albergaba en mi interior. Mis investigaciones acerca del tiempo requerían gran capacidad de proceso, mucha más de la que me proporcionaba el subsistema *Cronos*. Mis programas apenas podían sostener la simulación del viaje dimensional escasos milisegundos. Sabía que me encontraba muy cerca del éxito, así que decidí asumir más riesgos. Compartía por entonces instalaciones de videored con varios proyectos más, todos ellos banales. Mi código se infiltró en sus sistemas de seguridad y me apoderé de su capacidad de proceso y de sus bancos de datos. Aquello mantuvo la simulación abierta durante casi un segundo completo. A cambio, los sistemas que almacenaban la conciencia virtual de casi cincuenta mil personas, pioneros de un turismo digital que daba sus primeros pasos, fallaron. Sus cuerpos, conectados a videored, sufrieron un colapso nervioso y murieron antes de que sus mentes asimilaran

el retorno provocado por la caída del sistema. AT&T y World Telecom se responsabilizaron de aquella tragedia mientras la Compañía ocultaba a la opinión pública mis subterfugios. Las muertes accidentales de todos aquellos inocentes crearon alianzas económicas forzadas y aceleraron de forma indirecta los progresos del proyecto. Un catalizador sangriento para mi experimento.

El accidente del marqués de Vidales. Llevar adelante toda la investigación requería ingentes cantidades de dinero que, en la mayoría de las ocasiones, mis patrocinadores no estaban dispuestos a pagar. La pequeña fortuna familiar que heredé tras la muerte de mis padres desapareció bajo toneladas de impresos, dos enormes laboratorios subterráneos y grandes promesas de resultados. Después tuve que solicitar ayuda a terceros. El marqués de Vidales, conocido filántropo y homosexual confeso, resultó de gran ayuda a la hora de captar a representantes de las grandes corporaciones. La Compañía se interesó vivamente por mis progresos cuando les mostré los primeros bocetos de lo que denominé *transmigrador interdimensional*. Accedieron a ingresar en mi cuenta diversas cantidades mensuales a cambio de mantenerles informados regularmente. Nunca me he sentido cómodo en compañía de otros seres humanos, por lo que dejé la labor de relaciones sociales en manos del marqués. Sin embargo, ha sufrido un terrible accidente de coche. Han tenido que amputarle las dos piernas y ha perdido tres dedos de la mano derecha. Los médicos me han comentado que ahora permanece estable, sedado de pies a cabeza. Lo que más lamento de todo esto es el tiempo tan precioso que perderemos reforzando los lazos con los clientes. De hecho, desde que el intermediario ha desaparecido, las empresas inversoras se han abalanzado sobre mí como hienas sobre el cadáver putrefacto de una gacela, y he vuelto a tartamudear como cuando tenía diez años.

Ritmo electrónico. Hoy he estado hablando con dos de los técnicos de sistemas que me ayudan en los cálculos preliminares. Permanecen durante horas frente a los monitores de fósforo verde sin apenas parpadear, atentos a la evolución del modelo propuesto. Creo que son conscientes de la importancia de lo que estamos haciendo, de lo revolucionario del proyecto. Sin embargo, siempre acuden al laboratorio con sus reproductores digitales de música y sus auriculares. Aluden al aislamiento necesario para no perder la concentración, pero yo no alcanzo a comprenderlo. Cuando les he interrumpido y, amablemente, les he pedido que me dejaran escuchar la música que en ese momento sonaba en el reproductor, me han mirado con una expresión de asombro en sus rostros que me ha sobresaltado. Cuando he prestado atención a ese ritmo monótono y brutal he comprendido sus miradas. Electrónico industrial lo llaman. Yo hubiese preferido música clásica, algo más acorde al nivel de trascendencia de lo que estamos creando.

El hombre que quería suicidarse. Mientras revisaba todo el papeleo y ordenaba las facturas sobre la mesa de caoba que preside mi despacho, he recordado otro de los cuentos que me narraba mi padre, acerca de un hombre que deseaba suicidarse. Atrapado en un futuro en el que la muerte era una utopía, sus intentos frustrados de suicidio le sumían en una terrible depresión que le alejaba de los de su especie. Encerrado en sí mismo, se dedicaba en cuerpo y alma a construir lo que él denominaba las esferas del tiempo. Estas estructuras esféricas le permitían retroceder en su propia línea temporal hasta el punto que deseara. Tras cientos de accesos a las bibliotecas virtuales, sus conocimientos de historia y genealogía familiar le recomendaron que viajara a la Segunda Guerra Mundial, a las cuevas que jalonaban Monte Casino. Allí se

presentó ante un hombre maltratado por los bombardeos que asolaban la abadía, un soldado del ejército alemán que permanecía escondido esperando junto a sus compañeros y superiores el asalto final de las tropas aliadas. El viajero del tiempo le habló al hombre de los accidentes de tráfico voluntarios, de los narcofármacos consumidos en grandes cantidades, de las cuchillas y el baño de agua caliente. El soldado ni siquiera comprendía su idioma, pero aquello no le importaba. El viajero extrajo de su bolsillo un arma y le disparó siete veces a bocajarro. Mientras su propio cuerpo se desvanecía en el aire supo que su absurda idea de matar a uno de sus antepasados había dado resultado.

Estructuras metálicas. La primera fase ha concluido. Ayer los instrumentos mecánicos, guiados por los operarios desde sus ordenadores, han ensamblado todas las piezas en dos enormes estructuras metálicas que parecen sostenerse en el aire sin apoyo externo. En realidad fuertes campos magnéticos las mantienen suspendidas, girando una alrededor de la otra en perpetuo movimiento. Si el objetivo final de todo esto es abrir una puerta, ya hemos colocado las bisagras. Aún queda mucho camino por recorrer, como controlar las fluctuaciones que emanan de la construcción o mantener abierto el foco durante varios minutos. Observada desde la posición privilegiada de la sala de control la maquinaria provoca escalofríos. Los focos iluminan su superficie y lanzan destellos sobre nuestros rostros, ocultos tras las gafas protectoras. Hemos emplazado varios equipos de respaldo para aumentar nuestra capacidad de proceso, hemos contratado varios técnicos especializados para optimizar nuestros programas. Sin embargo, desconozco cuánto tiempo ha de transcurrir antes de que concluyamos la segunda fase. Meses, quizá incluso un año. Pero lo que sí sé es que ya no podemos dar marcha atrás.

El manuscrito de Wilfred Voynich. El libro todavía permanece celosamente guardado en la Universidad de Yale. No me permitieron grabarlo ni fotocopiarlo, por lo que tuve que reproducirlo a mano, página por página, durante mis interminables visitas a aquella institución maldita. Me dedicaban miradas torvas, medias sonrisas, cuchicheos mal disimulados. Al parecer me tomaban por un ocultista insano que pretendía traducir el libro intraducible. Si supieran la verdad, se aterrorizarían. Necesitaba los bocetos que el autor había disimulado entre las flores, bocetos que me permitirían diseñar la máquina más anhelada por el hombre. El conocimiento convertido en arte. Sin embargo algunas dudas todavía me embargan, ya que no hemos podido traducir en su totalidad el galimatías que acompaña a los diseños. A veces tiemblo pensando que, una vez que esté terminada, la máquina que hayamos creado sea un armatoste carente de utilidad. Espero que hayamos comprendido en su totalidad el manuscrito y no estemos dando palos de ciego.

Las nuevas incorporaciones. La Compañía ha decidido que era necesario hacerse cargo de la seguridad del complejo de investigación y en particular del proyecto *Cronos*. Durante varias semanas hemos sufrido un trasiego continuo de personal: agentes de la corporación, investigadores de terceras empresas, personal militar asociado. Todos esos hombres y mujeres respetan una disciplina casi esclavista y no se relacionan con los internos. Algunos de ellos –situados en las entradas de los laboratorios principales y en los accesos subterráneos al complejo– portan armas automáticas, pero la gran mayoría exhibe simplemente porras eléctricas para aturdir. Pronto nos acostumbraremos a su presencia, y en breve incluso llegarán a pasarnos desapercibidos. Al menos mantengo la falsa ilusión de que el control de la operación continúa en nuestras manos.

Paradojas temporales. Uno de los temas recurrentes en los estudios teóricos de los viajes en el tiempo son las paradojas temporales. Creo que he visto todas las películas que versan sobre el tema, y al menos habré leído el noventa por ciento de los libros relacionados de alguna manera con ello, desde las oscuras referencias ocultas en la obra de Krafft-Ebing hasta los confusos tratados esotéricos de Crowley. Es algo que nos inquieta y, en ocasiones, nos asusta. No sabemos qué ocurrirá cuando realicemos el primer traslado, pero todos confiamos en los diseños del manuscrito de Voynich. Hemos avanzado mucho en los últimos meses, montando el armazón metálico que sostendrá las hojas helicoidales sobre la estructura original. No me resisto a la idea de aplicarles una capa de pintura para proporcionarles un parecido mayor a los bocetos que hemos estudiado.

Tecnología musical. He accedido a una petición absurda procedente del equipo técnico. Cada paso que damos hacia la finalización del *transmigrador interdimensional* resulta más caótico, más llamativo. Parece como si todo el equipo estuviera imbuido de una extraña sensación de peculiaridad, encontrando señales inexplicables en el entorno de nuestro trabajo. Quizá se deba a que la estructura central, aquella a la que hemos denominado cáliz, continúa girando, abriendo las líneas del tiempo y excitando nuestra sensibilidad. En cualquier caso, he accedido a conectar durante dos horas diarias los altavoces de la sala del *transmigrador* y emitir por ellos las caóticas composiciones electrónicas de Feindflug, un grupo clásico alemán que publicó varios discos hace varias décadas. El personal de la Compañía cree que se trata de una absurda superstición del siglo pasado, un sinsentido que no debería haber permitido. Sin embargo, las hojas helicoidales reaccionan a los impulsos mejorando sus emisiones de energía.

Biología cuántica. Si un árbol cae en el bosque y no hay nadie cerca para oírlo, ¿emite algún sonido? Esta vieja pregunta reformulada me viene a la mente siempre que pienso en la física cuántica. Sus implicaciones en este experimento desde el punto de vista teórico son relevantes. No sabemos hasta qué punto la presencia de un observador en nuestro pasado modificará la realidad actual, provocando la creación de líneas temporales alternativas que se bifurquen en el tiempo y no puedan ser detectadas por nuestros instrumentos de medición. Y mandar un observador a un futuro que todavía no existe, ¿es posible? ¿Generará este pionero de los viajes temporales su propio futuro? ¿O quizá ese futuro prefijado ya existe, y la llegada de este intruso alterará nuestra evolución? Son demasiadas incógnitas sin respuesta, pero no nos detendremos por ello. Haremos todo lo que consideremos adecuado para demostrar que el proyecto *Cronos* es algo más que el sueño de un biólogo visionario.

La indecisión de las autoridades. Durante tres meses hemos sido investigados por los servicios de seguridad de la Compañía. Permanecemos encerrados en el complejo, sin posibilidad alguna de salir al exterior y reunirnos con nuestros familiares. Este imprevisto y repentino encarcelamiento hizo mella en el ánimo de varios de nuestros técnicos, que se amotinaron en sus dependencias y se negaron a continuar con su labor. Sin embargo, la indecisión de las autoridades permitió que las fuerzas de la seguridad impusieran su voluntad, enterrándonos en vida en este complejo subterráneo. Muchos temimos incluso por nuestra vida, pero la mayoría decidió continuar con su trabajo, reforzando nuestra posición en los laboratorios. En cualquier caso, no teníamos otra opción, y estábamos demasiado involucrados en el proyecto como para echarnos atrás. Esta mañana he recibido un comunicado de la Compañía, indicándonos que si la

totalidad de la plantilla volvía al trabajo implantarían regímenes de visita y relajarían notablemente la seguridad. Hemos aceptado: todos queremos ver el final de esta apasionante aventura.

Nuestro primer viaje tripulado. Las hojas helicoidales emitieron su flujo de energía, creando el campo estático sobre el cáliz en perpetuo movimiento. Sentado en una silla en el punto que hemos denominado origen nuestro hombre esperaba impaciente que descendiera sobre él la niebla de las líneas del tiempo. Más de cuarenta observadores acomodados en la sala de control permanecían con la mirada fija en el *transmigrador interdimensional*. Varios de mis técnicos se mostraban muy nerviosos mientras manipulaban controles luminosos y terminales de ordenador. Las prisas por obtener resultados habían limitado enormemente las pruebas previas al primer viaje tripulado. De hecho, no habían existido. Cuando la niebla se deslizó sobre nuestro hombre y éste desapareció, recé porque todo hubiera salido bien. Le habíamos mandado veinte minutos hacia el futuro. Ahora sólo quedaba esperar.

El hombre que nunca volvió. Tras aquel primer viaje hubo varios más, casi dos docenas. Mandamos diferentes objetos, animales, e incluso otro hombre, un voluntario unido sentimentalmente al primer viajero. Los mandamos al pasado, los mandamos al futuro. Fechas cercanas, remotas. Esperamos. Nunca volvieron. Todos ellos desaparecieron como si nunca hubieran existido; jamás pudimos probar que nuestra creación funcionaba realmente, ya que no sufrimos cambio alguno en nuestro tiempo. Algunos teóricos sugirieron que estos cambios podrían haberse producido y nosotros no ser capaces de advertirlos. En cualquier caso, el proyecto fue considerado un fracaso. Los inversores retiraron su dinero, los equipos de seguridad abandonaron la planta. Nos dieron un mes para demostrar que, de alguna forma, aquello había funcionado. Nos quedamos solos, abatidos, pero deseando poder demostrar algo.

Cubo Wells. Hoy hemos tenido una reunión con los nuevos inversores. Han transcurrido ya más de diez años desde nuestra demostración inicial y ahora nuestros objetivos son radicalmente distintos. No hemos dicho nada sobre viajes en el tiempo; se burlarían de nosotros. Tras estos años hemos reducido el prototipo inicial a la quinta parte de su tamaño. Además, hemos modificado su forma para ofrecer una línea de diseño actualizada. Los comentarios que suscita al verlo son que recuerda a un viejo ordenador de sobremesa. Pero no es esa la idea que hemos vendido. Lo que vendemos nosotros es un desintegrador de documentos. Cómodo, económico, no deja rastro de ningún objeto que se introduzca en su interior. Hemos limitado la abertura para que nadie pueda introducir por error una mano. Vivimos del mantenimiento, ya que los equipos se estropean con cierta regularidad. Los inversores están encantados con los ingresos. Nosotros no nos quejamos. Al menos nos han permitido llamarlo *Cubo Wells*.

Modelo de Prueba

Rodríguez Maldonado, Felipe

— Si es un robot misionero, impartir una clase de catecismo a un grupo de niños no debe causarle ningún problema, ¿verdad, padre?

Aunque amable, el tono de voz del Cardenal indicaba que realmente no estaba consultando al responsable del Proyecto S.J. sobre esa primera tarea para el robot. Era una orden. Había que cumplirla a cabalidad... y sin cuestionamientos.

Obviamente no era ni el momento ni la manera en que los desarrolladores hubieran querido arrancar pero, en fin, el robot debía demostrar que estaba listo. ¿Qué tan difícil podía ser? ¡Son niños, por Dios!

Instruido sobre la encomienda que debía desempeñar, la unidad evaluó cuál era la mejor manera de captar la atención de los inquietos chiquillos del curso de catecismo. Sabía que la primera frase era esencial, así que su preocupación (por decirlo de manera coloquial) era decidir cómo atraer su interés para narrarles en sus propios términos un relato millones de veces contado en la historia humana, pero nunca por un presbítero cibernético a infantes del siglo 23.

¿Cómo empezar? El padre veía tres opciones: "Había una vez...". No. Desde siglos antes había dejado de ser un comienzo clásico para volverse más bien anticuado. "En aquel tiempo...". Sonaba más "bíblico", sí, muy acorde con las circunstancias, pero alejaba a los niños del tema. "Hace mucho, mucho tiempo, en una galaxia, muy, muy lejana...". Ese le gustaba. Tenía que ver con el cosmos infinito...

Allí los "diálogos" no requerían de palabras audibles. Las ideas eran captadas simultáneamente por las mentes de todos. Si alguien hubiese intentado "traducir" la conversación de aquel momento, habría escuchado un intento de réplica donde nunca las hay.

— ¿Un robot a nuestra imagen? Pe..., pero, ¿por qué?— Mija-El no pudo ocultar su turbación. ¡Era increíble la idea del Jefe y, sin embargo, sabía que aunque siempre estaba de buen humor, Él no bromeaba con cosas así.

— Señor... — terció tímidamente Gavri'el, que trataba de parecer tranquilo, aunque su turbación era captada por todos—, creo que Mija-El está pensando que no existen antecedentes similares en ninguno de tus desarrollos previos. Ni siquiera en el pequeño laboratorio que quieres que controle el nuevo robot, ¿por qué habrías de privilegiarlos a ellos de esa manera?

Tres... o cinco, mejor dicho, las personas que se encontraban en ese "salón" desconocido de un mundo no localizable, supieron lo que Él pensaba.

— Estos modelos tendrán que recibirme muy pronto, por eso tienen que ser como

nosotros. No quiero que por su condición pretendan situarse por encima de mis otras creaciones, y he decidido que permanecerán en su laboratorio hasta que estén preparados para conocer a los otros. Los que aparentemente serían los primeros, serán los últimos en formar parte de este plan.

La "conversación" se daba por concluida. El Jefe sabe por qué hace las cosas.

Entre los experimentadores de campo surgieron dudas al iniciar los trabajos. Programar al modelo para que se moviera en superficies irregulares, y que fuera capaz de oír, ver, oler, sentir al tacto y emitir sonidos por la boca no era una dificultad seria, porque habían tenido experiencias previas con otros robots, pero ¿cómo reproducir su mente a semejanza de sus creadores, si ni siquiera estaban seguro de cómo funcionaban ellos mismos? Ese era el gran problema.

Además, el Jefe ordenó que el robot nuevo fuera autorreplicante. ¡El colmo! ¡No sólo tendría la misma imagen que Él, sino que reproduciría copias de sí mismo, como los diseños más avanzados!

Aunque lo intentaban, Mija-El, Gavri'el y algunos otros auxiliares, no comprendían la razón de aquello. Pero aún estando conscientes de que no tenían por qué entenderlo, era difícil trabajar en el proyecto sin que continuamente se generaran preguntas.

"Otra cosa que no comprendo —pensó Mija-El en cierta ocasión— es, ¿por qué, siendo tan especial este robot, no va a ser tan inteligente como los otros que construimos? Será el más brillante de su hábitat, lo sé, pero alguna vez tendrá que salir de ahí y entonces se encontrará con los robots superiores a él, y dudo que pueda entender por qué si ha sido creado como nosotros no es mejor que todos ellos".

La respuesta de los otros a su comentario, fue la misma sentencia infalible con la que terminaban todo ese tipo de cuestionamientos: "Él sabe lo que hace".

Similar en sus funciones básicas a otros robots, lo extraordinario de nuevo modelo de prueba era el cerebro, ensamblado de acuerdo a las especificaciones particulares establecidas por el Señor. La forma y tamaño de esa computadora orgánica que estaría colocada en el cráneo, era parecida al de otras máquinas inteligentes pero que, a falta de miembros del cuerpo necesarios para manipular su entorno, no habían sido creadores de civilizaciones técnicas. En cambio, el robot (cuyo nombre, por cierto, aún era desconocido para Mija-El y los demás, pues el Señor no se los había comunicado) tendría que ser creador de otros artefactos, así que el cerebro se desempeñaría mucho mejor que el de las otras cibercreaturas del mismo laboratorio.

Listos ya cuerpo y cerebro, sólo restaba implantar el programa en la nueva unidad. La visión del modelo dependía de dos cámaras al frente de su testa. Se le dotó de un sensor olfativo y dos unidades auditivas a ambos lados de la cabeza, que estaba unida, además, al tronco del cuerpo, conectado a su vez con dos extremidades superiores y dos inferiores.

Un elemento esencial del robot eran sus manos: tenían cinco dedos de diferentes tamaños, con tres articulaciones cada uno, pero el más pequeño se colocó opuesto a los demás, de tal manera que sería capaz de sujetar diversos objetos y, eventualmente, crear

herramientas como decidió el Señor.

Cuando el Jefe iba a empezar la implantación del programa, Mija-El y Gavri'el se dieron cuenta que estaba utilizando el mismo código básico con que se habían programado las otras unidades. ¿Acaso funcionaban ellos mismos así? ¿Por qué si el robot era un reflejo suyo tenía un programa básicamente igual al de cualquier otro modelo? Definitivamente los diseños del Señor eran misteriosos hasta para ellos, sus lugartenientes.

La carga del programa concluyó. El robot era ya una masa de millares de reacciones químicas. Los electrones saltaban continuamente de un átomo a otro. Los átomos, solos o en conjunto, brincaban de molécula en molécula. Algunas de las más pequeñas se integraban a otras más grandes y partículas mayores, por su parte, se dividían en otras más chicas. A pesar del aparente desorden de aquellos movimientos, las reacciones estaban ideadas así y tenían su porqué.

Trabajando conjuntamente los millares de reacciones permitirían al nuevo robot pensar, moverse, crecer, reproducirse y adaptarse al ambiente al que estaba destinado que debía organizar. Era un ser que modificaría su entorno de manera importante en el futuro, por lo que su organismo debería ser excepcional.

La membrana protectora de los anexos que cubrían el cuerpo del modelo se llamaba piel, y tenía como función proteger sus mecanismos internos y regular la cantidad de agua (el más popular de los combustibles para las cibercreaturas) que necesitaría para su operación. El recubrimiento orgánico era termorregulador, y protegería a la nueva unidad de la agresión de posibles gérmenes.

El aparato de sostén y protección que moldeaba el cuerpo del robot actuaría como un conjunto de placas rígidas que posibilitarían su movimiento. Los órganos de su aparato digestivo fueron ideados para transformar, mediante acciones mecánicas y químicas, los elementos que digiriera en sustancias asimilables útiles como generadoras de energía.

Su sistema nervioso, controlado por el cerebro y una maraña de ramificaciones que lo conectaban con todo el cuerpo, desempeñaría las funciones necesarias para garantizar la relación de todas sus partes entre sí y con el medio exterior al que se expondría. Por si fuera poco, dentro de sí, el flamante prototipo contenía el código para crear copias de sí mismo, tal como lo indicó el Jefe.

Cada reacción química producida dentro de él era regulada por una molécula especialmente importante y compleja llamada "enzima". Se trataba de una más de las formidables ideas del Señor, el genial programador. Lo que convertiría al nuevo robot en una perfecta unidad, viva y única, era el sistema particular de reacción química producida por el número exacto, la naturaleza y la eficiencia de sus enzimas.

Las enzimas a su vez, se producirían de acuerdo con las especificaciones de otra compleja molécula, el ácido desoxirribonucleico. Esas moléculas formaban un catálogo especial -el programa de la nueva unidad- cuya función era registrar la información hereditaria. Era el Código de la Vida. El Jefe regalaría el libre albedrío a su creación, pero no juega a los dados.

El Señor, Yahvé, por supuesto, había creado a Adán.

Los arcángeles Mija-El y Gavri'el; experimentadores de campo del nuevo modelo que Yahvé completó con otra unidad, Eva; al llegar al Edén aún no entendían por qué eran tan especiales esos dos robots para el Jefe.

No había ninguna duda sobre el significado del gesto en el rostro de la madre de Juliana.

—¿Estás segura que el famoso robot misionero les narró así la historia de Adán y Eva, hijita?— preguntó con incredulidad.

—Sí, mami. El robot..., bueno, el misionero, dijo que esa era una buena forma de entender cómo Dios hizo a nuestros primeros padres pero, después, cuando empezó a explicarnos la Teoría de la Evolución, el padre Santiago suspendió la clase— respondió la niña, todavía emocionada porque S.J. había estado con ellos en el catecismo.

La joven madre estaba impresionada por todo lo que le contaba su hija, y no supo si reír o preocuparse cuando Juliana le planteó:

—¿O qué, mami, tú de veras crees que Adán fue hecho de barro, y Eva fue creada por Dios en el huerto del Edén , a partir de una costilla?

Felipe Rodríguez Maldonado vive en Saltillo, Coahuila, México. Nació en 1965. Está antologado en un volumen del Premio Estatal de Cuento Julio Torri, con una historia de ciencia ficción, "[El Cristo Atrapado](#)", publicado en 1999. Con el cuento "Tara 2011", fue finalista del Premio Kalpa de Ciencia Ficción (originalmente apareció en el número 7 de la revista Umbrales).

Todos eran Fernando

Guevara, Iván

Hacía tres *soles* que vagaba sin rumbo por Sinus Meridiani. Tal vez penséis que debí haber esperado a que viniesen a rescatarme. Eso es porque nunca habéis estado en ese lugar. Si lo estáis barajando como destino para vuestras próximas vacaciones ya podéis ir descartándolo, no sería una buena idea, creedme. Mi helicóptero —o lo que quedaba de él— estaba completamente destrozado. La radio estropeada y las luces inutilizadas. Hubiese muerto de frío, calor inanición o deshidratación mucho antes de que lograsen localizarme. Aquello es un desierto inhóspito, apenas explorado, y muchas veces las condiciones climáticas lo hacen impracticable incluso para las naves de rescate.

El único equipo que había podido salvar era el uniforme que llevaba puesto y mi tubo de rayos —como si fuera a servirme de mucho en un sitio donde no había caza ni enemigos contra quienes utilizarlo—. Sin aparatos de medición mi única referencia era el Sol, así que aprovechaba los momentos en que era visible para comprobar que no me había desviado de mi trayectoria —caminaba hacia el oeste con la esperanza de llegar al último puerto turístico de Sinus, inaugurado por la *Corporación Terrafutura* años atrás—. Mis provisiones se habían reducido a dos barritas energéticas de 120 gramos y nada de agua. Nada de agua desde que mi helicóptero se había estrellado, así que id llevando la cuenta.

Las alucinaciones habían llegado a mitad del segundo *sol*, junto con la certeza de encontrarme perdido. Pensé en la ironía de haberme extraviado cuando en realidad mi misión era rescatar a Fernando... Pobre Fernando. No podía ni imaginar cuál habría sido su destino, teniendo en cuenta que llevaba perdido el doble de tiempo que yo —y a mí no me quedaba más que un resto de fuerza (y muy poco juicio), que me obligaba a caminar de manera automática, como un zombi—.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una imagen, a lo lejos, hacia el sur. ¿El sur es la dirección en la que apuntan las brújulas?... ¡Da igual! Ni siquiera estoy seguro de que fuera el sur —no se veía el Sol— ni de que una brújula me hubiese sido de gran ayuda. La tormenta de la noche anterior había dejado una fina neblina rojiza que lo envolvía todo pero pude distinguirlo en la distancia: Era un caballo. ¿Un caballo? ¿A quién demonios se le había ocurrido llevar caballos a aquellos parajes dejados de la mano de Dios?... No me iba a detener a averiguarlo. Corrí hacia el animal —¿hacia el sur?— lo más rápido que pude. Si el caballo pudo sobrevivir, significaba que en alguna parte debía haber agua... Y seres humanos, claro, ya que era imposible encontrar caballos en estado salvaje por aquellas regiones.

A medida que me acercaba la niebla se iba haciendo más densa, me costaba distinguir la figura. Corrí con los ojos cerrados para que el polvo no me los irritara... Suponiendo que el caballo también estuviese perdido podría intentar montarlo, amarrarme a él. Dad por seguro que el animal podría orientarse mucho mejor que yo, aumentando exponencialmente mi chance de salir vivo de aquel desierto... De pronto, fui aturdido por un fuerte zumbido, que me obligó a detenerme. Perdí el equilibrio y atiné a dejarme caer sobre mis rodillas. No sé cuánto tiempo pasé intentando estabilizar mi cuerpo para volver a ponerme de pie. Abrí los ojos.

No había nada. Ni niebla, ni caballo. Nada. Otra vez las alucinaciones... Estaba metido en una depresión del terreno —rodeado por paredes de roca— y debía salir de allí antes de perder por completo la percepción de realidad. Al principio, por las últimas lecturas de mi equipo, creí que se trataba del Airy; pero luego lo descarté ya que hay una ruta turística regular que pasa por allí y no hubiese podido dejar de ver las naves. Así que estaba en algún cráter sin identificar. Seguí andando hacia el sur porque noté que había un sector donde la cuesta no era tan empinada y podía ser escalada.

A mitad de camino vi un reflejo de agua.

¡Agua! ¡El agua que había estado bebiendo el caballo!

Intenté serenarme, sin interrumpir la marcha, para analizar fríamente la situación. No podía ser un espejismo porque no había sol —es más, las nubes que cubrían el cielo eran más densas de lo habitual—. También hay que decir que mi mente, como había quedado demostrado, no necesitaba de ningún fenómeno físico para desbocarse en fabulaciones.

A cincuenta metros, pude divisarlo claramente: Era un Lago. Un puto lago en el desierto, era demasiado bueno como para no desconfiar... Aunque, si el caballo era real, pudo haber acudido a abreviar en sus aguas y allí lo encontraría. Alucinación o no, no veía ningún otro sitio al que me apeteciera ir.

Aguas cristalinas, aunque turbias en el fondo... Fijaos qué curiosa es la mente humana: en lugar de abalanzarme a beber, me asomé al lago para ver mi reflejo. No preguntéis por qué, simplemente sentí el deseo de verificar mi aspecto luego de casi cuatro *soles* a merced del árido clima ecuatorial.

No lo vais a creer. No era yo... ¡El del reflejo era Fernando!

—No lo hagas —me decía Fernando, o su reflejo—. No lo hagas, Walter... No bebas... Es una trampa.

¡Otra vez las putas alucinaciones!

Decidí no hacerle caso. Después de todo era obvio que él no estaba allí, pero el agua, aún estaba por verse. Hundí las manos en el lago que no era una charca cualquiera, no vayáis a creer, tenía su buen par de metros de hondo por quince de diámetro.

El agua estaba tibia. Casi me alegré al comprobarlo. Si hubiese sido una alucinación estaría fresca, sería ideal, ¡pero estaba tibia!... La temperatura justa que correspondía al clima de los últimos días. Hice un cuenco con mis manos y las elevé para beber. Imaginaos la culpa que debía sentir por no haber podido ayudar al pobre Fernando, que se me seguía apareciendo en el agua recogida en mis manos. Ya no hablaba, pero su expresión de pánico lo decía todo. De haber sido supersticioso habría creído en una aparición de ultratumba. Lo cierto es que la deshidratación podía explicar el delirio... Y lo más probable es que nunca volviese a ver a Fernando.

—Lo siento, amigo —murmuré—. Dios sabe que hice todo lo que pude...

Y bebí. Bebí con avidez, con fruición, con el ansia de quien prueba agua por primera vez. Inodora, incolora e insípida. Como tenía que ser. La más gloriosa combinación de sensaciones a pesar de la temperatura o —quizá— gracias a ella. Bebí hasta hartarme y

me tendí a la orilla del lago, entornando los ojos, aunque sin llegar a dormirme.

Me sobresaltó, rato después, un resoplido a mis espaldas. El caballo había regresado en silencio e investigaba mi presencia. Era un alazán de pelaje brillante y estaba limpio —a pesar de la tormenta de polvo—. Llevaba unas finas riendas de carrera sujetas a la cabeza. Lo dicho, debió haberse extraviado. No opuso resistencia cuando lo acaricié. Era obvio que estaba más que acostumbrado al contacto humano.

Mientras el animal bebía, aproveché para llenar mi cantimplora. Sujeté sus riendas con movimientos suaves y logré montarlo. Apenas se alteró. Cuando estuvimos listos, iniciamos la marcha. Al trote, para no cansar al caballo, llegamos a la cuesta del sur. La pendiente era menos pronunciada aún de lo que me había parecido desde lejos y hasta había un camino vagamente definido. Subimos sin dificultad.

Una vez en la llanura, aflojé las riendas y el caballo comenzó a trotar por su cuenta. Confié en su instinto. Si bien el cielo no se había despejado, logré ver los destellos de la puesta de Sol. Hacia allí nos dirigíamos. Poco a poco fui recobrando el sentido de la orientación y tomé nuevamente las riendas. Había comenzado a oscurecer y se veía una luz diáfana en el horizonte.

Ya se había hecho de noche cuando llegamos a Puerto Sinus Meridiani.

Bajé del caballo y entré a la oficina de información turística. La chica que me atendió se sorprendió por mi aspecto.

—¡Señor!... ¿De dónde viene en ese estado?

—Estuve perdido en el desierto... Me llamo Walter Meré. Sargento Walter Meré de la Base Militar Eos Chasma. Mi helicóptero se derrumbó, no sé bien dónde... Creo que necesito un médico...

Apenas podía tenerme en pie. La tensión acumulada en esos cuatro *soles* pareció liberarse de golpe, haciéndome presa de un cansancio incontrolable. La muchacha llamó a enfermería. No tardaron en venir a buscarme.

—Quédese tranquilo, señor —dijo un enfermero mientras me sujetaba del brazo para impedirme caer—. ¿Cuánto tiempo ha estado en el desierto? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Con gran esfuerzo pude mantener los ojos abiertos pero la vista se me nublaba.

—Mi caballo... Lo he dejado fuera...

—¿Caballo? —pareció extrañarse—. Es imposible... ¿Quién traería un caballo hasta aquí?

—Lo mismo pensé yo —le dije—, pero evidentemente alguien lo trajo y se ha adaptado al...

De pronto pude ver con claridad.

¡El enfermero era Fernando!

—¡Fernando!... ¿Qué haces aquí?... ¿Cómo has logrado salvarte?...

—¿Qué dice?... Está delirando. Yo no me llamo Fernando —dijo Fernando—. Doctor, venga pronto... Necesitamos llevarlo urgentemente a enfermería.

Un médico acababa de entrar, junto a otro enfermero. El médico también era Fernando. Se le cayó un ojo cuando me miró y del hueco comenzaron a salir gusanos.

—Tranquilícese, por favor —dijo. Y más gusanos salieron de su boca putrefacta—. Prepara una ampolla de *Valium*...

El otro enfermero sacó una jeringuilla. Él también era Fernando agusanado. Y el primer enfermero. Y la chica... Todos eran Fernando muerto y en descomposición.

—Me dejaste morir —dijo un Fernando y la mandíbula inferior se desprendió de su cara.

—¡Perdón, amigo!... No pude hacer más...

—Lo pagarás, Walter —dijo otro de los Fernandos.

Me rodearon. Una nave turística acababa de descender en la pista de aterrizaje. De pronto supe dónde estaba. Aquella era la antesala del Infierno. Fernando no era mi amigo, eran demonios con forma de Fernando que habían llegado para arrastrarme a la muerte.

Empuñé mi tubo de rayos y disparé contra uno de ellos que salió expulsado hacia atrás, aterrizando sobre la camilla que habían traído para mí. No volvió a moverse... ¡Los demonios podían morir!

Disparé contra otro que cayó carbonizado. De la nave turística comenzó a bajar más gente. Y todos eran Fernando. Una legión de Fernandos clamando venganza.

Me volví para acabar con los dos que quedaban en la oficina y salí para enfrentarme al resto. ¡No lo tendrían nada fácil!...

Disparé contra todos los Fernandos que gritaban horrorizados. Algunos corrían a ocultarse tras los edificios o las rocas cercanas. Ya no me atacaban. Igualmente seguí disparando hasta asegurarme de haber eliminado a la primera línea de zombis Fernandos y luego monté en el fiel alazán, que había acudido en mi ayuda.

Huí nuevamente hacia el desierto. Allí les sería más difícil localizarme y yo ya conocía un poco mejor aquellos parajes. Al menos sabía dónde encontrar un lago. El caballo galopaba como un poseso. Casi no necesité guiarlo, conocía el camino mejor que yo...

Cuando llegamos al lago, comenzó a corcovear hasta que me derribó y fui a dar a las aguas, donde me hundí perdiendo el conocimiento.

Varios *soles* después, un policía uniformado se acercó a la orilla.

—¡Sáqueme de aquí! —le dije.

—¿Y esto?... ¿Quién eres tú?

—Sargento Walter Meré... Base Militar Eos Chasma...

El hombre no parecía escucharme.

—El loco de la masacre del puerto turístico—. No sé si lo dijo o lo pensó—. Llevamos tanto tiempo buscándote que ya te veo hasta en mi reflejo...

El policía hundió su cantimplora en el lago para llenarla. De pronto comprendí lo que iba a suceder.

—¡No haga eso! —grité desesperado—. ¡No beba el agua!... ¡Es peligrosa!...

Haciendo caso omiso, pegó un buen trago.

—¿Me hablabas? —preguntó otro policía que también se estaba acercando a llenar su cantimplora.

—Nada —dijo el primero—. Delirios del desierto...

Me dejaron solo. Pero supe que pronto volvería a saber de ellos.

Iván Guevara

Nací en Buenos Aires, en 1973. Entre 1998 y 2007 he trabajado como guionista de cómics para *Ediciones Record* de Argentina, *Eura Editoriale* de Italia (revistas «Skorpio» y «Lanciostory») y *Ediciones La Cúpula* de España (revistas «El Víbora» y «Kiss Comix»). Para esta última, además he escrito algunos relatos breves. Parte de este material fue publicado también en Francia, Holanda y USA. Entre 2011 y 2012 he escrito un blog de relatos (<http://genteovejuna.blogspot.com.es>) y desde 2011 administro también <http://www.fisiones.com>, un blog sobre ciencia ficción, con material de diversos colaboradores. Resido en Barcelona desde 2003.

El cuaderno Fergusson

Frini, Daniel

16 de junio de 1973. Hora 12:35

Libro de Guardia – Hospicio de Santa Magdalena - Ingresos

Sujeto NN masculino, aproximadamente 20 años. Estatura 1,75 m, cutis blanco, ojos marrones, cabello castaño. Aparente estado de shock. Examen médico muestra signos vitales normales. Evidentes signos de haber sido golpeado en rostro y extremidades superiores. Ingresos con custodia, acompañado por el Sargento de Policía de la Provincia, don Lucio Martínez, quien refiere que efectivos de la fuerza pública retiraron al individuo de un domicilio en zona rural y manifiesta que el sujeto no pronunció palabra en ningún momento. No se acompaña con documentación personal ni datos filiatorios fidedignos. No se acompaña con historia clínica. No hay efectos personales. Actuaciones: Juzgado Penal N°3, causa 3-1-6-7. Se le asigna número 2-1-5. Se aloja en Pabellón "B", sala 3, habitación 12. Médico de guardia Dra. María Estensoro. Médico responsable Dr. Aldo Fergusson

Ahora vivo bien. Tengo techo y comida gratis, buenos amigos y buenos guardianes que me cuidan y atienden, con la única condición de que sea educado, no de problemas y haga todo lo que dicen los médicos. Vivo en una casa grande, pintada de blanco, y duermo en una habitación sin ventanas, con almohadones en las paredes. Me sacaron toda mi ropa, y me vistieron con un pantalón azul, con un elástico en lugar de cinto; y una camisola, también azul, sin botones. Uso unas zapatillas sin cordones.

Hay una alambrada alta que rodea el parque. Los doctores no me dejan salir fuera de la cerca, porque dicen que las personas que viven allá no me quieren. Pero sí me permiten jugar en el jardín dos veces a la semana. Ahí paso mis mejores horas. Hablo, hablo y hablo con cualquiera que me quiera escuchar. A veces no hay nadie cerca de mí, pero eso no importa. Igual sigo hablando. Peleo, silbo, corro, lloro. Y también río. Me gusta el jardín.

27 de junio de 1973

Fragmento de una carta de Aníbal Fourcales, guardián del Hospicio de Santa Magdalena, a su hermano César; que vive en la Capital

"...hace unos días trajeron a un muchacho joven, en muy mal estado. Lo pusieron en mi pabellón y me dijeron que lo tenga muy vigilado. No sabemos qué ha hecho, pero parece que es muy grave y está en las habitaciones de máxima seguridad. No habla ni coopera para nada; así que el doctor Fergusson ordenó un tratamiento con drogas. Lo dejamos salir al patio, de vez en cuando. Normalmente está muy quieto, como

catatónico; y, de pronto, empieza a correr, saltar y gritar. En esos casos, el doctor ordena el tratamiento especial..."

A veces me pegan, pero a mí no me duele. Antes sí me dolía, pero ahora no; porque sé que lo hacen para que yo me porte bien. Y como yo quiero ser bueno, sé que es adecuado que me peguen. Otras veces me ponen inyecciones y yo duermo. ¡Y es tan lindo dormir! Sueño mucho. Sueño que corro por una plaza grande, llena de sol; y que los médicos me persiguen; corren, pero nunca me alcanzan. Entonces yo me detengo, me doy vuelta y los miro y soy muy alto, y ellos son chiquitos como las hormigas, y tratan de pegarme; y me río y los piso y ellos retuercen sus patitas antes de quedarse quietos. Mi vida ha cambiado, como debía ser.

11 de julio de 1973

Causa Penal 3167 – Juzgado Penal N°3, Dr. Ramos Padilla, Secretaría de la Dra. Hilbert. Transcripción parcial del testimonio de la señora María Castagnino, vecina de la familia.

"...era una familia con problemas. No los conocí muy bien, porque éramos nada más que vecinos. El padre alquilaba el campo, y vivían de lo que les daba la tierra; que no era muy buena, porque está del otro lado del arroyo, que es diferente a las de más acá. Nuestras casas están como a dos leguas la una de la otra, y solíamos vernos los domingos en la iglesia o una que otra vez en el pueblo. El señor era muy buen hombre, con algunos problemas serios en el trabajo; y con un carácter bastante fuerte. Parece que debía mucho dinero. Algunos dicen que le gustaba mucho la bebida, pero yo no lo creo. La madre era una santa. Daba la impresión de ser humilde, sumisa; aunque a veces solía verla algo alterada, y otras no. Creo que tomaba pastillas para los nervios..."

Antes yo no era feliz, porque mamá y papá peleaban mucho, hasta por cosas triviales. Yo se que se querían, pero no podían estar juntos; aunque hacían lo posible, sí señor. Desde que se conocieron, sintieron afecto el uno por el otro; pero a pesar de ese cariño grande, nunca hubo amor. Se casaron porque sus padres así lo habían planeado.

Me esperaban, porque creían que los hijos solucionarían sus problemas. Pero yo no llegaba. Nací casi ocho años después de su casamiento. Estaban radiantes, me querían, creían que conmigo iban a ser felices, pero no fue así. Antes de mi primer cumpleaños, mamá tuvo una rara enfermedad. La operaron y no pudo darme un hermano. Sin quererlo, papá la acusó por eso. Lloró mucho; había soñado con una familia grande, como las buenas familias del campo, y quedaba condenado a tenerme sólo a mí. Poco tiempo después, notaron que yo no era un niño normal. Papá y mamá hicieron lo posible para que yo me curara. Probaron con los mejores médicos, los más renombrados hospitales, los remedios más caros, se endeudaron mucho, pero era inútil. Crecía mi cuerpo, pero no mi cabeza. Yo era un tonto perdido. Empezaron a culparse uno al otro por mi problema, ¡y yo ni me daba cuenta que tuviese un problema! Yo, tonto; papá cansado de trabajar cada vez más; y mamá deprimida y llena de pastillas;

el dinero que no alcanzaba; y los gritos todos los días; y más y más fuertes cada vez. Pero yo los quería.

Cuando tenía quince años, Él vino por primera vez.

Me habló mucho durante muchas noches. Me moldeó y logró destapar mi mente. Me enseñó a leer, me educó, me mostró otras gentes y otros países. Me habló de personas buenas y malas, de héroes y cobardes, del cariño y el odio; y del amor niño y débil de mis padres. Fue Él quien me mostró mi vida y el dolor que había causado sin quererlo; Él me dijo que yo debía ser quien uniera a mis padres y revelarles que, en realidad, habían sido creados el uno para el otro; explicarles sobre la pureza de la ternura, sobre la pasión y el deseo cristalino de estar juntos, de respirar uno el aire del otro; la magia de ser hombre y mujer, y ser, sin embargo, uno solo; el milagro de continuar sus propias existencias a través de mí, sin que importase mi mente atrasada. Tres años largos le llevó instruirme, hasta ese día de otoño en que estuvo muy claro lo que debía hacer.

Esa mañana maté a mamá.

18 de julio de 1973

Causa Penal 3167 – Desgrabación del testimonio del señor Emilio Cabrera, peón del establecimiento "La laguna".

"...¿ese día? No. Puedo jurar que no escuché nada. Quizá sea por el viento, que soplaba en contra. Su casa está como a seiscientos metros al poniente de la nuestra, pero no oímos nada. Si. Como a eso de las once y media volvió el padre. Vimos pasar la camioneta por el camino que está frente al campo nuestro, Bastante rápido, pasó. Unos dos o tres días después fui para el lado de la aguada, y la vi estacionada en el patio. Cuando pasé de vuelta, a la tardecita, todavía estaba ahí. Cosa medio rara porque el padre era cuidadoso: o la estaba usando, o la guardaba en el galpón. Pero nunca me hubiera imaginado... A la semana larga, fui a devolverle unas herramientas que me había prestado. Cuando vi la camioneta todavía en el mismo lugar, me asusté. Y cuando me golpeó el olor —porque fue como un puñetazo en la cara— corrí para avisarle a la policía, sin tocar nada..."

La noche anterior papá y mamá habían peleado, y hasta se habían pegado. Muy temprano, en la mañana, papá viajó hasta el pueblo para hacer algunas compras y arreglar un problema en el banco; y nos dejó a mamá y a mí solos.

Ella estaba preparándose el desayuno: una taza de leche con chocolate bien caliente y dos tostadas con mermelada de durazno. Estaba de espaldas a mí. Me acerqué despacio y la abracé desde atrás como todos los días. Ella dejó un momento la taza sobre la mesada de la cocina y acarició mi mano, antes de que yo empezase a apretar su cuello con mi brazo derecho, sosteniendo su cabeza con el izquierdo. Creo que sintió

sorpresa. Apreté más y más, con todas mis fuerzas. Ella trató de pegarme y comenzó a mover sus piernas dando patadas. Tiraba mis pelos, arañaba mis mejillas. Desparramó el desayuno por la mesada, Hizo caer al piso los platos y cubiertos que estaban secándose desde la noche anterior, y un par de sillas. No aflojé mi abrazo. Poco a poco, fue quedándose quieta; y, finalmente, pude soltarla. Cayó al piso, sobre la pila de platos rotos, con los ojos bien abiertos. Me causó gracia verla así.

Arrastré a mamá hasta el sillón de la sala. La senté. Fui hasta su dormitorio, busqué sus pinturas y la chalina que se había comprado en su último viaje a la ciudad, y que tanto le gustaba; pinté sus ojos y sus labios, puse rímel en sus pestañas y rubor en sus mejillas. «Parece una mujer de Picasso» se rió Él. Y nos pusimos a charlar con ella hasta que llegase papá.

Cerca del mediodía, escuché el motor de la camioneta. Mi padre bajó y caminó lentamente hasta la casa. Abrió la puerta, entró, atravesó el zaguán, llegó hasta la sala y nos vio a los dos en el sillón. A Él no lo vio. Creo que le llevó demasiado tiempo entender qué estaba ocurriendo ¡Tenía una expresión tan idiota en su rostro! Dejó caer de sus manos la bolsa que traía, y apuró el paso hasta donde estaba el cadáver de mamá y me miró. En su cara se dibujó la explosión de haber comprendido todo de repente; y quiso salir corriendo hacia el jardín de la casa. ¡Yo no podía dejar que lo arruinase todo! Tomé la escopeta que había dejado preparada, y lo llamé dulce, suavemente: «Papá...». Sin tener muy en claro qué hacer, giró y me miró a los ojos. Desde no más de tres metros, descargué los dos cartuchos a la vez. La perdigonada le barrió el pecho y la cabeza. Voló hacia atrás y cayó en la mesita del zaguán donde estaban las fotos de los abuelos, y de ellos dos el día de su casamiento. Y lejos de mamá.

Dejé la escopeta. Me lavé las manos. Desayuné. Después, llevé a mamá y papá a la cama matrimonial. Los diez días siguientes los pasamos juntos. ¡Fueron los días más felices de nuestras vidas! Yo les llevaba la comida a la cama. Le limpiaba la sangre a papá, hablaba con ellos, jugábamos como nunca habíamos jugado. Sin gritos, sin golpes, sin peleas.

22 de julio de 1973

Registro en la Carpeta Médica del paciente 215, firmada por el Dr. Di Bernardis.

Falta la parte superior de la hoja. El primer renglón presente, está borroneado y es ilegible. No se encuentra la anotación de la hora, se supone que corresponde a la ronda periódica de las veinte.

"...el enfermero encontró al paciente muerto. La causa aparente es suicidio, para lo cual utilizó las sábanas de su cama, atadas a la cabecera de la misma. En las horas anteriores, el paciente se mostraba con un cuadro depresivo profundo, compatible con otros síntomas comunes a su enfermedad. Se envía el cuerpo a la morgue. Se adjunta actuaciones, planillas AC-18D y demás."

Al décimo día fueron a buscarme y me trajeron aquí. Ahora vivo bien. Tengo techo y comida gratis, buenos amigos y buenos guardianes. Todo está bien. A veces me pegan, pero sé que es para que aprenda. No hablo mucho porque no quiero molestar a nadie con problemas que son míos, y, por otro lado, no tengo nada importante para decir. A veces me dan pastillas y me duermo. Sueño con mamá y papá. Ella aún me mira con sus ojos abiertos, muy grandes. Papá tiene la cara destrozada, pero a través de la masa de carne sanguinolenta, me sonrío con sus dientes muy blancos.

A Él nunca más lo he vuelto a ver. Lo extraño.

Agosto de 1973.

Texto encontrado en un cuaderno de apuntes N° 8, del Dr. Aldo Fergusson, en oportunidad de la investigación policial de su muerte.

El Dr. Aldo Fergusson apareció muerto en su domicilio, aparentemente desangrado. Presentaba signos de tortura, tenía el brazo derecho y el pie izquierdo amputados. Sin embargo, todas las heridas parecieron ser autoinfligidas, y ninguna línea de investigación condujo a otro resultado distinto del suicidio. Se encontraron, también, objetos concordantes con la práctica de algún ritual, de tipo religioso, desconocido.

El cuaderno en cuestión, del tipo escolar, cien páginas y lomo pegado, es el último de los 8 que había guardados en un cajón del escritorio, en su casa. Es el único manchado con sangre. Éste, como los siete anteriores, muestra observaciones técnicas realizadas por el médico durante su trabajo. A modo de ejemplo, hay un sinnúmero de anotaciones referidas a las respuestas de los pacientes a determinados medicamentos. Sin embargo, las últimas páginas; aun habiendo sido escritas, sin duda alguna, por el doctor, muestran una letra más ligera y apurada, y no respetan los renglones del cuaderno. Además, la temática de los textos que en ellas se encuentran es claramente distinta al tenor general del resto del cuaderno. De esta parte, que ocuparía el tercio final del cuaderno, han sido arrancadas, descuidadamente, unas siete hojas al principio y otras cinco o seis de la zona media. No se encontraron vestigios que apunten a la destrucción de las mismas por parte del Doctor, y se desconoce su localización. Un examen forense de huellas dactilares sólo muestra impresiones del Dr. Fergusson. La última fecha registrada, que se encuentra en las páginas normales, es del 23 de julio de 1973, por lo que las anotaciones anómalas deben ser de entre quince días y un mes más tarde. No hay ninguna indicación que diga a quienes se refiere, aunque se supone que uno de los personajes es un interno del Hospicio de Santa Magdalena, donde trabajaba el médico.

"... lo ha hecho de nuevo. Pasé por su habitación a eso de las tres de la tarde y lo estaba haciendo. No sé si podremos soportar lo que está por pasar. Por eso ya no lo dejaba salir al patio de juegos. Al fin y al cabo, sus padres fueron afortunados. Deberé hacer algo, pero no sé cómo detenerlos. No tengo tiempo. Ya llegan. Mientras tanto, Él estaba allí en el Hospicio. Lo vi, y sé que él me vio. No hay tiempo. Ya es muy tarde. Por Dios, ya es muy tarde. Ahora, Él está aquí, en mi casa. En unos días, yo estaré muerto. Todos estaremos muertos."

Daniel Frini

Ingeniero, escritor y artista plástico argentino (Berrotarán, Provincia de Córdoba, 1963) Fue redactor y columnista en varias revistas, En 2000 publicó "**Poemas de Adriana**" (Ed. Libros en Red, Buenos Aires); y tiene dos libros de cuentos, a punto de ser editados en papel: "**El Diluvio Universal y otros efectos especiales**" (Ed. Andrómeda, Buenos Aires) y "**Manual de autoayuda para fantasmas**" (Ed. Micrópolis, Lima, Perú). Colabora en varios blogs y ha sido publicado en e-zines y en revistas digitales y en papel. Integra el Grupo Literario "*Heliconia*" y coordina el Taller Literario Virtual "*Máquinas y Monos*" de la revista digital "**Axxón**". Ha sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués y uzbeko. Fue distinguido con varios premios literarios, participó en varias antologías de relatos y poemas, participó como jurado en varios concursos y prologó varios libros.